José Carlos Mariátegui

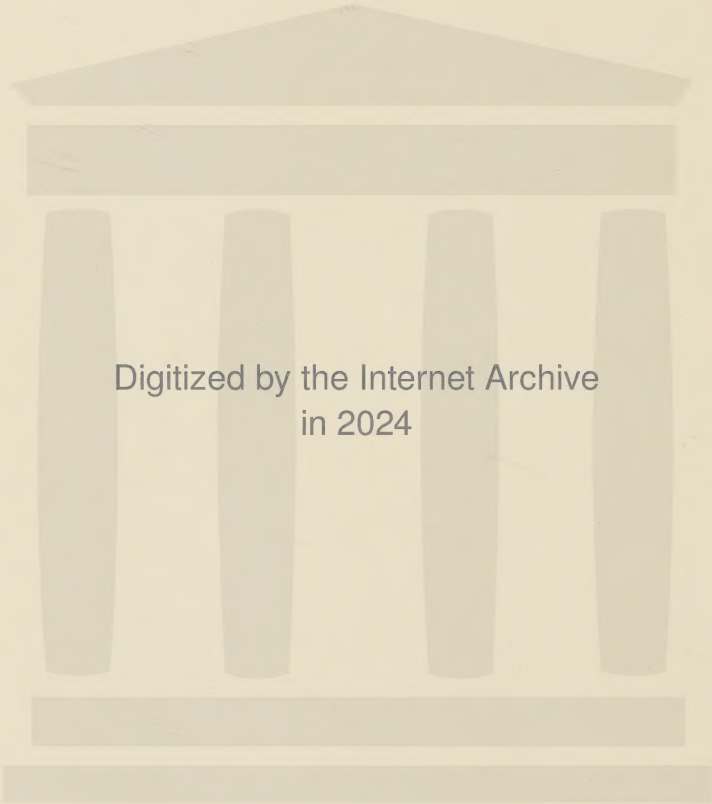
UNIVERSITY OF ARIZONA
3900102287590 3

Poesía
Cuento
Teatro

Escritos Juveniles

La Edad de Piedra 1

BIBLIOTECA AMAUTA/OBRAS COMPLETAS DE JOSE CARLOS MARIATEGUI



Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/escritosjuvenile0001jose

JOSE CARLOS MARIATEGUI

PQ
8497
M267
A6
1987
v.1

ESCRITOS JUVENILES

(LA EDAD DE PIEDRA)

TOMO I

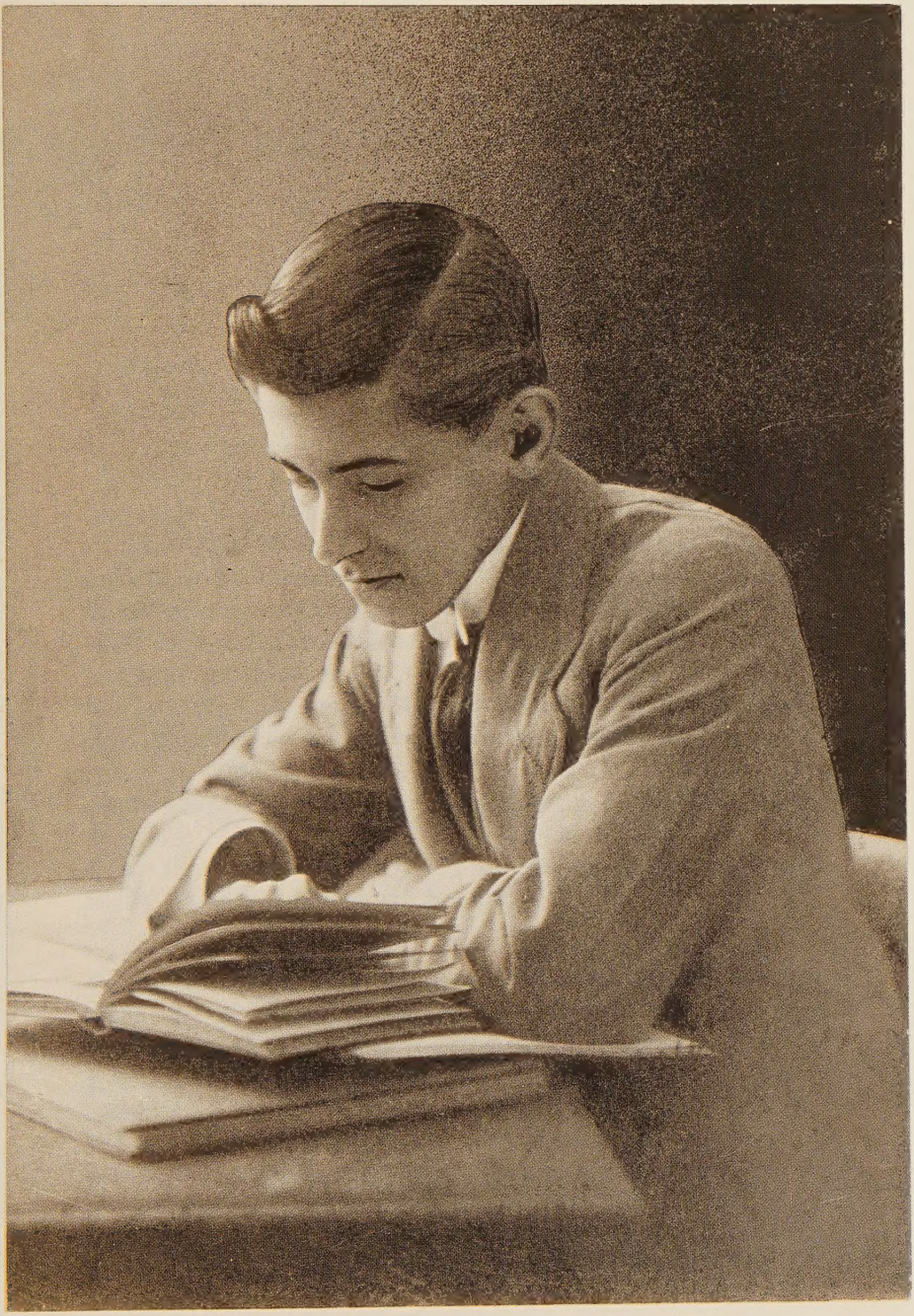
Poesía, cuento y teatro

Estudio preliminar, compilación y notas
de
Alberto Tauro

BIBLIOTECA AMAUTA
LIMA PERU

Primera edición, Lima, 1987.

© Empresa Editora Amauta S.A.
Alcanfores 1096, Miraflores,
LIMA - 18



JOSE CARLOS MARIATEGUI (Juan Croniqueur), Lima, 1918.
(Fotografía de Luis Ugarte)

PRESENTACION EDITORIAL

Los hijos de José Carlos Mariátegui, al diseñar el esquema general de las Obras Completas —con la obligada colaboración de estudiosos calificados—, decidimos sólo publicar en la serie tanto los dos libros publicados en vida por el Amauta (La Escena Contemporánea, *en 1925 y* 7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana, *en 1928), los tres originales casi terminados* (El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy, La Novela y la Vida *y* Defensa del Marxismo, *éste publicado fragmentariamente por Ediciones Nacionales y Extranjeras, Santiago de Chile, 1934), cuanto la recopilación de toda su obra escrita, desperdigada en diarios y revistas en el país y en el exterior, desde su regreso de Europa.*

La tarea de compilación demandó un proceso de selección que, empleando el fino tamiz proporcionado por la lectura atenta del discurso mariateguiano, permite agrupar temas afines y complementos temáticos. Así dimos a la estampa El Artista y la Epoca, Signos y Obras, Historia de la crisis mundial, Peruanicemos al Perú, Temas de nuestra América, Ideología y Política, Temas de Educación, Cartas de Italia, Figuras y Aspectos de la Vida Mundial *(tres tomos) y, recientemente, en 1984, en dos tomos,* Correspondencia, (1915 - 1930), *verdadero texto complementario del pensamiento de Mariátegui, especialmente en el aspecto político. Mención especial merece la inclusión de*

Cartas de Italia, *pues reune los artículos que José Carlos Mariátegui publicó en el diario limeño* El Tiempo *en el lapso comprendido entre mayo de 1920 y abril de 1922, enviados desde Europa, y en los cuales se halla una definida afirmación de su personalidad.*

Finalmente la serie popular de Obras Completas, destinada al gran público, a quien había que familiarizar con los aspectos creativos de la vida y la obra de Mariátegui, incluyó dos estudios biográficos: José Carlos Mariátegui. Etapas de su vida, *por María Wiesse y* Mariátegui y su Tiempo, *por Armando Bazán. Y como complemento insoslayable de esta serie, agregamos* Poemas a Mariátegui *(selección de textos líricos prologados por Pablo Neruda) y* Amauta y su influencia *(que incluye el quincenario* Labor*) por Alberto Tauro, que (aun después de la publicación en facsímile de la revista* Amauta, *con un Indice Acumulativo, en septiembre de 1976), es la única guía de acceso sistemático para el estudio del pensamiento peruano expresado en sus páginas.*

Además de Amauta *y* Labor, *publicamos, también en facsímile,* Nuestra Epoca, *en 1985, revista de efímera existencia pero de gran importancia histórica. Culminará esta etapa del sello Amauta, una iconografía, que reuna todo el rico material pictórico de José Carlos Mariátegui y su tiempo: pinturas, esculturas, fotografías, caricaturas, etc.*

* * *

Pero en el curso de la tarea quedaba un problema de fondo, reiterado una y otra vez por estudiosos de la obra de Mariátegui: la producción juvenil. El Amauta solía juzgar con severidad esta etapa, y, por haberse expresado en ella el proceso de su formación, apeló alguna vez a una implícita comparación y la llamó su "edad de piedra". Y de acuerdo con una práctica del periodismo coetáneo, firmó entonces con diversos seudónimos, principalmente el de Juan Croniqueur. Pero en forma solemne y gráfica abdicó pronto a este seudónimo, según se

puede leer en el Nº 1 de Nuestra Epoca: *"Nuestro compañero José Carlos Mariátegui ha renunciado totalmente a su seudónimo de Juan Croniqueur, bajo el cual es conocido, y ha resuelto pedir perdón a Dios y al público por los muchos pecados que, escribiendo con ese seudónimo, ha cometido".*

En una encuesta de Angela Ramos publicada en Mundial *el 23 de julio de 1926, respondió así José Carlos a la pregunta: "¿Cómo cambiaron sus rumbos y aspiraciones literarias y se definieron en la forma que hoy se han definido?":*

"Soy poco autobiográfico. En el fondo, yo no estoy muy seguro de haber cambiado. ¿Era yo, en mi adolescencia literaria, el que los demás creían, el que yo mismo creía? Pienso que sus expresiones, sus gestos primeros no definen a un hombre en formación. Si en mi adolescencia mi actitud fue más literaria y estética que religiosa y política, no hay de qué sorprenderse. Esta es una cuestión de trayectoria y una cuestión de época. He madurado más que cambiado. Lo que existe en mí ahora, existía embrionaria y larvadamente cuando yo tenía veinte años y escribía disparates de los cuales no sé por qué la gente se acuerda todavía . . ." *(subrayados nuestros).*

La tradición familiar recoge, en testimonio de nuestra madre, que Mariátegui, a su retorno de Europa, recibió como obsequio significativo de su progenitora, dos libros de recortes que conservaban los escritos publicados en la etapa juvenil, los remitidos desde Europa y algunos juicios o notas sobre su labor periodística. En gesto que pareció desconcertante, por su tono enfático, desusado en una persona sosegada y de suaves maneras, que veneraba a Doña Amalia, José Carlos ordenó su destrucción. La orden se cumplió con uno de ellos; el otro se conservó ocultamente y nos ha sido muy útil en la tarea de recopilación.

Sobre el "joven Mariátegui" se publicaron algunos trabajos, con escasas fuentes de referencia y una tesis de Elizabeth Garrels, para la Universidad de Harvard. No sólo en el terre-

no literario se evidenció el descontento por el hecho de que llamáramos "obras completas" sólo a las producidas por Mariátegui a su retorno de Europa: los que siguen la trayectoria política y social encuentran ya en el Mariátegui adolescente sugestivas vetas y hasta logrados anticipos en esta etapa.

Para satisfacer este reclamo y, especialmente, para facilitar la investigación, el sello "Amauta" —quizá el único en el mundo dedicado a un solo autor y a las obras relacionadas con él—, se ha aplicado desde hace años a la complicada tarea de reunir toda la obra del Mariátegui juvenil, dispersa en diarios, revistas, publicaciones de eventual aparición y hasta en algunos "álbumnes" familiares que conservaban alguna huella. El primer tomo de ESCRITOS JUVENILES, que hoy ponemos a disposición de los estudiosos, está compuesto de poesía, cuento y teatro. Un excelente estudio preliminar de Alberto Tauro es la más documentada confirmación de la importancia de la publicación de esta primera estación de la producción escrita de José Carlos Mariátegui.

"AMAUTA".

Lima, 16 de abril de 1987.

ESTUDIO PRELIMINAR

Cuando ingresó al servicio de La Prensa, *José Carlos Mariátegui no había cumplido aún los quince años. Era un mozalbete imberbe y paliducho; inseguro y lento en el andar, debido a la anquilosis rotuliana de su pierna izquierda; reflexivo y parco en palabras. Examinaba las cosas con mirada brillante y profunda, que a veces parecía reflejar una íntima tensión. Y como había sido un lector incansable desde niño, la oportunidad de trabajar en el diario se le presentaría como una forma de asomarse al mundo espiritual que los libros traducen con ajustado verismo o vibraciones de ensueño. De modo que sus experiencias laborales empezaron a darle nuevo cariz al deslumbramiento y la curiosidad que alentaban en su ánimo, al calor de la belleza poética y la trasmisión de las ideas. Y soterrando tal vez la finalidad práctica de las tareas que cumpliría como ayudante de linotipista, puso en ellas cierta alegría; pues, no obstante su humildad y su rudeza, eran parte de una trascendente proyección a la vida social. Hubo de acudir al taller a hora muy temprana, para conectar la corriente que calentaría los crisoles; trepar a la máquina, para arreglar las matrices atascadas; absolver las consultas del obrero que no acertaba a descifrar alguna nota manuscrita; sacar las pruebas que debían ser enviadas a la dirección; y aun mantener el orden y la limpieza de los accesorios. Todo lo hacía con presteza y*

buena disposición, cuidadosamente, sin abandonarse a la rutina, ni arredrarse ante sus dificultades físicas. Y advertido acerca de las condiciones personales del joven aprendiz, presentóse un buen día en los talleres el director, Alberto Ulloa Cisneros; percatóse de su esforzada adaptación a las tareas que cumplía; y afablemente indicóle que pasase a su oficina. José Carlos Mariátegui lo hizo con alguna ansiedad; quizá intimidado por la austera figura del afamado periodista, pero acuciado por las aspiraciones que concibiera desde su ingreso al diario; y vagamente estimulado por el excitante ruido de las prensas, pudo escuchar a su paso los afectuosos augurios de sus compañeros de trabajo.

Suponemos que entraría pausadamente en el despacho directoral. Y, con cierta entonación paternal en sus palabras, Alberto Ulloa Cisneros le hizo saber que había resuelto asignarle una posición distinta en la preparación del periódico. Pasaría a prestar su apoyo a la redacción, mediante el cumplimiento de una serie de ocupaciones menudas e impersonales, que debían aligerar el trabajo editorial; en conjunto, implicaban sólo una nueva rutina, pero exigían acuciosidad y responsabilidad. Suponían el ejercicio de cierta ductilidad en la comunicación, porque debía atender a la recepción o el acopio de informaciones sobre las ocurrencias locales, la visita a los colaboradores que enviaban algunos artículos desde sus propios domicilios, y aun la provisión de los talleres con originales o pruebas corregidas.

No obstante, encontró en esas pequeñeces los medios de su perfeccionamiento individual, pues tuvo oportunidad de conocer las habilidades de unos y los errores de otros, se inició en los secretos profesionales del periodismo, y pudo contrastar los modestos niveles que éste presentaba en el país con las avanzadas formas de las modernas publicaciones europeas. En consecuencia, atrevióse algunas veces a corregir descuidos ortográficos y sintácticos, enmendó los conceptos y la ilación de algunas crónicas, y discretamente ensayó la redacción completa de algunas noticias. Muy pronto fue posible advertir que la

diligencia del "alcanza-rejones"[1] *se proyectaba eficazmente en la clara presentación de las relaciones enviadas por los corresponsales de provincias, en el aliño de las apresuradas notas de los cronistas locales, y aun en la adecuada selección de las informaciones extranjeras. Las diversas fases del trabajo fueron progresivamente cumplidas con mayor corrección y celeridad; y la relación con los talleres se hizo tan fluida que ya no fueron necesarios los apremiantes reclamos de los textos destinados a completar las ediciones del diario. Y además de atender al organizado e inteligente cumplimiento de sus obligaciones, José Carlos Mariátegui hallaba tiempo para practicar mecanografía cuando se desocupaba alguna máquina, o se solazaba ávidamente en la lectura de las revistas que llegaban a las oficinas de* La Prensa *desde las más diversas latitudes.*

Por añadidura, cabe recordar que Alberto Ulloa Cisneros erigió allí una cátedra de altivez, cuya prestancia atrajo a sus numerosos amigos políticos y literarios. Eran todos ingenios tan inquietos como decidores, que durante esos años convirtieron la redacción de La Prensa *en un centro de reunión, eventualmente adaptado a los contornos de un ateneo o un ágora. Fuera en grupos o en corrillos, en tono confidencial o sin reserva alguna, los voceros de la oposición al gobierno difundían informaciones y opiniones atañederas al acontecer nacional; o, según las oportunidades, otros comentaban las demasías o las angustias gubernativas, las calidades del último libro o las gracias de alguna cupletista de moda, y abarcaban hasta las novedades culturales y sociales del mundo. Quien sabe si en esas*

---

(1) En los datos autobiográficos ofrecidos a Samuel Glusberg, el propio José Carlos Mariátegui dijo haber entrado "de alcanza-rejones en un periódico". Ese término es ajeno a cualquier denominación empleada en los quehaceres gráficos o periodísticos, y no existe en ningún diccionario de la lengua. Pero suponemos que sea una adaptación del vocabulario taurino; y, en tal caso designaría al rejonero o monosabio que en el coso debe estar pendiente de las suertes efectuadas por el rejoneador, a fin de auxiliarlo en la suerte cumplida frente al toro. Es decir, que el "alcanza-rejones" de un periódico no tenía una función específica, y debía atender a los tipógrafos que requiriesen alguna ayuda.

tertulias bullía la vida con intensidad más inquietante y sugestiva que en las ediciones cotidianas del periódico, porque allí se movían las referencias en forma tan dinámica y brillante como en un caleidoscopio; y, a pesar de su coetaneidad, eran siempre nuevas, grávidas, destellosas. Desde luego, no faltaban Luis Fernán Cisneros y Leonidas Yerovi, que fungían como jefes de redacción; ni Pedro Ruiz Bravo y Carlos Guzmán y Vera, que eran jefes de crónica. Pero con ellos alternaban también los redactores, los colaboradores y numerosos contertulios, como Luis Ulloa y Carlos B. Cisneros, José María de la Jara y Ureta y José Gálvez, Hermilio Valdizán, Abraham Valdelomar, César Falcón y Federico Larrañaga, Angel Origgi Galli, Ezequiel Balarezo Pinillos, Alfredo González Prada, Félix del Valle y Antonio Garland, Enrique y José Bustamante y Ballivián, Alberto Ulloa Sotomayor, Julio Portal e Ismael Silva Vidal. Todos vertebralmente unidos por "la vocación intelectual, la vocación política, la solidaridad espiritual, la pasión por la libertad, el espíritu de sacrificio, el espíritu bohemio". Y entre ellos, José Carlos Mariátegui "escribe y piensa; escucha, sobre todo cuando entra a donde se hace tertulia política [y] levanta entonces el perfil, que siempre tuvo esa lividez grave bajo la onda voluntaria del cabello que lo hacía fino y triste"[2].

A despecho del relativo aturdimiento que alentara, entre el ir y venir de esos y otros personajes, que en sus palabras y actitudes hacían gala de experiencia e ingenio, el novel periodista cumplió un ciclo de intensa vida interior. Conoció hechos, ideas, problemas y perspectivas. Y a manera de un espectador que asume los conflictos de la escena, plànteóse en cada caso los términos de una interrogación, e inclusive las dudas o las respuestas que lo condujeron a definir sus concep-

(2) Cf. "El periodismo hace 30 años", por Alberto Ulloa Sotomayor. Apuntes de una conferencia ofrecida en la Asociación Cultural Miraflorina "Insula", en V-1942, publicados en *La Prensa (Lima,* 10-V-1942); y en *Escritos Históricos,* por Alberto Ulloa Cisneros (Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina S.A., 1946), pp. il-1 IV.

ciones personales. No sólo por su edad, sino por su especial posición, mostróse entonces contemplativo y sentimental, solitario y soñador. Avistó los contradictorios extremos que denunciaba la realidad del periódico: pues contaminaba con cierta opacidad el registro cotidiano y el comentario de las ocurrencias locales, a pesar de que los redactores eran diestros cultores del lenguaje y conocían tanto las formas como los alcances dinámicos de la prensa moderna. Es posible que tal situación llegara a enarcar gradualmente su ánimo, debido al deseo de modificarla con algún matiz de su iniciativa personal; y querría presentar cada noticia con agilidad y gracia, para conducir el interés y la simpatía del lector hacia su trasfondo humano.

FICCION Y REALIDAD DE "JUAN CRONIQUEUR"

Durante los años iniciales del siglo XX, el periodismo peruano estaba muy lejos de corresponder a las posibilidades de comunicación que dejaba esperar la habilidad de los redactores; y es fácil advertir que las noticias no eran procesadas adecuadamente. Cada periódico se distinguía por la peculiar orientación que el director le impartía en sus notas editoriales, desarrolladas en tono declamatorio y con una especiosa argumentación que a veces tendía a preparar las sugestiones apocalípticas del párrafo final. El registro de los acontecimientos cotidianos, fragmentado en apuntaciones sin refinamiento ni opinión, correspondía a la crónica; y el cronista solía ser por eso un principiante, a quien se encargaba la tarea de cernir los datos depositados en el buzón del periódico o recolectados en las oficinas gubernativas, las comisarías y los centros de la vida local. Las notas respectivas habían sido publicadas durante mucho tiempo en una columna que constituia la principal comidilla del vulgo, pues en ella se daba cabida a nombramientos administrativos, ceremonias escolares, celebraciones familiares, espectáculos, hechos policiales, sorteos de la lotería y aun recetas domésticas; pero ya había desaparecido su convencional agregación y, conservando tanto su carácter enunciativo como la relativa mo-

notonía de su presentación, aparecían separadas las noticias que afectaban a los trajines palaciegos, la vida social y militar, la crónica judicial, los asuntos policiales, teatros y teatralerías, turf y "sport", movimiento de vapores y pasajeros, correos, localidades aledañas, crónica religiosa, y aun esporádicos acopios de "hechos diversos" y datos curiosos. Los colaboradores, temáticamente especializados, enderezaban sus artículos hacia la exposición o la crítica de los actos gubernativos. Y cada edición otorgaba espacios a despachos cablegráficos y extractos de la prensa extranjera, circulares institucionales, divulgaciones o debates en torno a problemas técnicos, reseñas históricas o creaciones literarias. Todo ello, sin ninguna gracia tipográfica, y elementalmente ajustado a la decisión de los cajistas, que sólo cuidaban la sucesiva integración de las columnas.

Mientras prestó su apoyo a la redacción de La Prensa, *José Carlos Mariátegui atendió afanosamente al aprendizaje de ese periodismo. Demostró aptitudes y ductilidad que todos apreciaron; y puede estimarse que por consenso fue promovido a una plaza de cronista, cuando Hermilio Valdizán la dejó vacante al obtener su título de médico-cirujano (1910). Se consagró entonces a la información policial, y acertó a presentar los hechos con alguna imaginación. Se abstuvo de aplicar a los criminales los artificiosos prejuicios lombrosianos, escrutó en las causas y los móviles de los delitos, identificó las simulaciones de los acusadores aviesos, y destacó la tristeza de cuantos sufren la maldad o la injusticia. Suscitó así los comentarios de los redactores, que unas veces aplaudían la vena novelesca de alguna crónica, o en ciertas ocasiones sonreían ante una aparente cursilería de la historia narrada. Pero esas reacciones no podían satisfacer al escritor adolescente; porque no trascendían del ámbito de la oficina, y tanto sus criterios profesionales como su individualismo reclamaban el eco de la opinión pública. Decidido al fin a quebrar la barrera que le oponía su anónima participación en las tareas de la redacción, deslizó un artículo (24-II-1911) suscrito con el discrecional seudónimo de "Juan Croniqueur".*

Esa ingenua audacia ha sido invariablemente mencionada para fijar el hito que precisa la aparición del escritor. Y nada más. Pero juzgamos que en ella debe atenderse a tres elementos, a saber: la inspiración del seudónimo, el procedimiento seguido para efectuar la publicación, y los valores del artículo.

En primer lugar, cabe alegar que el uso del seudónimo pudo obedecer a la inseguridad determinada por su inicial enfrentamiento al público y al deseo de compulsar la opinión imparcial de sus eventuales lectores. Pero también es posible que al adoptar un nombre literario sintetizara largas reflexiones sobre la significación que debía reflejar, y aun sobre los casos históricos de escritores que llegaron a la fama merced a la gravitación de sus seudónimos[3]*. Lo cierto es que implica un acierto definitorio, en cuanto concilió la sencillez de un nombre tan popular como "Juan" y la designación de la especialidad profesional que entonces asumió ("croniqueur", o relator de crónicas). Y aunque la opinión inadvertida haya atribuido alguna afectación a la forma afrancesada de ese nombre, creemos que entraña una opción entre la relativa imprecisión de los sustantivos españoles (cronista, o ¿croniquero?) y la inflexión eufórica de la voz francesa. Es decir, que José Carlos Mariátegui no se acogió a la seducción de un embozo ocasional, cuando suscribió su primer artículo con el seudónimo de "Juan Croniqueur"; ni pretendió eludir la asociación de su obra literaria con sus circunstancias personales; pues, en verdad, anunció sus incipientes afinidades culturales y aun su propósito de cultivar y perfeccionar un moderno género de comunicación.*

---

(3) Entre los escritores cuya lectura debió frecuentar José Carlos Mariátegui, y que ingresaron a la fama bajo el embozo de sus seudónimos, bastaría citar a Stendhal, Jorge Sand, Gerardo de Nerval y Máximo Gorki. Pero no debe olvidarse que los más destacados colaboradores de *La Prensa* usaron seudónimos en sus columnas. Fueron ellos: Alfredo González Prada, *Ascanio;* Ismael Portal, *El Centinela de la Ciudad;* Luis Ulloa Cisneros, *Juan Estudiante;* Hermilio Valdizán, *Juan Serrano;* Félix del Valle, *K. Pote;* Leonidas Yerovi, *El Joven X;* y, desde luego, el celebrado Abraham Valdelomar, *El Conde de Lemos.* De modo que no debe considerarse excepcional la apelación de José Carlos Mariátegui a un fingido nombre literario.

En segundo lugar, es obvio que la sorpresa hubo de cundir en oficinas y talleres, ante la inserción del primer artículo de "Juan Croniqueur", pues apareció como avance de una serie de "crónicas madrileñas", y nada menos que "especial para La Prensa". *Pero el director no tenía conocimiento de la contratación de ese corresponsal, ni la "crónica madrileña" había sido sometida a su autorización; e inmediatamente emprendió la investigación destinada a fijar las responsabilidades del caso. Puede comprenderse que todo apuntó hacia José Carlos Mariátegui, quien, confeso y contrito, recibió una severa amonestación: pues Alberto Ulloa Cisneros juzgó como "una grave indisciplina" que "el ayudante encargado de acomodar la munición [hubiese] disparado por sí mismo [y], aprovechando de su misión de entregar originales, [hubiese] dado a trabajar los suyos propios, sin encargo [y] sin control"*(4). *Por tanto, fue juzgada la conducta inconsulta del joven periodista, pero no fue cuestionada la calidad de su artículo; y como la principal preocupación del director fue el restablecimiento de la mellada disciplina, "le prohibió escribir nuevamente para el diario", sin someter a su autorización los artículos que pudiera pergeñar. La disposición afectaría las ilusiones que "Juan Croniqueur" había cifrado en el alado vuelo de su pluma; pero su juvenil acto de indisciplina le permitió trasponer la barrera del anonimato, y lograr que sus escarceos de escritor sólo requiriesen la aprobación directoral para ser dados a la estampa.*

En tercer lugar, es preciso detenerse en los valores de la presunta "crónica madrileña", para determinar las circunstancias personales que en ella refleja su autor. Y la tarea es reveladora, porque adelanta el programa que volcaría en sus artículos, y deja traslucir las afinidades que ya emergían en su enfocamiento de los asuntos políticos, así como el sorprendente nivel de su información cultural. Dice que se propone "tratar de

---

(4) Cr. "José Carlos Mariátegui", por Alberto Ulloa Sotomayor. En *Nueva Revista Peruana:* Nº 6, pp. 261-279; Lima, 1º-VI-1930.

lo más interesante y seductor" que hubiere en "las cosas del día", pero sin dar paso a "disertaciones sesudas, serias investigaciones de carácter científico, ni intrincamientos psicológicos", y, por lo tanto, "sin reflexiones de sabihondo y sin pedanterías ni remilgos de estilo pedestre y aliñado". Implícitamente deja asomar cierta discrepancia con las orientaciones aplicadas en La Prensa; *y bosqueja los lineamientos destinados a excitar una relativa modernización en el tratamiento y la presentación de las noticias. Disiente del periodismo ceñido al registro de los hechos cotidianos, que suscita reacciones morbosas al hinchar los aspectos sensacionales de la actualidad, y aun incurre en afectación cuando intenta algunas explicaciones. Lo quiere ágil, y ameno, grato al gusto común, serio y mesurado. Pero fácilmente puede imaginarse que las postulaciones de "Juan Croniqueur" motivarían la risueña extrañeza de los redactores, pues en la realidad era sólo un principiante y en ellas se vería una mera presunción juvenil. No era fácil admitir que revelaban su inquieta permeabilidad a las concepciones experimentadas en las publicaciones que llegaban a la mesa de canjes; y que tal vez constituían una discrecional adaptación de los lineamientos trazados en* Excelsior, *el hebdomadario parisién de cuya aparición (I-1911) informó* La Prensa *mediante una glosa de su programa editorial. Sus coincidencias son notorias, pues en "las cosas del día" se refiere a lo novedoso que aquel proyectara destacar; en cuanto prefiere lo "interesante y seductor", denota su inclinación por las manifestaciones positivas de la vida social y su rechazo a las ingratas repercusiones de la criminalidad; y expresa su simpatía por las nuevas formas de la creación cultural, tanto como su censura a la afectación y el mal gusto. Es decir, que aun en la iniciación de su ejercicio periodístico, José Carlos Mariátegui reclamaba la utilización del diario como instrumento de información y cultura, como vocero y apoyo del progreso social; y juzgaba que debía excitar la comprensión de los lectores mediante la novedad y la veracidad de la información, la ecuanimidad de los juicios, la claridad y la sencillez del estilo.*

Diseñada así la imagen del periodismo que se proponía desarrollar, completó aquella crónica inicial con dos notas de actualidad política y literaria. Y de acuerdo con sus planteamientos preliminares, desplegó en ellas un acucioso y versátil seguimiento de los hechos, de modo tan fluido, sobrio y oportuno que obliga a reconocerle una promisoria aproximación a la seguridad propia de la madurez. La primera, referida a la campaña republicana del radical Alejandro Lerroux, presenta su personalidad y su influencia en la escena política española: "Ni Sol y Ortega, el famoso republicano, ni Melquiades Alvarez, el orador eminente y talentoso, han podido hacerse de la popularidad de Lerroux . . . el prototipo del orador sensacional, el de las palabras sonoras y convincentes, y el del gesto persuasivo". En la segunda, consagrada a la gracia festiva del poeta Juan Pérez Zúñiga, evoca la significación humana de los personajes contrastados en la novela quijotesca, para explicar luego la oposición existente entre lo convencional y estereotipado de la literatura que pretendía representar el carácter español y, por otra parte, las sátiras ingeniosamente adaptadas a las efusiones burlescas del pueblo: "mientras los hermanos Alvarez Quintero, poetas andaluces hartos de glorias y prestigio, nos hablan sólo del castillo solariego, del cortijo rústico y amable, del baturro decidor y de la aldeana robusta y guapota, Pérez Zúñiga se burla a más no poder del pollo *futre y vanidoso, del señor de banca grueso y agitado, y de las porteras madrileñas, nuevas madamas Pipelot, parleras y regañonas". La frase pulcramente troquelada y los conceptos precisos confieren eficacia comunicativa a esas notas, y sin dificultad obtiene el lector una viva impresión de la realidad que describen. Porque "Juan Croniqueur" se aproximó a las perspectivas modernas del periodismo cuando trazó las líneas de su primera crónica; y, lejos de amoldar su pluma a las formas tradicionales y los temas repetidos, decidió asumir un signo propio. Desde su aparición tendió a despejar las tácitas inquisiciones de la gente común; y supo hacerlo con intención coloquial pero destellosa, en tono certero, vibrátil, profundo y ameno al mismo tiempo.*

LOS SEUDONIMOS DE "JUAN CRONIQUEUR"

Durante los meses y los años que siguieron a la sorpresiva inserción de la "crónica madrileña", fueron escasos los artículos suscritos por "Juan Croniqueur". Pues, a pesar de las muestras de estimación que pudo haberle brindado Alberto Ulloa Cisneros, no era fácil que el novel periodista fuese exonerado del ritual período de aprendizaje, ni la rutina del diario podía prescindir de los diligentes y versátiles servicios que rendía en su apoyo a las tareas de la redacción. Se había iniciado en la recepción de las informaciones enviadas a la dirección o acopiadas por los reporteros; pero luego intervino en la coordinación y la corrección de las precipitadas versiones que éstos preparaban en torno a las incidencias cotidianas; asumió la responsabilidad de la crónica policial; reforzó la atención exigida por los despliegues noticiosos que esporádicamente era preciso consagrar a ciertos acontecimientos de la vida nacional o extranjera; e inclusive efectuó la revisión de los canjes para seleccionar o compendiar artículos o informaciones cuya reproducción fuese pertinente. De modo que hubo de continuar en la noria, a pesar de la habilidad y la apreciable madurez que había demostrado. Sólo de tarde en tarde aparecieron algunas colaboraciones con su feliz seudónimo, e inclusive con su propio nombre o sus iniciales; pero además se adivina la agilidad de su pluma en numerosas notas que probablemente no quiso reivindicar, debido a su intrascendencia o el forzado tratamiento de sus temas.

Así transcurrieron cerca de tres años. Movido entonces por los coloquios de la redacción y su insaciable avidez de conocimientos, se familiarizó con la literatura peruana y frecuentó la lectura de los clásicos y los modernos escritores españoles; disfrutó la agudeza y los sugestivos cuadros de la sociedad en las obras representativas de la cultura francesa; y quedó seducido por las complejidades psicológicas y los desgarramientos humanos que magistralmente describen los grandes escritores rusos y escandinavos. Entre risas y veras, la estrecha relación con

los redactores de La Prensa *lo ayudó a reconocer muchos aspectos de la vida, que muy vagamente había intuido a través de los tímidos mirajes del hogar. La línea del horizonte hízose paulatinamente más amplia y luminosa ante sus ojos; el conocimiento de los valores y las personas infundió coherencia a su visión del mundo; y, sin llegar al deslumbramiento ocasionado por la novedad o la feérica sucesión de los hechos, alcanzó a definir sus contornos y dio prudencial alcance a sus juicios. Pero nada alteró su íntima tristeza, porque su impaciencia juvenil rechazaba las limitaciones impuestas a su propia habilidad; y sintiéndose detenido al comienzo del camino de la vida, percibiría tal vez la influencia roedora de la angustia, debido al doble temor de alcanzar sólo una existencia corta*[5] *y no realizar su destino. E inclusive se agregaría a esa tristeza la impresión motivada por el sucesivo alejamiento de algunos dilectos amigos de la redacción, en cuyo trato había cultivado afinidades y disfrutado esparcimientos que hicieron aflorar los relieves de su personalidad. Dejaron de aparecer los artículos del erudito y polémico Luis Ulloa; Alfredo González Prada hubo de consagrarse a sus tareas en el Archivo de Límites y a sus finales estudios en la Facultad de Derecho; Abraham Valdelomar, que revelaba la psicología de las gentes en los finos rasgos de su lápiz y volcaba la originalidad de su talento en relatos y crónicas inimitables, pasó a dirigir* El Peruano *(1912) y a desempeñar la secretaría de la legación en Italia; Félix del Valle, el cronista que describió los secretos de los fumaderos de opio y los tratos dados a los enfermos mentales, emprendió viaje a la fría Albión, para asumir la cancillería del consulado en Southampton (1914); y Antonio Garland, que prodigara su ingenio en la crítica de teatro y de arte, salió a España, para hacerse cargo de la cancillería del consulado en Barcelona (1914). Su ausencia abrió sensibles brechas en la redacción de* La Prensa; *y a la pos-*

(5) En los versos de "Spleen", confesó tener "una vaga inquietud / ante la certidumbre de que habré de morir / y aunque siento infecunda mi fatal juventud / una pena muy honda, muy honda de partir...".

tre brindóse a "Juan Croniqueur" la oportunidad que su ánimo reclamaba.

Todavía atendió la relación de algunas incidencias policiales, con el detenimiento requerido para explicar las particulares motivaciones de los autores. Pero diríamos que en esa coyuntura se trató de ponerlo a prueba, para decidir el género periodístico adaptable a sus aptitudes, pues durante un breve lapso publicó notas de crítica artística y teatral, comentarios sobre asuntos políticos y de interés local, crónicas de actualidad internacional, y aun cuentos. Sin la menor reticencia, y con igual soltura, superó "Juan Croniqueur" las peculiares exigencias de esas formas literarias; y en cada caso demostraba notoria preocupación por el esclarecimiento del tema a tratar y por la mejor manera de hacerlo grato al público. Su estilo denota cierta actitud coloquial con respecto al lector, así como una creadora solución de los problemas que suele afrontar la comunicación; y favorablemente acogido por los corrillos callejeros y los círculos profesionales, muy pronto tuvo un lugar propio en La Prensa. *Su colaboración fue también solicitada por otras publicaciones, que así deseaban realzar sus páginas; y escritos suyos aparecieron en* Mundo Limeño, Lulú, Variedades, Alma Latina, Vesperal, *e inclusive* El Turf *—revista hípica cuya dirección compartió con "Debel".— Y ya fuera para evitar la enojosa repetición de su nombre en una misma publicación, o para tipificar una relativa jerarquización de sus propios trabajos, "Juan Croniqueur" optó por asignar otros seudónimos a los que nacían de una mera obligación laboral*[6] *y no armonizaban con su programa de vida.*

---

(6) No sólo una, sino muchas expresiones deslizadas en sus escritos juveniles, nos hacen saber cómo venció José Carlos Mariátegui su desgano, o su rechazo ante la tarea periodística realizada para justificar un compromiso de trabajo. Por ejemplo: en la "Causerie social", con la cual inició su colaboración en *El Turf* (Nº 13, pp. 15-16; 3-VII-1915), anota: "Una página por lo menos, me han dicho los directores de esta revista, que mal saben si *Jack*, tan respetuoso del lector, tiene con qué ocuparla". Pero sus responsabilidades y apremios lo incitaron a prodigarse, aun con cierta alegría, según advierte en los corteses elogios que le dirigían los empresarios de la hípica, y que alguna vez recogió

El primero de esos seudonimos subsidiarios fue "Jack", diminutivo del inglés "John", y por lo tanto equivalente a "Juanito" o "Juancito". Era fácilmente atribuible a "Juan Croniqueur", pero la identificación respectiva fue hecha en El Turf *(Nº 69, p. 19; 28-IV-1917) para satisfacer la curiosidad expresada por sus lectores: "Con el seudónimo de* Jack *inició* Juan Croniqueur *la publicación de algunos sonetos snobistas sobre aspectos y emociones del hipódromo, creando así un nuevo género de poesía elegante". Apareció por primera vez en* Mundo Limeño *(Nº 5, pp. 26-27; 27-VII-1914), asociado a las observaciones hechas "desde las tribunas del Jockey Club", en torno a los personajes que realzaban el espectáculo hípico. Al cabo de un año se lo halla varias veces en* Lulú. *Y desde entonces fue usado en* El Turf, *a través de dos años: no sólo en los sonetos mencionados sino en una serie de crónicas alusivas al ambiente social de las reuniones efectuadas en el hipódromo, y que acertó a desenvolver con ligereza, con ánimo travieso y familiarmente frívolo.*

Otro seudónimo de Juan Croniqueur fue "El de siempre". Unicamente apareció en Lulú *(1915), y de modo muy efímero. Estuvo asociado a unas apuntaciones muy zalameras, destinadas a realzar la belleza de las damiselas que exornaban la respectiva página; y se diría que fue ideado para inquietar a las aludidas con la identificación de la personalidad que así se ocultaba. Pero la incógnita no duró mucho, porque la propia revista se encargó de agradecer a Juan Croniqueur (Nº 14, de 21-X-1915) por "la bondad de brindarnos su colaboración, ya escribiendo al margen de las cabecitas limeñas madrigalerías y galantes elogios que bien se merecen 'ellas', ya sobre nuestras reuniones hípicas".*

---

en un reportaje (Nº 36, p. 6; 6-V-1916): "Usted habrá llenado *El Turf*. ¡Tan entusiasta como es usted!" Y en su hípica "Loa a Febo" (Nº 41, pp. 1-2; Lima, 10-VI-1916), la donosa confidencia acerca de una posible relación entre la extensión dada a una colaboración y la mayor o menor largueza de la retribución correspondiente: "Y yo he escrito las hojas necesarias / para cobrar mi colaboración".

Aparte de las iniciales correspondientes a su propio nombre y su principal seudónimo, José Carlos Mariátegui utilizó en La Prensa *dos embozos circunstanciales ("El Joven H" y "X. Y. Z.") y uno en* El Tiempo *("Sigfrido"). Del primero hemos obtenido noticia merced a la aclaración que el propio autor comunicó epistolarmente a su platónica amiga "Ruth" (26-IV-1916): "hace poco tiempo firmé algunas revistas teatrales con el seudónimo de* El Joven H, *simultáneamente con Yerovi que firmaba otras sobre la misma compañía con el suyo de "El Joven X". Con respecto al segundo, sólo fue usado (30-IV-1916) en los irónicos razonamientos enderezados a desmantelar los alardes eruditos que José de la Riva Agüero y Osma volcó en el discurso que pronunciara en la Universidad Mayor de San Marcos durante la ceremonia conmemorativa del tercer centenario de la muerte del Inca Garcilaso de la Vega. Y en cuanto al seudónimo de "Sigfrido", que revela al joven periodista como un entusiasta admirador de la música wagneriana, fue eventualmente empleado en una crónica teatral (26-XII-1916).*

Dedicamos atención separada a los seudónimos usados por "Juan Croniqueur" en las páginas de El Turf *(1915-1917): porque en ellos se revela claramente el propósito de satisfacer un compromiso laboral, esforzándose por darle una difícil amenidad a la revista, y contribuyendo a excitar el desarrollo de la naciente afición al destacar la elegante distinción de las reuniones hípicas y su carácter de fiesta social. Es decir, que esa reiterada apelación a nombres circunstanciales, en la publicación de las crónicas pertinentes a las tardes del hipódromo, obedeció: de una parte, a la temporal conveniencia de exhibir trabajo; y de otra, al lógico reconocimiento del efímero destino que les aguardaba. Pero juzgamos que el autor no pudo vencerse a sí mismo, y en esas crónicas volanderas deslizó algunas líneas testimoniales que favorecen la comprensión de sus vivencias.*

Los seudónimos que Juan Croniqueur adoptó, en armonía con las perspectivas de El Turf, *fueron los siguientes: "Monsieur de Camomille", "Val D'Or", "Kendal", "Kendalif" y "Kendeliz Cadet", "Cyrano III" y "Revoltoso".*

"Monsieur de Camomille" fue probablemente imaginado para compartir las afinidades francesas de "Juan Croniqueur". Pero al mismo tiempo se advierte en sus términos el deseo de adecuarlo al carácter de los temas a los cuales sería consagrado: pues, al entenderlo como "Señor de Camomila" o de manzanilla, guarda armonía con la ligereza de sus comentarios hípicos. No fue, por eso, muy duradero (VII a X-1915); y pronto pasó la respectiva tarea a un redactor anónimo.

"Val D'Or" fue adoptado en virtud de un equívoco. Autorizó uno de aquellos "reportajes de El Turf" *(Nº 14, pp. 21-22; 10-VII-1915), ingeniosamente urdidos para presentar un supuesto diálogo con algún crack de las pistas limeñas; pero Juan Croniqueur incurrió con ello en lamentable inadvertencia, porque "existía un inteligente y distinguido escritor" que en la misma revista había usado ya ese seudónimo y amistosamente se apresuró a reivindicarlo, y al mismo tiempo le llovieron al cronista las aclaraciones y los reproches de periodistas y* turfmen *que reconocían la pluma de Carlos Bustamante y Ballivián en la del "Val D'Or". Como era lógico, apareció la rectificación adecuada en la siguiente edición de* El Turf *(Nº 15, p. 18; 17-VII-1915). Y como es claro que Juan Croniqueur limitó a esa ocasión el uso de tal seudónimo, debe advertirse que no fueron suyos los reportajes anteriores, ni los posteriores "Comentarios en ripio libre" aparecidos con esa firma.*

"Kendal" es un seudónimo cuya resonancia parece asociarse al voceado nombre de un caballo de carrera; pero también pudo derivarse del patronímico de León Kendal, "quiromántico y astrólogo de fama mundial", cuya visita a Lima (VIII-1915) fue reiteradamente anunciada en la prensa coetánea. Lo cierto es que ese falso nombre acompañó especialmente a la publicación de "reportajes" hechos a los caballos que adquirían notoriedad por su actuación en alguna carrera clásica o la continuidad de sus triunfos; y, aparte de ejercitar su humor, el autor valióse de esa ficción para expresar sus opiniones e impresiones en torno al espectáculo. Fue celebrado por ello en los animados círculos que en el hipódromo formaban sus amigos

y algunos aficionados habituales, y animóse a dejar estampada la huella que permitía identificarlo: "cronista, menor de edad, dolido de un remo, dormilón y desmemoriado"[7].

"Kendalif" y "Kendeliz Cadet" son seudónimos que denotan una ostensible semejanza con "Kendal"; y como éste debió ser relegado, por corresponder al patronímico del citado "quiromántico y astrólogo de fama mundial" que a la sazón llegó a Lima, aquellos fueron usados para tratar los temas pertinentes. Por ejemplo: los "reportajes" hechos a los equinos por "Kendal" fueron efectuados por "Kendalif"; y "Kendeliz Cadet" asumió la redacción de una "crónica de los boxes", con apuntes sobre las impresiones de los propietarios y los preparadores en torno al trabajo de sus pupilos, así como los antecedentes y el estado general de los caballos. Pero uno y otro suscribieron además algunas traviesas rimas, y deslizaron reflexiones que denotan actitudes y relaciones personales.

"Cyrano III", usado sólo una vez (en El Turf: *Nº 47, pp. 32-33; 28-VII-1916), sugiere claramente su asociación con circunstancias hípicas: porque a la sazón corría en el hipódromo un potro llamado Cyrano II; y porque apareció al pie de unas rimas, inspiradas en los ensayos cumplidos por los caballos durante una mañana invernal. Pero es interesante apuntar que "Cyrano III" traza una huella destinada a permitir su identificación, en cuanto alude a "mi amigo Kendalif", e inclusive describe el paisaje matutino a la manera "como escribiría Kendalif"; y, por añadidura, alude amablemente a la placentera tertulia del Palais Concert, así como a una voz popularizada por "El Tunante" Abelardo Gamarra.*

"Revoltoso" fue usado sólo una vez, en "Carta abierta al Conde de Lemos"[8]. *Era el nombre de un caballo, que a la sazón destacaba en el hipódromo de Santa Beatriz; y su "carta"*

---

(7) Cf. "Cinco minutos de palique con un crack". En *El Turf:* Nº 25, pp. 20-21; Lima, 9-X-1915.
(8) Cf. en *El Turf:* Nº 74, pp. 17-18; Lima, 2-VI-1917.

ofrece caudalosa e irónica respuesta a uno de los "Diálogos Máximos" del escritor pisqueño[9], *que en los fingidos razonamientos de Mercadante y Heliodemo había incidido en la significación de las carreras de caballos. Tan displicente y afectado como solía serlo cuando se enfrentaba a la mediocridad, el famoso "Conde de Lemos" había atribuido al segundo una declarada creencia en la transmigración y, a base de ella, una risueña hipótesis sobre la velocidad que en las pistas desarrollaban los equinos: "Tengo para mí que los mejores caballos de carrera fueron en otro tiempo hombres que corrieron en las batallas... Alguno de nuestros coroneles, por medio de la transmigración, llegará en otra vida a ser favorito del público. Alcanzará como caballo triunfos que nunca alcanzara en su papel de hombre". A su vez, "Revoltoso" no quiso consentir que se le atribuyera esa oscura progenie, y rechazó la ofensa hecha a los caballos de carrera: porque halló "su origen en el centauro alígero", vinculó su ligereza al "ideal perenne del horizonte", y evocó a los congéneres perpetuados en la mitología y los fastos heroicos, para apuntar que existe notoria disimilitud "entre el alma de un caballo de carrera y el alma de un coronel con virtualidad metafísica de desertor".*

Quizá llegue a identificarse más tarde algún otro seudónimo de "Juan Croniqueur". Pero lo más probable es que sólo respalde alguno de esos escritos que suelen responder a un estímulo fugaz. Y aún quedará mucho por explorar en los esfuerzos que desplegó durante los años de su formación profesional, pues las exigencias cotidianas y la empinación de su figura lo obligaron a prodigarse: unas veces en el tratamiento de temas anodinos e intrascendentes, y otras en los ignorados tributos del anonimato. Su desvelada inquietud creadora hubo de ser amainada con frecuencia, ante la compulsiva tarea de cada día, según lo sabemos hoy por la confidencia hecha a su incógnita amiga "Ruth" (10-IV-1916): "Intenté un artículo y lo rompí a la primera cuartilla, y para cumplir con el periódico tuve sin embar-

(9) Cf. en *El Turf:* Nº 72, pp. 5-6; Lima, 16-V-1917.

go que llenar algunas ocupándome de la guerra y los socialistas alemanes. ¡Qué horror!" Pero no sólo debía vencer la pesantez de la rutina y ceñirse a los precarios alcances de la información, la glosa o la intencionada ironía que se ajustaba a la estrechez de la política criolla. También debía superar los márgenes que a la sazón contenían la libertad de las formas e imponían al periodismo la pobre resonancia de un eco. Y enfáticamente, con visión de futuro, diría: "Si yo me gobernara, en vez de que me gobernara la miseria del medio, yo no escribiría diariamente, fatigando y agotando mis aptitudes, artículos de periódico. Escribiría ensayos artísticos o científicos más de mi gusto"(10). *Aspiraba a evitar los riesgos de la automatización; a elevarse sobre las limitaciones del contorno y cumplir una misión constructiva, al servicio de la verdad y los bien entendidos intereses del país.*

TOROS, CABALLOS Y BAMBALINAS

Ese adolescente triste y contemplativo, que en La Prensa *cumplió las primeras jornadas de la lucha por la existencia, se inició también en el conocimiento de los alicientes frívolos y placenteros que ofrece la vida. Silencioso y virtualmente solitario al comienzo, escuchó comentarios vivaces o incitantes disposiciones en torno a espectáculos y reuniones alegres; y vió cómo se interrumpían las horas bulliciosas de la redacción, cuando los amigables periodistas daban por terminada su tarea y salían a disfrutar de algún esparcimiento. Siempre reflexivo luego, pero unido a sus experimentados compañeros, continuó las charlas de la redacción en las tertulias de café, y mitigó las fatigas del trabajo confundiéndose con el público en los espectáculos que era posible disfrutar en la Lima pacata y amodorrada. Empezó a evaluar dichos y hechos, vicios y virtudes. Cultivó afinidades. Y tal vez sin percibirlo, con espontaneidad y naturalidad absolutas, gustó solazarse en la contemplación del tráfago ciudadano:*

(10) En *El Tiempo:* Lima, 27-VI-1918.

pues en su dinamismo asomaban los signos del crepúsculo y el alba, del pasado caduco y el futuro inminente.

Un vivaz animador del grupo reunido en La Prensa *fue, sin duda, Leonidas Yerovi. Eufórico y vigoroso, jaranista y enamoradizo, ingenioso y dicharachero, cuéntase que desde algún café dictó a veces por teléfono las sátiras rimadas con las cuales debía cerrarse una edición. Compartía su afición por los toros con César Falcón, Félix del Valle y Antonio Garland; y en tal forma contaminaba su entusiasmo, que los comensales reunidos para agasajarlo en un almuerzo dominguero, acordaron acompañarlo a la corrida y desfilaron hacia la Plaza de Acho en una bulliciosa caravana formada por los autos de alquiler. Pero la sensibilidad de José Carlos Mariátegui se sobrecogía ante el excitado vocerío que invariablemente seguía a las buenas o las malas suertes ejecutadas por los diestros; o ante los objetos que el público echaba al ruedo y volaban peligrosamente sobre su cabeza; y rechazaba la crueldad y la efusión de sangre que señoreaban en la fiesta.*

Si, a pesar de ello, dejóse convencer muchas veces por las incitaciones amistosas, y aun ensayó su participación en las demostraciones de jolgorio, fue con el ánimo de unirse a la multitud y experimentar sus sensaciones. "Iba a las corridas de temporada, porque iba todo el mundo y tenía un vago y loco miedo de quedarme solo en la ciudad; compraba un delantero el sábado y tomaba un coche el domingo, para ir a la plaza; [pero] advertía con disgusto que a las puertas había siempre gente vocinglera y astrosa que trataba de venderle otros billetes, que le gritaba y lo ensordecía". Y después de sobreponerse a las impertinentes reiteraciones de los revendedores, al ir y venir de las vivanderas que ofrecían tentadoras muestras de la culinaria criolla, trasponía el severo control de la entrada y seguía al mozo que se le adelantaba a través de las galerías para indicarle la exacta ubicación de su asiento. Sentía entonces "un gran descanso" y "ocupaba su delantero". Pero allí estaba "casi siempre desesperado. Hombres gritones y torpes ponían los pies en el respaldo

de su asiento y pisaban [su] americana modesta pero atildada. Uno escupía a la plaza y el salivazo pasaba a corta distancia de [su] cabeza. Otro bebía chicha morada en un vaso muy grande y derramaba sobre [su] ropa dos goterones y un pedacito de piña. Un zambo agitaba un cencerro, hiciese o no hiciese falta, [y] otro zambo daba aullidos ante cada suerte"(11). *De modo que en sus contornos veía alzarse voces, gestos y actitudes de alcances desapacibles, perturbadores, frustrantes; que no le permitían apreciar las demostraciones de inteligencia, arte y valor de los diestros; y que ingratamente violentaban su individualidad. Al caer la tarde salía de la plaza de toros "dolido, enfermo, sordo, sucio y deprimido"*(12).

José Carlos Mariátegui prefirió distraer sus ocios domingueros en las carreras de caballos, que halagaban a la nueva burguesía con el prestigio de su origen inglés: y que ofrecían discretos ambientes al lucimiento de la belleza y la elegancia, en las altivas tribunas o las pulcras terrazas. Era "un criollo apacible y, además de apacible, pálido y triste, que gusta[ba] de los espectáculos plácidos y temía los espectáculos violentos". Y se aficionó a las carreras, porque en ellas "no le hostiga[ba] nada de lo que le hostigaba en los toros"; no halla "quien lo estruje, ensordezca y grite"; y, sin estar "encasillado en un delantero", podía pasear libremente y conversar con gente amable y risueña. Según sus propias palabras, allá no había hombres gritones, que pusieran los pies en el respaldo de su asiento, ni bebedores de chicha morada que mancillaran su vestimenta, ni agitadores de cencerros; y al caer la tarde no salía del hipódromo "dolido, enfermo, sordo, sucio y deprimido", sino "ufano, alegre y plácido"(13).

No obstante atender a tal contraste para decidir su afición a las carreras de caballos, "Juan Croniqueur" se reconocía como

---

(11) Cf. "Crónica del paddock", por Jack. En *El Turf:* Nº 36, pp. 20-21; Lima, 6-V-1916.
(12) Ibidem.
(13) Ibidem.

"el más raro y original turfista". Y era lógico: pues alguna vez llegó al hipódromo para satisfacer su interés por el conocimiento de un aspecto de la vida; comentó sus impresiones con otros redactores de La Prensa; *en apuntaciones trazadas para* Mundo Limeño *(Nº 5, pp. 26 - 27, 27-VII-1914) reveló las posibilidades que ofrecían al periodismo las especiales inquietudes del público reunido por la hípica; y vióse precisado a perfeccionar aquella faceta profesional cuando se incorporó a la redacción de* El Turf. *Pero es fácil reconocer que sólo obedeció entonces a una motivación práctica; y que se resignó a violentar temporalmente sus íntimas afinidades, para aliviar las penurias familiares. Así lo sugieren dos circunstancias: 1ª, haber compartido la responsabilidad editorial de* El Turf *con "Debel"*[14], *quien a la sazón era cronista hípico de* La Prensa *y probablemente lo asoció a esa empresa (VII-1915) porque supo apreciar las dotes profesionales de "Juan Croniqueur"; y 2ª, haber procedido a disminuir las colaboraciones adecuadas a los propósitos de* El Turf, *cuando su incorporación al plantel periodístico de* El Tiempo *(VII-1916) le significó un apreciable progreso profesional y personal. Y, por añadidura, juzgamos que se incurre en ligereza al soslayar o subestimar la experiencia que en la vida de José Carlos Mariátegui entrañó su trabajo en* El Turf: *porque fue un reto para su ingenio y su ductilidad, su habilidad expresiva y su certero asedio a la comunicación; y porque la frivolidad de las reuniones hípicas excitó la seriedad y la hondura analítica de sus preocupaciones, y quizá lo llevó a precisar la conciencia de sí mismo.*

---

(14) Guillermo Rouillón atribuye tal seudónimo a Eduardo Zapata López. Parecen confirmarlo: su amistad con José Carlos Mariátegui, perpetuada en una auspiciosa semblanza, inicialmente publicada en *El Grito del Pueblo* (de Guayaquil) y trascrita en *Lulú:* (Nº 22, pp. 22-23; Lima, 25-XII-1915); y las reiteradas menciones que a él aluden en las "crónicas" hípicas. Pero cabe recordar que Amadeo Delgado Pastor (en su "Contribución para un catálogo de seudónimos de autores peruanos", inserta en el *Boletín Bibliográfico:* vol. XVIII, Nº 3-4, pp. 254-264; Lima, XII-1948) identifica a "Debel" como David Luy, cuya prolongada afición por las carreras se cristalizó en la dirección de una revista hípica.

Aun el acto de trasladarse al hipódromo lo incitaba a cierta displicencia, según se insinúa en los rasgos de alguna crónica alusiva[15]:

> *Al subir a un coche, el cochero me grita imperiosamente, hecho un teutón: ¡Dos soles! Y yo, mansamente: Bueno.*

O lo inducía al suspenso, porque tal vez su voluntad se hundía en el cálculo de las probabilidades implícitas en alguna apuesta, o naufragaba al recordar que luego debía escribir una crónica sobre casos y cosas de la reunión[16]:

> *Llamo a un chauffeur: "Al hipódromo". Mi orden es dicha a la sordina. La orden altanera no es gentil. No hay más aristocrática templanza, ni más discreta mesura que la mesura en la voz y en la palabra. Después de haber gritado, debemos sentir remordimientos.*

Y mientras su mirada se perdía en el grisáceo aspecto de las calles irregulares y polvorientas de la ruta, se abandonaría a la modorra provocada por el bamboleo del vehículo, y dejaría aflorar vagos pensamientos[17]:

> *Sol. Sol. Sol. El Sol es mi enemigo personal. El Sol me hostiliza. El Sol me aturde. Sin embargo, yo voy a las carreras alegremente. Hay mucho polvo en el camino. Pienso a veces que entre el Sol y el polvo del camino se han confabulado para asfixiarme. Y pienso que el automóvil que me lleva es un cómplice solapado, avieso y sórdido.*

O, percatándose de la distancia recorrida en el camino[18]:

---

(15) Cr. "Crónica del paddock", por Jack. En *El Turf:* Nº 41, pp. 3-6; Lima, 10-VI-1916.
(16) Cf. "Crónica del paddock", por Jack. En *El Turf:* Nº 43, p. 13; Lima, 24-VI-1916.
(17) Cf. "Crónica del paddock", por Jack. En *El Turf:* Nº 66, p. 7; Lima, 9-XII-1916.
(18) Cf. "Crónica del paddock", por Jack. En *El Turf:* Nº 37, p. 13; Lima, 13-V-1916.

Mi automóvil —alguna vez he de escribir mi automóvil— *entra en el Paseo Colón.*

En las flamantes instalaciones ofrecidas a la afición hípica, no faltaba en el hipódromo de Santa Beatriz una amplia cantina. A ella acudían los espectadores, entre una y otra carrera, para mitigar la sed, intercambiar impresiones, y aun adelantar pronósticos o datos sobre presuntas "fijas". Entre tanto, bebían pausadamente "pilsen Lima, soda water [o] kola chalaca", y a veces té, e inclusive deglutían "sandwichs [o] pasteles: pues "pedir pisco en un hipódromo es lo mismo que pedir anticuchos y choclo, ya que el pisco es bebida de los toros lo mismo que la chicha"[19]*. Y allí, o en las terrazas, las conversaciones eran discretas, jugaban con los efectos de la ironía o el buen gusto, y oscilaban entre el saber y el azar. Y las damas, que permanecían ajenas a las apuestas, paseaban en esos momentos risueñamente, atrayendo miradas y removiendo sentimientos con su ostentación de belleza, gracia y elegancia. De modo que la reunión se desenvolvía plácidamente, y sólo se desahogaban las emociones en la tensa expectativa suscitada por la competencia de los equinos y la posible fortuna de las apuestas.*

No es necesario dilucidar si los extremos de ese contraste fueron descritos a base de un examen puntual, o sólo correspondieron a una visión subjetiva. Basta reconocer que así planteó José Carlos Mariátegui una alternativa personal, precariamente determinada por el imperio de parámetros condicionantes. Entre ellos se advierte la influencia debida a su iniciación en algunas complacencias de la vida; a su amistosa relación con los redactores que siempre parecían acudir al encuentro de la alegría; y aun a los imperantes patrones de conducta, que a la sazón propiciaban la actitud mundana, más o menos displicente, sentimental, soñadora y adicta a lo novedoso. De allí

(19) Cf. "Crónica del paddock", por Jack. En *El Turf:* Nº 44, p. 12; Lima, 1º-VII-1916.

el elogio de la hípica, hábilmente modulado para destacar su adecuación al espíritu de la época[20]*:*

> *Las carreras son el espectáculo supremamente elegante y supremamente aristocrático. Y son, aún más, el espectáculo moderno. No encasillan a los espectadores como otros espectáculos. En el hipódromo se respeta y garantiza la libertad del espectador. El espectador tiene en la tribuna cómoda y amplia, en la terraza extensa y embaldosada, en el paddock alegre y fresco, en los jardines florecidos y armoniosos, la ilimitada libertad que sólo este espectáculo ofrece . . . El teatro y el coliseo oprimen al espectador. Lo obligan a permanecer en un solo sitio y en una sola posición. Tienen en su espíritu el rezago medieval de la prisión. Y la libertad favorece la elegancia. Una belleza y una toilette tienen más importancia y relieve decorativo en un hipódromo que en un coliseo.*

Pero no es difícil advertir que los relieves asignados a la hípica son puramente convencionales, y apenas constituyen parte de la propaganda enderezada a realzarla, para contrapesar la tradicional atracción de los toros. No constituyen una voz de adhesión. Y no sofocan los pronunciamientos del propio fuero anímico, ajeno a la frivolidad del ambiente: pues en el hipódromo, como en el coso taurino, aflora el hombre triste y solitario, que se incomoda ante las voces estentóreas y alardeantes, opone su cauta sonrisa a las carcajadas abruptas, y evita la excitación de las bebidas alcohólicas.

No es extraño que "Juan Croniqueur" prefiriera a veces el aislamiento en las reuniones del hipódromo: para replegarse en su intimidad, o quien sabe si para disimular su hastío. Se acogía entonces a un mirador, que lo protegía de los inclementes rayos solares[21]*:*

---

(20) Cf. "Crónica del paddock", por Jack. En *El Turf:* N° 71, pp. 1-2; Lima, 12-V-1917.
(21) Cf. "El mirador de Kendeliz Cadet". En *El Turf:* N° 64, p. 11; Lima, 25-XI-1916.

La tarde es de un sol agudo y quemante. Siento así mayor la placidez de un mirador. Si yo estuviera entre esas gentes que pasean y que discurren, me sentiría sudoroso y colorado. En mi mirador hay serenidad y tibieza. Hasta él no llega el Sol sorpresivo y fuerte.

Allí podía volcarse a sus propios pensamientos. Y en el imbricado flujo de sus preocupaciones aparecían, como en un caleidoscopio, las imágenes silenciadas que formaban parte del espectáculo, así como las que asomaban en su evocación de la Lima familiar y bullanguera. Aquellas, movidas por la afectación y envueltas en el novedoso ambiente que había sido creado por la imitación; y éstas, emergidas de la simplicidad e insertas en el heterogéneo panorama de la vida urbana. Por eso recrea en su mirador los elementos de un cuadro de costumbres limeñas[22], *con cierto matiz irónico en su simpatía, pero con un implícito deseo de contrastar su autenticidad con el ajeno carácter de la hípica. Dice:*

Me han llamado la atención los bizcocheros unos chinos con latas de basura, los gallinazos, unos coronguinos y otras cosas que según me afirman son típicas de la localidad.

O desliza algunas sátiras, en sus fingidos reportajes a los cracks, y así deja aflorar las roedoras inquietudes del momento[23]:

Fugace debe haber oído hablar sin duda de Carreño. En esto puede diferenciarse de los yanquis cuando son ministros de hacienda y expedicionan por la América del Sur.

O reacciona ante las demasías de la política imperialista, cuando aparenta dirigirse al corcel que en las pistas sumaba triunfos[24]:

---

(22) Cf. "Wilful y nosotros". En *El Turf:* Nº 40, pp. 18-19; Lima, 3-VI-1916.
(23) "Con Fugace, el fenómeno de ayer", por Kendalif. En *El Turf:* Nº 37, p. 24; Lima, 13-V-1916.
(24) Cf. la "Loa a Febo".

Eres peruano, Febo, y Yanquilandia
quiere echarle la zarpa a tu nación.
Y Mac Adoo nos hizo una perrada
cuando vino de tránsito a Nueva York.

Por ende, es fácil advertir que en sus crónicas quiere dejar un testimonio de lo frágil y ocasional que era su afición a la hípica. Y, de modo coherente, anuncia en sus "emociones del hipódromo" que "el poeta esplinático se pasea y se aburre"[25]*. Ante ello, no podemos menos que atribuir cierto simbolismo a su refugio en un mirador, desde el cual extendía una mirada serena sobre el espectáculo, pues sugiere que su pensamiento y su deseo estuvieron muy distantes mientras hubo de compartir el afectado esparcimiento de las reuniones.*

Justamente en el hipódromo, y a la vista de la niebla que a veces se cierne sobre la pista cuando se da la última carrera, monologa en forma displicente[26]*:*

Mi vida en este instante tiene un vulgar teorema:
a las seis de la tarde el landó y el cinema,
a las siete el fastidio y a las ocho el cocktail.

Y así aparecen en el discurso íntimo otros alicientes, que imponen su preeminencia. No son ya los afanes que circunstancialmente condicionan los gustos del público; sino aquellos que tienden a la contemplación y la comprensión de la vida, en armonía con la sensibilidad individual. Y si es posible que José Carlos Mariátegui redactara anteriormente alguna crónica taurina, en forma incidental y anónima; o si en su condición de cronista hípico desplegó una notoria versatilidad, a pesar del aburrimiento motivado por la consabida intrascendencia de los temas que hubo de tratar y la esencial frivolidad de los lectores a quienes debía dirigirse; lo cierto es que tales fueron tareas cumplidas en aras de su acceso a los superiores niveles profesionales, pero que en ningún momento alteraron su concep-

(25) Cf. el soneto V de sus "Emociones del hipódromo".
(26) Cf. el soneto VI de sus "Emociones del hipódromo".

ción del periodismo como instrumento de orientación social y cultural. Aquella experiencia había perfilado su agudeza para el seguimiento y la presentación de las noticias, así como los originales relieves que su pluma confería a los asuntos más comunes. Y cuando podía cavilar en torno al "teorema" que en las postreras horas dominicales se planteaba a su inquietud, en verdad estaba ejercitando su aptitud para adecuar su trabajo a sus propias afinidades. Porque ha alcanzado ya la necesaria prestancia para encuadrar sus desvelos dentro de una especialidad genérica, y aun darle vida nueva o el atractivo formal que le permitieran atraer la atención y la simpatía de sus lectores.

Creemos que aflora una reveladora asociación en las antedichas cavilaciones de José Carlos Mariátegui. Por una parte, el cinema, limitado aún en su técnica y en el empleo de los medios interpretativos, pero muy sugerente en la sensualidad de los primeros planos y la exageración de los gestos y actitudes; y por otra parte el cocktail, en el Palais Concert, a la hora en que los escritores jóvenes se reunían para cambiar impresiones sobre las cintas cinematográficas y los estrenos teatrales, mientras los aires del elegante café se estremecían a los acordes de un grupo orquestal integrado por damas vienesas, y a través de los cristales se divisaba a las bellas damas y los personajes que paseaban por la calle a la salida de los espectáculos. Es una asociación de arte y vida, que ya marcaba los pasos del novel periodista: pues en su primera crónica reveló la atención que otorgaba a los sucesos del mundo; para documentar sus notas sobre las exposiciones pictóricas frecuentó las clases dictadas en la Academia Concha; y para elaborar con seriedad la crítica desvelóse en largas lecturas sobre la inspiración y la proyección social de la creación dramática, y sobre la significación que en la vida de los pueblos tiene el lenguaje espiritual de la música.

Según podrá advertirse, las notas que "Juan Croniqueur" dedicó al arte estuvieron respaldadas por cierta versación en asuntos de estética. Por eso lo vemos sostener, airosamente, una breve y agria polémica en torno al premio discernido a Juanita Martínez de la Torre en un concurso pictórico promovido por la

Academia Concha, y nada menos que para desvirtuar los juicios del pintor Teófilo Castillo. Seguía emocionadamente los conciertos que a la sazón se ofrecían en Lima, y con rendida emoción se aproximaba a los artistas para captar sus impresiones acerca del arte y la vida, e infundir luego a sus notas el calor humano que deseaba trasmitir a los lectores. Acudía a las representaciones dramáticas para apreciar en ellas la imitación de la realidad, más o menos estereotipada en los libros que leía con avidez y recreada en los escenarios merced a las dotes de los actores; y tras de las bambalinas iniciaba una relación amistosa con éstos, para juzgar la actitud que adoptaban con respecto a los personajes que encarnaban en las tablas y aproximarse así a la intrínseca dualidad del arte histriónico. Su proyección sentimental es notoria en cada caso. No es un observador analítico e imparcial porque vuelca sus propias emociones en la contemplación de la creación o la interpretación artística; pero al mismo tiempo se advierte que al disfrutar el arte se irisa y se potencia su sensibilidad, en grado que sólo atina a satisfacerse en la expresión lírica. Y lo dice sencillamente, en un acento movido por sincera felicidad: "Cuando el alma tiene una suprema emoción artística, se siente la necesidad imperiosa de escribir versos"[27]. *O queda en suspenso, confundido por la intensidad del gozo: "¡Cuanto sufre el alma cuando la palabra no tiene la emoción que uno le pide!"*[28].

Muy efímera, y sólo guiada por la curiosidad, fue su concurrencia a las lidias de toros. Hábilmente conducida, pero meramente condicionada por un compromiso laboral que le permitía incrementar sus ingresos, fue su afición a las carreras de caballos. Y en cambio, su temprana devoción por todas las formas del arte denota la profundidad y la firmeza de una identificación sentimental, porque en sus expresiones halló la vía propicia a la ensoñación, al encuentro de sí mismo y al incitante prenuncio del camino de la vida. Transido y tembloroso,

(27) Cf. su reportaje a "Luisa Morales Macedo, artista admirable". En *El Tiempo:* Lima, 23-IX-1916.
(28) Ibidem.

sutil, multifacético, generoso y siempre asequible a su propia renovación, el arte tiene también la virtud de conducir hacia la plenitud del ser, y hacia el fácil entendimiento con las personas afines. De allí el tono afable y comprensivo que habrá de emplear Juan Croniqueur cuando anota sus impresiones sobre los cultores del arte, e inclusive cuando alude a la fraternidad que lo unió con escritores como Abraham Valdelomar o Leonidas Yerovi. Y es impresionante apreciar la intensa proyección de su personalidad en los comentarios que dedica a la maestría pianística de Luisa Morales Macedo; a los óleos de Roura Oxandanberro; a la gracia y el sentimiento volcados en la danza o el canto por artistas como Felyne Verbist y Norka Rouskaya, Esperanza Iris y Tórtola Valencia; a las interpretaciones dramáticas de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. En tanto que fueron con frecuencia un pretexto para expresar sus afinidades y discrepancias, los escritos juveniles de "Juan Croniqueur" no envuelven únicamente el registro de los sucesos cotidianos; pues son la versión críptica de los valores, las emociones y aun las indefinidas aspiraciones que el autor anidaba en su conciencia.

TRANCE LIRICO

En los escritos juveniles de José Carlos Mariátegui hallamos una reiterada afloración de sus más íntimas vivencias. Y es lógico: porque sus días fueron signados en su infancia por la soledad y la tristeza, y durante la adolescencia fueron inquietados por cavilaciones y perplejidades. Muchas veces debió pasar largas vigilias, mientras imaginaba interrogaciones y confidencias en el silencio de las noches hogareñas. Discurriría entre incógnitas y sombras, mientras el viejo reloj anunciaba la implacable sucesión del tiempo. Y acuciado por las circunstancias familiares, alentaría una persistente ansiedad por llegar a la comprensión de la realidad social y de la posición que en ella debería ocupar. Acaso aguardaría que algunas afinidades lo ayudasen a moderar su soliloquio, o imaginaría acciones y relaciones que mitigasen su angustia existencial, o de-

jaría asomar alguna rebeldía contra la resignación que su madre le inculcaba en armonía con una ingenua religiosidad. Cobró entonces afición a la historia de los grandes hombres, que forjaron su carácter en la oposición a la molicie, la mediocridad y el acomodo; siguió el encandilamiento de los místicos, la transida voz de los poetas y las ficciones romancescas en torno a idilios e intrigas de lejanas tierras; y recreando sus ejemplos pasó las horas en deleitoso trato con los libros que caían en sus manos. Especialmente llevólo su sensibilidad hacia la poesía, pues, ya fueran cautelosamente modulados o coléricos, sencillos o encrespados, descubrió en los versos el mensaje de espíritus inquietamente asomados a los arcanos de la vida, beatamente propicios al amor y el dolor, iluminados, altruistas. Es posible que aun en sus años tempranos puliera algunas composiciones poéticas, porque sólo el trémulo lenguaje de las musas podía expresar dignamente las cuitas y los deslumbramientos que emergían en el recatado silencio de su intimidad. Y testimonios familiares han recordado que memorizó algunas poesías gratas a su sentimiento, y a veces las recitó durante las reuniones efectuadas para conmemorar fechas domésticas.

Nuevas motivaciones hubieron de inquietarlo al sobrellevar las asperezas de la lucha por la existencia. Dejó fluir su inspiración cuando quiso volcar en palabras la sensación salobre que suelen dejar las angustias y los presagios de la vida cotidiana. Cuando la vacilación o la duda oscurecieron la impaciente proyección de sus ansias juveniles. Y en su ánimo alcanzaron nueva significación el silencio y la soledad, o la temblorosa complicidad de la noche, pues le permitieron disfrutar de su "vida interior", como quien se solaza en la paz de un "refugio"[29]*. Bajo su imperio entregaba lentamente al olvido los confusos reclamos de la vigilia, relegaba tensiones y estímulos a un desván de la conciencia, y requería la pluma para hilvanar los versos que tradujeran sus afecciones más en-*

(29) En carta dirigida a "Ruth", el 26-IV-1916, confesaba: "¡Qué me importa el público, amiga mía! Me basta mi vida interior. Y en ella me refugio".

trañables. Siempre la pluma, sigilosa, y no la máquina a la cual apelaba en la redacción para desenvolver la ágil prosa de sus crónicas: porque la creación poética y el indiscreto traqueteo de las teclas mecánicas eran "cosas incompatibles" para su sensibilidad[30]. *Y plasmaba sus vivencias en breves poesías, o musitaba versos escritos anteriormente a fin de revivir sus circunstancias y someterlos a un proceso autocrítico. En cada poesía volcaba las emociones e intuiciones que colmaban esa "vida interior"; pero las componía con tal sinceridad que el lector puede identificar en ellas una confidencia, y aun descubrir conceptos e imágenes destinados a suscitar la comprensión de los espíritus afines. Su lenguaje es, sin duda alguna, más personal; alcanza mayor originalidad y más alta tesitura que en las obras de cualquier otro género; pero difícilmente era apto para trascender a las vastas audiencias. Y en los fueros de la razón encaró José Carlos Mariátegui un dilema: porque en su calidad de cronista se hallaba primordialmente comprometido a excitar la comprensión del lector y a orientar su simpatía hacia los puntos de vista que tratase; y su incidencia en la poesía hubo de inducirlo a preferir sus propias emociones y el cuidado de la calidad estética. Vale decir que el ejercicio del periodismo lo situó ante la imperativa tarea de atender a las manifestaciones de la cultura popular, pero al mismo tiempo le franqueó la tentadora posibilidad de dar a la estampa las efusiones de su intimidad; y como se había incorporado a un círculo de escritores más o menos envanecidos por los halagos de la fama, tendió a satisfacer aspiraciones de afirmación personal y en su poesía afectó cierto ensimismamiento acorde con el individualismo en boga.*

Movido por esa doble perspectiva, juzgó sus versos en las sinceras frases de una epístola reservada. Apuntó que admiraba su hondura y su calidad estética, pero a un mismo tiempo sentía una vaga frustración por no haber logrado captar en ellos la intensidad de su "vida interior". Según sus palabras[31]*:*

---

(30) En carta a "Ruth", de III-1916, leemos: "Produje en ella [la Underwood] mucha prosa, versos nunca; son cosas incompatibles".
(31) Ibidem.

mis versos... son muchas veces abstrusos, esotéricos, extravagantes. Responden a complejos estados de alma y no es posible entenderlos sin conocerme. Son pocas las personas que gustan mucho de ellos. El Conde de Lemos, More, yo, escasas gentes más. Yo amo y admiro mis versos. ¡Los siento tan sinceros y tan hondos! Sé que no he apresado en ninguno de ellos toda mi emoción artística, toda mi sensación íntima, y esto me atormenta. Tal vez en uno de ellos, que llamé "Viejo reloj amigo", apresé toda mi visión.

Subrayamos que esas palabras constan sólo en una epístola, pero interesa la complacencia que las alienta: porque el sentimental y a veces displicente "Juan Croniqueur" nos dice que ama y admira sus versos. Tal vez para condicionar la estimación literaria o el acercamiento afectivo de su interlocutora; o quien sabe si adoptando una postura al estilo de Abraham Valdelomar. Pero lo cierto es que así justificó su propósito de dar pronto a la estampa un libro de poesía.

Anunciado desde los albores del año 1916, la publicación de ese libro fue vanamente esperada: pues, no obstante apuntar que se hallaba "próximo"[32], *y aun que estaba "listo ya" y aparecería "muy pronto"*[33], *es probable que a ello se opusieran las dificultades editoriales o la personal reflexión del autor. A pesar de ello, podemos intuir los perfiles y los designios del proyectado libro, a través de las referencias deslizadas en la prensa.*

Según las inserciones aparecidas al pie de varias poesías, su título confesaba un estado anímico: Tristeza. *Tal vez como expresión de los ansiosos presentimientos acunados en la soledad, como declaración de la perplejidad que el joven alienta*

(32) Cf. las publicaciones de algunas poesías destinadas a figurar en sus páginas, adelantadas tanto en *La Prensa* (de 2-I y 23-IV-1916) y en *El Tiempo* (21-VIII-1916), como en *Colónida* (Nº 3, de 1º-III-1916) y en *Renacimiento* (Guayaquil, 1916).
(33) En carta a "Ruth", suscrita el 16-IV-1916.

en su transición desde la inocencia infantil a las duras experiencias de la lucha por la vida, como síntesis de un romanticismo epigonal, o como trasunto de la influencia derivada de algunas lecturas literarias y filosóficas. Sobriamente ceñido a una palabra sencilla, pero definitoria, el título sugería todo eso, y mucho más. Era necesario adelantar algunas precisiones sobre sus alcances, y aun orientar la comprensión de su trasfondo espiritual. Y en las apuntaciones epistolares de "Juan Croniqueur" se advierte que debían coadyuvar a ello las afinidades y vivencias expresadas en una serie de epígrafes, tal vez propios y ajenos, así como la interpretación amistosa que se ofreciera en el prólogo. De aquellos conocemos siquiera uno[34]:

> *¿Sabes cuál será uno de los epígrafes de mi libro de versos? Serán los siguientes versos de Chocano:*
>
> *Yo no jugué de niño.*
> *Por eso siempre escondo*
> *ardores que estimulo con paternal cariño.*
> *Nadie comprende, nadie, lo viejo que en el fondo*
> *tendrá que ser el hombre que no jugó de niño.*
>
> *Estos versos debieron ser míos. No los he escrito yo, porque antes que yo los escribió Chocano.*

Y como el joven poeta hace suya esa confesión lírica, porque en ella identifica la tristeza predominante en sus personales memorias de la infancia, suponemos que pudo incluir entre los epígrafes algunos fragmentos que en sus poesías revelasen las pesarosas emociones de los años vividos. Por ejemplo, aquellos versos[35] *en los cuales deja aflorar.*

> *Un desdén por la vida. Una vaga inquietud*
> *ante la certidumbre de que habré de morir*
> *y aunque siento infecunda mi fatal juventud*
> *una pena muy honda, muy honda de partir . . .*

(34) Ibidem.
(35) Cf. los versos de "Spleen".

O aquellos en los cuales parece temer que la actitud anímica fuera una sombra cernida sobre la pureza de la vinculación sentimental[36]*:*

. . . me has amado
porque soy infinitamente triste.

O esos que reflejan las inquietantes vacilaciones de su transición espiritual[37]*:*

Mi tristeza es tan sólo la tristeza enfermiza.
de un niño un poco místico y otro poco sensual.

O la gravitación hacia la filosofía del pesimismo[38]*:*

La voz de Schopenhauer adoctrina doliente
en mi alma que ha perdido la ilusión de la vida.

Y aun la contrastante animación del cuadro social que no logra amortiguar sus dolidas preocupaciones[39]*:*

y un joven está triste cual si reflexionase
en lo inconsecuente que es la felicidad.

De modo que todo nos induce a reconocer en ese título una exacta definición de la actitud lírica de José Carlos Mariátegui. Tal vez entrañaba una confidencia, y reclamaba que se lo pronunciase en tono espacioso y sibilante: porque esa Tristeza *era una constante en los recuerdos de la infancia gris y en las inseguras proyecciones de su paso por la vida, en las influencias recibidas a través de las enseñanzas religiosas y la ideología filosófica, e inclusive en la dolorosa introversión que lo llevaba a dudar del amor y a preferir la soledad cuando se hallaba en*

(36) Cf. en "Morfina".
(37) Cf. en "Plegaria del cansancio".
(38) Cf. en "Coloquio sentimental".
(39) Cf. el soneto V de sus "Emociones del Hipódromo".

compañía. Era una Tristeza *nacida en el versátil discurso del soliloquio; y tal vez profundizada por las roedoras angustias del individualismo. Envolvía la versión de pasiones y observaciones, ansias y reflexiones de un ánimo turbado por el enfrentamiento con situaciones ásperas. En verdad, un testimonio: "todo un hondo y sentido boceto de mi vida, de mis inquietudes y de mis anhelos"*[40]. *Pero era tan persistente como los reiterados y estrechos límites de un laberinto; y, lejos de abandonarse a su pesantez, el ánimo esforzado habría de pugnar por despejarla para buscar el paso hacia la fecunda generosidad de la preocupación social.*

A través de una apuntación epistolar conocemos otro detalle adicional del poemario que debió aparecer bajo el título de Tristeza, *a saber: incluiría un prólogo. A manera del espaldarazo caballeresco, sería respaldada así la presentación pública del escritor novel; y como éste pensaba solicitar a quien conjugase una voluntad amistosa y la necesaria sutileza para la crítica, sorteó muchas dudas antes de llegar a la designación correspondiente*[41]:

> *Me preocupa la cuestión del prólogo. Busco entre los literatos cuajados uno bastante comprensivo. Y he pensado en Luis Fernán Cisneros. El lo hará con gusto y bien.*

Al margen de sus propósitos editoriales, "Juan Croniqueur" agrega en sus palabras algunas nuevas precisiones sobre la significación que La Prensa *tuvo en su experiencia y sus relaciones profesionales: porque alude a las cualidades personales y literarias de Luis Fernán Cisneros, permite suponer que armonizaron con el magisterio periodístico ejercido desde la dirección por Alberto Ulloa Cisneros, y confirma la cordial intensidad de la comunicación mantenida entre los redactores del diario.*

---

(40) Cf. la citada carta a "Ruth" de III-1916.
(41) Ibidem.

En cambio, sólo han llegado hasta nosotros muy escasas alusiones sobre las poesías incluídas en el anunciado libro. Algunas constan en las notas hechas al pie de sus respectivas publicaciones[42]*; pero a base de ellas no se logra identificar ni una decena de esas poesías; y como aquellas que han sido reunidas ahora no se ajustan en su totalidad al carácter sugerido por el título, es procedente sujetar el conjunto a un escrutinio. Al efecto, estimamos: 1º, la breve cronología de las colaboraciones poéticas suscritas por "Juan Croniqueur" es particularmente intensa en 1916, pero denota una tendencia declinante en los últimos meses, y sólo se extiende hasta febrero del año siguiente; 2º, no obstante afirmar que el libro destinado a reunir sus "versos" estaba "listo ya" (16-IV-1916), declara haberse fijado un plazo mínimo de seis meses para decidir su aparición (III-1916), pues lo atormentaba la idea de no haber captado en ellos toda su emoción artística; 3º, muchos de esos versos fueron sólo ejercicios ocasionales, enderezados a cumplir un compromiso económico (por ejemplo, las poesías relacionadas con la hípica) o a realizar una prueba de ingenio (por ejemplo, los madrigales compuestos para un concurso frívolo o el soneto "A Tórtola Valencia" escrito en colaboración con Abraham Valdelomar y Alberto Hidalgo); y 4º, las poesías destinadas a figurar en las páginas de* Tristeza *fueron aquellas que estimaba como las expresiones más entrañables y personales de su inspiración. En consecuencia, deducimos: 1º, que la incidencia lírica de "Juan Croniqueur" refleja sus circunstancias íntimas, así como una implícita respuesta al reto planteado por las actitudes literarias de los redactores de* La Prensa *y su vinculación con el grupo* Colónida; *2º, la posible relación entre la declinación de su entusiasmo poético y su conversión en cronista político, a raíz de su incorporación al plantel periodístico de* El Tiempo; *y 3º, el conocimiento de las grandezas y las miserias ligadas al poder público y a la emergencia de los problemas sociales lo indujo a rechazar gradualmente la insustan-*

(42) Cf. la nota 32.

cialidad y la carencia de proyección del individualismo reflejado en las poesías de Tristeza, *y finalmente lo llevó a someter sus manuscritos a un implacable auto de fe.*

Cabe proponer una reflexión tangencial, en lo tocante al abandono del proyecto editorial: porque inicialmente fue anunciado en La Prensa, *el 2-I-1916; ratificado, de manera particularmente notoria, en el tercer número de* Colónida, *correspondiente al 1º-III-1916, aunque a la sazón declaraba confidencialmente su autor que por lo menos tardaría seis meses para decidir su aparición; y casi al desgaire fue posteriormente ratificado el anuncio del libro en* El Tiempo, *del 20-VIII-1916. Entre los extremos de esa breve secuencia se desenvolvieron dos hechos, que en alguna forma sofocaron el lirismo de "Juan Croniqueur": la aventura representada por la aparición de la revista* Colónida, *cuyo primer número correspondió al 15-I y el cuarto al 1º-V-1916; y la gravitante competencia ocasionada por un frívolo concurso de madrigales (IV-1916) promovido por la revista* Lulú, *y que transitoriamente forjó una rivalidad entre "Juan Croniqueur" y otros integrantes del grupo. En lo tocante a* Colónida *—no obstante su amistad con Abraham Valdelomar y su inclusión entre los escritores jóvenes que asumieron su credo estético—, sólo se registró su colaboración en el tercer número, cuya dirección fue accidentalmente ejercida por Federico More; y no fue comprometida cuando ocho poetas del grupo decidieron hacer en común un libro, dejando "eliminados dos o tres nombres . . . por razones de amistad personal y no de desdén literario"*[43]. *Es cierto que las alegadas "razones de amistad personal" explicaron de modo elocuente las limitaciones de la compilación; pero fueron inmerecidamente descorteses e inamistosas para cuantos pudieron sentirse "eliminados"; y además de reflejarse su efecto en la burlesca mención del*

(43) Cf. "Las Voces Múltiples", crónica aclaratoria sobre el origen de la compilación antológica aparecida bajo el mismo título. En *Colónida:* Nº 4, p. 38; Lima, 1º-V-1916.

poemario como "las coces múltiples"[44], *dio origen al resquebrajamiento del llamado "grupo Colónida" y a la definitiva suspensión de la revista. Por añadidura, es claro que esa actitud labró el desengaño de José Carlos Mariátegui con respecto a las vanidades de los poetas, y a su vez lo animó a consagrar severos juicios acerca del "colonidismo": "no constituía una idea ni un método . . . [sino] un sentimiento ególatra, individualista, vagamente iconoclasta, imprecisamente renovador . . . [que sin ser] un haz de temperamentos afines . . . [ni] una generación, . . . tendió a un gusto decadente, elitista, aristocrático, algo mórbido"*[45].

Si hoy queremos aproximarnos a la reconstrucción de Tristeza *podemos apelar a dos fuentes de información, a saber: las indicaciones aparecidas al pie de las poesías insertas en la prensa periódica, a fin de anunciar la próxima edición del libro; y las poesías inspiradas en circunstancias o fases de la vida, las inquietudes y los anhelos del autor. Aquellas son:* Morfina, Nostalgia *(que inicialmente apareció bajo el epígrafe de "Educación abstrusa"),* Nirvana, Plegaria del cansancio, Coloquio sentimental, Insomnio, Elogio del ópalo *y* Plegaria nostálgica. *A las segundas adscribimos las siguientes:* Spleen, Nocturno, Paréntesis, Viejo reloj amigo, El elogio de tu clave, Interpretación *(III),* Elogio a Cervantes, Elogio de la celda ascética, La Voz evocadora de la capilla, Minuto de la confidencia, Minuto del encuentro, Afirmación, Fantasía Lunática, Fantasía de otoño, Ditirambo elegante *y* Tú no eres anacrónica. *En total, veinticuatro poesías. Todas ceñidas al modelo estrófico del soneto; pero con una diferencia en el metro, pues diez han sido compuestos en el clásico endecasílabo, y catorce en los alejandrinos gratos*

---

(44) El sostenedor de la burlesca alteración del título fue Florentino Alcorta, en *El Mosquito;* y a pesar de los esfuerzos que desplegó en sucesivas ediciones para "picar" a los ocho autores, no nos parece que a ello lo incitara su mayor o menor mérito literario. Creemos que se refirió a las "coces" que los ocho autores propinaron a sus amigos poetas, al eliminarlos de la antología "por razones de amistad".
(45) Cf. sus apreciaciones sobre *"Colónida* y Valdelomar", en *7 ensayos.*

al modernismo. E inclusive difieren entre ellos debido a cierta especificidad o afinidad, que movieron a "Juan Croniqueur" para agruparlos en series; y como sólo conocemos éstas a través de algunas muestras, podemos imaginar la magnitud de un posible auto de fe que ocasionaría la destrucción de los manuscritos de Tristeza. *Por ejemplo: conocemos* Los psalmos del dolor *a base de poesías numeradas de III a V; apenas han llegado hasta nosotros las* Interpretaciones *III y IV; y sólo mediante composiciones singulares, las* Elegías de las horas sentimentales *y* Plegarias románticas. *Por lo tanto, es claro que fue un libro homogéneo en cuanto a su forma, de contenido coherente, y con una estructura ajustada a las coincidencias temáticas.*

Esos versos son mesuradamente confidenciales, a veces contaminados por la displicencia y el escepticismo, siempre saturados de la brumosa nostalgia que suscita el recuerdo de lo pasado y las ansias imprecisas que inspira el porvenir. Su "tristeza" interpreta una situación existencial; pero también trasunta cierta identificación con las postulaciones ideológicas de filósofos y escritores que sufrieron los efectos de la soledad y el desamor; y aunque la tremolación de sus palabras acoge imágenes convencionales —como los reflejos lunares, las melodías de un piano distante, o el implacable trascurso del tiempo—, en ningún momento se quiebra la unidad intrínseca de la poesía, ni padece la estricta correspondencia entre el concepto de la vida y la transida voz del poeta. No sólo asume una actitud comprensiva ante las enseñanzas dolientes de Schopenhauer, la intensidad trágica de la frustración que doblegó las esperanzas amorosas de Leopardi, o la callada contemplación que a la postre llevó al joven Werther a sorprender con sus besos atropellados a la mujer amada y a remediar su desesperanza con el suicidio; admira el deliquio místico de San Juan de la Cruz, la voluntad que una y otra vez ensayó Don Quijote en su lucha contra las propias adversidades y contra el mal enseñoreado sobre la vida, y también la confusa asociación entre realidad y ensueño que Segismundo urdió en la soledad de su prisión, o las engañosas visiones que hicieron olvidar a Verlaine las amar-

guras cotidianas. Desvelado por la silenciosa proyección que forjaba, ante el recuerdo de las acciones y las emociones de cada jornada reciente, convocaba una teoría de ilustres figuras cuya presunta compañía lo ayudaba a fortalecer su ánimo.

Confidencialmente, pero con el sincero deseo de excitar la comprensión ajena, sintetiza la íntima visión de sus vivencias[46]*:*

> *¿Por qué soy triste? ¿Quién sabe nunca el origen de estas cosas? Mi tristeza tiene vieja genealogía. Mi alma está de antiguo triste, porque el dolor es la verdad única de la vida. Pero el dolor y la tristeza son cosas voluptuosas que hacen a veces al espíritu más bien que la alegría y el optimismo.*

Movido tal vez por alguna respuesta contradictoria y la intención consoladora de la amiga a quien se dirigía, ratifica y amplía su pesimismo[47]*:*

> *El dolor es la única verdad. El dolor es purificador. En mí ha hiperestesiado todas mis aptitudes artísticas, todas mis sutilezas espirituales. Yo he sufrido y sufro probablemente más. Sufro un casi aislamiento, una absoluta soledad.*

Y aun admitiendo la posibilidad de hallar salvación en el amor, que en esos instantes le parecería huidizo o lejano, insiste luego en las oscuras perspectivas que ya había formulado[48]*:*

> *El amor es la única fuente que vale la vida. Porque es la fuente eterna del dolor y no hay mayor placer que el del dolor que aceptamos, buscamos y queremos. Las gentes que van al amor saben todas cómo es fuente de amarguras.*

---

(46) Cf. la citada carta a "Ruth" de III-1916.
(47) Cf. la carta a "Ruth", suscrita el 2-IV-1916.
(48) Cf. la carta a "Ruth", suscrita el 1º-V-1916.

Es la confesión de un ser contemplativo, que en su temprana edad se asoma a la vida desde una posición insegura, que medita en las ásperas leyes de la sociedad, cuando se siente herido por los aguijones de la soledad y el silencio; y que hace suyas las doctrinas inspiradas por el dolor humano.

Desde esa postura, y no obstante su discreta modulación, la poesía de "Juan Croniqueur" es como una botella al mar o un grito, que desafían al azar con un mensaje para el amigo ignoto. Es un desahogo de cuitas y dudas, presentimientos y ensoñaciones, que emergen y crecen con la imponderable pesantez que labra la introversión. Y en sus versos asoman las memorias que el entendimiento prefiere callar[49]*:*

¡Oh las noches en que hablan fantásticos conjuros
y en que muerde una angustia en cada pensamiento!

Asoma también el sobrecogimiento que suele dominar el ánimo del poeta cuando se ve limitado a su propia realidad[50]*:*

Me espanta verme a solas. Busco la confusión
por no oír la imperiosa voz de mi corazón.

Y esboza un pesaroso diorama de su vida con la roedora evocación de las sensaciones que poblaron sus días grises[51]*:*

Yo siento haber vivido de prisa. Mi sonrisa
es una mueca triste de cansancio mortal.
Solloza en mis recuerdos la temprana, indecisa
violación del secreto del Bien y del Mal.

En cada oportunidad apunta un tono o un motivo de su tristeza, un rasgo de sus calladas obsesiones; y no cabe duda que así integra el paisaje de esa "vida interior" que tanto celaba.

---

(49) Cf. en "Insomnio".
(50) Cf. en "Spleen".

Pero agobiado por sus pensamientos angustiosos, y en compañía de las sombras fraternas de quienes sublimaron el dolor, también acertó a trazar la imagen completa de sus vivencias en una vagarosa "Sinfonía de otoño":

Me he enfermado de bruma, de gris y de tristeza,
y ha puesto frío en mi alma la caricia otoñal.
Un dolor, adormido en mí, se despereza
y me hunde en un nirvana atáxico y mortal.

La pena me posee con ansias de faunesa
y su abrazo me invade de un hastío letal.
Un paisaje de otoño se duerme en mi alma, presa
de una inquietud neurótica y de un delirio sensual.

Panoramas de niebla y de melancolía,
donde dice el invierno su blanca sinfonía;
cielos grises y turbios; monorritmo tenaz

de lluvia que golpea muy lento a mis cristales,
cual si con los nudillos las manos espectrales
de la muerte llamaran, sin atreverse a más . . .

En su conjunto, el cuadro es definitorio. Y tanto sorprende en sus líneas la coherencia de los símbolos, como la sostenida intensidad de las emociones que ellos trasuntan. Pero no corresponde a una situación estática, ni a un proceso clausurado. Es la toma de conciencia, movida por las inquietudes que excita la percepción de las anomalías y las contradicciones de la vida. Es el examen del pasado personal, en el difícil momento de disponer energías para iniciar una voluntariosa búsqueda de su propio destino. Y aun bajo el imperio de la tristeza, sus efusiones líricas son el diáfano testimonio de una inminente transición: pues "el poeta esplinático se pasea y se aburre"[51] *en las tardes del hipódromo, o se acoge a la meditación en una "celda ascética", porque sus íntimos pensamientos lo transportan hacia los arcanos de su almario. La preocupación profe-*

(51) Cf. el soneto VII de sus "Emociones del Hipódromo".

sional que lo lleva a las reuniones hípicas no lo libera del aburrimiento[52]*:*

Mi vida en este instante tiene un vulgar teorema:
a las seis de la tarde el landó y el cinema,
a las siete el fastidio, y a las ocho el cocktail.

Y en la paz del cenobio franciscano desahogó su inspiración literaria, porque el ambiente místico no le ofreció las respuestas que sus angustias requerían.

De la bruma, imprecisa y presagiosa, van emergiendo lampos alentadores. Asociados a veces con el recuerdo de la ternura que su madre le prodigara, mientras agregaba fervientes preces a los tratamientos prescritos para los males que aquejaron su infancia; y dirigidos otras veces hacia el amor, temblorosamente deseado o intuído, y aun entrevisto en alguna mirada o el indolente roce de una fina mano. Su memoria anima cálidas visiones[53]*:*

Cada eco me habla evocadoramente
de cuando, de rodillas en el lecho,
mi madre me signaba dulcemente
en la frente, en la boca y en el pecho.

Y la inocencia de los años idos revive en la nostalgia del hombre acosado por el escepticismo[54]*:*

Siento el hondo dolor de la duda
y solloza mi cantiga muda
por el don de volver a ser niño . . .

Es obvio que no ha de aparecer la misma placidez en las imágenes ligadas a las promesas del futuro, porque se le antojan inseguras o fantasmagóricas, y teme la secuela que originan

(52) Cf. el soneto VI de sus "Emociones del Hipódromo".
(53) Cf. el soneto titulado "La voz evocadora de la capilla".
(54) Cf. su "Plegaria nostálgica".

los desengaños; pero ello suscita la reacción de la voluntad y, lejos de doblegarse a la influencia de la tristeza o el dolor, "Juan Croniqueur" se prepara a superar sus efectos morbosos y a luchar por los privilegios de la vida. Ve el amor como el más grato aliciente, y juzga que aun sus amarguras conducen al placer. Lo revela[55], *con cierta noción de su eventual fugacidad:*

Convergen mis anhelos, melancólicamente,
hacia un amor que es luego una esperanza ida,
y que deja otra huella de dolor en mi frente,
y que pone otra sombra de tristeza en mi vida.

Y discretamente alude a los lacrimosos reproches que alguna vez se opusieron a la incomprensión y la ruptura[56]*:*

En un vago crepúsculo interior
sollozan las pupilas de zafir
de una amada que me hizo presentir
las voluptuosidades del dolor.

Es el amor, que se muestra en los matices y las formas de un claroscuro; que mueve ansias y esperanzas de una sensibilidad romántica; y que a su vez excita una contradictoria alternativa, en cuanto lleva a la sensualidad o a una gozosa afirmación vital. Es el amor, que puede exigir renunciamientos y abandonos, o llevar hacia el discernimiento que requiere su continuidad. Y a la manera del viandante situado ante una encrucijada, "Juan Croniqueur" otea los horizontes propuestos en esa disyuntiva. Juzga desdichado el amor que se realiza a través del dolor y el sacrificio, porque los impulsos del corazón deben llevar a la plenitud mediante la unión que se sublima en el goce de la existencia. Y desde esos instantes declina su adhesión a la filosofía del pesimismo y el dolor. En cambio, define su confianza en la voluntad, racionalmente conducida hacia la

(55) Cf. su "Coloquio sentimental".
(56) Cf. su Nirvana".

afirmación de los valores intelectuales y morales. Según sus palabras[57]:

> *Tengo la mala suerte de que mi corazón influya en mi vida definitivamente, y que mi cerebro, en cuanto a mi vida se refiere, no influya en nada. Es una gran desgracia. ¡Si mis sentimientos obedeciesen a mis ideas, cuán infinitamente feliz sería, cuán ferozmente egoísta, cuán superhombre!*

Quizá desahucia ya las concepciones de Schopenhauer, y denuncia el entusiasmo suscitado por una reciente lectura de Nietzsche. Pero cabe advertir que desde entonces amortigua sus afinidades con el decadentismo literario, y otorga sus preferencias a la exposición y la crítica de hechos e ideas que en alguna forma planteasen un compromiso con el futuro.

APROXIMACION A LOS HORIZONTES DEL LECTOR

Ya se reconocía a José Carlos Mariátegui como un cronista de estilo ágil y sugerente, cuando empezó a incursionar en la creación literaria. A ello se animaría debido a los ecos auspiciosos que la opinión otorgaba a los poetas, y a la alegre suficiencia demostrada por los redactores y colaboradores que en La Prensa *cultivaban la poesía. Aunque íntimamente apreciaba los frutos logrados mediante la crónica y otras ocasionales formas de periodismo, en cuanto lo incitaban a documentar sus datos con un acucioso seguimiento de la actualidad y progresivamente enriquecían su bagaje cultural, advertía que la especialización podía reducirlo a una incómoda limitación en sus tratos con los exponentes de la profesión; y, en consecuencia, los empeños enderezados hacia otras modalidades genéricas equivalían a exhibir la versatilidad de su dominio expresivo, a singularizar y realzar su personalidad y aun a mejorar las posibilidades de su posición laboral. Tanto es así que muy pronto*

(57) Cf. su carta a "Ruth", suscrita el 2-IV-1916.

se le mencionó en los comentarios coetáneos como "el poeta Juan Croniqueur"; e inclusive fueron tributados algunos elogios a la sensibilidad, la elegancia y la originalidad de sus composiciones, "joyas métricas de indiscutible valor y belleza"[58]*. Pero es posible que no llegara a estar satisfecho con el individualismo y el decadentismo de sus versos; y simultáneamente cultivó el cuento y el teatro, porque su contenido fáctico los vincula de algún modo a la crónica, y sus bases formales imponen al autor una cuidadosa aproximación a los intereses y la comprensión del lector o el espectador, e inclusive le permiten volcar sus observaciones de la vida, y aun ofrecer algunas proposiciones de crítica social.*

En verdad, los principios a los cuales se ajustan el cuento y el teatro determinan una serie de posibilidades que la poesía lírica no admite, pues ésta es la expresión del yo y aquellos abordan las circunstancias del contorno. De allí la intensidad emocional de la poesía lírica, y la gradación situacional que requieren el cuento y el teatro. Los abisales secretos de la conciencia afloran en las imágenes y las modulaciones de la poesía lírica, en tanto que el contenido argumental del cuento y el teatro se orienta a interpretar o recrear la realidad, según la estrategia determinada por la creación. Y ello explica las diversas reacciones del lector: que va a la poesía lírica para escrutar la actitud vital del poeta, o la hondura y la belleza de su estilo, pero suele hallar en el relato y la escena un trasunto de su propia situación y en función de ella asume a veces una posición sentimental ante los hechos y los personajes presentados. Con una diferencia: en cuanto se define el teatro como una imitación de la vida y la retórica tradicional condiciona su verosimilitud a las famosas unidades clásicas —de acción, tiempo y espacio—; y aun el nombre del cuento sugiere en cambio libertad plena, pues igualmente alude a la posible arbitrariedad del tema referido y a la forma adoptada para desenvolverlo.

---

(58) Cf. el artículo de Eduardo Zapata López: "Promesas: José Carlos Mariátegui". en *Lulú:* Nº 22, pp. 22-23; Lima, 25-XII-1915.

En su fuero interno, José Carlos Mariátegui tuvo presentes las manifestaciones y los límites de la opinión ajena, al proyectar la publicación de un libro de cuentos que tenía "casi listo" y que aparecería inmediatamente después de su libro de versos[59]. *Tal vez pensó excitar así las afinidades de los iniciados y los ingenuos conceptos del público: pues cautelosamente admitía que era preciso conocerlo íntimamente para desentrañar la complejidad de sus poesías y por ello eran pocos los amigos que podían gustar de ellas; y, en cambio, los temas sencillos y amenos, así como el estilo familiar de sus cuentos le dejaban prever que estaban al alcance de los lectores comunes y serían favorablemente acogidos. Pero la paralela preparación de ambos libros no oscurece una latente preferencia por los cuentos, porque en el curso de su experiencia profesional había vertido su imaginación en algunas crónicas referentes a sucesos más o menos sensacionales; y, al aprovechar la trama de la vida para suscitar la comprensión de los lectores, había desarrollado las noticias con el ingenio y la morosidad que suele reclamar el cuento*[60]; *de modo que al incursionar en este género hallaría una fecunda fuente de inspiración en las incitaciones de la realidad.*

Aún más: la breve cronología de los cuentos mariateguianos se desliza como una fugaz interpolación en la serie de sus

---

(59) En carta a "Ruth", suscrita el 7-V-1916, José Carlos Mariátegui decía: "Me prometo publicar después de mi libro de versos, inmediatamente, un libro de cuentos que tengo casi listo, y cerrar el año con un libro de artículos cuidadosamente seleccionados entre los innumerables que he publicado". Si consideramos solamente los cuentos que hasta esa fecha había publicado, el libro "casi listo" habría reunido diez; pero puede creerse que tenía otros inéditos, o que una búsqueda más afortunada que la efectuada hasta hoy permita descubrir otros cuentos en la prensa de la época.

(60) Con el propósito de ofrecer su propia versión de los móviles y el proceso de un crimen, "Juan Croniqueur" trazó la crónica respectiva bajo el título de "cuento", a saber: "Cuento trágico, doloroso, inquietante: El crimen del balneario". Y cabe anotar que, ciñéndose a la colación incluída por Guillermo Rouillon en su *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui*, Eugenio Chang-Rodríguez considera esa crónica entre los cuentos de "Juan Croniqueur".

crónicas, y tal vez por eso se trasluce en ellos una interpretación de la vida cotidiana a la luz de la ficción, o el deseo de enriquecer la monotonía diaria con las aclaraciones pertinentes a circunstancias y personajes. Dejan suponer el tácito planteamiento de una alternativa entre las asperezas de la existencia y los estudiados matices de la literatura, y parece indudable que al dilucidarla se orientó su interés hacia la comprensión de aquellas. Fue una opción lúcida: enderezada a la permanente búsqueda de la verdad antes que a las artificiosas construcciones de la imaginación, proclive al incremento y la sistematización de las observaciones sociales antes que a los caprichos singulares de la creación romancesca, e inclinada al imperio del entendimiento sobre la sensibilidad. Pero no olvidó las emociones disfrutadas durante la invención de esos cuentos, y evocó muchas veces las impresiones que produjeron entre los lectores más dispares. Y al correr los años, cuando el nuevo realismo enfebreció a los narradores hasta identificarlos con las experiencias y las aspiraciones de la sociedad, José Carlos Mariátegui concibió la posibilidad de utilizar el género narrativo como un instrumento de comunicación, que llevase a una vasta audiencia los problemas de la realidad y las preocupaciones inspiradas por el futuro común.

Los dos primeros cuentos aparecieron, sin firma, el 3-VIII-1914; al cumplirse justamente once meses (3-VII-1915), las páginas de El Turf *iniciaron la inserción de una serie, convencionalmente destinada a destacar los aspectos mundanos de la naciente afición hípica; y otros, con temas sentimentales o psicológicos, fueron acogidos en periódicos y revistas hasta mediados de 1917. Aun considerando separadamente las dos versiones de un cuento hípico*[61] *—"El jockey Frank" y "Jim, jockey de Willy"—, en atención a registrarse en ellas correcciones*

(61) Ambas versiones aparecieron en *El Turf*. Y aunque la segunda atendió tal vez al apremio con que debía entregar su colaboración a la revista, vale la pena considerar el hecho de haber trascurrido cerca de quince meses desde la inserción de la primera: pues, el estudio de las modificaciones sugiere una interesante perspectiva de los criterios que el autor aplicó en su labor creadora.

y supresiones que dan mayor sobriedad y relieve al tema tratado, alcanza sólo a 17 el total de los cuentos publicados en el lapso de tres años. Pertenecen a dos vertientes: una, consagrada a los temas hípicos, y otra, desenvuelta en torno a vicisitudes de la condición humana. Pero la unidad del estilo imparte carácter al conjunto.

Ante todo, en esos cuentos de "Juan Croniqueur" se advierte la ausencia de color local. A despecho de los risueños matices que apreciaba en las Tradiciones *publicadas por Ricardo Palma, y las diversas formas de criollismo que a la sazón popularizaban sus amigos Leonidas Yerovi y Abraham Valdelomar, prefirió soslayar cualquier precisión relativa al escenario y los personajes de sus relatos. En armonía con la resonancia de su propio seudónimo y con el origen del deporte hípico, definió su atmósfera con los nombres franceses e ingleses dados a sus protagonistas. E inclusive apeló a veces a ciertos rasgos exóticos, pero deslizándolos de modo ligero y reiterativo porque así subrayaba su presunta significación. En verdad, sus temas son el fruto de una construcción metódica: pues los desenvuelve con la prudencia de un observador que desea explicar los hechos según su impresión, pero evita o limita cualquier exceso de subjetivismo. O suponen incitaciones, pasiones y desgarramientos cuyos visos se manifiestan con aparente naturalidad, pues aun los escasos gestos de violencia son descritos como la repentina consumación de implícitos procesos mentales. De allí los tonos tenues, crepusculares e imprecisos que dan a esos cuentos la sugestión característica de cierta lejanía, el seguimiento de una evocación ajena, o la relación de las tensiones que suele encubrir el disimulo.*

Los cuentos hípicos denotan la voluntariosa creatividad de "Juan Croniqueur": pues, a pesar de haberlos concebido para atender a un compromiso profesional y contribuir a la promoción de las reuniones del hipódromo, logran elevarse sobre finalidades tan prosaicas y descubren una veta con posibilidades realmente insospechadas. Se limitan a intrigas captadas en un ambiente frívolo, así como a las simulaciones de la ostenta-

ción social y el juego. Sólo alternan en sus acciones muy reducidos elementos, que pueden ser tipificados en relación con la parte que desempeñan en el espectáculo y podrían ser apropiadamente designados en atención a ella —a saber: el jockey, el propietario, la esposa del propietario, el aficionado galante y, desde luego, el caballo—. Pero es notorio que las historias respectivas exceden a su estrecho marco, inciden agudamente en las complejidades psicológicas y sociales de los personajes, y trascienden a niveles imponderables.

Con especial simpatía destacan las dotes del jockey: celosamente identificado con la fama del caballo que se le confía, afanoso en los entrenamientos, pundonoroso en las competencias, discreto y elusivo frente a los rivales, y a veces secretamente enamorado de la elegante y bella esposa del propietario. Es el protagonista de la fiesta hípica; pero no deja de ser un instrumento de la fortuna ajena, y aun se resigna a ser postergado por el propietario o el preparador en la hora del triunfo. Sufre cuando se pretende doblegar su voluntad y su destreza, en atención al calculado rendimiento de las apuestas o cualquier designio subrepticio. —p. ej.: "Fue una apuesta del five o'clock tea"—. Y sobriamente aparece la conjunción de tales calidades cuando alguna falta da motivo para que se le aparte del caballo al cual condujo siempre triunfalmente y, cabalgando sobre otro corcel, llega a vencerlo y opacar su fama de crack invicto —"El jockey Frank"—; o cuando finge un accidente —"El jockey de Ruby"— para justificar la derrota de su caballo y castigar así al propietario, que ha seducido a su compañera y en sus apuestas experimenta pérdida tan cuantiosa que lo precipita al suicidio. Y con el jinete destacan la nobleza y la sensibilidad del caballo, que parece acostumbrado a los aristocráticos cuidados del stud[62] *y a los estimulantes gri-*

(62) Con cierta ironía, comentó el contraste entre los escrupulosos cuidados que se dispensaba a los caballos de carrera y la indiferencia con que suele mirarse la suerte de las gentes humildes. Y es curioso anotar que una reflexión semejante deslizó Flora Tristán, al describir los padecimientos de los obreros londinenses y recordar las atenciones que se dispensaba a los caballos.

tos y aplausos alzados desde las tribunas, y al cual se ve entristecido cuando una lesión lo aparta de las pistas —"Amid Bey"— y queda opacamente consagrado a la reproducción, e inclusive al frívolo paseo de sus dueños o el cansino arrastre de algún coche —"Historia de un caballo de carrera"—

Sus historias dejan siempre una estela de tristeza, porque los esplendores del auge parecen ilusorios y precarios; ante su brillo suelen agitarse la vanidad o la coquetería y el capricho, del propietario o su esposa, y aun los desafíos lúdicos del aficionado galante; y, en verdad, estos personajes no sobrepasan el plano oscuro del trasfondo, pues las competencias del hipódromo no comprometen los hervores de su sangre, y apenas son para ellos un modo de llenar el vacío de sus vidas. De modo que el análisis puede sorprender en esos cuentos una proyección ajena al propósito inspirador; tal vez imperceptible para quien sólo atendiera al relato aisladamente leído en un número de la revista volandera; y que emerge en el conjunto de figuras, circunstancias y deliberaciones, cuyo entrelazamiento revela un mundillo donde los intereses y las pasiones pueden ensombrecer y obliterar las convenciones del llamado deporte de los reyes, y corresponden al egoísmo avasallador del burgués.

Muy diferente es la línea de la ficción desarrollada por "Juan Croniqueur" en los cuentos alusivos a las vicisitudes de la condición humana. Apenas son siete. Es posible que algunos de sus temas provengan de las incidencias registradas en la crónica periodística; pero no deben su interés al revuelo que pudieron promover en la quietud local, ni al cautivante encadenamiento de la acción, ni a su discreta ubicación en un cuadro de costumbres, sino al estudio psicológico de los personajes. Cada uno se erige en centro de una escena social, y la acción fluye en estrecha relación con el proceso de sus motivaciones. Diríase que adquieren vida propia; y que el autor soslaya su pasión de creador, para asumir la posición de un observador zahorí, o para ensayar una interpretación de la vida en cada una de las historias relatadas.

Impresiona el caso de "Juan Manuel", médico de provincia que a lo largo de quince años arrastró una existencia monótona y opaca, hasta que el azar puso ante sus ojos los destellos promisorios del amor. O el de aquel mendigo ciego, que se aferra a la posesión de un retrato de la mujer a quien amó; lo cuida como prenda de su recuerdo más grato y el más eficaz lenitivo de su desgracia; y desesperadamente llega hasta el crimen para castigar a otro mendigo que alevemente le robara tan preciado tesoro. O el de esa hermosa doncella, que redime su pobreza mediante la conveniencia de un matrimonio decoroso ("La señora de Melba") y sufre ocultamente los estragos que su figura experimenta durante el proceso de la maternidad. Y luego: los celos que llevan hasta el uxoricidio a un irreflexivo marido, al ver que su mujer había accedido a ser la pareja de un extraño en "El baile de máscaras"; el enamoramiento alentado por un aficionado al cine, al contemplar las actitudes sensuales e incitantes de la estrella en un film; la frivolidad puesta en juego con la simulación del amor; y olvidado, entre las aciagas turbulencias de "La guerra que pasa", el drama de una mujer que difícilmente supera sus porfiados odios cuando recibe en sus brazos al fruto de la violación que le infligiera un soldado enemigo. Subrayamos: en tales historias destaca la originalidad, la sencillez y la equilibrada verosimilitud de sus temas, así como la cuidadosa descripción de los caracteres y la cabal adecuación del estilo; pero a través de su breve cronología se advierte una clara evolución, que se inicia con la presentación de casos ligados sólo al ámbito individual de sus protagonistas —por ejemplo: "Juan Manuel", "La señora de Melba", "El hombre que se enamoró de Lily Gant"— y va hacia la relación de conflictos desprendidos de situaciones sociales genéricas —por ejemplo: "Epistolario frívolo", "La guerra que pasa"—. De ello se deduce la presencia de dos fases en la serie de cuentos debidos a "Juan Croniqueur", a saber: como una forma superior de la crónica, ingeniosamente situada entre la realidad y la ficción, enderezada hacia la libre reconstrucción de las motivaciones psicológicas reveladas en el asunto tratado, y concebida como un fin en sí, de mera recreación; y

como ejemplo de las tensiones o las deformaciones de la vida social, que puede llevar hacia la utilización de la literatura como imponderable medio de presentación, análisis, crítica y orientación.

Por otra parte, sus inquietudes creadoras no ofrecieron una respuesta fervorosa a la seducción del teatro. Si rindió tributo a la escena, obedeció tal vez a la tentación que entraña el aplauso de los espectadores, así como al juvenil deseo de sentirse acariciado por las auras de la popularidad. Y no cabe duda que su decisión pudo inclinarse ante las traviesas perspectivas de los ensayos y el trato afable con actrices y actores, con la directa observación de la ondulante sensibilidad del público, y aun con la posibilidad de revelar y convocar afinidades a través de una imitación de la vida. Pero con tales visos presentábase sólo la cara alegre que el vulgo atribuye al quehacer teatral, y se requería alguna experiencia para conocer los sabores amargos de la cara opuesta. Para percibir que el teatro imponía excesivas concesiones al autor: porque virtualmente era a la sazón el único espectáculo; los empresarios reclamaban que se atendiera los presuntos gustos en boga, para asegurar la permanencia de "sus" obras en la cartelera; y para suscitar el aplauso se acostumbraba que los autores injertaran algunos parlamentos con alusiones satíricas a la actualidad política, y aun que se ciñeran a asuntos ligeros, más o menos ligados a la idiosincrasia o la tradición local. De modo que el teatro sólo ofrecía una eventual atracción a "Juan Croniqueur". Y aun es posible que al efecto mediaran estímulos especiales: como los amistosos compromisos con Julio Baudoin de la Paz y Abraham Valdelomar, con quienes colaboró en las dos piezas que alcanzó a componer; o el deseo de afianzar su prestigio de escritor, con aplausos semejantes a los que entonces dispensó la crítica a los estrenos de Leonidas Yerovi y César Falcón.

La primera pieza teatral a cuya composición aportó su ingenio el fecundo "Juan Croniqueur" fue Las Tapadas, *"poema colonial en un acto y cuatro cuadros", escrito en colaboración con Julio Baudoin de la Paz, y estrenado en el Teatro Colón*

el 12 de enero de 1916. Basta el título, para advertir que intenta evocar un tipo femenino de la época colonial, así como las costumbres asociadas a su presencia y que han sido estereotipadas por la literatura y el arte. Es un convencional tributo a los viejos tiempos, reconstruídos a la manera de Ricardo Palma. "Es tan sólo un poema sentimental y galante", destinado a "esbozar almas y paisajes del virreinato y hacer pasar por la escena un soplo de la vida de esa época caballeresca" (según reza la dedicatoria al patriarca de las letras peruanas). No trasunta una verdad hallada en la investigación, y habilidosamente moldeada para la escena, sino una reanimación de episodios y "personajes desglosados de la leyenda". Una leyenda ligera, amable, con intrigas y dolores que fácilmente se restañan, imaginada para exaltar la belleza y el amor. En una palabra: hilvanada bajo la influencia de las afinidades imperantes, y en armonía con una sociedad frívola y despreocupada.

En julio de aquel año 1916, y en colaboración con Abraham Valdelomar, compuso La Mariscala, *drama histórico en verso, dividido en un prólogo y seis jornadas. Ya había publicado aquel (1914) una biografía novelada, que realzó los amores y las aventuras de la heroína, doña Francisca Zubiaga de Gamarra; pero juzgamos que no fue suya la iniciativa enderezada a consagrar el drama a la evocación de sus hechos. Mediaron ciertos reclamos de la crítica, para que los autores llevaran a la escena algún episodio de la historia nacional, y "las instancias" de amigos comunes para que uno u otro basaran su inspiración en asuntos propicios a la exaltación de personajes y hechos del pasado; y, de acuerdo con tales opiniones, la compañía que actuaba en el Teatro Municipal bajo la dirección del actor argentino Arturo Mario, prometió incluir en su temporada un drama de esa naturaleza. Animado por la acogida que el público brindara a* Las Tapadas; *y considerando a un mismo tiempo la experiencia adquirida en lo tocante al juego escénico, su personal apreciación sobre los relieves dramáticos de la personalidad histórica de* La Mariscala, *y su estrecha amistad con Abraham Valdelomar, es probable que José Carlos Mariátegui lo ani-*

mara a volcarse en la grata empresa. El mero planteamiento fue anunciado como hecho inminente por los cronistas que alternaban en la reseña de los espectáculos, y los dos amigos asumieron alegremente la realización del proyecto. Parece que compartieron la tarea creadora: desde la fijación del argumento y la división de las "jornadas" hasta el carácter de los personajes; y mientras fluían los parlamentos, uno u otro fingían la correspondiente parte histriónica. De modo que esa colaboración se desenvolvió como una fiesta. Y lo sabemos a través de los rápidos plumazos trazados por José Carlos Mariátegui en una confidencia, tan espontánea como llena de sugerencias[63]:

> *he estado escribiendo un drama. ¿Un drama? Sí, un drama, en colaboración con Abraham: "La Mariscala". Lo escribimos a prisa, porque mucho antes de tener hecha una sola escena ya lo habíamos ofrecido a la compañía y aun citado en los periódicos. A última hora no hemos tenido, ante las instancias, otro remedio que escribir versos y enlazar escenas. Yo me muero de risa ante el drama. El Conde también. Somos tan flojos que aún no lo hemos copiado a máquina.*

El drama quedó terminado, pero no fue puesto en escena. Tal vez porque los autores tardaron en preparar las copias necesarias para los ensayos; o porque la compañía teatral halló excesivo el número de intérpretes, o demasiado costoso y difícil el montaje. Y los originales quedaron relegados entre otros papeles de los frustrados dramaturgos, hasta sufrir los azares del tiempo.

CRITERIOS DE LA COMPILACION

Mucho se ha dicho en torno a los escritos juveniles de José Carlos Mariátegui, publicados desde su iniciación en La Prensa *hasta su viaje a Italia. Unas veces, con la honestidad y la buena voluntad que requiere una cabal aproximación a la*

(63) En carta a "Ruth", suscrita el 1º-VIII-1916.

obra de cualquier escritor; y otras, a base de un conocimiento parcial o indirecto, y la expresión de juicios tan precipitados y gaseosos como equívocos o malintencionados. Pero si quisiéramos destacar y rectificar los errores deslizados en algunos trabajos "críticos", en verdad nos quedaríamos sólo en lo anecdótico. La obra del Amauta no requiere ese tipo de exégesis, sino la meditación seria, la hermenéutica serena, la ubicación precisa.

Al emprender la compilación de aquellos escritos nos proponemos:

1º— Efectuar una trascripción virtualmente completa. Y subrayamos que lo será sólo virtualmente, porque excluiremos algunos de esos apuntes que en su iniciación han hecho todos los periodistas para "llenar cuartillas"; y dejamos abierta la posibilidad de releer las publicaciones de los años pertinentes, a fin de ubicar escritos que hubieran aparecido sin firma o con algún seudónimo no registrado.

2º— Clasificar los "escritos" en cuanto lo permitan sus géneros o sus temas: pues, existiendo la Bio-Bibliografía *compilada por Guillermo Rouillón para seguir la secuencia cronológica, propendemos a favorecer el estudio especializado de algunas fases literarias o series temáticas.*

3º— Aportar las notas indispensables para la comprensión del lector, a fin de esclarecer alusiones o juicios cuyo sentido se haya oscurecido con el paso del tiempo.

4º— Agregar a cada tomo una recensión bibliográfica de los escritos incluídos, indicando en cada caso las sucesivas inserciones; de modo que sólo aparecerá una "entrada" por cada escrito. Y como hemos advertido numerosas omisiones en la citada Bio-bibliografía, *lo haremos constar para satisfacer a los especialistas y aun facilitar futuras adiciones.*

El primer volumen incluye la obra de creación literaria, a saber: poesía (discrecionalmente dispuesta por el orden alfabético de los títulos), cuento y teatro. Seguirán trabajos periodísticos

de diversas formas genéricas: crítica teatral y literaria, reportajes, glosas en torno a personajes o motivos coetáneos, ensayos. Y, finalmente, la serie completa de la columna publicada bajo el epígrafe de Voces. *La compilación íntegra abarcará cinco o seis volúmenes. Y por ellos se verá la extraordinaria madurez que José Carlos Mariátegui demostró desde sus primeros años; la bullente continuidad de su vida y su obra; y, lógicamente, la ausencia de aquella tajante dicotomía que se atribuye a la influencia de su viaje a Italia.*

Alberto Tauro.

JUAN CRONIQUEUR. Detalle de una fotografía de grupo que expresa los rasgos característicos de José Carlos Mariátegui en la etapa final de su adolescencia.

JOSE CARLOS MARIATEGUI, Lima, 1919.
(Fotografía de Diego Goyzueta)

A TORTOLA VALENCIA

Valdelomar: Tórtola Valencia: tu cuerpo en cadencia
de un gran vaso griego parece surgir,

Hidalgo : y tu alma como una magnífica esencia
embriaga a la mía cual un elixir.

Mariátegui : ¿Ha sido un milagro nuevo de la Ciencia
que ha animado un noble vestigio de Ofir?

Valdelomar : Tú eres el milagro, Tórtola Valencia,
mármol, vaso griego, Tanagra, zafir.

Hidalgo : La América ruda de quechuas salvajes,
con voz te saluda de bravos boscajes,

Mariátegui : y su voz es canto, rugido, oración.
Y en la selva virgen de este continente.

Valdelomar: eres bayadera venida de Oriente
cual los Reyes Magos de la tradición.

AFIRMACION

Teoría: el proceso del día es un
proceso de oxidación.

Fugaron los colores de la aurora
y fue el sol una diáfana moneda,
incandescente, blanca y protectora,
decorativa de un *plafond* de seda.

(El concilio de nubes de la hora
fingió una simbólica humareda,
como una pincelada evocadora
del mágico crisol de la moneda).

Después, en el fulgor de su apogeo,
en cada cumbre cinceló un trofeo
y cada fronda simuló una égida.

Y en el ocaso en que doraba un cromo
su luz senil desfallecía como
una rara moneda que se oxida . . .

En el convento de los Descalzos,
febrero de MCMXVI.

COLOQUIO SENTIMENTAL

A Luis Fernán Cisneros

La voz de Schopenhauer adoctrina doliente
en mi alma que ha perdido la ilusión de la vida
y que sigue, sonámbula, una ruta inclemente
con los pasos inciertos y sangrante la herida . . .

Convergen mis anhelos, melancólicamente,
hacia un amor que es luego una esperanza ida
y que deja otra huella de dolor en mi frente
y que pone otra sombra de tristeza en mi vida . . .

Yo siento que confluyen en mi melancolía
la pena de Leopardi, que también es la mía,
el sentimentalismo de Werther y el quebranto
del loco Segismundo que dijo Calderón . . .

¿Amada mía, lloras? ¡Si es mentido mi planto!
¡Son cosas de poeta! Yo te pido perdón . . .

9.— Corr. por el autor. *Siento,* en lugar de "sueño".

DITIRAMBO ELEGANTE

El automóvil sabe tornarte más hermosa.
No es tan fosco este siglo, señorita. El Progreso
quiere ser cortesano con las damas. Un beso
pone todas las tardes en tu mano mimosa.

Yo siento que pareces a veces una cosa
del Progreso. Y me engaño: eres de carne y hueso.
Tu modista y también tu *boudoir* tienen preso
el secreto de hacerte graciosa y vaporosa.

Eres nerviosa, flaca, elegante e inquieta,
tu sonrisa es muy sabia. ¿Quién te enseñó, coqueta,
a sonreir? Tus ojos ven cual dos astrolabios

el cielo. Sus vigilias las dicen tus rituales
ojeras. Y yo sueño —¡sueños sentimentales!—
que saben a carmín y a sonrisa tus labios.

EL FRAGIL MISTERIO DE UNA ROSA BLANCA

Esta rosa cuya gracia
en un búcaro está presa,
sufre la amarga tristeza
de ignorar tu aristocracia
y de ignorar tu belleza.

Fue la más fragante rosa
del rosal donde naciera
y una rubia jardinera
la golosa mariposa
de su corola de cera.

Y está enferma desde que una
confidencia de la luna
le dijo tu encanto augusto
y le negó la fortuna
de morir sobre tu busto.

ELOGIO

Este arbitrario y triste peregrino,
porque vos lo queréis, quiere loaros,
y deja su nirvana por cantaros
y hace alto por vos en su camino.

Quiere que su canción tenga un divino
y milagroso don de simularos
—escalinata azul de arpegios claros—
la matinal salutación de un trino.

Y os ensueña heroína de una hermosa
leyenda en que arde la maravillosa
lámpara de Aladino.

Y, en un lírico ensueño, la cautiva
princesa que sois vos, sale a una ojiva
de su palacio para oír el trino . . .

ELOGIO A CERVANTES

En el III Centenario de don Miguel de Cervantes.

Una lengua, una historia, una casta bravía
concibieron los siglos en un sueño ancestral
y la raza española fue como una ironía
de los siglos obsesos por un raro ideal.

Gesta de aventureros, hijodalga porfía
por alguna quimera, cruzada medioeval
y más tarde los libros de la Caballería
forjando la locura del hidalgo inmortal.

Cervantes tuvo para su tristeza imprecisa
el antifaz de seda de una amarga sonrisa
y la heroica epopeya de La Mancha escribió,
pues fue porque este símbolo magnífico existiera
y un libro de Cervantes al mundo le dijera
que el sueño de los siglos una raza creó . . .

ELOGIO DE LA CELDA ASCETICA

Piadosa celda, guardas aromas de breviario,
tienes la misteriosa pureza de la cal,
y habita en ti el recuerdo de un Gran Solitario
que se purificara del pecado mortal.

Sobre la mesa rústica duerme un devocionario
y dice evocaciones la estampa de un misal:
San Antonio de Padua, exangüe y visionario
tiene el místico ensueño del Cordero Pascual.

Cristo Crucificado llora ingratos desvíos.
Mira la calavera con sus ojos vacíos
que fingen en las noches una inquietante luz.

Y, en el rumor del campo y de las oraciones,
habla a la melancólica paz de los corazones
la soledad sonora de San Juan de la Cruz . . .

En el Convento de los Descalzos, Febrero de MCMXVI.

3.— . . . Grande Solitario (en *Lulú)*

EL ELOGIO DE TU CLAVE

Tu piano es un anciano confidente,
que guarda con amor en el arcano
de un sonambulismo indiferente
las voluptuosidades de tu mano.

Yo he turbado su sueño penitente,
donde vive su ritmo soberano,
y he escuchado religiosamente
la sonora alma lírica del piano.

En su antiguo teclado hay la añoranza
de otros dedos liriales. Y una danza
galante en su marfil se galvaniza.

Minuetos y pavanas están presos,
y llora la nostalgia de tus besos
si el romántico Grieg madrigaliza...

ELOGIO DEL OPALO

Si fuera artista glíptico, además de poeta,
con ópalos haría un collar a mi dama
y en uno grabaría su noble monograma
para forjar un símbolo de su alma de coqueta.

El ópalo fatiga mis nirvanas de esteta
con su antigua leyenda de presagio y de drama.
Una gota de sangre prisionera en su gama,
en furtivos ocasos palidece en violeta.

Tiene el color ambiguo del *suissé* afrodisíaco,
que dio a Verlaine Sileno su ensueño dionisíaco
y en él mis complicadas visiones hipnotizo.

Yo pienso que esta piedra es como una pupila,
—amuleto de alguna milagrosa Sibila—
que interroga al Misterio con su iris tornadizo . . .

FANTASIA DE OTOÑO

Me he enfermado de bruma, de gris y de tristeza,
y ha puesto frío en mi alma la caricia otoñal.
Un dolor, adormido en mí, se despereza
y se hunde en un nirvana atáxico y mortal.

La pena me posee con ansias de faunesa
y su abrazo me invade de un hastío letal.
Un paisaje de otoño se duerme en mi alma, presa
de una inquietud neurótica y de un delirio sensual.

Panoramas de niebla y de melancolía,
donde dice el invierno su blanca sinfonía;
cielos grises y turbios; monorritmo tenaz

de lluvia que golpea muy lento a mis cristales,
cual si con los nudillos las manos espectrales
de la muerte llamaran, sin atreverse a más . . .

FANTASIA LUNATICA

La noche es compasiva, discreta y amorosa,
a su conjuro mágico se duerme la ciudad.
Y el alma de los gatos oficia sigilosa
la liturgia fantástica de su sensualidad.

Si la luna se esconde tras una vaporosa
urdimbre que apresara su luminosidad,
es que hay un beso lánguido y una frase celosa
bajo el piadoso amparo de esta complicidad.

Y la sombra nocturna es también celestina
del placer y el pecado. Y es el hada madrina
del deliquio en que teje su ensueño el alcohol.

Y hasta la luna tiene mimos enamorados
cuando besan sus rayos mis ojos fatigados,
como si reparasen los ultrajes del sol . . .

HOY

Hoy estás más bonita
que ayer, acaso por
la ternura infinita
de una carta de amor.

Vas como a una cita
a la misa mayor
de la Virgen bendita
o de Nuestro Señor.

Te has mirado en la esfera
de tu reloj pulsera
y te has sentido igual.

Y tu elegante torso
ha ensayado un escorzo
de soslayo a un cristal.

INSOMNIO

A Federico Mor

¡Oh las noches en que hablan fantásticos conjuros
y en que muerde una angustia en cada pensamiento!
Vagan voces de incestos y de ritos oscuros
y hasta las sombras tienen un estremecimiento . . .

La mano del misterio traza en preclaros muros
el *mane thecel phares* de algún presentimiento
y el licor dionisíaco de los brindis impuros
produce en los orgiastas un desfallecimiento.

Hay un crimen aleve que venga un adulterio
en la penumbra tibia de una alcoba nupcial.
Los aquelarres turban la paz del cementerio.

Hastía a dos amantes un pecado mortal.
Yo escucho una tras otra las notas de un salterio
de agonía. Y la muerte ronda en el hospital . . .

En Lima, MCMXVI
(De mi próximo libro "Tristeza")

INTERPRETACION

A Anita España

Para la aristocracia floral de tu cabeza
pretéritos artistas soñaron la mantilla
y porque adivinaron tu euritmia juglaresa
los crótalos cantaron su alegre taravilla.

Para que tú pasearas tu rítmica majeza
de un sueño de claveles y luz nació Sevilla
y para la sed vaga de tu boca cereza
se escanció la primera copa de manzanilla.

Y fue el presentimiento de tu seno venusto
el origen de la honda nostalgia de tu busto
que sufrieron las rosas de un rosal ancestral.

Y si en edad remota se hizo la pandereta
fue porque desde entonces se supo que un poeta
trazaría en la tuya su mejor madrigal . . .

MCMXVI

4.— Corr. por el autor: "alegre", en lugar de "dulce".

LA VOZ EVOCADORA DE LA CAPILLA

Este grave rumor de la capilla
trae místico efluvio de plegaria,
psalmo devoto y multitud sencilla
a la paz de mi celda solitaria.

Cada eco me habla evocadoramente
de cuando, de rodillas en el lecho,
mi madre me signaba dulcemente
en la frente, en la boca y en el pecho.

Y este recogimiento cenobita,
que es un remanso de quietud contrita
donde está mi alma como en un santuario,

parece el del instante religioso
en que exhumamos con fervor piadoso
los recuerdos de amor de un relicario...

MINERVA VICTRIX

A Juanita Martínez de la Torre

Porque el sol de tus ojos es imán de laureles,
porque brota al conjuro de tus dedos la rosa,
porque en ti cada día es azul mariposa
cuyas alas abrieron Miguel Angel y Apeles,

te persiguen los viles, te atormentan crueles,
del jardín de tu ensueño se hace el odio raposa
y la envidia se afana, serpenteando rabiosa,
por turbar tus encantos, por manchar tus pinceles.

¿Tu delito? El ser niña, el ser fresca, el ser bella,
el tener en tus manos cautivada una estrella,
el haber con la gracia perfumado el talento.

Sigue y triunfa. De faro sirve el odio a la Gloria.
A la envidia la toma por corcel la victoria.
Sigue y triunfa: es aurora para el genio el tormento.

En *La Prensa:* Lima, 10-I-1915.

MINUTO DE LA CONFIDENCIA

Sobre el encaje de la sobremesa
te acodaste, y tu mano sostenía
la perezosa flor de tu cabeza
con un deliquio de coquetería.

Inclinabas tu busto con traviesa
ingenuidad hacia la frase mía
y se diría que en tu boca de fresa
una vaga promesa florecía.

Mi confidencia requirió la tuya
y me arrullaste con el aleluya
de tu frase trivial en la indecisa

inquietud de la estancia. ¡Prisionera
se quedó desde entonces mi quimera
en la elipse de luz de tu sonrisa!

MINUTO DEL ENCUENTRO

Un minuto fugaz. Una mirada.
Una frase cambiada a la sordina.
Otra frase vulgar. Y una ignorada
turbación para mi alma peregrina.

Cuando tuve en mi mano la enguantada
manita tuya, virginal y fina,
hallé una complacencia enamorada
en la paz de la hora tardecina.

En un arrobamiento, mi alma inquieta
cautiva se sintió de tu silueta
cuando rítmicamente te alejaste.

Y, avaro de tu huella fugitiva,
gocé la extraña posesión furtiva
del jirón de perfume que dejaste.

MORFINA

Tu amor es mi morfina. Yo he soñado
que desde nuestro encuentro lo supiste
y, piadosa enfermera, me has amado
porque soy infinitamente triste.

Tu mirada sedante ha consolado
mi remota inquietud. Y aún existe
una dulce promesa en el quebrado
recodo de mi vida en que surgiste.

Tengo locas visiones, espejismos
que en el desierto de mis idealismos
son una extraña fantasmagoría.

Y no quiero saber si me envenena
esta morfina que al dormir mi pena
nirvanizara mi melancolía . . .

10.— En la publicación inicial dice "mis pesimismos".

NIRVANA

Neurasténico, absurdo, soñador,
tengo un raro y sonámbulo vivir
y tejo mis ensueños de fakir
en un hiperestésico sopor.

En un vago crepúsculo interior
sollozan las pupilas de zafir
de una amada que me hizo presentir
las voluptuosidades del dolor.

La lírica canción de Chantecler,
clarinada de cada amanecer,
no llega hasta mi estancia. Y el reló

dice una isocronía salmodial,
que es un psalmo litúrgico del mal
que en la flauta de un fauno se durmió . . .

NOCTURNO

Calló el silencio mudo de tu estancia. En el piano
hubo un suave esperezo de tus dedos ducales
y una blonda harmonía —¿era un lied wagneriano?—
arrulló la tristeza de mis raros ideales.

Comunión milagrosa del marfil de tu mano
con el marfil del piano. Tuvo hondos y sensuales
deliquios. Y tradujo en un ritmo profano
la inquietud de mis locas, ansias paradojales.

Sobre la melodiosa y blanca eucaristía
flotó el encanto augusto de la augusta Harmonía.
Tu clave, hiperestésico, quiso un nuevo sopor.

Habló el silencio mientras tu piano enmudecía
y el psalmo voluptuoso de mi melancolía
se hizo flor en tus labios por besar otra flor.

Primavera de MCMXV

NOSTALGIA

Fracasó mi ilusión en la inclemente
sorpresa de un neurótico desvío.
Soñé que envejecía derrepente
y te dejé partir... En el sombrío

blancor meditabundo de tu frente,
sonreía tu ingenuo desvarío
y lloraba tu amor adolescente
la gravedad de un pensamiento mío.

Después, en el ocaso de mis dudas
vibraron ecos de tus risas mudas,
claudicaron mis tenues rebeldías

y más triste sentí mis soledades...
Y amé el recuerdo de tus veleidades
y el yugo dulce de tus tiranías...

ORACION AL ESPIRITU INMORTAL DE LEONIDAS YEROVI

Por la señal de la Santa Cruz...

Yo, Hermano tuyo en la Risa y en el Dolor, en la Fe y en la Duda, en el Esfuerzo y en el Ensueño, en la Abulia y en la Voluntad, en el Amor y en el Egoísmo, en el Sentimiento y en la Idea, en lo Divino y en lo Humano, te invoco Yerovi en esta hora angustiosa y te conjuro para que oigas mi voz.

Te hablo, Yerovi, en la estancia de la casa de "La Prensa" en que han hecho tu capilla ardiente, en la misma estancia que tantas veces amparó nuestro coloquio y que ahora ampara mi oración.

Yace tu cuerpo, exangüe, frío y herido, entre muchos cirios y entre muchas flores, ante mis ojos que han llorado por ti.

Tu cuerpo está más lívido que los cirios, Yerovi.

Y las flores son trémulas e ingenuas como mi oración.

Acaso recuerdan que tú las amaste mucho y que las pusiste a los pies de todas tus bienamadas.

¡Poeta, Aedo, Bardo, Lírida, Rapsodista, Abate, Trovador!

Te invoco, Yerovi, con la voz de los Psalmos de David, con la voz de las alabanzas de Salomón, con la voz de todos los Sumos Sacerdotes y de todos los Sumos Cantores de la Humanidad.

Yo era un niño cuando ya tú eras Grande.

Y yo supe comprender tu emoción, avizorar tu ensueño, amar tu ideal, sentir tu ironía, entender tu espíritu.

Te admiré en el verso musical, en la frase inteligente, en la observación sutil, en el comentario satírico.

Y te admiré más, mucho más, en la riqueza de tu acervo sentimental y de tu ideología caprichosa y noble.

Mi espíritu y el tuyo no llegaron a la afinidad, pero se encontraron siempre en la comprensión.

Y los dos se burlaron aciduladamente de la vida en todas las horas en que coincidimos en el brindis que fue siempre en nosotros una sonrisa.

Jamás nos abrazamos y por eso jamás pudimos hacernos traición.

Ayer, tú y yo nos encontramos como todos los días a media noche.

La Luna, Madama la Luna como dijiste tú, estaba en el cielo.

Y no nos acercamos.
Ni yo fui a ti, ni tú viniste a mí.
Tan sólo nos dijimos:
¡Adiós Yerovi!
¡Adiós Mariátegui!

Y hoy encuentro tu cuerpo exangüe, helado y herido en el pecho como el de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Poeta, Aedo, Bardo, Lírida, Rapsodista, Abate, Trovador!

Los demás hombres te aman en el recuerdo de tu obra, yo en el recuerdo de tu espíritu.

Tu obra apenas si tiene asido uno que otro detalle de tu espíritu, invocado por mí en este instante, en la misma estancia que tantas veces amparó nuestro coloquio.

La muerte ha ahogado tu última sonrisa.

Yo no estoy seguro de que tu espíritu ha entrado en el Misterio con una sonrisa en los labios, mientras en tu cuerpo una mano ha quedado apretando el corazón.

Tu sonrisa era el antifaz de seda de tu corazón y tú, que eras un avaro de tu corazón, eras, generoso y magnífico, un pródigo de tu sonrisa.

Así te he sentido y así te he admirado.

Has tenido perennemente la majestad orgullosa de hacer tuyo, solamente tuyo, tu dolor.

Muy pocas veces lloraste ante las miradas ajenas, y cuando lloraste sentiste siempre que habías hecho claudicación y pecado mortal.

Tu tristeza fue silenciosa, como debe ser en los espíritus grandes que no quieren la tristeza en la tierra.

¡Poeta, Aedo, Bardo, Lírida, Rapsodista, Abate, Trovador!

Quiero invocarte colocando mi mano sobre tu corazón, pero me arrepiento enseguida porque tu corazón no late ya y yo le tengo miedo a tu corazón muerto.

Tú habías consentido que tu corazón fuese más grande que tu cerebro.

Me encomiendo a ti para que yo no lo haga jamás.

Y te ruego también que siempre que diga una queja o una tristeza, diga luego mi contrición.

Los hombres debemos sentirnos eternamente muy solos y muy avaros en el dolor.

Y yo te invoco, espíritu gentil y bienamado, para que después de esta lamentación vuelva a mi semblante la sonrisa y con ella mi último saludo a tu cuerpo exangüe y helado, que está más lívido que los cirios y que está herido en el pecho como el de Nuestro Señor Jesucristo.

Así sea.

PARENTESIS

El rubio sortilegio de tus rizos
desconcertó mi vida adolescente.
Violó mi soledad intrusamente
la epifanía azul de tus hechizos.

Y advertí mi amargura profanada
por el rictus glacial de tu sonrisa,
cuando turbó mi ensueño la imprecisa
misteriosa madurez de tu mirada.

El isócrono ritmo de mi vida
tuvo un plácido adagio de tristeza,
mi augusta pena se quedó dormida,

y sentí entonces que en la noche bruna
de mi antigua tristeza, tu belleza
ponía un eglogal claro de luna...

Primavera de MCMXV

PLEGARIA DEL CANSANCIO

A Ella...

Yo siento haber vivido de prisa. Mi sonrisa
es una mueca triste de cansancio mortal.
Solloza en mis recuerdos la temprana, indecisa,
violación del secreto del Bien y del Mal

Mi tristeza es tan sólo la tristeza enfermiza
de un niño un poco místico y otro poco sensual,
cuyo raro destino leyó una pitonisa,
o el astrolabio intérprete de un oráculo astral.

Pasan por mí las cosas vertiginosamente
y una arruga anacrónica se insinúa en mi frente
como la huella amarga de mi última ilusión.

A veces me sonríe la visión de mi infancia
y, en un dulce paréntesis de luz y de fragancia,
digo tu nombre como si fuese una oración...

PLEGARIA NOSTALGICA

Padre Nuestro que estás en los cielos,
Padre Nuestro que estás en la harina
de la hostia candeal y divina
que es el pan de los santos anhelos.

Soy enfermo de locos desvelos
y en mi espíritu vago declina
el amor de tu dulce doctrina,
padre nuestro que estás en los cielos.

Está lejos de mí la fragancia
de la mística fe de mi infancia
que guardaba con blanco cariño.

Siento el hondo dolor de la duda
y solloza mi cántiga muda
por el don de volver a ser niño...

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI
(Juan Croniqueur)

Lima (Perú) MCMXVI.

RENDIDO ELOGIO

Florezca a tu paso
una primavera
y quede un vestigio de luz donde quiera
que hiera la ruta de tu planta de raso.

Bajo de un sol pleno,
un crisol de luces sea tu divina
cabellera y una magnolia tu seno,
como te soñara un artista heleno
para una estatua criso elefantina.

Y bajo la luna se turne
se torne azulosa tu carne rosa,
cual si reflejase las ojeras de una
vigilia amorosa
en la misteriosa noche de la puna.

Y tenga la luna, tras de la discreta
nube que en cielo dibuja un ornato,
la misma coqueta
gracia de tu rostro fingiendo un recato
tras del abanico que aguarda al poeta...

SPLEEN*

Un cansancio muy grande e impreciso. Una sed
de imposibles caricias. Un neurótico amor
que me envuelve en las mallas sutiles de su red
y que me ha anestesiado, sin curar mi dolor...

Un desdén por la vida. Una vaga inquietud
ante la certidumbre de que habré de morir
y aunque siento infecunda mi fatal juventud
una pena muy honda, muy honda de partir...

Una abulia indolente que me veda luchar
y me sume en la estéril lasitud de soñar.
Un afán de aturdirme en el diario trajín.

Me espanta verme a solas. Busco la confusión
por no oír la imperiosa voz de mi corazón
y me río jocundo por disfrazar mi spleen...

---

* Título corregido por el autor. Inicialmente fue: "Gesto de spleen".

2).— Corregido por el autor: "Un neurótico amor", en vez de "Un romántico amor".

T E A

Tu sonrisa traviesa
se miró en el plaqué
de la tetera obesa
y en la taza de té.

La música vienesa
aletargó al *Palais.*
Rimé de sobremesa
un verso sin por qué.

Soñé en la tontería
de una galantería
bella y sentimental.

Te busqué en un espejo
y un milagro complejo
me hizo sentirte dual.

TU NO ERES ANACRONICA...

Musa de carne y hueso (así hablaba el poeta
que amó a su pobrecita Margarita Gautier),
eres en este siglo, señorita biznieta
del siglo de las blancas pelucas y el minué.

Tú no evocas la corte de María Antonieta,
ni rima una pavana tu delicado pie,
ni te ama un paje rubio, ni ha habido una secreta
estocada que mate por tu amor y tu fe.

No eres princesa, dama de brial, ni castellana,
ni eres hada de Oriente, ni eres diosa pagana,
ni te ha cantado un loco trovero provenzal.

Mi siglo te ha forjado muy suya, muy bonita,
muy metropolitana. Y sólo "señorita"
te ha dicho esta mañana la crónica social.

VERMOUTH

Delante de la mía
estaba tu luneta.
A veces se volvía
tu cabecita inquieta.

Y luego yo sentía
—una obsesión de esteta—
que reía en la fría
boca de una peineta.

Tu abanico hizo viento
y me besó tu aliento
sin que supieras tú.

Eran las siete y media,
una alegre comedia
y la tanda "vermouth".

VIEJO RELOJ AMIGO...

Viejo reloj amigo, en la estancia otoñal
tienes la aristocracia de un severo blasón.
Tu voz sonora, dentro tu caja de nogal,
suena como si fuese voz de una tradición.

Hay presa en tu sueño una leyenda señorial
y cada nota tuya es una evocación;
tragedia, epitalamio, responso y madrigal,
conjuros de misterio y aromas de ilusión.

En las noches tu ritmo dice cosas de ayer
y añora pecadores minutos de placer
que contaste discreto y tal vez protector.

Y de día recobras tu rol sentimental
y eres como un abuelo augusto y patriarcal
cuando solemnemente llamas al comedor...

FILMS DE LA TARDE *

I

Flujo y reflujo. Tiene la tarde una sonrisa.
Se agita un hormigueo sordo de multitud.
Y repentinamente un timbre paraliza
la frase de un sportman que discute a Wilful.

Pizarras. Clamoreo vago. Se galvaniza
de pronto, ante una cifra, un aspa y una cruz,
una mirada ansiosa, nerviosa y tornadiza
que suma, multiplica y resta su inquietud.

Expectación. Silencio condicional. Distante
la tropa de caballos neurótica e inquietante
indócil y rebelde, simula un *carrousel.*

Una protesta adusta el silencio mutila.
E, intermitentemente, mi pensamiento oscila
entre el juez de partida y una taza de thé...

II

Tu sonrisa no sabe por qué es triste esta hora.
La tarde se ha llenado derrepente de esplín.
Mi alma está en tu sonrisa suave y evocadora
en un boxe vacío y el firmamento gris.

Cinco y treinta minutos de la tarde. Decora
la casaca de un jockey el afán mercantil
de un gentío que inquiere la cifra vencedora.
Sobre una frente equina se recorta una crin.

Pensando en que Miss Ketty hará la suerte mía
y en que es noble su estirpe conforme a la teoría
de Bruce Lowe, reflexiono en tu grácil *toilette,*

en que tu cabellera tiene rizos postizos
y en que son sin embargo, muy hermosos tus rizos.
Y te olvido un instante por jugar un placé...

JACK

---

* Véase la prosecución de esta serie de sonetos en los titulados *Emociones del Hipódromo.*

EMOCIONES DEL HIPODROMO

V

Las 4 post meridiam. En el paddock se agita
un gentío insonoro, displicente y trivial.
Parsimoniosamente, como una señorita,
pasa una yegua fina, elástica y *pur sang*.

Hay una aristocracia sensual y sibarita
en la tarde candente que declina en el mar.
Yo leo en mi programa "Handicap... Aphrodita"
y me pierdo en un número infinitesimal.

Habla un grupo elegante del amor, de la suerte,
de la moda, del tiempo, del calor que ya es fuerte
y de alguna otra cosa menos trascendental.

Un timbre preventivo entrecorta una frase.
Y un joven está triste cual si reflexionase
en lo inconsecuente que es la felicidad.

1.— Corr. por el autor. Originalmente se leía: "Las 4 p.m."
6.— Inicialmente fue: "en esta tarde ambigua y algo primaveral".
7-8.— Inicialmente: ... "Cubanita / For Ever, Revoltoso, Acuarela y Rock Sand".
9.— Inicialmente: "En un corrillo se habla del sport"...
10.— Inicialmente: "del amor de la moda, de una puesta fuerte".
12.— "Un potro cabriolante"

EMOCIONES DEL HIPODROMO

VI

Aquella femenina *toilette* de primavera
pasea en la terraza su violeta procaz.
Y su color me daña, me irrita y me exaspera,
y en esta tarde ambigua ha de serme fatal.

Mi mirada refugia su temor en la austera
lumbre de tus pupilas llenas de ingenuidad,
que candorosamente brillan a la manera
de azules e infantiles bolitas de cristal.

La tarde convalece de un minuto angustioso
en que hubo en tu semblante un gesto doloroso
porque sufrió en un bache tu delicado pie.

Mi vida en este instante tiene un vulgar teorema:
a las seis de la tarde el landó y el cinema,
a las siete el fastidio y a las ocho el cocktail.

1.— En el texto inicial, corregido por el propio autor, se leía: "Esa *toilette* donosa, clara de primavera"...
2.— Inicialmente, fue: "es de un azul abstruso, incongruente y agraz".
3.— El hemistiquio final decía: "me irrita, me exaspera".
8.— Corregido el comienzo del verso: "de aquellas infantiles"...
11.— Según el texto inicial: "porque en un *bache* aleve sufrió tu frágil pie".
12.— Corregido: "un simple teorema".
13.— Inicialmente, leyóse: "A las seis, el regreso en coche y"...

EMOCIONES DEL HIPODROMO

VII

Inquietud. Negligencia. Aristocracia. Risa.
Sonrisa. Comentario. Murmullo. Languidez.
La tarde se desmaya y se espiritualiza,
con un inexplicable deliquio de mujer.

En tu boca inocente la sonrisa es concisa,
y en mi boca enfermiza es cansada y fané.
Y son los seis caballos del handicap a guisa
de hipnotizadas piezas de un juego de ajedrez.

El poeta esplinático se pasea y se aburre.
Una grácil silueta que en el paddock discurre
parece fugitiva de un dibujo al pastel.

Mi apuesta es una apuesta displicente y bizarra,
que tiene el número once en la adusta pizarra.
Y hay una juguetona música de *one step*.

2.— Corregido. Decía: "Gentileza. Murmuración. Languidez".
6.— Corregido. Decía: "Mi cartera está exhausta, agotada"...
7.— Corregido. Decía: "Y en la pista incolora Orviador es"...
8.— Corregido. Decía: "de un breve y misterioso caballo"...
9.— Corregido. Decía: "neurótico", en lugar de "esplinático".
12.— Corregido. Se leía: "apuesta distinguida", en lugar de "apuesta displicente".
13.— Corregido. Se leía "ocho", en lugar de "once".

EMOCIONES DEL HIPODROMO

VIII

Una yegua alazana cabriola y se encabrita
con una travesura juguetona e infantil
de niña adolescente, elegante y bonita,
enferma de disfuerzo, de jaqueca y de esplín.

Tiembla bajo su rubia dermis una infinita
nerviosidad absurda, fugaz y señorial.
Y un estremecimiento de coqueta le agita
desordenadamente los rizos de la crin.

Esta yegua se encuentra casi civilizada.
Vive plácidamente, cómoda y regalada;
tiene ayuda de cámara, médico y *manicure;*

amor le han prohibido por ser cosa dañina;
la intoxica el arsénico en vez de la morfina;
y registra su estado civil el Jockey Club.

5.— En el texto inicial, corregido por el autor, se leía: "Bajo de su epidermis pulula una infinita"...
7.— Corregido: "Caen sobre su frente, resignada y contrita"...
8.— Corregido: "los mechones intrusos de la coqueta crin"...
12.— Corregido: "le han prohibido que ame por ser cosa dañina"...

EMOCIONES DEL HIPODROMO

IX

En la terraza ambulan nobles policromías
con un poco de tedio, neurótico y pueril,
y una *toilette* evoca en raras armonías
las tintas de una lámina procaz del figurín.

Hay el color mojado de las calcomanías
en este hiperestésico paisaje señoril,
que repentinamente tiene melancolías,
como si tú te hubieses cansado de reír.

Yo he confiado mi suerte a un caballo mulato,
que engríe con avena su austero celibato
y que vive envidioso de su preparador.

Tienes que perdonarme que este grave problema
me sustraiga un instante al romántico tema
de pensar en que tú eres mi más pura ilusión . . .

2.— Corregido. Decía: "neurastenia y esplín", en lugar de "neurótico y pueril".
3.— Corregido. Decía: "y una *toilette* condensa en ocres sinfonías".
4.— Corregido. Decía: "audaz", en lugar de "procaz".
7.— Corregido. Decía: "sufre", en lugar de "tiene".
14.— Agregada la preposición "en".

EMOCIONES DEL HIPODROMO

X

Cortesanas las flores reflejan tu sonrisa
con caprichos de espejos cortados al bisel
y en las hojas sinfónicas tu mirada se irisa,
cromando de alegría y amor el parque inglés.

No hay una sola fuente que recoja tu risa
en este enamorado y cautivo parterre,
cuyo césped extiende una alfombra enfermiza
para que tú le dejes las huellas de tus pies.

Tiene el jardín la misma geométrica elegancia
de otro campo equilátero sin flores ni fragancia,
donde ayer juguetearon tu risa y tu raquette.

Y de pronto interrumpe su gracia campesina,
húmeda de bencina, la voz de la bocina
procaz y sorpresiva del auto de alquiler.

1.— En versión inicial, corregida por el autor, se leía: "Yo sueño que las flores semejan tu sonrisa"...
3.— Corregido el texto inicial: "y en las hojas sinfónicas"...
6.— Según el texto inicial: "en ese enamorado y cautivo *parterre*"...
7.— Corregido: "cuyo césped", en lugar de "donde el césped"...
9 - 14.— El texto definitivo de los tercetos denota el estudiado perfeccionamiento del trabajo poético efectuado por el autor.
En su forma inicial decían:

Este jardín que luce geométrica elegancia,
a pesar de sus flores de amorosa fragancia,
tiene fisonomía de campo de ajedrez.

Y sufre resignada su gracia campesina
los procaces e intrusos gritos de la bocina
del metropolitano automóvil *coupé*...

UNA TARDE DE CARRERAS

Fue así la tarde del domingo. Yo
me hice llevar en automóvil. Bruma.
Tarros. Jaquets. Llevé una buena suma.
(Así diría Jack el del paddock).

La carrera primera.
Una fija es La Negra dicen todos
y resulta la fija y la carrera,
y hace hablar a Castelli por los codos.

(El comisario Péndola conversa
con el señor Conroy.
Una risa. Un comento. Una perversa
mirada a Cáter. Displicente estoy).

La carrera segunda. La ocurrencia
insólita en Tirolo de ganar
fue para el "Ocurrencia" complacencia
que nunca ha de olvidar
Costa que ya perdía la paciencia.

(Boletos arrugados. Master Flirt
ha burlado otra vez mil esperanzas.
Y me ha hecho perder.
Apuestas. Datos. Cuchicheos. Chanzas).

La tercera carrera. Ha sido un trote
para el potrillo Llano que se afila
y se destaca como *crack* de un lote.
Castelli, triunfador, se refocila.

(El señor Orellana está inquietante.
Mil preguntas. Relinchos de Wilful.
Pasa Jena. Sigamos adelante.
Bellido luce una corbata azul.
Lo de azul es cuestión del consonante).

Gana Jena esforzada. Hace aspavientos
—como diría Jack—,
el señor Orellana. Y a los vientos
pregona que su yegua es una *crack*.

(Una pizarra. Otra pizarra. Luza
anota un dividendo.
Grupo elegante. Una silueta rusa:
Walter Buse que va palideciendo).

Penúltima carrera. La revancha
ha sido para Febo esta carrera.
Alborozo en la cancha.
Un temor: ¿está exhausta mi cartera?

(Bostezamos. Abril y de Vivero
inquiere un batacazo.
Yo le doy un abrazo
zalamero).

La postrera carrera. La partida
demora mucho rato.
Nadie ve esta carrera. Una caída.
Un jockey paga el pato.

Cobran los que han ganado:
Pero Grullo.
Latigazos. La tarde ha terminado.
Mece como un arrullo
un rumor fatigado.

Las 6 y 30. En su birloche
pasa Buse sombrío.
Es la hora del thé. Rueda mi coche.
Me saluda un ciclista. Y hace frío...

KENDALIF

En *El Turf:* Año III, Nº 39; Lima, 27-V-1916.

AL MARGEN DE UN DEBATE

(Crónica modernista)

El punto de partida
de esta grave cuestión
de las partidas fue una enardecida
discusión.
Los hípicos versados,
penetrados
de la evolución
que en tan grave cuestión tiene la ciencia,
pensaron y opinaron a conciencia
que el mejor de los métodos empleados
era el método inglés.
Hablaron los turfistas periodistas
y se ensayó el tal método después.
¡Qué notable sistema! Los cronistas
lo elogiaron gozosos. I Bellido
se sintió convencido
en un dos por tres.
(¡Oh espontaneidad de mi lucido
verso! ¡Cuánta fluidez!)
Pasó una temporada y la siguiente
fue como la pasada.
Era la misma gente. El mismo ambiente.
Y era el mismo sistema de largada.
El secretario
defendía a porfía todo el día
con celo extraordinario
el método sajón del cual decía
que era el que a nuestro medio convenía.
(Prosigue, musa mía)
¡Oh el starting gate! ¡Oh el birloche
del gentleman starter! ¡Oh el negrito,
negro como la noche,

que a una señal de aquél lanzaba un grito
y alzaba una bandera!
¡Oh las huinchas! ¡Oh el orden! ¡La severa
mirada del señor juez de partida
que hacía principiar cada carrera
ante la inmensa masa conmovida!
(¡Oh épica entonación *estremecida!)*
Reaccionaron las gentes
y sonaron vehementes
frases y gritos revolucionarios
y hablóse en términos inconvenientes
en los diarios
acerca del sistema de largadas.
I el señor Mariátegui, Foción
dejó a todas las gentes espantadas
con su ilustración
en la cuestión.
I triunfó la reacción.
Mr. Guthrie. Partidas *sobre andando.*
Carrousel.
Innovación. Aplausos. I elogiando
el sistema a la hora del cocktail,
toda la gente de carreras. ¡Cuándo
fueron superiores
las partidas! ¡Cuándo deliró la gente
como ante Mr. Guthrie displicente
como sienta a los lores!
Tener a los caballos a doscientos
metros y hacerlos avanzar iguales
y si no se igualaban por momentos
en que los observaban los cristales
del mister, caminar otros doscientos
metros y hacerlos avanzar iguales!
¡Métodos ideales!
I más tarde el fracaso. I otra vez
el sistema inglés

y otra vez el starting empleado
por un cumplido starter empeñado
en largar el tropel *sobre parado.*

Entre ensayo y ensayo
pasan las temporadas. Todavía
volveremos tal vez al mes de mayo
y no sabremos qué nos convendría.

I no es justo, señores, que la vida
pase de esta manera
y por ser de partidas la encendida
cuestión tan debatida
no avancemos jamás en la carrera
y volvamos al punto de partida.

KENDALIF

LOA A FEBO

(Ditirambo modernista)

Eres el caballo coloso;
eres el supremo ejemplar
del haras Vilcahuaura;
eres el orgullo de la nacionalidad;
eres en el Oasis
el más noble *pur sang;*
y eres en este instante el discutido crack.
Eres músculo, eres nervio, eres pujanza,
eres acción,
eres fuerza, eres gloria, eres trabajo;
eres un gladiador.
De hipogeos, de luchas y olimpiadas
traes la vocación,
y hay un caballo como tú glorioso
entre los que halan el carro del Sol.
Acaso en tal cuadriga mitológica
un tu antepasado galopó,
y por dejar tu estirpe
a la tierra fugó.

¡Oh, tu galope raudo!
¡Oh, la distensión
de tus bíceps, que acaso envidiaría
Willard, héroe del box!
¡Oh, tus crines castañas,
que tienen una brava rebelión
cuando hieren tus flancos las espuelas
y el látigo del boy,
que estimula tu esfuerzo
y que te jinetea vencedor!
¿Fue acaso en un ensueño de Bellido
donde un día tú

eras en el Olimpo comparado
con un cualquier Wilful?
Descendías ¡oh caballo! de Bellido:
él ignora aún
lo grande de tu alma, y de tu gloria
la magnitud.

¿Ha nacido el poeta que te aclame
en épica canción?
¿El que diga tu gloria y cante un himno
vigoroso y magnífico en tu loor?
¿Es acaso D'Anunnzio el italiano
que tiene un ojo malo por meterse a aviador?
¿Es Walt Whitman el yanqui?
No;
eres peruano, Febo, y Yanquilandia
quiere echarle la zarpa a tu nación.
Y Mac Adoo nos hizo una perrada
cuando vino de tránsito a Nueva York.
¿Es Chocano el glorioso,
tu cantor?
¿O es el nebuloso José Eguren?
¿O es José Fiansón?
¿O es el Conde de Lemos? ¿O es Ascanio?
¿Vallecito, venido de Londón?
¿O es Hernán Bellido, el gran poeta
con facha de campeón,
que juega a la raqueta y es alferez?
(¿Protestas tú? ¡Oh, oh!)
¿Es el desconcertante arequipeño
Rodríguez, el de la honda entonación?
¿Es Abril? ¿Es Mariátegui? ¿Es Antuco?
¿Es Zapata el que debe rimar en tu loor?
Yo sólo sé, magnífico caballo,
¡que no soy yo!

Suena el timbre. Te monta un mercenario.
Ha llegado la hora de tu glorificación.
Las gentes se agrupan a tu paso
en el paddock
y te miran, magnífico caballo,
con veneración.
Otro potro, traído de Santiago
por mercantil virtud de importación,
va a disputarte el triunfo.
¡Pobrecito! ¡Míralo sin rencor!
Suben y bajan las pizarras.
Llega la última cotización.
Mi amigo Enrique Cáter en birloche
va a lanzarte hacia el triunfo, ¡vencedor!
Y desde la alta tribuna te contempla
Mariátegui, Foción.
¡Qué te importa el severo handicapper,
que pone una vil carga en tus lomos de campeón!
¡Van a arriar la bandera colorada,
todo vibra en tu honor!
(Y yo he escrito las hojas necesarias
para cobrar mi colaboración).
Mas ¿qué te importa, Febo? ¡Así es la vida!
¡Todo sea en tu loor!

KENDELIZ CADET

UNA MAÑANA DE APRONTES CONTADA POR KENDALIF

A las 6 p.m. suena el timbre
de mi despertador.
Abro los ojos. Miro. Hay una urdimbre
de penumbra y de frío en mi redor.

Me desperezo.
Medito con tristeza en el impío
rigor de la estación. Largo bostezo.
Fastidio. Somnolencia. Calofrío.
Me levanto, me aseo, me acicalo.

Salgo a la calle. Voy
en busca de algún auto, bueno o malo.
("El Turf" me paga el automóvil hoy)
Cruzo el jirón de la Unión de prisa;
Luego la plaza de la Exposición,
(Un cachaco malsín monopoliza
a una criada del Paseo Colón.)
Así llego al Hipódromo. En la entrada,
un guarda niega el paso a mi automóvil.
Desciendo. Pago. Avanzo con pausada
tranquilidad. El guarda queda inmóvil
(Ha de quedar inmóvil por un móvil de la versada).
Junto a la pista de trabajo, hay gente
que murmura, que ríe y que discurre,
y que toma los tiempos formalmente.
(Puesto entre aquesta gente Jack se aburre).

El señor Checa viste americana.
El señor Orellana viste kaki
(Kaki hecho traer de Nagasaki
para el señor Orellana).
El señor Walter Buse se arrebuja dentro de un paletó.

Y mira el señor Costa la burbuja
de su quimera difumarse en gró.
(Esta difumación y esta burbuja
son cosas que Zapata me dictó).

¡Trescientos en 18! ¡Setecientos
en cuarenta! ¡La vuelta al galopón!
(En los soñolientos
ojos de un dueño brilla la ilusión)
¿Qué yegua malandrina y desmedrada
y de color de estopa
es esta que galopa?
¿Y esta otra meliflua y afinada?
¿Y este caballo chico con aspecto
de felón?
¿Y éste de orejas cortas, cuello erecto,
capa nueva, mirar de percherón?
¿Y éste que entra y sale?
¿Y éste que da tres vueltas a la pista?
¿Y éste que nada vale?
¿Se acuerdan de Alarmista?

¡Oh Jena insuperable! ¡Jena mía!
—exclama el propietario del Bend'Or—
Y en pago, se diría,
Jena apronta de modo superior.

Darío Vial
celebra confidencias con Fradique,
con el temor de que se porte mal
y que su ilusión se vaya a pique.
Castelli, colorado, interjecciona.
Pianezzi, gravemente, se sonríe.
Un comento de Soto que emociona.
—Remedio para el frío que nos fríe:
un pisco puro y un hangar de lona.
(Todo el mundo se ríe)

Las 9 p.m. Los aprontes,
han llegado a su fin.
Zapata ha hallado nuevos horizontes
para ganar la polla. Siento esplín.
Un iluso medita en la eficacia
del cálculo aplicado a las carreras.
La vuelta a la ciudad no me hace gracia.
(Y Haydée sufre neurosis pasajeras)

Avenida. Desfile. Hay un rugido
en los jardines de la Exposición.
Y habla Zapata López, convencido:
—¡Es el león!

El urbano. Una espera.
¡Tan-tan!
La espera a poco más nos desespera.
Me miran un pollino y un patán . . .

KENDALIF

UNA TARDE DE CARRERAS, DESEADA POR KENDALIF

A las dos de la tarde,
con el alma sumisa
abandonar la mesa.
(Haber oído misa)
Pulirse y salir luego,
caminando sin prisa.

Estar bienhumorado,
desdeñar el birloche
de un amigo que pasa
y preferir un coche.
Ir plácido y risueño
como el doctor Moloche.

No mirar el programa;
confiar en el destino;
tejer un complicado
ensueño tardecino.
(que el ensueño no sea
más largo que el camino).

Olvidar los defectos
de la innoble calzada
y a cada innoble bache
quitarle la mirada.
Llegar al hipódromo
sin reparar en nada.

Haber llegado a tiempo
para apostar dos barras
a algún caballo "outsider"
que indiquen las pizarras.
(Que Bellido nos cuente
una historia de marras)

Ganar un batacazo
en la primera carrera
y acertar en la polla
la carrera primera.
Hablar bien del *starter*
y disculpar la espera.

Acertar la segunda;
mostrarse indiferente.
Ver pasar una dama
con aire displicente
y luego que ha pasado
contemplarla sonriente.

Acertar la tercera,
y la cuarta y la quinta.
(Como Zapata López,
pensar que se despinta
el óleo de la tarde
en su más rara tinta).

(Si alguno nos pregunta:
—¿Quién ganará la polla?,
decirle de este modo:
—¡Que lo averigüe Moya!)

Haber multiplicado
nuestros billetes, pero
rehuir por buen tono
mostrarse placentero,
aunque nos rodease
ambiente zalamero.

Perder sólo la sexta,
porque no es de buen gusto
ganar toda la tarde.
Hallar a Febo, adusto,
reticente a Miss Ketty
y a Wilful con disgusto.

Referir una rara
teoría sobre el juego
a un grupo que ha perdido,
y desdeñar el ruego
de llevarnos en auto.
Tomar un coche luego.

Saludar a una dama
aristócrata que
pasa. Con un amigo,
pedir thé en el Palé
Y verse en la espejeante
tetera de plaqué.

Pagar al terminar;
darle propina al mozo:
y escuchar a un amigo,
que nos dice gozoso:
—¡Has ganado la polla!—,
sin mostrar alborozo . . .

KENDALIF

AL MARGEN DE LA POLLA

El pobre Zabulón hace ya un año
que persigue la polla, y sueña con
la polla, y sufre siempre un desengaño
el pobre Zabulón.

Una vez Zabulón hubo acertado
como nadie en propicia reunión,
pero fue por desdicha retirado
un caballo del pobre Zabulón.

El pobre Zabulón con el programa
sueña el lunes y el martes. La ocasión
de su triunfo no llega, y ya se escama
el pobre Zabulón.

En su hogar —Zabulón está casado—
se circunscribe su conversación
a caballos y aprontes que ha anotado
el pobre Zabulón.

Zabulón ha inculcado en sus pequeños,
desde su edad más tierna, la afición
que motiva los máximos empeños
del pobre Zabulón.

Y dice a su mujer el fausto día
en que sale el programa: —¡Encarnación!
¡Esta vez sin cuestión la polla es mía!
Y señala seis fijas Zabulón.

La anterior temporada, malhadada
fue para nuestro amigo Zabulón,
pues cierta vez tuvo acertada
predicción;

pero por su inquietud, un favorito
cambió por el impávido Ocasión,
y triunfó el favorito al *galopito*
y se escapó la polla a Zabulón.

Y en la actual temporada, ya ha ganado
tres placés por fallarle la sexta predicción,
cuando creía al fin recompensada
su gran perseverancia Zabulón.

Zabulón morirá de pretendiente
al triunfo, al cual aspira su ilusión.
Y hay seguramente más de veinte
aspirantes del tipo Zabulón.

En cambio un gringo, que apuntó ignorante,
un japonés, un perdulario, don
N. N., una dama, un debutante,
aciertan el pronóstico triunfante
mientras llegan placé los Zabulón.

KENDALIF

RECETAS EFICACES DE KENDALIF

Dedicado a Eduardo Zapata López,
aficionado y poeta.

PARA GANAR LA POLLA

Ser humilde y devoto.
Ser austero y contrito.
No fumar en cachimba.
Leer "El Turf" tempranito.

No andar por la calzada.
Desdeñar el cinema.
Y cuando hable Bellido
escucharle con flema.

Estudiar el programa
a la hora de almorzar.
Consultarle al mantel
quién habrá de ganar.

Inscribirse en la tarde
del jueves y después
olvidar el programa
y estudiarlo otra vez...

PARA GANAR UN BATACAZO

Como Reynaldo Luza
dibujar al *crayon*.
Para ver los aprontes
gastar un madrugón.
Pensar que es uno el que hace
la vuelta al galopón.

Aborrecer a Jena,
a Tirolo y pensar
que Castelli en la tarde
una habrá de acertar.

Averiguar un tiempo
reservado y saber
que éste es el sistema
mejor para perder.

Jugar a cara y sello
con un hermano chico
cuál ha de ser el chuzo
que debe hacernos ricos.

Apostar al que tenga
trece o quince boletos.
Pensar que los huairuros
son buenos amuletos.

Y si el cálculo falla,
que la dicha nos llene,
olvidar la ocasión
y esperar la que viene...

KENDALIF

CRONICA DEL PADDOCK

Domingo veintitrés. Santos Liborio y Apolinar.
En "La Habanera" tengo un transitorio malestar.
Llamo a un auto mestizo y regular.
El viaje es rudo y breve. Fetidez
de la humareda azul de la bencina.
Un cachaco con cara de viudez,
está parado y triste en una esquina
meditando tal vez
en la República china,
en la humareda azul de la bencina,
o en otras cosas de igual jaez.
Sol de invierno. Domingo veintitrés.
En la plaza de Zela,
una zamba recela
ante el paso tortuoso del carruaje.
El chauffer y su paje,
—tiene paje el chauffer de este carruaje—,
se ríen de la zamba que recela.
Un automóvil chico.
Es el de Hebert Trou.
Y, dentro mi automóvil, yo me explico
la elegancia de un mueble de bambú
cuando te sientas tú.
En un balcón diatriba un vil perico.
El hipódromo luego.
Trámite de porteros con gorrita.
Castaños brinda cigarrillo y fuego
aun su amigo que los necesita.
La terraza. Es temprano. Hay poca gente.
Y va a correrse la primer carrera.
La suerte es inclemente.
Ella nos hace una perrada artera.
Razona Buse de gentil manera.
La segunda carrera. Militares.

Triunfa la yegua nacional Perdiz.
Y hay bullicio y aplausos singulares
en las tribunas de Santa Beatriz.
Otra carrera. Favorita Haydée.
Partida deplorable. "Es un rosario"
dice un joven romántico que ve,
a través de un boleto mercenario,
la carrera. Castelli:—"Mirá, ché".
Engañosas pizarras. Gente experta.
Las cifras son felonas y taimadas.
Un timbre da el alerta.
Hay tumultos y voces apuradas,
mientras está la ventanilla abierta.
¡Old Chap! ¡Old Chap! Cosaco
sigue a Old Chap vencedor.
El señor Orellana::—"Es un bellaco"
quien declara que Alino es superior.
Sensacional carrera. Mil quinientos
soles de apuesta. Vagas predicciones.
Son muy activas las cotizaciones.
Bellido hace alarmantes aspavientos.
Vacas. Dudas. Más vacas. Decisiones.
Frío trágico. Frío. Se ha ocultado
el Sol.
En la cantina, thé, pastas, menguado
chisme, kola, bizcochos, Hernán Bellido,
Mariátegui, Orellana,
Zapata, López, Cater. Distinguido
corrillo.—"¿A ver quién gana?".
Victoria de Orviador. Tengo un boleto.
Lo cobraré otro día.
Un chauffeur se me ofrece con respeto.
Y yo accedo por pura cortesía.
Parte el auto repleto.
Hay un ambiente de melancolía...

JACK

EMOCIONES GLACIALES

(Mañana de aprontes)

El señor Bellido y el señor Bedoya
(Bedoya y Montjoi),
el señor Mariátegui y el señor Costa,
y el señor Conroy.

Mi amigo Kendalif, mi amigo Orellana,
dueño del Bend'Or,
los preparadores y los aprendices,
y este servidor.

Somos concurrentes, en esta mañana
de frío y de lluvia y de cerrazón,
de un espectáculo gratuito y amable
que ha de tener repercusión
en una cotización
llena de emoción.

Una yegua joven y rubia, versátil,
apodada Haydée,
pasa galopando y caracoleando
en amplio *foulée*.
Su dueño la mira con confianza y fe,
yo no sé por qué.

Otras que cotejan, Sojo y Solidaridad,
hacen la vuelta al carrerón;
valetudinario y exhausto, Vanadium
tiene la certeza de otro papelón.

Un potro argentino y ágil, apodado
de este modo: Old Chap,
da una vuelta a la pista
con pretensiones de crack.

Y siguen otras yeguas y otros potros: pasa
también el crack Wilful

y, como escribiría Kendalif, está el cielo
muy claro y muy azul.

El señor Bellido habla de modo exorbitante
y hace chistes a granel.
Le rebate mi amigo Buse, si la memoria
no me es infiel.

Mi cronógrafo anota tiempos sensacionales
que me han de hacer ganar
las próximas carreras, y también
con la polla he de *arrunzar*.
(El Tunante esta palabra acostumbra emplear).

A las ocho el desbande se inicia con presura.
Castelli exclama "ché",
y el señor Soto pide que atenúe su frío
una taza de thé,
y siente que tan lejos se halle
el Palais Concert.

Jockeys cholitos, negros chiquitos de la traza
del negrito Solís,
formulan comentarios y tejen predicciones
y juegan zapatero con granos de maíz.

He apuntado tiempos, notas y tapaditas,
y otros datos de igual jaez;
el programa me advierte que habrá siete carreras
¡y mis fijas son diez!

CYRANO III

Interview a Peevish.— El crack del Junín es un crack humilde.— Modestia y bondad.— Peevish no hace "pose".— Peevish está muy bien educado.

Es en la cancha.
Es en la cancha de Santa Beatriz.
Día de aprontes. Matutino instante.
Dialogan con el héroe del Junín
Walter Buse, Mariátegui, Castelli
y el que abajo suscribe, Kendalif.
Se inició el reportaje amablemente.
Todo fue así.

Kendalif:

Peevish, crack del Junín, en reportearte
y en dialogar contigo tengo honor.

Peevish:

Es para mí el honor, cronista ilustre
y distinguido redactor de *El Turf*.

Kendalif:

Tus maneras corteses me permiten
saber que de Carreño eres lector.

Peevish:

¿Quién es Carreño, Kendalif? Lo ignoro.

Kendalif:

Pero tienes muy buena educación.

Peevish:

Esfuerzo de Castelli, amigo mío,
que es buen maestro y buen preparador.

Kendalif:

¿Por qué tardíamente tus arrestos

de *stayer* has demostrado? No hay razón
para que sólo ahora tú te impongas
y evidencies tu mérito y tu valor.

Peevish:

Hay un refrán, amigo, que aconseja
ser modesto.

Kendalif:

No tiene esa virtud
de la modestia adictos actualmente.

Peevish:

Así opina el bellaco de Wilful,
pero no yo, que soy caballo honesto,
bien criado, discreto, afable y muy
caballero.

Kendalif:

Es antigua tu crianza
y no pareces a la moda tú.

Peevish:

Me place ser así.

Kendalif:

Han murmurado
las gentes de ti, mucho.

Peevish:

Su actitud
no me inquieta. Perdono sus palabras.
En mi alma todo es paz y todo es luz.

Kendalif:

¿Qué opinas de Fugace?

Peevish:

No opino nada.
(El señor Buse dirige a Peevish una mirada violenta y pronuncia una interjección deshonesta).

Kendalif:
¿Qué opinas de Wilful?

Peevish:
Opino igual.

Kendalif:
¿Qué opinas de Miss Ketty?

Peevish:
Me reservo.

Kendalif:
¿Y de Febo?

Peevish:
Silencio mi pensar.
Todos son esforzados, distinguidos,
hidalgos, honra y prez de la *pur sang.*
Yo soy un pobre contendor apenas.

Kendalif (a sus amigos presentes):
¡Y sin embargo Peevish es el crack!

KENDALIF

CON EL RELOJ DE TIEMPO

Suena el despertador en la mesita
—la mesita de noche—
La llamada me irrita.
Me levanto, me visto y tomo un coche.

El hipódromo. Frío. Somnolencia.
Zapata López, Buse y Orellana.
Propietarios. Sportsmen. Diligencia.
Es brumosa y absurda la mañana.

Un programa en la mano. Un lápiz tinta.
La primera carrera. La segunda.
La tercera. La quinta.
Inquietud tremebunda.
Un tiempo. Y otro tiempo. Los ensayos
son o no interesantes.
Hay corrillos parlantes,
de una locuacidad de papagayos.

—Frou Frou corre ligera.
—No ganará Frou Frou
de ninguna manera.
—¿Qué sabes tú?

Enigma, Cubanita y Alma en Pena
aprontan felizmente.
—¿Se acuerda usted, Conroy, de Macarena?
¿También del batacazo?
—Ciertamente.
—¿Por qué Zapata López se ha teñido
de tal manera el pelo?
—Déjalo que medite en el "florido
silencio" y en la "calma terciopelo"...

Old Chap es una flecha, una saeta.
Garufa. La tordilla maravilla,
Mignonette, está inquieta.
Jena corre una milla.

¿Cobalto o Wilful? ¿Wilful o Cobalto?
—Cualquiera de los dos, amigo mío.
—¡Un match sensacional!
Se dialoga alto
y mientras se dialoga, yo me río.

Total, Old Chap, la fija. Cubanita
ha de ser inquietud para Orellana.
Un bonito pronóstico, Rotita.
Y son las 10 y 10 de la mañana...

KENDALIF

JOSE CARLOS MARIATEGUI. Foto del pasaporte emitido por la Prefectura de Lima (1919).

Fotografía con autógrafo de una artista francesa en la época que Juan Croniqueur era crítico de "La Prensa".

JUAN MANUEL

En aquel pueblo de San Luis, viejo, apacible y serenamente pintoresco, era Juan Manuel, desde hacía quince años, el médico.

Quince años antes, Juan Manuel terminaba sus estudios y, modesto y abúlico como era, acogió de muy buen grado el nombramiento de médico titular que algunos influyentes amigos le consiguieron.

Y habitó desde entonces en San Luis, sin que nada turbara su vida monótona e invariable, compartiendo su tiempo entre las visitas a sus enfermos, que degeneraban en familiar tertulia con los deudos del paciente, las charlas con el boticario que, gordo, bonachón y todo, era sin duda la persona más culta del pueblo, y la lectura de periódicos y libros de tan extrañas y revolucionarias teorías filosóficas, que escandalizaban al párroco e intrigaban al gobernador, incapaz de comprender teoría alguna, como casi todos los gobernadores.

Juan Manuel gustaba de vivir solitario. Le acompañaban únicamente una vieja de aquellas que tan bien estofan un pollo como preparan una cataplasma, vieja buena aunque habladora, que hacía a la vez de ama de llaves, cocinera y zurcidora de medias, y un gato rojo, considerado por todos como un modelo de longevidad en este género de felinos. El ama se llamaba Ramona y Relámpago el gato, y eran los dos seres tranquilos, ordenados e inofensivos que se distinguían entre ellos sólo por la misteriosa tranquilidad del uno, mal avenida con su nombre desde luego, y la bulliciosa charlatanería de la otra.

Juan Manuel tenía un carácter raro. No era precisamente un misántropo, y ni siquiera llegaba a huraño. Frecuentaba las veladas de la casa del cura y de don Belisario Rodríguez, negociante en ganados, que gustaba del briscán, rocambor y juego de prendas. Don Belisario vivía con su esposa y un hijo, Andrés, que le representaba en sus negocios, y tenía educándose en Lima a una hija, llamada Rosalía, a quien conoció Juan Ma-

nuel antes de que abandonara el pueblo y cuando no tenía más de diez años.

El médico estaba encariñado resueltamente con su libertad y temía al matrimonio, entre otras causas, por miedo a que la esposa utilizara en menesteres domésticos sus revistas científicas, echara al fuego los libros que escandalizaban al cura, y desordenara la mesa vasta y negra de su escritorio, que tenía cierto fúnebre carácter sin duda porque en ella escribía la casi totalidad de sus recetas. Para Juan Manuel, una mujer estaría quizá demás en su casa, ya que no consideraba tal a doña Ramona, a quien íntimamente definía en un género de vertebrados, bastante extraño, pero más útil e inofensivo en su concepto. Seriamente nunca pensó en la posibilidad de adquirir matrimonio, ni en que pudiese hacerle falta.

Pese a su afanoso anhelo de emborracharse en la lectura de libros tremendos y de perder toda credulidad, era Juan Manuel un hombre bueno y sencillo, que se santiguaba al bostezar y hablaba con religioso respeto de Santa Rosa de Lima y San Antonio de Padua, a quien Ramona prendía todos los días una lámpara de aceite.

*
* *

Juan Manuel fue despertado un día a media noche con urgencia inusitada. Un muchacho había ido a decirle que don Belisario se hallaba grave y le esperaba sin tardanza. Se vistió de prisa y salió a la calle sin perder segundo. Echó a andar, seguido por el muchacho, en demanda de la casa del ganadero. La luna derramaba su luz blanca sobre los tejados donde los gatos maullaban dolorosamente y los grillos decían el monorritmo interminable de su canción.

Don Belisario se moría sin remedio. Su casa estaba toda llena de gente y Juan Manuel hubo de abrirse dificultosamente paso para llegar hasta el lecho del paciente.

El diagnóstico fue comunicado sólo a Andrés, el hijo de don Belisario. No había esperanzas. El viejo industrial se mo-

ría, entre la consternada desolación de los suyos, y las lamentaciones bulliciosas de las gentes del pueblo que llenaban la casa, más por veletería que por condolencia.

Don Belisario dijo a su mujer su último deseo. Quería ver a su hija antes de morir. Quería verla.

Y Rosalía fue llamada por telégrafo, enseguida.

*
* *

Muy pocos días después Rosalía llegaba al pueblo. Era joven, buena y lozanamente hermosa. Y tenía el solo defecto de haberse habituado mucho a la vida de la ciudad y de encontrar desesperante la monotonía de San Luis.

Al verla, el médico se sintió por primera vez un poco conmovido, sin que atinara a explicarse por qué.

Aquel día olvidó la lectura de sus libros revolucionarios y se durmió pensando en la tristeza de su vida sin recompensa y sin cariño.

*
* *

Juan Manuel se había despertado muy temprano, tan temprano que la vieja y el gato, con ser madrugadores por excelencia, dormían tranquilamente.

El médico salió al jardincillo que hacía entrada a la casa y por primera vez reparó en la mal cuidada almáciga de trinitarias que ponía en un trecho su nota de color y poesía. Antes nunca le habían preocupado las flores. Y esta vez, la primera, Juan Manuel sintió que eran bellas y se hizo el propósito de cuidarlas.

Una matita muy pequeña perecía entre el exuberante florecimiento de las demás. Juan Manuel sintió pena por ella, y, con solicitud cariñosa, la trasplantó a un tiesto. Y también por primera vez creyó haber hecho una obra buena en su vida.

*
* *

Don Belisario se murió como estaba previsto. Toda la casa se llenó de gente y Rosalía, pálida y enlutada, recibió la condolencia de las personas del pueblo. Primero el cura, luego el boticario, después el médico. Juan Manuel tendió la mano a Rosalía y se estremeció al contacto de la suya, pequeña y carnosa.

Varios días después Juan Manuel volvió a casa de Rosalía. La viuda había ido con Andrés al cementerio. Rosalía estaba sola. Entre los dos medió un silencio embarazoso largo tiempo. Juan Manuel fue el primero en hablar y sus palabras temblaron acariciadoras y entrecortadas...

Gradualmente el diálogo se animaba y crecía. Juan Manuel y Rosalía se hicieron confidencias del pasado y dedicaron una cariñosa frase a cada recuerdo.

Por una ventana, entreabierta, penetraba un haz de luz que atenuaba la penumbra de la sala. La ventana enmarcaba un trozo florecido del valle, en medio del cual serpenteaba el camino. Todo en el paisaje contrastaba con la fúnebre tristeza de la estancia. Se diría un himno mudo al amor y a la vida.

*
* *

Era el crepúsculo cuando Juan Manuel volvió a su casa. Antes de entrar, el médico acarició con solicitud mimosa la plantita recién trasplantada. Retoñaba lozana y entre las hojas tiernas y verdes se hinchaban los primeros botones.

LOS MENDIGOS

En las gradas del atrio de esta iglesia, se diseminaban mugrientos y callados los mendigos.

Hablaban unos baja y entrecortadamente, contaba otro con sus manos secas y ganchudas las monedas recogidas en el día, dormía el de más allá y de su garganta se escapaba un ronquido de cansancio y de miseria, decía aquél su súplica monótona y triste, en espera de que alguien penetrara al templo a esas horas solitarias.

Acurrucados en un rincón hablaban Paco y Antonio. Antonio era ciego y era joven. Tenía cerrados y hundidos los ojos. A ratos brotaban de ellos las lágrimas y se entreabrían entonces mostrando las cuencas horriblemente vacías. Paco era tullido y jorobado. Sus piernas enanas e inmóviles lo obligaban a arrastrarse en una carretilla de minúsculas ruedas.

Hablaba Antonio y había en su voz un tono doloroso de confidencia. Ayer no más era feliz y fuerte. Trabajaba para ganar su subsistencia y amaba. Tenía una novia buena y hermosa que lo esperaba todas las noches tras de la ventana de su casa. El dolor del recuerdo le enmudecía un instante.

Un día cualquiera sobrevino el fatal accidente que le dejó ciego para siempre. Y desde entonces pedía limosna para no morirse de hambre.

Paco escuchaba silencioso.

Antonio buscó en sus bolsillos y extrajo de ellos un medallón de metal, pequeño y sucio. Estaba allí el retrato de su novia. Y era su única fortuna. Con él se sentía un poco feliz todavía. Y aunque era ciego, gozaba con colocarse en las manos el pequeño retrato y hacerse la ilusión de que contemplaba la imagen de la amada de sus días dichosos. Y lo besaba muchas veces con ansia febril.

Paco examinó el retrato con ojos inquisidores y hurgones, le miró por todos lados y lo devolvió enseguida al ciego.

*

* *

Paco no era bueno. Tenía el espíritu envenenado por la desgracia. Y sentía un placer perverso cuando podía hacer algún daño. En sus ojos relucía una mirada de maldad.

Un día ató de las patas a un perrito y lo puso en la línea del tranvía. Y desde la acera, muy pegado contra el suelo para no perder detalle del espectáculo, esperó que el carro pasara y destrozara el cuerpo del can. Paco sintió entonces un calofrío extraño de placer.

Los ciegos lo odiaban. Recordaban que muchas veces Paco, aprovechando un descuido, les había arrebatado el bastón y había huido rápidamente, arrastrándose en su carretilla. Paco gozaba ante la rabia de los ciegos, impotentes para seguirle.

Los ojos de Paco decían toda su degeneración. Era de una voluptuosidad extremada. Sentía la más violenta y extraña de las sensaciones cuando pasaba muy cerca de él una mujer hermosa, azotándole el rostro con el hálito tibio de sus bajos perfumados. Paco se detenía entonces un instante, y aspiraba con febril ansia la aromada y mareante exhalación. Pedía entonces el mendigo una limosna con la más sentida de sus súplicas y, cuando la mujer se detenía para entregarle una moneda, Paco sentía un estremecimiento indefinible, y muchas veces tuvo la tentación de morder las piernas de carne rosada y fresca que se adivinaba bajo la presión sutil de las medias. Y buscaba a diario estas emociones.

El día en que Antonio le mostró el retrato de su amada, en el alma de Paco se generó un intenso sentimiento de envidia. Un sentimiento torturador y cruel que lo enloquecía. Odiaba ya al ciego. Lo odiaba porque había sido joven y fuerte y había tenido novia. Lo odiaba porque había sido feliz y aún tenía el consuelo amable de un recuerdo. Paco había nacido enfermo y fue siempre tullido y miserable. Su alma no había conocido sentimiento delicado alguno. Sólo recordaba que su padre estaba siempre ebrio, que era muy malo, y que lo había aborrecido mucho, porque un día le contaron que había muerto a golpes a su madre, la madre del mendigo.

Por primera vez, después de mucho tiempo, Paco lloró amargamente. Lloró de envidia y de rabia. Poco a poco se se-

renó un tanto. Y se hizo la resolución de robar a Antonio su fortuna. Por su rostro vagó una sonrisa indefinible y en sus ojos brilló un chispazo de satisfacción. Sí, le robaría el retrato. El también tendría novia.

Pasó un transeunte. Paco le tendió la mano y dijo con voz plañidera una súplica. El transeunte siguió sin volver la cara. Paco cerró los puños y dijo a media voz una blasfemia.

*
* *

Era de noche. En el zaguán de una vieja casa dormían acurrucados los mendigos. Antonio estaba despierto todavía y hablaba con una vieja que se quejaba del reumatismo. La voz de la vieja tenía un acento dolorosamente plañidero.

Antonio preguntó a la vieja si había luna. La vieja dijo que no. Era una noche muy triste. Una noche trágica.

Las voces de ambos fueron apagándose lentamente, muy lentamente. A poco no se oyó en el patio otro rumor que el ronquido entrecortado de los mendigos y el maullido quejumbroso de un gato hambriento.

Sigilosamente se levantó Paco, que dormía en el patio como todos. Y arrastrándose con precaución, llegó hasta Antonio. Iba a robarle el retrato.

Las manos pequeñas y deformes de Paco buscaban en los bolsillos del ciego. Un instante después apretaba ya el objeto codiciado.

Antonio despertó sobresaltado. Había sentido que registraban en sus ropas, que le robaban. Intuitivamente se llevó las manos al bolsillo en que guardaba el retrato. Lanzó un grito de rabia al hallarlo vacío. Le habían robado su fortuna. Sintió que Paco se arrastraba apresuradamente; y, a tientas, tropezando, se lanzó en su persecución.

¡Ladrón! —gritaba desesperado.

Paco se escurría, huyendo del ciego.

Antonio había caído al suelo varias veces y tenía una herida en la cara. Ensangrentado, tembloroso, rugiente, el ciego tenía un aspecto pavoroso.

Al fin logró hacer presa de Paco. Le asió del cuello, con rabia, y tomó aliento un instante. Paco daba gritos desesperados pidiendo socorro. El ciego apretó entonces la garganta, la apretó con violencia, con energía, convulsivamente, hasta que Paco quedó inerte, sin movimiento, con las manos apretadas aprisionando todavía el retrato robado.

Los mendigos se agruparon en torno a ambos, silenciosos, consternados, sin saber lo que pasaba, presintiéndolo sólo.

"RUDYARD RING", GANADOR...

—¡"Rudyard Ringe"! "Rudyard Rin" for ever!...

Los aplausos al caballo vencedor de la gran prueba clásica vibraban estruendosos.

Y "Rudyard Ring" paseó nervioso su fina lámina anglo-árabe de vuelta al pesaje. Jim, el jockey sonreía satisfecho. Y Alberto Domal, el afortunado *gentleman* dueño de "Rudyard Ring", conducía de las bridas al vencedor.

Desde la tribuna, los vio pasar orgullosa la señora de Domal. Era hermosa, era elegante y era joven la señora de Domal. Y era morena, de tez pálida y ojos negros de expresión infinita, con todos los nobles atributos de su belleza de criolla y ademanes que decían de la gran señora, de la dama aristocrática que en teatros, salones y calles paseaba la caprichosa arrogancia de su *spleen.* A su lado Julio Gil, sportman impenitente en el amor y en las carreras, comentaba verboso y amanerado el triunfo de "Rudyard Ring" y halagaba mimoso a su dueña gentil.

Julio no parecía joven ni viejo. Acicalado y pulcro, la silueta atildada daba una impresión de juventud que desmentía el rostro estucado. Afeites, traje, ademanes, prismáticos, escarpines, palabras, todo, lo sindicaban como un ocioso elegante y galanteador profesional.

—¡Y Ud. que dudaba del triunfo de "Rudyard Ring"! Ahora, qué dice... A ver...

—No, Elena, Yo solo no dudaba. La prueba era dura para "Rudyard Ring"... Cualquiera diría que Ud. ha embrujado el caballo como ha embrujado a tantos.

La voz de Julio Gil era nerviosa, incitante, enamorada. La voz de Elena era coquetona, dúctil, musical.

—¿Y piensa Ud. que no ganará el gran clásico próximo?... Voy a creer que de caballos no sabe Ud. ya nada... Y como su habilidad hípica marchó siempre paralela con su habilidad en el amor...

—Pues bien, esta opinión mía sí es definitiva. "Rudyard Ring" no ganará el domingo. Esa prueba es muy distinta de

la que hoy ha vencido. En ella corren "Belveder", "Tick", "Gold Pirker"...

—"Rudyard Ring" ganará otra vez Julio. Le apuesto lo que quiera...

Y reía gozosa de contradecir al sportman.

—Acepto, Elena. Le apuesto a Ud....

Ella le cortó nerviosa, juguetona.

—Le apuesto a Ud. ...

—¿Qué?... Hable Elena...

—¡Oh no! ¡Qué atrevida!...

—¡Elena! ¿Quiere Ud. jugarse en la carrera de "Rudyard Ring" la cita que tantas veces le he pedido? Diga Elena...

Ansioso, trémulo, se aproximaba a la gentil coqueta que reía aún...

—¡Vaya! Estoy tan segura de que ganará "Rudyard Ring" que se lo apuesto... Sólo porque estoy muy segura... Si no lo estuviera... Pero Ud. ¿qué pierde? A ver.

—Mi *poney* mulato, mi finísimo *poney* mulato que tanto codicia Domal. Un *poney* hecho para una amazona como Ud....

Domal, sonriente y satisfecho interrumpió el coloquio, Julio Gil tendió la mano enguantada para felicitarlo.

*
* *

Era una mañana gris y húmeda cuando Julio Gil llegó al hipódromo. Un pequeño esfuerzo exigido a su natural de *nosseur*.

Minutos más tarde hablaba con Jim, el jockey de Domal, que se aprestaba para los trabajos del día. Galoparían todos los caballos del stud. También "Rudyard Ring".

Julio Gil pidió al jockey su opinión sobre la carrera clásica. Y Jim le dijo su seguridad en el triunfo de "Rudyard Ring". Nunca estuvo mejor el caballo. Milagros del *entraineur* que le hacían invencible por el momento.

El sportman descubrió sus propósitos. El no quería que ganase "Rudyard Ring". No podía ser. Siempre fue buen amigo de Jim; por influencias de él lo favoreció y halagó la crítica de los periodistas y hoy que lo necesitaba, debía servirlo. Sería bien remunerado: Cien libras, de las cuales adelantaría la tercera parte. Le juró que no se trataba de una trampa de juego. Era un capricho distinto. Cosas de mujer...

Jim dudó. Iba a traicionar a su amo. Era una prueba segura... Pero no supo resistir. Deudas, obligaciones, exigencias de esa Lily siempre pedigüeña, le urgían dinero. Y este Julio Gil, había sido para él un buen chico. Este Julio Gil que lo miraba entretanto, que lo mareaba con sus palabras mimosas, que lo sugestionaba. Cedió Jim. Y guardó en su cartera el anticipo que Julio Gil le ofreció.

El *sportman* le estrechó efusivo la mano para despedirse.

—Gracias, Jim. Eres un buen muchacho. No sabes lo que me representa este servicio. ¿No te he dicho que son cosas de mujer? Le he apostado a la señora Domal que "Rudyard Ring" perderá. Si acierto, tendré la cita que le he pedido y con ella su amor... ¡Qué mujer más hermosa! Te lo confío Jim, porque lo mereces...

*
* *

Jim se quedó pensativo, estático.

Vio al *sportman* que se alejaba presuroso, alzando el cuello del gabán, hacia el automóvil, en cuyo pescante se desperezaba prevenido el chauffeur. Y tuvo tentaciones de llamarlo, de decirle que renunciaba al compromiso. Pero no supo decidirse.

El automóvil partió raudo. Jim meditaba.

Lamentaba el compromiso. Con la derrota de "Rudyard Ring", traicionaba a su amo y entregaba a su ama. Jim se estremeció. No quiso pensar en la coquetería caprichosa que había insinuado la apuesta. Se dijo tan sólo que ponía a su ama

a merced de Julio Gil, del galanteador profesional y descorazonado, del aventurero del amor. ¡A ella, a Elena! Sacó de su bolsillo un pedazo de papel. Ella estaba ahí retratada, en una revista elegante como una de las más gentiles paseantes del *paddock*. Jim lo besó frenético.

*
* *

Jim amaba a Elena. La amaba desde que traviesa y risueña visitó el Stud, para regalar con terroncitos a "Rudyard Ring", a "Fru-Fru", a "Zazá". Le hablaba mimosa. Y le había embriagado con su perfume de esencias y de hembra elegante. Después había vuelto a verla muchas veces. Y un día que le dijo: —Quiero que gane "Zazá". Lo quiero Jim. Te regalaré mi latiguillo, —él puso toda su habilidad para que "Zazá" ganara. Y ella le regaló su frágil fuetecillo de amazona. El soñaba con ella todos los días y cuando ella le hablaba, la contestaba trémulo y turbado.

Ahora, esta mujer de sus ensueños, iba a ser para Julio Gil. Y Jim se la entregaba. Vencido, angustiado no sabía rebelarse.

Sonó la voz del *entraineur:*

—Al trabajo, Jim. ¡Que se hace tarde!

*
* *

"Rudyard Ring", "Belveder", "Gold Pirker", "Tick", "Tarapacá", "Amor". Desfilaron los seis competidores del clásico ante las miradas de las gentes agolpadas ante la barandilla. Gran día en Santa Beatriz.

"Rudyard Ring" iba jineteado por Jim. Jim iba triste. Cuando todos los caballos partieron hacia el poste de partida, Jim miró con angustia a la tribuna desde donde lo seguían con los anteojos Domal, Elena y Julio Gil. "Rudyard Ring" galopó soberbio.

Los timbres sonaron. Se sucedieron las pizarras de apuestas. "Rudyard Ring" era el favorito. Luego clausuraron las ventanas del sport y todas las miradas convergieron hacia el punto de partida.

El *starter* dio la señal y todos salieron en pelotón. Pronto se marcaba en el primer puesto "Tarapacá", seguido por "Tick", tercero "Rudyard Ring" que galopaba sin esfuerzo. En la curva, Jim requirió severamente a su caballo y pasó el disco, en la primera vuelta, a la cabeza del lote. "Tick" le entabló lucha. "Rudyard Ring" siguió. "Amor" exigido con firmeza la arrebató por un momento para perder su puesto luego.

Se acercaban a la curva nuevamente. Jim, sudoroso, trémulo, desvió a "Rudyard Ring", hacia la baranda exterior, levemente. Era el compromiso fatal, la voluntad del señorito, contra la cual él, el pobre jockey, no podía rebelarse. Las gentes comenzaron a vocear: ¡"Amor"!, ¡"Gold Pirker"!, ¡"Tick"!

Los gritos tuvieron un eco doloroso en el corazón de Jim. Iban a ganar a "Rudyard Ring". Julio Gil tendría a Elena. Creyó verlo gozoso. mirándola con lujuria y sintiendo ya la fruición de que era suya. Los celos lo espolearon y se rebeló furioso.

Jim, loco, excitado, apeló al látigo con energía. El caballo se creció al castigo. Y empezó el "rush" más sensacional, más vertiginoso. Ya había dominado a todos. Faltaba sólo "Tick". Y estaba casi sobre la meta. El látigo de Jim castigaba frenético a "Rudyard Ring". Y el crack, obedecía al estímulo y se alargaba en un supremo esfuerzo.

Atronó una ovación. "Rudyard Ring" había vencido por una cabeza.

—¡"Rudyard Ring"! ¡"Rudyard Ring"!

En la tribuna, Elena aplaudía con sus manitas enguantadas y decía riendo a Julio Gil, asombrado y estático:

—¡Le he ganado! ¿Quiere apostarme otro "poney"?...

JUAN CRONIQUEUR

EL JOCKEY FRANK

Tras de aquella noche de orgía, Frank, el jockey afortunado y adolescente, se despertó inquieto. Los vapores del alcohol turbaban aún su cerebro, en el cual los recuerdos del deber, del stud y del hipódromo surgían vagamente, se abrían paso y lo despertaban de su inconsciencia letárgica. Y por la mente del jockey desfilaron borrosas y confusas las escenas de los días anteriores. Escenas de bacanal, escenas de juerga a que lo arrastrara Rosina, su amante bella y caprichosa y gentil que dormía a su lado, laxada por las fatigas de los días orgiásticos, en que su sangre cálida y retozona pusiera la nota más vibrante y pintoresca. Ambos habían vuelto a su casa ebrios e inconscientes, en la madrugada de aquel día.

Frank miró el reloj que en el velador decía su tic-tac. Eran las 10. Frank saltó de la cama y comenzó a vestirse de prisa. Su naturaleza madrugadora se rebelaba contra el cansancio.

Mientras se vestía, Frank meditaba, queriendo restituirse del todo a la realidad del instante. Era lunes. Le tocaba trabajo y era ya muy tarde para cumplirlo. ¿Y el día anterior? El día anterior había sido domingo y debía haber jineteado varios caballos de "su" stud. ¿Y por qué no había ido al hipódromo? Frank recuperó de pronto, ante esta pregunta, pleno dominio de sí. El día anterior había estado de juerga. Y también el sábado. El recordaba que tuvo perfecta conciencia de su deber, que quiso partir al hipódromo y que Rosina y sus compañeros de diversión no le habían dejado ir. Rosina, imperiosa y suplicante al mismo tiempo, le había detenido rogándole mimosa que se quedase. Y cuando él, obstinado, se empeñó diciendo que tenía cinco montas forzosas y no podía faltar, ella se había reído locamente: —Pero hombre, ¡si estás borracho!— El se había visto también, inútil, y se había quedado.

No quiso pensar en la cólera de su amo, ese Félix Leal tan nervioso, tan arbitrario y tan despótico. ¿Qué habría pensa-

do de su ausencia y, sobre todo, cómo la habría remediado? Verdad que los caballos del Stud Aurora no habían disputado ninguna prueba importante. Todos fueron *handicaps* corrientes. Frank concluyó de vestirse y sin despertar a su querida que dormía con voluptuoso abandono, salió de su casa apresuradamente.

*
* *

En el Stud, sólo estaban los muchachos cuidadores. Lendo, el entraineur, había salido por breves momentos. Frank no hizo pregunta alguna y se dirigió a los boxes. Allí estaban sus caballos. Los revistó lentamente. Se detuvo en el box de "Gaminet".

"Gaminet" era el mejor caballo de la ecurie "Aurora". Y era al mismo tiempo el crack aclamado, el crack asombroso, el crack invicto que tenía en su haber tantas victorias como carreras había disputado en aquel año y en el anterior. Y Frank fue siempre su jinete. Cuando se iniciaba en su carrera y era apenas un aprendiz aprovechado, el nombre de Frank comenzó a sonar unido al triunfo de "Gaminet". El prestigio de jockey creció ligado al prestigio del crack y para ambos fueron las aclamaciones del público después de cada victoria nueva.

Frank dio una palmadita en la quijada del caballo y puso en su boca un terrón de azúcar que él hizo crujir goloso bajo su dentadura amarilla. Y "Gaminet" humillaba la cabeza al sentir la mano mimosa de su jinete que acariciaba el mechón gris que caía sobre su frente tordilla.

*
* *

Llegó Lendo. Era el entrenador, joven agradable y vestido con una pulcritud que se avenía poco con el trabajo de su profesión. Con Frank fue siempre burlón y duro. Y Frank no le quería.

Lendo estaba asombrado de la falta de Frank. ¿Por qué no había ido el domingo? ¿Cómo podía disculparse? Refirió la indignación de Leal que había ordenado colérico que se despidiese a Frank. El había querido defenderlo, disuadir al amo de su propósito, pero no había podido. Ya conocía Frank el carácter del amo, tan caprichoso, tan imperativo. Además, Leal había jugado mucho dinero, confiando en el triunfo de tres de sus caballos y lo había perdido. Pero si él sabía disculparse, suplicarle, tal vez lo perdonaría. Y Lendo hablaba de la falta de Frank como de un delito, como de una ofensa terrible al amo del Stud.

Frank permaneció callado un rato. Luego, cuando el entraineur le habló de buscar el perdón de Félix Leal, fue rotundo, enérgico y valiente en la negativa. Se marcharía. Se iría del Stud a cuyo servicio hizo su profesión y al que tan ligado estaba.

Frank dio otro terroncito a "Gaminet", y "Gaminet" lo hizo crujir otra vuelta bajo su dentadura amarilla.

Y sin mirar a los boxes que guardaban los caballos que fueron sus favoritos, dijo adiós a Lendo y salió silencioso y lento.

*
* *

La gran prueba clásica había reunido en el hipódromo a todo el gran mundo. Las tribunas desbordaban y en las terrazas inmensas, la muchedumbre hormigueante e inquieta ponía un sordo rumor de marea. Y las primeras pruebas habían transcurrido sin que su interés amenguase el despertado por el clásico. El público guardaba avaramente sus entusiasmos y lo esperaba anhelante.

En el paddock, Rosina, Frank y dos sportsmen atildados y jóvenes formaban un grupo. Rosina, arrogante y gentil, atraía las miradas. Y de ella pasaban al jockey, dueño de aquella cortesana incitante que tenía en su elegancia, distinción y buen tono de aristocrática señora. Rosina conversaba animadamente, contestando desenfadada y alegre la galantería presuntuosa de

los sportsmen. Frank llevaba puesto un cubre-polvo sobre su vestido de jockey. En su rostro, en su ademán y en su voz, hablaba una tristeza adormida, latente y honda.

Se hablaba del clásico que debía disputarse dentro de breves momentos. Frank montaría a "Girasol", un buen caballo argentino que comenzaba a destacarse. Corrían también "Gaminet", el favorito de la cátedra y del público que respetaban su condición de invicto, "Rustin", "Pelele", "Willy" y "Monsieur Gerard". Era la primera presentación de "Gaminet" después de que Frank abandonó el Stud Aurora. La primera vez que montaba a "Gaminet" otro jockey. Y la cátedra expresaba algunas dudas respecto del triunfo de "Gaminet". Había ahí un "Pelele", un "Willy", un "Girasol"...

*
* *

Concluido el canter los seis competidores se dirigieron hacia el poste de los 800 metros. La carrera era de 2400 y de ahí debían partir. Frank dirigió por última vez la vista a la tribuna donde estaba su querida. Rosina le seguía con los anteojos y le sonreía. Frank miró luego con tristeza a "Gaminet", a "su caballo", que caminaba adelante y que era jineteado por Buin, que para Frank era ahora un intruso. Le usurpaba a "su" Gaminet.

Frank quiso despreocuparse de "Gaminet". Hacía dos semanas que fue echado del Stud Aurora y desde entonces el recuerdo de su crack era para él una obsesión tiránica. Había buscado locamente el olvido en las caricias de Rosina. En las caricias de Rosina, la hembra dominadora y caprichosa que le había dicho, llena de rencor contra ese Leal que había puesto en la calle a su amante:

—Quiero que "Gaminet" pierda esta vez. Haz que "Girasol" lo gane Hazlo...

Y lo había besado furiosa, insaciable, frenética.

*
* *

Un inmenso clamor primero. Un aplauso delirante después. La partida había sido dada. "Rustin" corría de punta, "Gaminet" galopaba desenvuelto en segundo término; los demás, escalonados a continuación. Frente a la tribuna popular "Pelele", demandado por su jockey, pasó a ambos y se marcó en el comando. No hubo alteración hasta aproximarse la última curva. Frank exigió a "Girasol" y "Girasol" con grandes alientos ganó el primer puesto, "Gaminet" le seguía cercano y los demás se rezagaron un tanto. En la recta "Girasol" y "Gaminet" resistieron el ataque postrero de sus competidores. Y desde entonces, sólo hubo un match colosal, un match encarnizado. "Gaminet" y "Girasol" luchaban bravamente. El público los aclamaba con locura.

"Gaminet" dominó por un momento a su rival y ya se le creía vencedor. Pero "Girasol" reaccionó y delante de la meta había puesto un cuerpo de luz entre él y su rival, extenuado y vencido.

Cuando Frank escuchó la ovación que aclamaba a "Girasol", sufrió un desmayo. ¡Había vencido a "Gaminet", a "su caballo"! El crack invicto sufría la primera derrota. Le miró fatigado y rendido detenerse y sintió un dolor inmenso, un dolor muy hondo, como si hubiera asesinado su propia obra, como si hubiera destruido con sus manos toda su gloria, como si hubiera desbaratado de un latigazo su mayor ensueño...

*
* *

La concurrencia abandonaba el hipódromo. Quedaban unos pocos rezagados que cobraban en el sport boletos de "Girasol" ganador... Frank pasó delante de ellos, inconsciente, ensombrecido.

Y vio muy cerca a Rosina que al pie de una victoria y puesto ya graciosamente el pie en el estribo, lo esperaba sonriéndole. Más allá había un grupo de sportsmen que departían con Lendo, el "entraineur" de "Gaminet".

Frank sintió que la aborrecía. Ella tenía la culpa. Ella sola. Era la hembra maja que le había vencido y que había vencido a "Gaminet", a su crack...

Al llegar a ella, Rosina le tendió su manita enguantada y le palmeó en el hombro.

—Bravo Frank. Frank mío...

Al sentir su contacto y oír su voz acariciadora, seductora, la misma voz con que le había dicho: Quiero que "Girasol" gane a "Gaminet", el dolor y la cólera de Frank estallaron.

Sin responderla Frank la rechazó violentamente y Rosina estuvo a punto de caer. Frank siguió su camino sin mirarla.

Rosina, soltó una carcajada burlona, fresca, cantarina:

—¡Tonto! Lendo, ¿quiere acompañarme?...

El entraineur obedeció presuroso. Y la victoria partió y pasó rauda cerca de Frank, que siguió solo, triste, indiferente, por la senda desierta.

JUAN CRONIQUEUR

UNA TARDE DE SPORT

En la solitaria tristeza de una estancia en urdimbre, Margarita se aburría, al atardecer penumbroso de este día de invierno. Margarita estaba sola, abandonada sobre un canapé que se hundía al peso de su cuerpo gentil. Y ella, la primorosa muñeca, tan bella como frívola, a cuyos encantos sumaran otros nuevos la armonía y aristocracia de su *toilette* de este día, meditaba, con el gesto graciosamente austero. Breve, morena, envuelta en vaporosas sedas y encajes sutiles, se diría una figulina de cromo o una marquesita esplinática hecha para ilustrar las fantasías raras de algún cuentista de moda.

Margarita se aburría. Despreciadas y en desorden yacían a su lado sobre la alfombra las revistas femeninas y los magazines de modas. Y la policromía brillante de sus modelos, en la penumbra de la estancia, contrastaba extrañamente con las tintas difuminadas de la alfombra.

Y engreída, desesperaba de que aún no llegase la noche, cumpliesen los criados sus rituales liturgias del comedor, probase ella dos bocaditos de cada vianda y partiese el automóvil con flores y luz blanca en su interior mullido, en que debía ir con sus padres al teatro. Era sexta función de abono y seguramente habría en el teatro mucha gente elegante. Estarían las Armida, Luciana, Miguel. Margarita sonrió levemente. No había querido acompañar a su madre, que había salido de visita y por eso estaba sola y se aburría. ¡Qué fastidio! Llegasen siquiera de visita las Belda, presuntuosas y tontas como eran, y se entretendría un poco. Pero las Belda, que eran presuntuosas y tontas no eran en cambio oportunas. Margarita estuvo a punto de ponerse furiosa contra las Belda que no tenían el tino de visitarla a tiempo.

Involuntariamente fijó la vista en una cartulina que estaba sobre la mesita próxima. Con la curiosidad de quien no tiene otra cosa que hacer, la cogió Margarita. Era el programa de

carreras del día anterior. Estaba impreso en dura cartulina y plegado en cuatro partes como un librito. Y al pie de las inscripciones había anotaciones de ganador y placé hechas por Margarita. Margarita se sumergió en el recuerdo de esa reciente tarde de carreras que el programa anotado en el mismo Hipódromo le evocaba. Cada página del programa la hacía reconstruir una escena de esa tarde, que tanta gente distinguida había reunido en el Hipódromo. Estuvieron todas las amigas aristocráticas de Margarita: las Armida, Luciana, etc. También las Belda, que se las daban de hípicas como ellas decían, porque eran amigas de Pablo Lugo, el propietario del stud Eclaire.

Margarita leyó:

"Primera carrera. Premio... Distancia, 1100 metros. Handicap. Inscripciones..."

Ella había llegado al Hipódromo cuando iba a comenzar esta prueba. En la terraza estaban las Armida y le habían presentado a Miguel. Miguel era joven y simpático y se había mostrado muy cortés con Margarita. Margarita lo recordó con fruición y se confesó que Miguel le había gustado. ¿Pero le habría gustado más que Guillermo que también le gustaba y que Juan Manuel que la cortejó antes de ser novio de esa coqueta de Isabel? Margarita no quiso seguir haciéndose preguntas y miró de nuevo el programa de carreras...

"...Segunda carrera, Premio... Distancia, 1400 metros. Handicap. Inscripciones..."

Muy amable e interesante era Miguel. Cuánto las había hecho reír a propósito del triunfo de "Oriol", un chuzo, como decía Elena Armida acentuando coquetonamente la zeta, en la primera carrera. Miguel había perdido cinco libras y había estrujado sonriente los cinco billetes para arrojarlos luego. Con Margarita se mostraba mimoso y muy atento. De pronto había llegado Eduardo. Eduardo cortejaba a Margarita y era también joven y simpático. Pero no como Miguel. Margarita pensó que a Eduardo le faltaba el ingenio que hacía tan ameno cuanto decía Miguel. Eduardo y Miguel eran amigos y sus manos enguantadas se habían estrechado efusivas.

"... Tercera carrera. Premio... Distancia, 800 metros. Handicap para yearlings. Inscripciones..."

Juntos habían paseado las Armida, Miguel, Eduardo y Margarita el paddock y la terraza. Miguel, anecdótico y locuaz, las había seguido entreteniendo. Volvió a perder sonriente. ¡Bah! Sobraba tiempo para ganar. Eduardo en cambio se había mostrado colérico por habérsele "escapado una fija", como decía. Margarita cruel, le hizo broma y él no tuvo más remedio que reírse de un chiste de Miguel.

"... Cuarta carrera. Premio... 1700 metros. Handicap. Inscripciones..."

Miguel la había dicho a solas que era muy bonita. Fue en la tribuna mientras el padre de Margarita, que toda la tarde estuvo con un diplomático, paseaba con éste por la terraza; y las Armida y Eduardo, desertores del grupo, se unieron al que formaban las Belda y el sportmen Pablo Lugo, propietario del stud Eclaire. Y ella había reído locamente de los requiebros de Miguel para enfadar a Eduardo que de rato en rato volvía la vista para mirarla.

"... Quinta carrera. Premio... 1100 metros. Handicap. Inscripciones..."

Miguel la había dejado sola por un momento para apostar. Tres libras, "Iris" ganador. Una fija, le había dicho Lugo, el amigo de las Belda y propietario del stud Eclaire, y había vuelto sonriente para seguir contándole la historia de un jockey que se enamoró de un figulina breve, morena, elegante. Como usted, le había dicho. ¡Era simpático Miguel!

Margarita llegó a la última página del programa:

"...Sexta carrera. Clásico Ministerio de Fomento. Peso por edad. Distancia, 2000 metros. Inscripciones..."

Miguel le había hablado de vagos ensueños. El era en el fondo un poco triste. Y en un medio de hombres prácticos, tenía la imperdonable tontería de soñar. Y soñaba con una mujer que iluminase con su amor la senda de su vida. Una mujer buena y hermosa. Breve, morena, esbelta. Lo decía de un modo que parecía sincero y habría engañado a cualquiera. Una mujercita breve, morena, esbelta, había repetido él. Como usted, ha-

bía dicho luego. Margarita rió. Margarita rió locamente. Las Armida y Eduardo cortaron la escena. Partieron los caballos. Gran clamor en el público. Regocijo de Eduardo que había apostado cinco libras al vencedor.

Después, el regreso en automóvil con su padre y Eduardo. Miguel se había despedido en el Hipódromo. Y Margarita, mientras el auto avanzaba raudamente por la ancha avenida, se había olvidado de él y se abandonaba a las galanterías de Eduardo.

Margarita observó la última anotación del programa, "Tick, ganador". Lo arrojó después a un lado, junto a las revistas de moda, que ponían en la penumbra de la estancia, la policromía brillante de sus modelos sobre las tintas difuminadas de la alfombra.

JUAN CRONIQUEUR

AMID BEY

"Amid Bey", el crack glorioso del Stud Roscicler, miraba por la ventanilla de su stud que un descuido de su cuidador, había dejado abierta. Su largo cuello y su cabeza erguida salían del box y parecían otear curiosamente fuera.

Era el medio día. El Stud estaba en silencio. El entraineur, sus ayudantes, los vareadores, almorzaban en ese instante. El largo cuello y la cabeza erguida de Amid Bey daban la sola nota de vida en el corral.

Amid Bey era alazán, era fornido, era hermoso. Le mimaban en el stud al cual había aportado cuantiosas sumas, desde la lejana fecha en que él se hiciera el amo de Santa Beatriz. Porque Amid Bey era entonces el mejor caballo de las pistas limeñas.

Frecuentemente Amid Bey miraba desfilar delante de su box, guiados por su amo o su entraineur, a periodistas y sportsmen. Amid Bey veía a su amo señalarlo orgulloso y luego acercarse a él, hacerle una caricia y darle una golosina. Amid Bey tenía conciencia de que era un gran caballo.

Amid Bey, no obstante, se sentía infeliz en este momento. Su instinto le decía cómo era diferente su vida natural y Amid Bey deseaba ser libre, tener anchos prados para correr a su gusto sin sufrir encima al jinete que le azuzaba y le espoleaba. Escuchó un relincho, luego otro y presintió en seguida dentro de los boxes fronterizos a las hembras lozanas, fuertes, vírgenes. Amid Bey comprendió que debía ser muy grato vivir libremente, comiendo yerba fresca y entre hembras lozanas y fuertes como las que escondían los boxes fronterizos.

Pronto llegó el rumor de pasos cercanos. Luego de voces. Y un minuto más tarde se detenían frente al box su amo y otros señores periodistas y sportsmen.

Y su amo señaló orgulloso a Amid Bey y se acerca a él para hacerle una caricia y darle una golosina. Amid Bey no supo agradecer esta vez ni la caricia ni la golosina.

*
* *

Minutos antes de que se efectuara la gran prueba clásica de aquella tarde, Amid Bey paseaba, hermoso, fornido, altivo, delante de las tribunas. Millares de ojos lo escrutaban y Amid Bey, soberbio, formidable, galopó hacia el poste de partida.

Era dura la carrera para Amid Bey. El handicap lo cargaba con el peso más alto y entre sus contendores había caballos jóvenes, caballos veloces que se destacaban entre las generaciones nuevas, futuros cracks.

Amid Bey se colocó en su puesto y aguardó quieto la partida. No fue esta vez con la intranquilidad de otros tiempos, cuando nervioso y corajudo esperaba la lucha. Se diría que Amid Bey lamentaba ser un gran caballo.

A sus ojos, tras las tapias del hipódromo, se extendía un mundo ansiado, un mundo amable, un mundo en que viviera cuando fue un potrillo, cuando siquiera a medias era libre, cuando arrancaba con sus dientes del suelo húmedo la yerba fresca, cuando no conocía más esfuerzo que el que hacía al retozar en el potrero verde y vasto.

*
* *

A una señal que coreó el clamor del público, partieron los caballos que disputaban la gran prueba. Todos trataron de ganar la punta. Pero más rápido que ninguno, "Picaflor", el crack futuro que ya decían los cronistas, se marcó en el comando. Tras de él iban "Bread", "Room", "Trini", escalonados. Al fondo, siguiendo su táctica tradicional, iba Amid Bey, en quien

la lucha despertaba las instintivas y atávicas energías de la raza que ahogara un día la vaga nostalgia de la vida libre.

Los caballos avanzaban raudos, elásticos, soberbios. Disputábanse con "Picaflor" el primer puesto y se esforzaban por distanciarse de "Amid Bey"; "Amid Bey" corría al fondo aún.

Pronto estuvieron cerca de la última curva. "Amid Bey" fue lanzado entonces contra sus contendores e inició su ataque, uno de aquellos formidables ataques que lo habían reputado como el mejor caballo de las pistas limeñas. Pero "Picaflor", "Bread", "Trini", "Room", eran también requeridos, eran también espoleados y favorecidos por el peso liviano corrían veloces. Tom, el jockey de "Amid Bey", exigió con más vigor al crack y "Amid Bey" respondió noblemente al castigo que ensangrentaba sus ijares y quemaba sus flancos. Toda la atávica bravura del caballo se revelaba en aquel instante y cuando faltaban trescientos metros para el disco, era su *rush* el más gigantesco, el más formidable, el más soberbio.

De pronto pareció que "Amid Bey" se quedaba de improviso. Avanzó algunos pasos, muy pocos, para pararse luego, mientras estallaba un gran clamor en las tribunas y "Picaflor" cruzaba la meta victorioso, con un cuerpo de ventaja sobre "Bread".

*
* *

"Amid Bey", en el colosal esfuerzo, había dado una pisada falsa y se había mancado. Se afirmaba apenas sobre su mano derecha desgarrada y halado por su jockey y rodeado por los curiosos avanzaba lentamente hacia el pesaje.

El crack caído, inutilizado, enfermo, despertaba la compasión del público que tantas veces le aclamara. Y "Amid Bey" sintió un gran dolor de verse vencido y de que lo compadecieran. Miró luego a "Picaflor" que contento y ufano, salía del pesaje y comprendió que su derrota era cruel, total, definitiva...

*
* *

Fue al haras "Rosicler" donde llevaron a "Amid Bey", el crack asombroso, después de curado. Inútil para las pistas, con la amenaza constante de que la lesión reviviera, "Amid Bey" había sido dedicado a la reproducción. Y en el haras, como en las pistas, volvió a ser el amo, el engreído, el mimado.

De vez en cuando le daban libertad junto con los potrillos retozones e imprudentes y "Amid Bey" se tendía al sol y arrancaba con sus dientes la yerba fresca de la tierra húmeda...

*
* *

Un día, varios años habían pasado ya de aquel en que llegara al haras, "Amid Bey", vio que instalaban en él a otro caballo. Necesidades de incrementar el reciente criadero que habían obligado al propietario del stud Rosicler a adquirir otro semental. "Bellevue". Como "Amid Bey" era alazán, como "Amid Bey" era hermoso, como "Amid Bey" era fornido.

"Amid Bey" miró a "Bellevue" como un intruso, como un advenedizo que venía a disputarle sus derechos, a arrebatarle el amor de las hembras. Y una vez en que "Amid Bey" vio desde su box que se llevaban a "Lulú", a su yegua, y que tal vez próximo la aguardaba "Bellevue", el nuevo caballo que venía a compartir con él el dominio de su harem, sintió celos del intruso, lo odió. Y odió también a "Lulú", a su yegua, que dejaba el box vecino al suyo, para ir donde "Bellevue".

*
* *

Se había dado suelta en el potrero vasto y verde a "Amid Bey", a "Bellevue", a los potrillos. Los potrillos, inquietos imprudentes, retozaban jubilosos.

"Amid Bey" y "Bellevue", graves y reposados pacían la yerba fresca. Y "Amid Bey" miraba con celos al intruso, al usurpador, que triscaba indiferente.

Y "Bellevue", más joven y más fuerte se sintió contagiado del ímpetu retozón e inquieto de los potrillos y se tendió al galope sobre la tierra blanda, húmeda y verde como alfombrada.

En "Amid Bey" despertó el recuerdo de su pasado, su atávica bravura de corredor, su corajudo empuje de crack y siguió a "Bellevue", corrió tras él, lo alcanzó casi. Los dos caballos, instintivamente, corrían veloces.

Ya igualaba "Amid Bey" a "Bellevue" ya lo pasaba, cuando, como aquella tarde, muchos años antes, en Santa Beatriz, se detuvo de pronto y cayó después. La mano resentida, la mano inútil, la mano desgarrada, se había doblado nuevamente. "Bellevue" siguió al galope. Y "Amid Bey", caído, lo miró alejarse, como en la otra vez a "Picaflor", a "Bread" a "Room". Y sintió que su derrota lo perseguía hasta en los prados vastos y verdes del haras donde antes fuera el amo, y sintió que su derrota era cruel, total, definitiva...

JUAN CRONIQUEUR

LA SEÑORA DE MELBA

Lucía había nacido para señorita. Así dijeron siempre todos los habitantes de la vasta y tranquila casa de vecindad en que Lucía viviera desde pequeña.

Lucía era huérfana y no tenía más familia que una tía bondadosa y vieja que la mimaba con el más solícito de los cariños.

Engreída por la tía, rondada y requerida por muchos galanes, Lucía, con ser pobre como era, habría gozado de una acabada felicidad hogareña, si no hubiera tenido necesidad de trabajar para concurrir a su subsistencia.

Y Lucía trabajaba entusiasta y alegremente en un taller de modas, sin pensar por su parte casi nunca en que debía aspirar a una vida más regalada.

Lucía no era bonita, pero, menudita, armónica, graciosa, era también muy atrayente por su juventud y lozanía. Y si no bonita, era en cambio buena y modesta, y sus aspiraciones nunca pasaron de la adquisición de un traje nuevo. Sólo una vez deseó cosa mayor: un canario alegre y dorado en una jaula de alambre.

Y Lucía era tan buena que su único defecto casi no era un defecto. Lucía era golosa, extremadamente golosa. Devoraba ansiosa cuantos dulces baratos le era posible y se relamía luego los labios con su lengua carnosa, roja y felina. Era la suya al relamerse los labios la más voluptuosa y coquetona de las golosinerías.

Y además de golosa, tenía también Lucía sus puntitos de vanidad y nada la halagaba como oírse requebrar al pasar con breve trotecito por las calles y como oírse decir que era muy guapa y muy bonita y muy graciosa. Pero en medio de su trivial y menuda coquetería, ningún amorío la inquietó. Y nunca se preguntó Lucía si le hacía falta enamorarse.

*
* *

Tenía veinte años cuando don Manuel Melba pidió su mano. Don Manuel Melba hizo a la tía vieja y bondadosa, protestas inconfundibles de la sana honradez de sus propósitos.

A Lucía no le desagradó la idea de casarse con don Manuel Melba. No era joven don Manuel Melba, pero tampoco era viejo. A la verdad que no lo pensó más regalado. Bigotes retorcidos, como le gustaba a Lucía, y ganaba dinero bastante para tenerla con toda la estimación de un objeto de lujo. Seguramente le compraría el canario alegre y dorado en un jaula de alambre.

Y luego como la tía le hiciese presente que ya se sentía vieja, muy vieja, que tenía miedo de morirse derrepente y que no quería dejarla sola en el mundo, Lucía encontró cada día más conveniente su matrimonio y un día cualquiera dio el sí.

El noviazgo fue breve. Y la tía cuidó —no era necesario— de que fuese también lo más honesto posible.

*
* *

En los días que siguieron a su boda, Lucía estuvo muy satisfecha del matrimonio. A la verdad que no lo pensó más regalado. Su marido la mimaba con afectuosa solicitud y no permitía que se la molestase en lo menor.

Era como dijeron los vecinos de la vasta y tranquila casa en que Lucía viviera desde pequeña: Lucía había nacido para señorita.

Además, Lucía que razonaba siempre con mucho juicio, pensaba que había subido su nivel social. No era ya Lucía la obrera del taller de modas, sino la señora Lucía de Melba, y esto la halagaba mucho. Cuando meditaba así, llamaba de pronto a la criada y se hacía mudar por ella el calzado y le daba órdenes.

Lucía no sabía si amaba a su marido. Pero como le daba mucho miedo descubrir que no lo amaba, prefería hacerse la ilusión de que lo quería con locura. Se le habría antojado de una ingratitud horrorosa confesar que con ser empleado de

banco, algo joven todavía y hasta buenmozo, no le inspirase el más ferviente cariño.

Una noche soñó Lucía que detestaba a su marido y que se había enamorado de un mozo que de soltera la asediaba con sus requiebros. Y al levantarse, ojerosa y sobresaltada, el recuerdo de lo que había soñado la perseguía por mucho rato. Lucía se hizo cruces y tuvo que invocar a su santo patrón para alejar la tentación del sueño.

*
* *

Tres meses hacía que se había casado. Notábase ahora descompuesta y enferma. La náusea la asaltaba a cada instante. Y su tía la había hablado con misterioso sigilo. Lucía estaba nerviosa. Comenzaba a desencantarse del matrimonio.

Este día se había levantado muy tarde. Su marido, puntual y serio como no había otro, trabajaba en la oficina. Y ella estaba sola porque la tía había salido temprano junto con la criada.

Lucía estaba triste. El recuerdo de su cercana y libre juventud la torturaba. Era entonces —pensaba— bonita, fresca y lozana, y los mozos le dirigían esos requiebros de que tanto había gustado siempre y que nunca le había dicho su marido, tan serio, tan formal, tan laborioso. Sabía entonces que era provocativa y vivía satisfecha de la idea de que era admirada y deseada.

Ahora, en cambio, creía que su situación era desgraciada. Muy desgraciada. Como no salía a la calle, hacía tiempo que no escuchaba una galantería, una sola. Estaba, además, tan pálida, tan ojerosa, tan desmadejada, que no quería salir a la calle por nada de esta vida. ¡Se reirían de ella!

Se miraba envuelta en una bata amplia que le quitaba toda agilidad y toda esbeltez. Y se desesperaba.

Su coquetería infantil la llevó al espejo y entonces aumentó su desconsuelo. Se vio fea, despeinada, flácida, con grandes ojeras. Su ropa de mañana la abultaba el cuerpo, antes gracioso y

ligero, y bajo los senos que resbalaban perezosos, se abultaba el vientre.

Y había envejecido. Hasta las zapatillas que cargaba se le antojaban horriblemente ridículas y la hacían recordar con pena sus botitas de grandes tacones, que según indicación de su tía, ya no podía usar.

Lucía sintió una impresión de malestar terrible y se dejó caer en un diván. No quería verse más. Le dolía la cabeza y la daba una sensación indefinible de mareo. Luego la arcada. Lucía se dio asco. Y tuvo un síncope.

Volvió en sí rápidamente, abrió los ojos con sobresalto y se encontró sola. Se vio remotamente, despeinada, flácida, indolente. Un ataque nervioso agitó su cuerpo y rompió a llorar, como cuando era una chiquilla y la mimaba la tía vieja y bondadosa...

EL BAILE DE MASCARAS

Mi amigo Esteban, tan triste, tan sombrío, tan melancólico siempre, era esta noche más espontáneo, más comunicativo, más verboso que nunca, ante una copa de whisky que bebía a sorbos menudos, en el bar lleno de luces y de voces de cristales.

Mi amigo Esteban me había prometido explicarme por qué se había negado aquella noche —noche de carnaval— a ir conmigo al baile de máscaras. Y comenzó a decirme con voz pausada, triste, esta historia:

—Hace diez años —tenía yo entonces veinticinco—, en una noche como esta, tercera de carnaval, Julio Vial y yo —¿se acuerda usted de Julio Vial?—, (Yo hago una inclinación afirmativa), Julio Vial y yo nos aburríamos sin distracción. Julio Vial me propuso ir a casa de las Sixto, que eran alegres y simpáticas, pero yo me acordé que las Sixto nos habían torturado con polvos y chisguetes el día anterior y no quise ir. Julio Vial me invitó entonces al baile de máscaras y acepté. Yo no había ido nunca a un baile de máscaras. Cuando llegué al teatro y miré una serie de parejas ébrias, disfrazadas con trajes grotescos, me dio un poco de repugnancia y quise marcharme. Pero pensé en que no tenía otra distracción posible y alguna habría de proporcionarme mi permanencia en el baile. Las parejas pasaban ante mí, bailando desenfrenadamente. Y llegaban otras nuevas y el baile se animaba. A poco era un vértigo de serpentinas, colorines y dominós abigarrados. Yo me aturdía y comenzaba a distraerme. Julio Vial también.

(Mi amigo Esteban hace una pausa y bebe un sorbo de whisky. Yo lo imito. El bar está todo lleno de luces y de voces de cristales. Fuera, pasa como una onda de locura el carnaval).

De pronto llegó una pareja nueva. Era una mujer con dominó, una mujer esbelta, ágil, de elegante silueta; y era un

hombre extraño, seco, de bigote recortado, de ojos pequeños, de mirada agresiva. El hombre y la mujer se sentaron próximos a nosotros. Yo los escruté curiosamente. Se me antojaron una pareja rara. Y me atrajeron sobre todo los ojos de ella, grandes ojos negros, grandes ojos brilladores. Los ojos de ella me miraron también, y yo la encontré misteriosa, sugestiva, fatal en su disfraz. Y la adiviné hermosa, supremamente hermosa, tanto como eran su silueta y sus formas turgentes.

El hombre extraño, seco, de bigotes recortados y de ojos pequeños, se paró derrepente. Dijo en voz baja unas cuantas palabras a su compañera y salió de la sala casi de prisa. Yo seguí con la vista al hombre extraño y seco y lo vi volverse para mirar a la mujer del dominó que con él vino.

*
* *

La mujer del dominó siguió sola por mucho rato. La adivinaba impaciente y fastidiada. Ella se quitó el antifaz y me dije que no me había engañado al creerla hermosa, supremamente hermosa. Era morena, joven, fresca, deliciosamente bella la mujer del dominó y de los grandes ojos negros.

Julio Vial y yo comenzábamos también a aburrirnos. Para distraernos nos acercamos a la mujer del dominó y la hablamos. Ella nos contestó afable y yo sentí muchas veces en mis ojos los suyos grandes, negros y brilladores. La invité a "dar una vuelta" y ella aceptó gustosa.

(Mi amigo Esteban bebe un sorbo de su copa de whisky. Yo le imito. El bar está todo lleno de luces y de voces de cristales. Fuera, pasa como una onda de locura el carnaval).

Nos confundimos entre el loco torbellino de las parejas que bailan un vals. Muy apretados, muy juntos, nos deslizábamos raudamente, automáticamente, vertiginosamente. Y yo sentía en mi cara su alentar tibio, perfumado y mareante, a ritmo de su

respiración que le enarcaba el seno turgente. Bailamos con locura, bailamos frenéticos, con la misma ansia de embriagarnos entre el loco torbellino de las parejas abigarradas...

Fatigados, nos detuvimos. La conduje a su asiento, el mismo que antes ocupara. Ahí estaba Julio Vial. Yo la invité a tomar un refresco en el bar, pero ella rehusó. Insistí, y entonces habló así en su respuesta: "¡Gracias! ¡Podría venir él!" — ¿El? Yo me había olvidado de él. ¿El era el hombre extraño, seco, de bigotes recortados, de ojos pequeños? No quise seguirme interrogando, me despedí de mi pareja y salí de la sala, obediente a Julio Vial, que me llevaba al bar...

*
* *

Sentados ante una mesita del bar, Julio Vial y yo bebíamos. Irrumpían de pronto las parejas bulliciosas y ebrias para marcharse luego. Yo estaba nervioso. Una meretriz disfrazada de Colombina, me dirigió una provocación atrevida que corearon muchas risas. Julio Vial necesitó usar toda su energía y toda su sagacidad amistosa para calmarme.

Pedimos la tercera "menta".

Sonó un tiro. Julio Vial y yo nos quedamos estáticos, aterrados. Salimos después corriendo y entramos anhelantes a la sala, donde había cesado bruscamente la algarabía del baile. Una gran aglomeración señalaba el sitio donde el disparo había sido hecho. Era el mismo sitio donde habíamos dejado a la mujer del dominó que bailó conmigo.

Julio Vial y yo nos acercamos, abriéndonos paso, casi a la fuerza. Escuchamos: ¡La ha matado! Cuando llegamos al sitio en que dejamos a la mujer del dominó, un tumulto marcaba el otro por donde se llevaban al hombre extraño, seco, de bigotes recortados y ojos pequeños. Era el asesino. Mi pareja de hacía un instante estaba ahí, inmóvil, yerta, con una herida sangrante en el pecho. No quise seguir mirando su cadáver y

me escapé del grupo, atontado. Julio Vial me seguía. A la salida escuchamos a dos personas que hablaban en voz alta. Una dijo: —Ha sido por celos. El era su amante y ella lo engañaba con otro. El la espiaba y la dejó sola para sorprenderla. No hace mucho ella bailaba con su segundo amante. Un joven alto, delgado, pálido, vestido de gris oscuro, con corbata de lazo...

Salí del teatro como un loco. A lo lejos vi al grupo que se llevaba al asesino. Corrí aterrorizado. Yo era el joven alto, delgado, pálido, vestido de gris oscuro, con corbata de lazo. No he vuelto más a un baile de máscaras.

(La voz de mi amigo Esteban ha concluido trémula, velada, llena de emoción. El se ha bebido el último sorbo de su copa de whisky. Yo le he imitado. El bar estaba lleno de luces y de voces de cristales. Fuera, pasaba como una onda de locura el carnaval).

EL HOMBRE QUE SE ENAMORO DE LILY GANT

Seis y 30 p.m. Parpadeaba la penumbra del cinema. Tanda vermouth. Lunes de moda. "Hebea". Pathé Fréres. París.

En una fila media de la platea repleta, sin lagunas, Arnaldo se abandonaba con pereza sobre su asiento. Y entornaba los ojos —ojos grandes, verdes, vivaces, almendrados en el trazo— como si soñara.

Arnaldo era joven. Treinta años decía su rostro afeitado, en el cual ponían su nota de cansancio las huellas de una juventud intensa. Y eran atildados y eran pulcros su traje y su ademán.

Por el ecran desfilaban escenas animadas y fugaces que Arnaldo miraba apenas. Pero surgió de pronto en una de ellas la figura esbelta, risueña y elegante de Lily Gant, y Arnaldo se incorporó en su asiento de platea y la siguió con los ojos —ojos grandes, verdes, vivaces y almendrados en el trazo—, que sonreían a la imagen de la artista.

Y Lily Gant, que hacía el papel de niña engañada en la historia folletinesca y cursi de la película, ponía en cada gesto y en cada ademán un matiz de su gama artística.

Era Lily Gant frágil y hermosa como una muñeca. Pero, al revés de una muñeca, era intensamente expresiva. Blonda, leve, aérea, pasaba por la luminosa fantasmagoría del ecran con los prestigios de lo misterioso, de lo desconocido, de lo irreal.

Arnaldo la seguía vehemente. Se diría que por el alma de este hombre elegante y pulcro pasaba una onda de extraño y refinado romanticismo.

Y en la sala, la concurrencia burguesa, vulgar y plácida, no perdía detalles de la historia folletinesca y cursi de la película. Un beso furtivo y quedo, cambiado en la penumbra protectora

por dos enamorados, hizo vagar por un instante un leve perfume de juventud y de amor, de carne y de deseo.

Arnaldo era un gourmet del amor. Llegaba a los treinta años, maceradas sus carnes lívidas en los éxtasis locos de las locas caricias. Y llegaba célibe, irreductible en su soltería y en su ansia de libertad, después de deshojar pétalo por pétalo la flor exangüe de todos los placeres.

Hasta los treinta años no supo del amor su corazón. Arnaldo era sólo un cerebral, un refinado, un exquisito. El gourmet que decían sus amigos. La crisis sentimental se esbozó en su adolescencia, espoleada por los encantos de Rosa, su prima joven y bella. Pero Arnaldo conjuró inmediatamente la crisis seduciendo a la prima joven y bella.

Y ahora, el gourmet, el refinado, el exquisito, llegaba a los treinta años y se preguntaba si no habría hecho una tontería al no casarse con la prima de su primer episodio donjuanesco y si no era muy pobre, muy infecunda y muy estéril su vida sin cariño y sin recompensa.

Un día, por primera vez, pensó Arnaldo en que le convendría casarse, poseer un hogar, una familia. El no tenía padres y en su vida de célibe, su alma de ficticia misoginia daba los primeros indicios de hastío. Y pensó unirse con Isabel Saravia, que contaba cinco años menos que él y que era muy hermosa.

Al día siguiente pidió a Isabel Saravia, con la misma serenidad indiferente con que hacía un cable a Buenos Aires, adquiriendo un caballo nuevo, tres años, familia número 3, pedigree garantizado.

Isabel no amaba seguramente a Arnaldo. Pero había despertado en ella el interés que en todas las mujeres casaderas de veinticinco años despierta un hombre de treinta con reputación de don Juan y vasta leyenda de conquistas, amantes y adulterios.

Los dos conseguían a ratos hacerse la ilusión de quererse. Y a la hora del "five o-clock tea" se partían de una misma galleta de vainilla y hasta se daban un beso.

*
* *

Arnaldo acompañó un día a su novia al cine. Lo había puesto a elegir entre acompañarla al cine o a casa de sus primas las Miravales. Arnaldo se acordó de que las Miravales eran muy tontas y que todavía sus novios eran más tontos que ellas. Y prefirió llevar a Isabel al cine.

Ya en el cine, Isabel le dijo que exhibirían una cinta nueva: "El debut de Lucy". Y que interpretaba a la protagonista, Lily Gant. —"¡Una gran artista! ¿No la conoces tú?"— Arnaldo no la conocía, pero por decir algo dijo que la había oído nombrar mucho. Isabel la ponderó entusiasta, hasta que apagaron las luces y comenzaron a sucederse las escenas de la película que se estrenaba ese día.

Arnaldo vio surgir a poco en el ecran la figura primorosa de Lily Gant, simulando una Lucy, que debutaba en el Folies Bergeres. Y esta Lucy de Folies Bergeres recibía un billete de un cansado amante que la abandonaba. Arnaldo nunca iba al cine. No conocía a Lily Gant y la encontró deliciosa.

Hubo un momento en que la figura de Lily Gant agrandada, luminosa y fantástica, apareció envuelta en un halo parpadeante y sonrió enviando un beso con sus dedos leves. Arnaldo sintió en sus ojos la mirada de los ojos de Lily Gant, que adivinó garzos. Y se sintió un poco niño. Le parecía estar preso de la misma impresión que cuando conoció en su adolescencia lontana a su prima joven y bella. Y que la mirada de Lily Gant era la misma mirada de su prima cuando se posó en la suya tímida. También los ojos de Rosa eran grandes, garzos, expresivos. Arnaldo recordó entristecido el día en que Rosa, su prima, la de los ojos grandes, garzos y expresivos como estos

que ahora la miraban, se le entregó sumisa, inconsciente, amante.

Pero Lily Gant era más frágil. Lily Gant era más bella. Sólo sus ojos se parecían a los de Rosa, cuando Rosa era adolescente. Porque desde que Rosa se había casado, cuatro años antes, con un hombre rico, con lentes y con un abdomen muy grande, sus ojos tenían una mansa, una dulce, una beata expresión de animal doméstico.

Terminó la película. Salieron todos. Arnaldo con Isabel entre los últimos. Isabel le hablaba de Lily Gant: —¡Qué bonita! ¿No?— Arnaldo miró con pena a su novia y no le dijo nada.

Arnaldo regresó al día siguiente al cine para ver nuevamente a Lily Gant. Y volvió después muchas veces. A ratos se preguntaba si no sería infantil dejarse sugestionar así por una sombra que vagaba una hora o más entre el vertiginoso conjunto de la "fila". Se acordaba de que tenía treinta años, de que iba a casarse, y se decía que no iba a derrotarlo un sentimentalismo ridículo e ingenuo, después de haber sido él tan fuerte y cerebral. Pero volvía a mirarse en los grandes ojos garzos de Lily Gant y se sentía otra vez niño, como cuando sintió en la suya la mirada de Rosa, su prima joven y bella.

Y día a día, le interesaba menos su novia. Se convenció más de que no la amaba. Faltó a menudo a los "five o'clock tea" a su lado, y no volvieron a partirse de una galleta de vainilla ni a darse un beso, el pobre beso melancólico que compartieron a veces, indiferente él, temblorosa y espoloneada por el deseo ella.

*
* *

Ese día Arnaldo —le acariciaba la penumbra parpadeante del cine de seis—, se dijo que estaba enamorado de Lily Gant.

Pero ¿se había podido enamorar de una vaga, de una incorpórea, de una intangible mujer, de una sombra del ecran, él que no se había enamorado de ninguna otra real, de ninguna otra por hermosa que fuera? Arnaldo pensó que Isabel Saravia era también muy hermosa. Y que era su novia, y que iba a ser su esposa. ¿Iba a ser su esposa Isabel Saravia? Arnaldo, por primera vez, tímidamente, se arrepintió no poco de haberla pedido.

El cálculo razonador y frío, del hombre fuerte, del hombre cerebral, reaparecía. ¿Cómo podía enamorarse de una mujer que conocía sólo por las imágenes oscilantes de las películas? Era un tonto. No volvería al cine. Lily Gant sería sin duda una cortesana asequible a los caprichos de un millonario bruto, con lentes y con un abdomen muy grande como el marido de Rosa, y al mismo tiempo amaría a un "macró" elegante que le pegaría y le quitaría el dinero. Arnaldo se encontró ridículo, infantil, y se ratificó en su propósito de no volver al cine. Esta vez sería la última. Estrenaban "La pobre Margot", una película en la cual Lily Gant interpretaba a la protagonista, como la noche aquella en que acompañó a su novia y vio por primera vez a Lily Gant.

Las escenas del folletín de la película, grotesco y vulgar como el de la otra vez, comenzaron a pasar rápidas. Y Lily Gant surgió en el lienzo blonda, frágil, aérea. Arnaldo volvió a sentirse infantil y enamorado.

Lily Gant era "la pobre Margot". Las aventuras de un amorío romántico y contrariado pasaron primero. Luego surgió la figura de un elegante, cínico, hermoso. Era el novio que sus padres imponían a "la pobre Margot". Y Margot lo aceptaba sumisa, triste, apenada. Un día ambos tomaban té en una terraza. El la hablaba mimoso, acariciador, y ella le escuchaba sufrida, melancólica. El quiso darle un beso y ella lo esquivó. Espoleado por la resistencia... él la abrazó violentamente. Y le dió brutal, uno, dos, tres besos crueles, ansiosos. Arnaldo miraba trémulo, enloquecido, inquieto. Sintió en la

suya la mirada triste de los ojos garzos de Lily Gant. Y los ojos de Lily Gant miraban como miraron a Arnaldo los ojos de Rosa, de su prima joven y bella, aquel día en que se le entregó sumisa, inconsciente, amante. La escena desapareció entre un parpadeo fantástico de luz y un estremecimiento nervioso de sombra.

*
* *

Cuando concluyeron las escenas del folletín grotesco y cursi de la película, salieron del cine las gentes plácidas y satisfechas. Se habían marchado todas cuando Arnaldo salió de la sala sombrío, inconsciente, como loco. Dio a un chauffer las señas de su casa e hizo que lo llevaran a ella. Cuando el automóvil se detuvo, entró a su casa de prisa y escribió a Isabel Saravia una carta muy breve. Le devolvía su palabra de matrimonio. No podía casarse con ella, porque era hereditariamente epiléptico. "Antes no había querido decírselo... ¡La amaba tanto!"...

FUE UNA APUESTA DEL "FIVE O'CLOCK TEA"...

Juan Croniqueur, cuentista atildado y sutil, publicará en "El Turf" cuentos, como el que hoy ofrecemos, en los cuales se retrata el ambiente de aristocracia y snobismo que da marco a la afición hípica. En el año anterior "El Turf" publicó algunos otros del mismo literato que fueron muy celebrados por nuestro público.

Irene se incorporó en el muelle y plácido *chaise longue* de su alcoba. Se había detenido a las puertas de la casa suntuosa el automóvil.

En la estancia tibia y plácida, en la cual recién se había desperezado la mañana, había el perfume fresco de un oliente ramo de flores sobre las cuales pusiera minutos antes el estrujón de su caricia nerviosa la señora Irene de Oriol. I había el perfume voluptuoso que esparcía el cuerpo joven, mórbido y lozano de la señora de Oriol.

Una criada entró a la alcoba y dijo a la señora:

—Ha vuelto Julián, trayendo al jockey. Espera en el vestíbulo.

Irene tuvo un gesto de contrariedad neurótica.

—¡Le dije que lo condujera aquí!

La criada salió. Irene miró al espejo biselado y límpido del ropero. En él se copiaba su cuerpo envuelto en una bata de tela sutil. Bajo las transparencias vaporosas de la bata, la carne tuvo un calofrío. Irene cruzó con fuerza los brazos sobre el pecho trémulo. Luego sonrió. Llegó un ruido de pasos tímidos sobre el piso alfombrado de la inmediata habitación. I en seguida entraron Julián, el mayordomo, primero, y el jockey después.

El jockey llevaba en las manos su gorra de lana. Hizo una reverencia. Julián se fue silenciosamente a un ademán de Irene. El jockey paseó una mirada de azoramiento por la estancia, al sentirse solo en ella con su ama.

Irene habló:

—Acérquese Nick.

Del mismo modo le había nombrado ella las pocas veces que le había visto en el hipódromo y en el stud. Nick. Así también lo nombraban los periodistas, los *entraineurs,* los demás jockeys, todo el mundo. Nick se aproximó respetuosamente a Irene. Irene tornó a mirarse en el espejo biselado y límpido del ropero. El jockey, confuso, esperó.

Irene habló:

—Oiga, Nick. El que le voy a pedir es un favor muy grande. A usted le va a parecer raro, pero crea Nick que no es nada malo. Quiero que el domingo pierda "Myrtho".

Irene calló. Nick la miró con asombro. I después el diálogo fue así:

—Sí, Nick. Yo necesito que "Myrtho" pierda el domingo. No le puedo decir por qué. Tampoco lo puede saber mi marido. I yo estoy segura de que usted querrá ayudarme, sin pedirme otra explicación. ¿Verdad Nick?

(Hubo una pausa. Avanzando su busto trémulo hacia el jockey absorto, Irene buscaba con su mirada de súplica y seducción la mirada de Nick que fugaba cobarde entre las manos pálidas que jugaban con la gorra).

—Señora. Porque usted me lo pide... Yo haría un esfuerzo... Pero el amo, señora, podría saberlo...

—Usted es lo bastante hábil para fingir una causa de la derrota de "Myrtho". Una causa inteligente. Sí, Nick.

—Yo, señora... Tal vez. No fío en ningún ardid aunque acaso hubiese uno. Pero, señora. ¿Necesita usted tanto que Myrtho pierda? Ya sabe usted que es una gran carrera. Un gran clásico. I un triunfo fijo.

—Sí, Nick. Lo necesito mucho, mucho. No le puedo decir por qué. Usted me va a salvar. Hágalo a toda costa. Nadie podrá saberlo. Sí, Nick, sí. No tengo a otra persona a quien pedirlo. I *tú* eres bueno. Hazlo *tú.*

(La voz suplicante del ama que lo hipnotizaba con los ojos y con el perfume de su carne muelle, dominó a Nick. Nick se oyó tutear absorto. Hubo un silencio muy corto, durante el cual pasó por los ojos de Nick la visión de su ama, —la misma Irene que le había mandado traer del hipódromo en su au-

tomóvil de silenciosas llantas, ruidosa bocina y mullido interior—, visitando uno a uno los boxes, montando a caballo, pidiendo auxilio en el trance de bajarse que hinchaba sus músculos jóvenes bajo la prisión del augusto traje de amazona, llenándolo todo con el timbre vibrante de su risa nerviosa. La visión de Irene en esa vez o en esas veces en que Nick se había confesado que la amaba).

—Bueno, señora. Myrtho no ganará el domingo.

—Gracias.

La voz de Irene era agradecida y zalamera. Nick leyó en ella la seguridad con que esperaba que su respuesta fuera así: "Bueno, señora". I tuvo un pequeño arrepentimiento ante la sonrisa coqueta de Irene.

Hizo una genuflexión y dijo a media voz una frase confusa de despedida.

Irene le detuvo todavía un segundo para decirle:

—Muchas gracias. Le voy a regalar algo en recuerdo de su servicio. Esta sortija.

Y se quitó del dedo anular de la mano derecha, fina y gentil como la otra, una sortija de oro, sencilla y caprichosa. Nick rehusó aceptarla. Se puso rojo y salió de la estancia afligido de no saber decirle que preferiría una flor de las que había en el oliente ramo, desprendida por sus manos gentiles y finas.

Cuando salía, ella le dijo con voz fuerte, sonora y alegre, como si estuviera mojada por sus sonrisas:

—¡Adiós, Nick!

*
* *

Dos días antes, a las cinco de la tarde, Irene dialogaba con su amigo Andrés Rosas en su gabinete de recibo. Los dos estaban muy juntos, frente el uno del otro y acodados sobre una mesita redonda y frágil, cuyos pies se curvaban primero convexa y después cóncavamente hasta aproximarse en un nudo bajo la sombra del fleco esquinado de la sobremesa.

Andrés Rosas era un hombre elegante, atildado y simpático.— Bigote recortado, polvos de talco sobre la sombra azul de la barba, peinado inteligente que disfrazaba la incipiente aparición de la calva, sonrisa elástica, mirada de hombre acostumbrado a usarla, voz untuosa y maligna, edad cenital para un dandy, sportman y galantuomo.— Era amigo de Roberto Oriol, gerente de una compañía anónima, director de otra, dueño incondicional de una casa suntuosa, un fundo, un stud, un automóvil y condicional de Irene, su gentil y joven esposa. I como Andrés era tan amigo de Roberto Oriol, la esposa de Roberto Oriol tan bella y codiciada, y poseedor él de tanta historia de aventuras galantes, se le asignaba cerca del matrimonio el papel de cortejador de la señora. Andrés que era hombre resignado aceptaba el papel y tenía alguna vez el honor de poner el abrigo sedeño sobre los hombros escotados de la señora Oriol en las noches del teatro, de ser su confidente a propósito de cualquier trivialidad que podía ser confiada al modista, de tomar thé con ella en las tardes en que le parecía aburrido tomarlo sola o con una amiga y de discutir con ella en las carreras sobre cómo era más elegante que usasen los caballeros sus prismáticos. Irene había visto la usanza más "chic" en Europa. I había estado en Epsom, en Chantilly, en Longchamps.

Ahora, Andrés e Irene se decían las mismas banalidades de siempre, interrumpiéndolas a veces ella con una risa nerviosa, escurridiza, y veleta que hacía decir a Andrés: "¿Cállese, por Dios, Irene!" Porque hacía dos meses que Andrés la decía familiarmente Irene y la había jurado con una formalidad muy teatral que estaba completamente enamorado de ella, después de intentar robarle un beso.

Entró un criado portando el servicio de thé. Encima de la mesa brilló enseguida el plaqué de las cucharillas y de la tetera que ponía entre los rostros de Andrés e Irene un suave calor de discreta estufa. En las tazas transparentes se vertió el thé y lo endulzó el concéntrico giro de las cucharillas. Y entre los dientes de él y de ella, que mordían la música intermitente de la risa y cortaban las palabras, crujían las galletas frágiles.

Hipnotizado por la mirada de Irene que estaba tan cerca de él y jugaba con la suya experta y brillante, Andrés decía frases vehementes, cálidas y apasionadas que parecían muy hondas y muy sinceras.

—Mire, Irene, yo le pido muy poco. Una cita solamente. Una cita en mi casa.

Irene rió nuevamente con risa nerviosa, escurridiza, y veleta que acompasaba sobre la porcelana del platillo con la cuchara de plaqué.

—Por Dios, Irene, no se ría. Es muy serio. ¿Por qué no quiere usted ir una sola vez a mi casa? Una mujer como usted saldrá sin que le haya pasado nada que contraríe su voluntad. Así es mi amor Irene...

Y ella seguía riendo y acompasando su risa sobre el platillo con la cuchara de plaqué.

—Doy mi vida por esta cita. Toda mi vida. Es la primera vez que yo digo esto, Irene...

Irene dijo interrumpiendo su sonrisa, con la cuchara suspensa sobre la porcelana del platillo:

—¿Una cita no más? ¿Verdad?

Andrés contestó:

—Sí.

Irene tornó a reirse con nervios de mujer engreída e indecisa. Pensó que era una necedad no ceder un paso a la tentación de Andrés Rosas y no urdir con él la red de una aventura que figuraría como la más honesta de sus historias de señoras casadas, cuando era tan interesante, tan rendido, tan amable, mientras Roberto Oriol hacía negocios, se paseaba o charlaba en el club. Y Andrés Rosas, su cortejador, era, desde que la enamoró, el capricho de la nerviosa y bella Irene que buscaba modo decoroso de dar pie a la aventura sin que pareciese que por su voluntad ella lo daba. Hoy tenía un proyecto.

Irene dijo:

—Andrés, le hago una concesión. Le apuesto a usted la cita. Se la apuesto en una carrera de caballos.

Andrés sonrió sin extrañeza ante la ocurrencia y dijo sólo:

—¡Oh!

Irene continuó:

—Sí. Pero yo he de poner las condiciones. En el clásico del domingo solo "Myrtho" y "Ruy" tienen opción. Roberto dice así. Pues bien. Yo tomo a "Myrtho" y le dejo a usted "Ruy". Si "Myrtho" gana usted tendrá por castigo regalarme su colección de orquídeas.

Andrés hizo una débil protesta:

—No, Irene. Así no vale. "Myrtho" ganará de todos modos. Y que "Ruy" gane es imposible. Cambiemos las cartas.

Ella lo cortó con una coquetería ceñuda:

—No, señor. Algo ha de dejar usted a la suerte, regalón. Fíese en ella. Sólo así ganaría la cita. ¿En la casa de usted? ¡Qué vergüenza! Si no supiera que de allí saldría siempre sin que me hubiese pasado nada que contrariase mi voluntad, como usted dice.

La risa estalló nuevamente. Y el diálogo fue apagándose y muriendo a tiempo que la luz que tamizaban las cortinas se tornaba adusta y amarilla; oxidaba el plaqué de las cucharillas, de la tetera, del azucarero y de la bandeja de pastas y jugaba en la sortija que Irene tenía en el dedo medio de la mano derecha y con la cual tamborileaba sobre el labrado borde de la bandeja de pastas.

*
* *

Nick colocó a "Myrtho" en el puesto en que le correspondía partir. Los demás caballos, "Ruy", "Lord Robs", "Pick", "Ride" y "Douglas" ocuparon los suyos también. Hacia el lugar de partida de la carrera clásica, convergían los anteojos de las tribunas y de las terrazas. Nick recordó su compromiso y la visión de Irene, risueña, luminosa, incitante, arrebujada en su bata de mañana, pasó lentamente por sus ojos.

Cinco minutos después los caballos partieron.

"Ruy" ganó la carrera. "Myrtho" llegó segundo. Hubo comentarios. Unos culpaban al caballo y otros culpaban al jine-

te. Roberto Oriol perdió cien libras. La derrota le causó una gran sorpresa. Y antes de la siguiente carrera. Nick pasó delante de Irene, golpeándose una polaina con el latiguillo. Irene lo miró sonriente y Nick se estremeció. La sonrisa de Irene, mundana y regocijada, esa sonrisa en torno de la cual se agrupaban las siluetas elegantes de dos o tres dandys que seguramente la decían sus requiebros, lo hizo arrepentirse un poco de su traición y lo puso sombrío.

*
* *

9 a.m. En su humilde cuarto del stud, Nick sentado, meditaba. De fuera llegaba el rumor de una charla frívola y animada, en cuyo tema se mezclaban caballos, apuestas, mujeres, amores, modas. Junto a la ventanilla del cuarto de Nick, en un pasadizo del stud de Oriol conversaban Andrés Rosas y Juan Lendo. Nick conocía sus voces. Y no ponía atención en el diálogo cuyas palabras llegaban a su cuarto por la ventanilla. De pronto, oyó el nombre de Irene y se irguió. Y aguaitó por la ventanilla, cauteloso y ávido. Los dos sportsmen, vestidos con trajes de polo y llegados de visita incidental y ociosa al stud, hablaban efectivamente de Irene. Andrés refería. Nick escuchó.

—Es la suerte que yo tengo siempre, —decía Andrés— El azar que me protege. Gano en la ruleta, en las apuestas mutuas y en el amor. Lo que te he contado es cosa de suerte no más. Imagínate. Yo la había pedido muchas veces la cita. Pero siempre me la había negado. Es tan caprichosa. Esta vez me propuso la original apuesta. Yo acepté naturalmente. Pero no tenía fe en que "Ruy" ganase. ¡Si era una fija de "Myrtho"! Pero me socorrió la fortuna. "Ruy" ganó y tuve la cita. ¡Fue un batacazo!

*
* *

Nick quedó consternado. La verdad le parecía monstruosa y le asombraba. Recordaba a Irene, a la gentil y voluptuosa Irene de Oriol que él había amado en secreto, recibiéndolo en la tibia intimidad de su alcoba. Luego la proposición, la súplica, el asentimiento, su cobardía para pedirle la recompensa de una flor en reemplazo de la sortija rehusada. Y después la traición, la deslealtad, la trampa en que tuvo su origen la derrota inesperada de "Myrtho". Y todo había sido una intriga pecadora de Irene para conceder sus favores, malignamente negados hasta entonces, a ese pobre diablo elegante de Andrés Rosas.

Nick evocó los comentarios de la derrota. Un telefonazo de la perversa había conseguido que Dick, cronista del principal diario hiciese hábil explicación de la carrera. Nick tuvo celos. Y se despertó en él un odio inmenso a Andrés. ¿A Irene? A Irene, no. Volvió a verla, cerca de él, suplicante, trémula, hermosa. En la pared recortado y pegado por las manos de Nick estaba también su retrato. Una silueta que había publicado una revista elegante. En ella estaba risueña, displicente, coqueta, pero tan bella como cuando la envolvía la bata sutil de aquella mañana.

Nick sacó de un bolsillo un pequeño recorte de periódico. Y lo leyó con tristeza. Decía así:

"El esfuerzo de Nick por hacer triunfar a "Myrtho", fue constante e inteligente. "Myrtho" corrió con algún desgano. Y la presentación de "Ruy" fue en cambio inmejorable. Nick fue el mismo jockey de siempre, enérgico, hábil, intrépido y listo".

Nick estrujó el recorte y lo arrojó apenado y trémulo.

JUAN CRONIQUEUR

HISTORIA DE UN CABALLO DE CARRERA

"Flower" asomaba su cabeza nerviosa y fina por la abierta ventana del boxe, a punto en que Lucy Regnier entraba al soleado patio del stud. La fina y nerviosa cabeza de "Flower" se irguió ante la risueña proximidad de Lucy Regnier, que avanzaba hacia el boxe con paso breve y rápido, dejando las agudas huellas de sus tacones. La seguía el entraineur a quien la visita de Lucy Regnier, hija del amo, no sorprendía pues era habitual la frecuencia con que ella iba a visitar a "Flower" su caballo favorito, su predilecto, de la "ecurie".

Hacía año y medio que "Flower" había llegado al stud. Era entonces un potrillo pequeño e indómito, adquirido por el señor Regnier en un remate. Lucy le vio en el stud un día que llegó a él con su hermano Alfredo. I desde entonces tuvo para él la misma caprichosa e infantil predilección que a los cinco años tuviera por un "fox-terrier" con quien riñó porque un día la hizo llorar con una mordedura sorpresiva.

"Flower" era alazán. Su pelaje tenía en el lomo un vivo tinte doradillo, por el cual corría una tenue ondulación nerviosa cuando erguía su cabeza avizora ante la caricia inminente de Lucy Regnier caminando hacia el boxe de su confortable cautiverio. I en la frente y sobre el hocico, una mancha blanca, parecía una pincelada que se hubiese trazado, adrede para que Lucy Regnier pusiera en ella la breve palmadita de su mano mimosa, la misma mano que colocaba terrones de azúcar en la ávida boca del potrillo.

Cuando "Flower" se presentó por primera vez en una tarde de carreras, el debut tuvo para Lucy proporciones de solemne y magno acontecimiento. "Flower" ganó y Lucy porfió a todos que "Flower" era el mejor caballo que pisaba el hipódromo. I con Luis Galdós que la contradijo se enfadó grave y coquetonamente. No se supo si fue sincero convencimiento de que "Flower" era un gran caballo o pretextos de *flirt,* como decía Alfredo Regnier.

Y, como si el mimo de su gentil amita le diese fortuna, "Flower" sorprendía a todos, y asombraba singularmente a

Luis Galdós, con nuevos y sucesivos triunfos. Luis Galdós, profesional de sports, turfista apasionado, experto en la aplicación de la teoría de Bruce Lowe, afirmaba que "Flower" era un caballo excepcional. Su pedigree era vulgar, casi insignificante, su precio en el remate inferior al de muchos "yearlings" que no tenían la menor esperanza de conseguir figuración en el calendario del Jockey Club y su misma contextura no delataba los "medios" de un crack. Mr. Jack Hamilton, un inglés que hablaba incansablemente de caballos y carreras, se mostraba muy interesado por este "caso".

"Flower" llegó a contarse muy pronto entre los más notables caballos de su generación. I se hizo el crack del stud del señor Regnier, que acababa de ver fracasadas su expectativas en otro caballo de intachable "pedigree", admirables "inbreedings", "medios" poderosísimos, y precio fabuloso.

"Flower" había oído aclamar su nombre por una multitud febril en las circunstancias emocionantes de muchas reñidas llegadas. En las carátulas de las revistas hípicas había aparecido su cabeza avizora, en la cual la mancha blanca semejaba una pincelada extendida adrede para que Lucy Regnier pusiera sobre ella la breve palmadita de su mano mimosa.

*
* *

Esta mañana Lucy Regnier visitaba a su caballo. "Flower" inclinaba su cabeza hacia las manos de ella. La cabeza de "Flower" tenía un abandono voluptuoso cuando Lucy Regnier la mimaba con mimo de niña por su muñeca.

"Flower" sentía el engreimiento de la felicidad. En el stud le rodeaba el prolijo cuidado del entraineur y de sus ayudantes y lo visitaba la cariñosa y protectora asiduidad de Lucy. En el Hipódromo, "Flower" se veía muchas veces rodeado, acariciado y fotografiado. I tenía la conciencia de que todo ese clamor era admiración y aplauso.

Una mañana había ingresado al stud un nuevo huésped. Era una yegua joven, nerviosa, fina, alazana también. "Flower" la había visto pasar por la ventanilla de su boxe como una

sombra luminosa, como una aparición que despertase en él mucha alegría, como a Lucy Regnier cuya proximidad sabía presentir. Viendo a Lucy avanzar hasta el boxe, vibraba bajo el pelaje de su lomo la ondulación nerviosa que se desperezaba al roce caricioso de las manos pequeñas y blancas.

*
* *

Llegó una tarde fatal para "Flower". Fue durante una carrera ruda y sensacional. En un brusco esfuerzo de dirección, "Flower" sufrió el desgarronamiento de una mano. Y "Flower" cayó al suelo, mientras los demás caballos pasaban veloces muy cerca de él, guiados por el enérgico y rápido requerimiento de sus jockeys que esquivaban el peligro del caballo caído.

El accidente tuvo gran repercusión. Lucy se afligió hondamente ante su caballo herido. Los cronistas hípicos lamentaron el eclipse inevitable del crack del señor Regnier.

"Flower" enfermo y triste en el stud, tenía el solo consuelo de que su ama lo visitase y le llevase terrones todavía. Sólo le afligía su derrota y su soledad, cuando el stud se quedaba abandonado porque uno a uno todos los caballos habían ido al hipódromo para hacer sus ensayos. "Flower" tenía la nostalgia del campo brumoso y del césped blanco que en las mañanas invitaba a sus nervios a la carrera y al retozo.

Un día, curado ya pero invalidado para las carreras, Alfredo Regnier lo sacó del stud y dio en él un paseo. Los Regnier, bajo el sabio consejo de Mr. Jack Hamilton habían resuelto que "Flower" no servía para el criadero. Mr. Hamilton tenía minuciosamente estudiado su pedigree y afirmaba que "Flower" daría productos insignificantes. Lucy Regnier había escuchado con agrado esta declaración que le permitía conservar a "Flower" y hacer de él, tan manso, tan bonito, "tan bueno", su caballo de paseo.

"Flower" encontró grato su nuevo oficio. Alguna vez le afligió la nostalgia de la pista, de la carrera, de la lucha. Pero le contentaba seguir en el stud, tener siempre el mimo de Lucy Regnier y pasearla de vez en vez. El requerimiento de las rien-

das apretadas por su manita enguantada, la presión leve de sus zapatitos y hasta el golpe de su fuetecillo tenían para "Flower" sabor de caricia. "Flower" estaba orgulloso de su gentil señora y amazona.

*
* *

Fue otra tarde fatal. "Flower" paseaba a Lucy Regnier por un parque. Lucy Regnier lo había obligado a apurarse y se había distanciado mucho de Alfredo Regnier que la seguía lentamente en una yegua tordilla. "Flower" se detuvo ante una zanja. Lucy lo requirió para que la saltara. I "Flower" brincó sobre la zanja. Al caer, en la mano desgarronada, revivió el extinguido dolor de la herida, agudo e intenso. La mano se dobló violentamente y Lucy cayó al suelo.

"Flower" se aproximó hacia ella lentamente y extendió su largo cuello sobre el frágil cuerpo de la amazona exánime. "Flower" la miró como si comprendiera que Lucy Regnier se había hecho daño por su culpa. Alfredo Regnier lo halló así, galvanizado, pensativo ante Lucy Regnier que se sobresentaba descompuesta y trémula.

*
* *

Lucy Regnier no volvió a pasear en "Flower". No volvió a visitarle en el stud. El accidente había hecho decir a su padre, a su hermano, a Mister Jack Hamilton, a Luis Galdós, a todo el mundo, que era una imprudencia temeraria usar para paseo un caballo de carrera nervioso e indómito. I Lucy Regnier, con la versatilidad de la niña bonita que se aburre de una muñeca, se olvidó de "Flower" que quedó tristemente recluso en un boxe del stud. Las manos que pusieran terrones de azúcar en la boca ávida de "Flower", urdían ahora recatadas coqueterías ante la galantísima invocación de Luis Galdós enamorado.

Sobre la pista mullida del stud no volvieron a dejar sus huellas agudas los tacones de Lucy y en el boxe solitario, "Flower" sentía la nostalgia del roce caricioso de las manos fi-

nas y blancas. Hasta poco antes en su quiebra, en su fracaso, en su derrota de crack y de corredor, lo había acompañado consoladoramente Lucy Regnier. Teniéndola a ella, sintiendo en su flanco la presión de sus tacones y en su anca el golpe tímido de su fuetecillo y sintiendo el requerimiento de las riendas cogidas por su mano enguantada, "Flower" había olvidado las satisfacciones de la antigua vida.

Nadie dijera que en el rincón sombroso de un boxe, que no era ya el que en otra época albergara al crack, vivía la dolorosa tragedia del alma de un caballo.

*
* *

Medio día en el stud. El sol ponía un cuadrilátero concéntrico de luz en el patio cuadrilateral. Silencio. Quietud. Siesta. De raro en raro el paso de un muchacho que llevaba y traía un balde, una escobilla, una montura. Relincho intermitente.

Un muchacho abrió un boxe y sacó de él a "Naná", la yegua alazana y joven. I comenzó a pasearla por la pista. Por la rendija de su boxe cerrado "Flower" vio pasar luminosa y fugaz la silueta de la yegua alazana y joven. La yegua halada de la rienda por el muchacho, pasó una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces. A los tristes ojos de "Flower" este paso, que hacía silencioso la muelle blandura de la pista, llevó la evocación de Lucy Regnier avanzando con gesto risueño hacia el boxe de otrora.

*
* *

Alfredo Regnier se había acordado de "Flower" para dedicarlo a halar su birloche. I "Flower" fue uncido al frágil cochecillo naranja de Alfredo Regnier cuando Alfredo Regnier quiso dar un paseo matinal y campesino. —Una mañana en la alameda el birloche de Alfredo Regnier se detuvo frente a Lucy Regnier a la jineta en un caballo zaino. "Flower" tuvo un estremecimiento de placer ante la presencia de su ama. Luego

la miró apenado porque las manos finas y blancas no llegaban hasta él, como en otra época, para acariciarlo y porque otro caballo sufría ahora el mimo del fuetecillo, de sus tacones y de sus riendas.

Lucy miró casi con desdeño a "Flower" y dijo a Alfredo:

—¡Qué feo está!

Parecía que "Flower" hubiese entendido la frase y la mirada. Lucy se despidió. Alfredo agitó las riendas para que "Flower" partiese. "Flower", imbécil, no obedeció. Entonces la mano nerviosa y engreída del señorito tuvo una crispación colérica y descargó el látigo sobre el anca que antes hiriera el fuetecillo señoril de Lucy. El latigazo chasqueó dolorosamente. "Flower" partió mientras el caballo zaino de Lucy, requerido por las riendas que cogían una mano enguantada, se alejaba también.

*

* *

Otra mañana. "Flower" arrastraba hacia el stud el birloche de Alfredo Regnier. Otra vez el birloche de Alfredo Regnier se detuvo en el camino. Frente al birloche suspenso de Alfredo Regnier estaba "Naná", la yegua alazana y joven y "Boy" el reciente crack el que reemplazara a "Flower" y como "Flower, inutilizado por otro desgarronamiento traidor. Pero Naná y Boy dejaban el stud para ir al haras. "Flower" tuvo el amargo presentimiento del destino de Naná y Boy tan distinto del suyo. Comprendió por qué dejaban el stud. Supo que marchaban hacia el campo, hacia la libertad, hacia la alegría, hacia el amor. La evocación de la yegua alazana y joven paseando por las pistas mullidas del stud surgió a sus ojos tristes, unida a la evocación de Lucy Regnier avanzando con gesto risueño hacia su boxe.

Entre Alfredo Regnier y los sirvientes que conducían a Boy y a Naná se cambiaron algunas frases. Luego el látigo chasqueó sobre el anca de "Flower", dolorosa y cruelmente, y el birloche partió raudo.

JUAN CRONIQUEUR

EPISTOLARIO FRIVOLO

(Novela auténtica)

Breve y necesaria noticia: Elías, treinta años, renta importante, elegancia, displicencia, risueña ironía. Helena veintidós años, posición social distinguida, belleza, automóvil coupé, días de recibo con *five o'clock tea*.

8 de mayo, 7 y 35 p.m.

Helena:

Hace una hora y media la he visto a usted en el Palais Concert. Tomaba usted thé en una mesa inmediata a la mía. Yo no puedo resistir a la necesidad imperiosa de escribirle que desde hace hora y media me gusta usted inmensamente. (Perdone usted que le escriba en papel con timbre de Visconti. Esto es muy prosaico). Yo le debo decir francamente que conozco varias mujeres indiscutiblemente más bonitas que usted. No sabré adularla proclamando a la suya ama y señora de todas las bellezas que mis ojos han visto. Pero es usted demasiado seductora y me sugestionan en usted, uno a uno, muchos detalles: La boca, los ojos, la sonrisa. Y sin embargo ni la boca, ni los ojos, ni la sonrisa de usted son perfectos. Yo la encuentro a usted luminosa. Parece que usted tuviera una diafanidad rosada. Hubo un instante que yo la miraba y en que usted me miró también. La mirada de usted me ha hipnotizado. Es usted maravillosa. Si tiene usted un retrato en que esté escotada mándemelo. Le incluyo una tarjeta con mis señas. Irremediablemente estoy enamorado de usted. Hidalgamente le advertiré que he bebido hasta ahora diez cocktails por lo menos.

Elías.

9 de mayo, 11 a.m.

Elías:

La carta de usted es ciertamente extraña. Por lo mismo me ha intrigado. La he leído tres veces. Vuelva a escribirme. Que

sea antes de que haya bebido ningún cocktail. Podría usted llegar a interesarme.

Helena.

10 de mayo, 11 a.m.

Helena:

¿Por qué no me envió usted carta por servicio expreso? (El costo del franqueo es once centavos). Sólo hoy he recibido su carta. Esta tardanza en darle respuesta a un hombre enamorado, es innoble y reprensible. ¿Le interesan a usted mis cartas? No le escribiré más, ¿Pretende usted divertirse con mis cartas y refocilarse a costa de esa originalidad que descubre usted en ellas, no? Pues no lo va usted a conseguir. La sigo encontrando maravillosa. Pero no le escribiré una línea más. Hoy no he bebido ningún cocktail.

Elías.

14 de mayo, 5 p.m.

Elías:

¡Qué gracioso! Vuelva a escribirme. ¡No sea malo! Mire que me aburro. Le conozco a usted de vista mucho. Era usted el único caballero que no me había dicho hasta ahora una galantería.

Helena.

15 de mayo, 11 a.m.

Helena:

No la escribiré más. No me da la gana. No quiero verla. Sin embargo, si quiere usted, más bien, conversaremos.

Elías.

16 de mayo, 5 p.m.

Elías:

Bueno. Conversaremos. Mañana me lo presentará a usted Aníbal Oriol. Será en el Palais Concert, en el mismo lugar donde me conoció usted. (¡Qué romántico es esto!).

Helena.

*

* *

1º de junio, 4 p.m.

Helena:

Te he llamado por teléfono tres veces. ¿Dónde has estado?

Elías.

1º de junio, 5 p.m.

Elías:

Esta tarde voy al cinema.

Helena.

10 de junio, 2 p.m.

Helena:

No me levanté a tiempo para verte a la salida de misa. Después de las carreras te buscaré en el teatro, en el cinema y en el Palais. Tú estarás en uno de estos sitios.

Elías.

15 de junio, 11 a.m.

Quiero que me escribas esa frase que me has dicho tantas veces y que me repetiste ayer en el thé de las Leal.

Helena.

16 de junio, 11 a.m.

No hay inconveniente: "Creo que te amo más de lo que es discreto".

Elías.

18 de junio, 10 y 30 p.m.

Llámame por teléfono a las seis.

Helena.

22 de junio, 11 a.m.

¿Qué tuviste ayer? Te encontré nerviosa y displicente, ¿Qué tenías? No me gustas así. Entiéndelo.

Beso este papel.

Elías.

25 de junio, 4 p.m.

No me interesa estar de modo que te guste. ¿Sabes? Yo no soy tan exigente.

Helena.

30 de junio, 8 p.m.

En la recepción de las Gil, has estado golosa, coqueta, procaz, inquieta, inconveniente, de mal gusto y hasta fea, Perdóname. Esta carta va post-cocktails.

Elías.

30 de junio, 11 p.m.

¡Impertinente!

Helena.

3 de julio, 10 a.m.

Acabo de levantarme. Estoy en pijama. Y estoy absolutamente seguro de que te amo.

Elías.

10 de julio, 8 p.m.

Antes de irme al comedor quiero escribirte estas dos líneas. Nunca me has dicho si te gusta mi letra. En el colegio fui la primera en la clase de caligrafía.

Helena.

16 de julio, 11 a.m.

Oye. ¿Qué me ibas a decir ayer cuando nos interrumpió mi mamá? ¿Qué me ibas a decir?

Helena.

17 de julio, 10 a.m.

Lo que quería decirte ayer es esto: ¿No te parece que podíamos pasar a ser formalmente novios?

Elías.

17 de julio, 5 y 30 p.m.

Me voy al cinema. Te escribo muy apurada. Mira ¿Sabes lo que te iba a decir ayer? Te iba a decir que hace seis meses estoy de novia con I. Así son las cosas, hijo. Yo tengo la culpa por haber contestado tu primera carta. Me empava decírtelo así. Eres muy simpático.

Helena.

18 de julio, 8 p.m.

Hoy no he bebido ningún cocktail. Mira. Yo te dije lo del noviazgo formal, por reverencia a un convencionalismo vulgar. ¡Qué gracia! ¿Sabemos acaso si nos amamos? No es posi-

ble. Si no te hubiera escrito en papel de Visconti y por motivo de los cocktails de Visconti, después de haberte encontrado luminosa, ¿nos habríamos conocido? No. Que conste que eres la única mujer por quien he transigido con la posibilidad del noviazgo. Me sigues gustando.

Elías.

18 de julio, 10 a.m.

Eres razonable. Seguiremos siendo muy buenos amigos, hoy, mañana y pasado. Antes y después de mi matrimonio. ¿Si no hubiera contestado yo tu primera carta, nos habríamos conocido y tratado? Tienes razón ¿Sabemos acaso si nos amamos?

Helena.

25 de julio, 11 a.m.

Oye. Quiero que me escribas una sola cosa: ¿Qué fecha tiene mi primera carta?

Elías.

26 de julio, 4 y 30 p.m.

Tu primera carta tiene fecha 8 de mayo. Como ves, hemos sido breves.

Helena.

Por la copia.

JUAN CRONIQUEUR

EL JOCKEY DE RUBY

Miércoles 8 de febrero, 6 y 30 p.m. En la terraza del hipódromo se agitaba una muchedumbre de entraineurs, jockeys, sportsmen, cronistas y otras gentes, a quienes interesaban los aprontes de este día. Faltaban cuatro para que se realizase el de la prueba clásica que inquietaba desde hacía dos meses a la gran ciudad. Los competidores en esta prueba iban a ser once. Los principales eran Ruby, Nag, Ford, Nargilé y By.

El jockey Douglas hizo trabajar a Ruby. Ruby era un yearling admirable. Decían algunos que sería el vencedor de la carrera inevitablemente. Pero a tales afirmaciones dispensábase poca aceptación, porque eran muy conocidas, estimadas y celebradas las calidades y aptitudes de los demás competidores.

Ruby galopó admirablemente. Douglas le contenía, para que el apronte no tuviese mucha repercusión entre el pequeño mundo de aficionados, que asistía con sus cronógrafos a los trabajos.

Después del ensayo, el jockey Douglas se sintió enfermo. Días hacía que le amenazaba un malestar. Y ahora se daba cuenta de que no estaba bien. Tenía un poco de fiebre. Pensó con terror que podía enfermarse y que esto le impediría correr a Ruby. Y Ruby era vencedor seguro de la carrera. Su estado había sido mantenido en silencio con gran sigilo. Anteriores presentaciones habían permitido saber al público que Ruby era un buen yearling, pero nada le había hecho sobresalir respecto de los otros que iban a tomar parte en la carrera. El comentario público le asignaba probabilidades iguales a las que tenía Nag, Ford, Nargilé, By. Mr. James, el distinguido gentleman, propietario de Ruby, tenía absoluta certidumbre acerca del triunfo de Ruby. El jockey Douglas y el preparador Jim Stephane, la tenían también. Ruby se había revelado en magníficos y secretos ensayos. Su victoria iba a ser una sorpresa.

Douglas avisó al entraineur Jim Stephane que se volvía a su casa. Estaba enfermo. Debía hacer ensayar a varios otros

caballos, pero tenía un miedo enorme de que su malestar se hiciese grave.

El jockey Douglas salió del hipódromo, tomó un automóvil y se hizo llevar a su casa.

*
* *

Douglas descendió minutos después del automóvil. Pagó al chauffeur su estipendio. Pensó fugazmente en la sorpresa de su mujer, de la pequeña y mimada Gaby, su esposa desde hacía diez meses, al verle regresar a hora tan inusitada. Douglas abrió la puerta de su casa. Y penetró en ella.

La pequeña casa del jockey estaba en silencio. En el saloncito la criada desempolvaba los tapices. Y puso una cara de gran turbación al ver a su amo. Le dijo confundida.

—Señor. La señora está indispuesta. No entre Ud. . . .

Douglas miró a la criada con alguna estupefacción. Pero no le hizo caso. Y penetró a la siguiente estancia. La puerta de la alcoba estaba cerrada. Douglas la empujó con suavidad para sorprender amablemente a su esposa. Sentía una ternura inefable al hallarse a pocos pasos de su mujer. La pequeña Gaby estaba malita según el aviso extravagante de la criada. La puerta no cedió. Douglas sintió muda extrañeza. ¿Quién había cerrado la puerta por dentro? Douglas se inclinó para aguaitar por el agujero de la cerradura. Estaba tapado por una cortina. Douglas, tuvo un presentimiento terrible. Salió en busca de la criada. Douglas tenía un aspecto trágico.

La confusión de la criada fue tremenda. Douglas la amenazó con matarla inmediatamente si no le decía quién estaba en la estancia de su esposa. La criada, rápidamente convencida de que era torpe toda resistencia respondió en seguida. En la estancia de la esposa de Douglas estaba Mr. James, el distinguido gentleman propietario de Ruby.

*
* *

Douglas tuvo una tentación de catástrofe. Acababa de ser herida de muerte su vida. Su esposa Gaby la había llenado por completo, desde los días idílicos y plácidos del flirt y del noviazgo. Rubia, gentil, pequeña y armónica, miraba con unos ojos azules muy ingenuos y muy puros. Al recordarla, Douglas se decidió a matarla en seguida. Mataría también a Mr. James. Avanzó hacia su mesa escritorio. Abrió un cajón y sacó de el un revólver. La criada dio un grito. Douglas tuvo entonces toda la visión de la tragedia. La encontró ridícula, torpe, grotesca, absurda, inútil. Iba a matar a dos miserables a quienes había amado hasta hacía un instante. Gaby era una mujercita muy bella, muy buena, muy razonable, Mr. James era un gentleman apuesto, joven, simpático. Si suprimía a Gaby y Mr. James, su existencia y su felicidad no iban a quedar reconstruidas.

Y una idea surgió instantáneamente en su cerebro. Mr. James estaba arruinado. No tenía más fortuna que un pequeño stud, en el cual Ruby era el único caballo de valor. Y, aún Ruby no representaba precio alguno antes de que la carrera próxima lo revelase. El premio que iba a ganar representaba veinticinco mil libras esterlinas. Veinticinco mil libras eran una pequeña fortuna, que reconstituiría la situación de Mr. James, obligado a vivir lujosamente por su calidad de hombre del gran mundo. Además Mr. James iba a jugar en la carrera, absolutamente seguro de su triunfo, una suma cuantiosa que no sería suya probablemente. Mr. James había confiado al jockey todo esto en un instante de sinceridad, al pedirle su opinión sobre la seguridad del triunfo y al rogarle que su esfuerzo hiciese imposible el fracaso. Douglas no ponía en duda el triunfo de Ruby. La superioridad de Ruby sobre sus competidores no podía discutirlo quien lo supiera.

Douglas pensó rápidamente en que su venganza más definitiva era arruinar a Mr. James. Mr. James sería cuatro días después más que un mendigo. Sería un defraudador. Le perdonaba la vida cruelmente. A Gaby, deliciosa a pesar de su perfidia, la castigaría después. O la perdonaría, ya que la venganza no iba a reparar su vida. Douglas había sido siempre un hombre sereno, tranquilo, frío.

Guardó el revólver. Se acercó a la criada y le prohibió con ademán feroz que descubriese su llegada.

Salió de su casa. Avanzó una cuadra. Su aspecto era sombrío. Luego, llamó un automóvil y regresó al hipódromo. En el bar del hipódromo bebió una copa de gin. Al servírsela, el cantinero le dijo una frase amistosa acerca de la próxima carrera de Ruby. Douglas lo miró trágicamente, pagó su consumo y sorbió su gin.

*
* *

Douglas envió un recado a su mujer. Le decía que no iba a almorzar con ella aquel día por acceder a la invitación de unos amigos. Y la pedía perdón.

Había pensado un momento en intoxicar a Ruby, pero rechazó rápidamente la idea. Era grotesca. Además salvaría a Mr. James, impidiendo que jugase en el sport y en apuestas particulares cantidades que iban a comprometer su crédito. Mr. James estaba arruinado y jugaba una carta desesperada. Entre perder su situación del gran mundo, exhibiéndose como un pobre diablo gentilhombre que se había arruinado por imbécil y exponerse a ser un estafador, había optado por lo segundo.

La venganza de Douglas iba a ser eficaz.

*
* *

Domingo, 12 de Febrero. 4 y 10 p.m. En el gran hipódromo, había una muchedumbre silenciosa. Iba a comenzar la gran carrera. Douglas montaba a Ruby. Dos horas antes le había entregado a su amo todos sus ahorros, quinientas libras, para que se las apostase también a Ruby. Así Mr. James adquiría una prueba absoluta de la confianza de Douglas en el triunfo de Ruby. Mr. James había arriesgado en diversas y múltiples apuestas más de cincuenta mil libras. Douglas sentía cercana la admirable venganza que se le había ocurrido.

Se inició la carrera. Ruby galopaba con soltura y sin esfuerzo. Habría ganado con facilidad. Douglas tuvo una gran

satisfacción al comprobarlo. La carrera parecía interesante. Los caballos se aproximaron a la última curva. Ruby seguía galopando fácilmente. Douglas pensó que en ese instante Mr. James fijaba en él, lleno de inquietud, sus elegantes prismáticos. Intempestivamente requirió al caballo. Ruby avanzó velozmente. La curva estaba inmediata. Ruby iba a entrar en ella como Douglas había calculado exactamente que debía entrar. Douglas con una enérgica maniobra desvió a Ruby. Fue una maniobra llena de pericia en la cual Douglas había pensado tres días. Ruby se estrelló contra la baranda de la pista. Y Douglas, rápidamente se arrojó por encima de la baranda. Evitó la muerte, pero el golpe fue siempre grave.

*

* *

Nag ganó la carrera. Mr. James desde la tribuna quedó desconcertado por la desgracia. Su ruina era definitiva. Sus apuestas comprometían cuarenta mil libras que no eran suyas. Era pues un estafador. Mr. James, se dio cuenta rápidamente de la magnitud de su miseria. El banquero Witing a quien debía diez mil libras se acercó a él. Y le dijo como una condolencia:

—¡Qué desgracia!

Luego se despidió. Y al despedirse de Mr. James le recordó:

—Mañana, a las 10 y media, te espero en mi despacho, conforme nuestro convenio.

El banquero Witing ignoraba toda la magnitud de la desgracia.

*

* *

En una camilla varios hombres llevaban a la enfermería al jockey Douglas, herido y sin conocimiento. Al mismo tiempo sonaba en la tribuna un disparo. Mr. James se había suicidado. El jockey Douglas había burlado la ingrata necesidad de cometer el vulgar, grotesco y peligroso asesinato aconsejado por el destino.

JUAN CRONIQUEUR

JIM, JOCKEY DE WILLY

10 a.m. Jim, el joven jockey de los grandes éxitos, entró al stud silencioso y solitario. Un muchacho a quien interrogara le dijo que Fausto el entraineur había salido por breves instantes. Jim no hizo ninguna otra pregunta y se dirigió a los boxes. Allí estaban sus caballos. Los revistó lentamente. Y se detuvo en el box de Willy.

Willy era el mejor caballo de la ecurie Palmy. Y era al mismo tiempo el crack aclamado, el crack asombroso, el crack invicto que tenía en su haber tantas victorias como carreras había disputado en aquel año y en el anterior. Y Jim fue siempre su jinete. Cuando se iniciaba en su carrera y era apenas un aprendiz aprovechado, el nombre de Jim comenzó a sonar unido al triunfo de Willy. El prestigio del jockey creció ligado al prestigio del crack y para ambos fueron las aclamaciones del público después de cada victoria nueva.

*
* *

Ante el crack, Jim reflexionaba. Los lunes. Le tocaba trabajo y era ya muy tarde para cumplir. ¿Y el día anterior? El día anterior había sido domingo y debía haber jineteado varios caballos de "su" stud. Y el día anterior había estado de juerga con Berta, su amante hermosa y encantadora. Y también había estado de juerga el sábado. El recordaba que tuvo perfecta conciencia de su deber, que quiso partir al hipódromo y que Berta y sus compañeros de diversión no le habían dejado y Berta, imperiosa y suplicante al mismo tiempo, le había detenido, rogándole mimosa que se quedase. Y, cuando él, obstinado, se empeñó diciendo que tenía cinco montas forzosas y no podía faltar, ella se había reído locamente: —Pero hombre, ¡si estás borracho!— El se había visto tambaleante, inútil y se había quedado.

No quiso pensar en la cólera de su amo, ese Luis de Fast tan nervioso, tan arbitrario y tan despótico. ¿Qué habría pensado en su ausencia y, sobre todo, cómo la habría remediado?

*
* *

Jim dio una palmadita en la quijada del caballo y puso en su boca un terrón de azúcar que él hizo crujir goloso entre su dentadura amarilla. Y Willy humillaba la cabeza al sentir la mano mimosa de su jinete que acariciaba el mechón gris que caía sobre su frente tordilla.

*
* *

Llegó Fausto. Era el entraineur, joven agradable y vestido con una pulcritud que se avenía poco con el trabajo de su profesión. Con Jim fue siempre burlón y duro. Y Jim no le quería.

Fausto estaba asombrado de la falta de Jim ¿Por qué no había ido el domingo? ¿Cómo podía disculparse? Refirió la indignación de Luis de Fast que había ordenado colérico que se despidiese a Jim. El había querido defenderlo, disuadir al amo de su propósito, pero no había podido. Además, Luis de Fast había perdido mucho dinero confiado en el triunfo de tres de sus caballos. Pero si él sabía disculparse, suplicarle, tal vez lo perdonaría. Y Luis de Fast hablaba de la falta de Jim como de un delito, como de una ofensiva terrible al amo del Stud.

Jim permaneció callado un rato. Luego, cuando el entraineur le habló de buscar el perdón de Luis de Fast, fue rotundo, enérgico y valiente en la negativa. Se marcharía. Se iría del Stud a cuyo servicio hizo su profesión y al que tan ligado estaba.

Jim dio otro terroncito a Willy y Willy lo hizo crujir nuevamente entre su dentadura amarilla.

Y sin mirar los boxes que guardaban los caballos que fueron sus favoritos, dijo adiós a Fausto y salió silencioso y lento.

*
* *

La gran prueba clásica había reunido en el Hipódromo a todo el gran mundo. Las tribunas desbordaban y en las terrazas inmensas, la muchedumbre hormigueante e inquieta ponía un sordo rumor de marea. Y las primeras pruebas habían trascurrido, sin que su interés amenguase el despertado por el clásico. El público guardaba avaramente sus entusiasmos y lo esperaba anhelante.

En el paddock Berta, Jim y dos sportsmen atildados y jóvenes formaban un grupo. Berta arrogante y gentil atraía las miradas. Y de ella pasaban al jockey, dueño de aquella cortesana incitante que tenía en su elegancia, distinción y buen tono de aristocrática señora. Berta conversaba animadamente contestando desenfrenada y alegre la galantería presuntuosa de los sportsmen. Jim llevaba puesto un cubrepolvo sobre su vestido de jockey. En su rostro, en su ademán y en su voz, hablaba una tristeza dormida latente y honda.

Se hablaba del clásico que debía disputarse dentro de breves momentos. Jim conduciría a Montaraz un buen caballo argentino que comenzaba a destacarse. Corrían también Willy el favorito de la cátedra y del público que respetaban su condición de invicto, Pillo, Esopo, Margot, Gavroche y Lily.

Era la primera presentación de Willy después que Jim abandonó el Stud Palmy. La primera vez que montaba a Willy otro jinete. Y la cátedra expresaba algunas dudas respecto del triunfo de Willy. Había ahí un Esopo, un Pillo, un Lily...

*
* *

Concluido el canter los seis competidores se dirigieron al poste de los 800 metros. La carrera era de 2,400 y de allí debían partir.

Jim dirigió por última vez la vista a la tribuna donde estaba su querida. Berta le seguía con los anteojos y le sonreía. Jim miró luego con tristeza a Willy, a su caballo que caminaba delante y que era jineteado por Blank, que para Jim era ahora un intruso. Le usurpaba a su Willy.

Jim quiso despreocuparse de Willy. Hacía dos semanas que fue echado del Stud Palmy y desde entonces el recuerdo de su crack era para él una obsesión tiránica. Había buscado locamente el olvido en las caricias de Berta. En las caricias de Berta, la hembra dominadora y caprichosa que le había dicho, llena de rencor contra ese Luis de Fast que le había puesto en la calle a su amante:

—Quiero que Willy pierda esta vez. Haz que Montaraz lo gane. Hazlo...

Y lo había besado, furiosa, insaciable, frenética...

*
* *

Un inmenso clamor primero, un aplauso delirante después. La partida había sido dada. Pillo corría de punta a punta. Lily galopaba desenvuelto en segundo término; los demás escalonados a continuación. Frente a la tribuna popular. Esopo demandado por su jockey pasó a ambos y se marcó en el comando. No hubo alteración hasta aproximarse la última curva. Jim exigió a Montaraz y Montaraz con grandes alientos ganó el primer puesto. Willy lo seguía cercano y los demás se rezagaron un tanto. En la recta Montaraz y Willy resistieron al ataque postrero de sus competidores. Y desde entonces solo hubo un match colosal, un match encarnizado. Montaraz y Willy luchaban bravamente. El público los aclamaba con locura.

Willy dominó por un momento a su rival y ya se le creía vencedor. Pero Montaraz reaccionó y delante de la meta había puesto una cabeza escasa entre él y su rival extenuado y vencido.

Cuando Jim escuchó la ovación que aclamaba a Montaraz sufrió un desmayo. ¡Había vencido a Willy, a su caballo! El crack invicto sufrió la primera derrota. Le miró fatigado y sintió un dolor muy hondo, como si hubiera asesinado su propia obra, como si hubiera destruido con sus manos toda su gloria, como si hubiera desbaratado de un latigazo su mayor ensueño...

*

* *

La concurrencia abandonaba el Hipódromo. Quedaban unos pocos rezagados que cobraban en el sport boletos de Montaraz ganador.

Jim pasó delante de ellos ensombrecido, inconsciente. Y vio muy cerca a Berta que al pie de una victoria y puesto ya graciosamente el pie en el estribo, lo esperaba sonriéndole. Más allá había un grupo de sportmen que departían con Fausto el entraineur de Willy.

Jim sintió que la aborrecía. Ella tenía la culpa. Ella sola. Era la hembra maja que le había vencido y que había vencido a Willy, a su crack....

Al llegar a ella, Berta le tendió la manita enguantada y le palmeó en el hombro:

—Bravo Jim, Jim mío.

Al sentir su contacto y oír su voz acariciadora, seductora, la misma voz que le había dicho: Quiero que Montaraz gane a Willy, el dolor y la cólera de Jim estallaron.

Sin responderla Jim la rechazó violentamente y Berta estuvo a punto de caer, Jim siguió su camino sin mirarla.

Berta soltó una carcajada burlona, fresca, cantarina...

Y dirigiéndose a Fausto:

—¿Quiere Ud. acompañarme?

El entraineur obedeció presuroso.

JUAN CRONIQUEUR

EL PRINCIPE ISTAR

El príncipe Istar, magnate de la India, era brahmán, soltero y diabético; vivía en Londres City, amaba el *whisky* y el champán, cultivaba el ocultismo, jugaba en las carreras y en el bacarat y estaba muy contento de ser vasallo del Rey de Inglaterra.

La aristocracia inglesa estimaba al príncipe Istar por su exotismo, por su gentileza y por sus trapacerías de quiromante y espiritista. Le estimaba también por ser dueño de un stud y de una yegua notable llamada Ogal y perteneciente a la familia número 3, conforme a la teoría de Bruce Lowe.

El príncipe amaba entrañablemente a su yegua Ogal. Ogal era una yegua alazana famosa que había ganado las más sobresalientes carreras de Epsom. Había sido fotografiada y elogiada por todas las revistas inglesas y tenía tanta popularidad como el primer Lord del reino.

Ogal daba celebridad al príncipe Istar. Todo el gran mundo británico proclamaba al príncipe Istar como el más afortunado sportman. Su yegua Ogal había ganado en una carrera al caballo Dick, representante del Rey de Inglaterra. Y el príncipe Istar vivía orgulloso de ser dueño de Ogal. Este título le engreía más que su calidad de príncipe de la India y de vasallo insigne del Rey de Inglaterra.

El príncipe Istar creía en el origen divino de Ogal. Y negaba la autenticidad del pedigree registrado en el Jockey Club que hacía a Ogal hija de Tulé y Proserpina y nieta de Great Roos. El príncipe Istar estaba convencido de que el Jockey Club era totalmente embustero y se empeñaba en mistificar el linaje excelso de su yegua alazana.

*
* *

Excéntrico, alucinado, borracho, glotón y ególatra era el príncipe Istar. Usaba tóxicos. Y se había enamorado en un baile real de una hija del Rey de Dinamarca. Persuadido ab-

surdamente de este amor había querido suicidarse un día sábado. Pero le había hecho desistir de su propósito el recuerdo de Ogal que corría al siguiente día en el hipódromo de Epsom.

Después de ese amor intempestivo y fugaz el príncipe Istar no había tenido ningún otro. Y nada hacía verosímil el fracaso de su celibato de brahmán notable y millonario.

Mas un día en que Ogal tuvo el más culminante de sus triunfos, el príncipe Istar se fijó en la bailarina Gaby Storn que aplaudía entusiasmada en la terraza a la gran yegua vencedora.

Gaby Storn era muy bella. Al príncipe Istar le parecía más bella aún por haberla visto aplaudir a Ogal en el momento en que su victoria arrebataba a las gentes más elegantes, mesuradas y discretas del hipódromo de Epsom.

Aquella tarde Mr. Douglas hizo oferta de cien mil libras al príncipe Istar por su yegua famosa.

Y el príncipe Istar fundó así su negativa:

—Mis investigaciones me han permitido comprobar perfectamente el origen divino de Ogal.

Mr. Douglas pensó que el príncipe Istar era un indio necio, chiflado y borracho.

*

* *

Desde ese día el príncipe Istar amó igual y equitativamente a Gaby Storn y a su yegua alazana Ogal. Y tuvo el amor de Gaby tan honda resonancia en su espíritu que se apoderó de él la certidumbre de que Gaby tenía también origen divino.

Gaby se hizo amante del príncipe Istar. Y de este modo se puso en camino de adquirir tanta celebridad como el muy ilustre vasallo del Rey de Inglaterra y como la yegua Ogal.

El príncipe Istar estaba completamente enamorado de Gaby Storn. Y Gaby Storn dilapidaba la resentida fortuna del príncipe Istar.

Y, para el príncipe Istar, Gaby Storn dejó de llamarse Gaby Storn. Comenzó a llamarse también Ogal. El príncipe decidió

que era preciso que los dos seres que él amaba se llamasen de la misma manera.

*
* *

El príncipe Istar y Gaby Storn eran jugadores impenitentes. El príncipe se nirvanizaba acodado en la mesa de bacarat. La fortuna le era habitualmente propicia. Pero como la fortuna es veleta se tornó un día en su enemiga. Y desde ese día el príncipe Istar comenzó a perder en el bacarat tanto como en su amante Gaby que tenía palacio, coche, automóvil y otros regalos que afectaban seriamente la fortuna de su amigo.

*
* *

Un día todos los aristócratas de Londres supieron que el príncipe Istar se arruinaba definitivamente. Era absolutamente cierto. Y Mr. Douglas se apresuró a constatarlo para proponer al príncipe la adquisición de Ogal en cien mil libras.

El príncipe Istar rechazó la oferta pertinaz de Mr. Douglas.

*
* *

El sábado 6 de mayo, el príncipe Istar, totalmente borracho, y su amiga Gaby Storn jugaban obstinadamente. Y con la misma obstinación con que jugaban la suerte les combatía.

El príncipe Istar, dominado por el alcohol y por la locura del bacarat, miraba de rato en rato los ojos azules de Gaby Storn y le decía:

—Estoy absolutamente convencido de que tienes origen divino. Mañana voy a comprobarlo.

Repentinamente el príncipe Istar se dio cuenta de que había perdido doscientas mil libras y de que estaba totalmente arruinado. No le quedaba sino su yegua, su querida y sus mue-

bles. Un príncipe de la India no podía vivir con una yegua, una querida y unos muebles. Tenía, pues, que reconstruir su fortuna inmediatamente.

Y el príncipe Istar hizo esta propuesta indicando a Gaby Storn:

—Necesito cien mil libras a cambio de mi amada Ogal, cuyo origen divino debo comprobar mañana.

Mr. Douglas presente extendió silenciosamente un cheque por cien mil libras en su talonario del Banco de Inglaterra y se lo entregó al príncipe Istar.

El príncipe Istar recibió el cheque y le dijo a Mr. Douglas:

—Es usted dueño de Ogal. No se olvide usted de que tiene origen divino y de que yo debo constatarlo. Y siguió jugando.

*
* *

En el hipódromo de Epsom y. en la tarde del domingo 7 de mayo el príncipe Istar y Mr. Douglas se encontraron. Y le dijo Mr. Douglas al príncipe Istar:

—Usted me ha vendido anoche a Ogal. Ogal es mía.

Y le dijo el príncipe Istar a Mr. Douglas:

—Efectivamente. Pero no olvide usted que Ogal tiene origen divino.

Y Mr. Douglas habló:

—Para mí es sólo una excelente yegua de carrera. Su pedigree es notable.

El príncipe Istar exclamó:

—Yo no le he vendido a usted mi yegua. Le he vendido mi querida. Las dos tienen origen divino.

Pero Mr. Douglas arguyó definitivamente:

—Yo he comprado a Ogal. Ogal es su yegua alazana. ¿Cómo puede usted creer que yo sea capaz de pagar cien mil libras por una bailarina? Sería absurdo. Yo he pagado cien mil libras por la yegua.

Y el príncipe Istar, terriblemente consternado, se tuvo que dar cuenta de que había vendido a su yegua.

*
* *

En la biblioteca de su palacio amaneció muerto el lunes 8 de mayo el príncipe Istar. Se había envenenado. Y se encontró en su escritorio un papel suyo que decía así:

"Después de comprobar que mi yegua Ogal, ganadora de trescientas mil libras en el hipódromo de Epsom, tenía efectivamente origen divino, conforme a todos mis libros y pergaminos brahmanes y conforme a todas mis deducciones filosóficas, he resuelto suicidarme. He cometido el crimen de vender a Ogal en cien mil libras. Soy una especie de Judas. No me cuelgo de un árbol porque a los brahmanes les está prohibido colgarse de árbol alguno. Prefiero envenenarme. Un brahmán puede envenenarse sin ofender sus creencias".

JUAN CRONIQUEUR

EL MATCH

Acodado sobre la baranda de la tribuna, junto a Miss Mary, Mr. Edwin se sintió asaltado por un convencimiento grave. Se había enamorado definitiva y profundamente de Miss Mary que estaba ahora a su lado embrigándole con la ingenua alegría maligna que tenía en el bridge, en el baile, en la equitación, en el skating. Para un hombre tan serio y displicente, el amor era un fracaso. Iba a efectuarse después de la carrera inmediata un match entre Pick el potrillo invicto de Mr. Edwin y Flirt el potrillo caprichoso de Miss Mary. Pick era disciplinado, trabajador, honesto. Flirt era desigual, voluble, mañoso. Pick y Flirt tenían respectivamente algo del espíritu de sus amos. Y en este momento Miss Mary se reía de la confianza de Mr. Edwin en el triunfo de Pick. Le discutía llena de locuacidad, de disfuerzo y de gracia. Se encendía entre ambos un debate complicado y ardoroso. Mr. Edwin amaba a su caballo. Tenía puesto todo su orgullo en él y en sus aptitudes deportivas. Se revelaba contra la arrogancia de Miss Mary, que había sido tantas veces su adversario en el tennis, en el bridge y en el skating.

—Pick no ganará hoy— afirmó Miss Mary.

—Flirt no ganará hoy —respondió M Edwin.

La porfía continuó irreconciliable.

Mr. Edwin mantenía su aseveración pundonorosa y se olvidaba por un momento de la ingrata constatación de su amor por Miss Mary. Miss Mary no era en este momento su amada. Era su rival. El y Miss Mary no eran un caballero y una dama que flirteaban sino dos turfistas que iban a disputarse un mismo premio y un mismo honor.

Miss Mary le propuso una apuesta a Mr. Edwin. Quería ganarle a Sire, su admirable caballo de paseo. Como estaba segura de que Flirt vencería a Pick podía apostarle cualquier cosa. Mr. Edwin se sonrió convencido de que Miss Mary se engañaba. Sintió muy cerca de su alma la sonrisa terrible de Miss Mary y puso los ojos en el disco lejano de la meta para

decirle que apostaba a Sire, su admirable caballo de paseo, contra un beso. Mr. Edwin cerró los ojos cuando Miss Mary le respondió aceptando la apuesta.

* * *

El match había adquirido para Mr. Edwin nuevos motivos de interés. Su orgullo de sportsmen y de jugador había recibido un estímulo singular. Era su empeño conquistar un beso de Miss Mary, coqueta y maligna, gracias a las excelencias de su caballo Pick.

Mr. Edwin y Miss Mary hablaron con sus jockeys en el paddock. Fueron breves las palabras que ambos les dirigieron. El público les seguía con la mirada y pensaba que Mr. Edwin y Miss Mary instruían a sus jockeys para el seguro éxito de la carrera.

* * *

El invicto caballo Pick, de la familia número 2, medio hermano de Galop ganador de las Dos Mil Guineas en Epsom, jineteado por Perry, fue el vencedor del match. No le sorprendió al público este resultado. Había alguna confianza en Flirt. Pero se sabía de él cuán caprichoso y raro era. Pick fue el favorito del sport. Una gran ovación sonó cuando Pick traspuso la meta. Y Mr. Edwin fue retratado llevando de la brida a Pick.

Miss Mary perdió en la carrera quinientas libras jugadas en el sport después de haber concertado su apuesta con Mr. Edwin.

* * *

Esta vez Mr. Edwin estaba acodado no sobre la baranda de una tribuna del hipódromo sino sobre la baranda de un yate. Pero nuevamente estaba junto a él Miss Mary que no era ya Miss Mary sino Mrs. Edwin. Mr. Edwin y Miss Mary miraban al mar. Se habían casado un mes antes a consecuencia del beso ganado por Mr. Edwin gracias a su caballo Pick.

Mr. Edwin estaba muy contento de haber ganado un beso y una esposa en una carrera de caballos. Estaba extraordinaria-

mente orgulloso de Pick. No había para él en todo el mundo un caballo mejor que Pick. Pronunciaba el nombre de Pick en todos los instantes en que la ternura de la luna de miel le hacía sentir que era muy dichoso.

* * *

Era de noche y Mr. Edwin y su esposa estaban callados. Mr. Edwin interrumpió de pronto este silencio para hablar de Pick. Amorosamente le preguntó a Mary como se encontraría Pick lejos de su cuidado y de su solicitud.

Y Mary se rió y habló de esta manera:

—Pick no ganó lealmente. Yo le ordené al jockey de mi Flirt que perdiera. Flirt habría ganado de otro modo. Yo quería que tú me vencieras. No tienes que amar pues a Pick sino a mí únicamente. Por despistarte yo jugué quinientas libras y las perdí. Yo te quería desde antes de que Pick ganase la carrera.

Mary se quedó esperando la frase y la caricia agradecidas de su marido. La confesión pronunciada iba a hacer culminar seguramente la ternura de la luna de miel. Mary estaba risueña y dulce como nunca.

Pero Mr. Edwin no hizo lo que Mary esperaba. Se apartó de su mujer como si le hubiera hecho una revelación fatal. Se sintió confundido por un golpe terrible. Había sufrido una desilusión. El habría deseado deber el beso, el amor y la boda a Pick. Y no era así. Mary lo había engañado. Mary había apelado a una trampa. Mary había jugado con él sin hidalguía. Mary no merecía su cariño. Pick no era un gran caballo.

Sorprendida Mary tendió los brazos a su marido y le dijo:

—¡Oh! ¡Qué te pasa!

Mr. Edwin la rechazó con una mano y le dijo gravemente:

—Miss Mary, usted no es una sportwoman pundonorosa. Usted no ha jugado honradamente.

Y le volvió las espaldas dejándola sola en la cubierta del yate.

JUAN CRONIQUEUR

LA GUERRA QUE PASA...

Por la aldea había pasado la guerra como un hálito de destrucción y de muerte. Aún repercutía a la distancia el eco de disparos aislados. Era la guarnición belga que defendía su retirada, después de evacuar la pintoresca aldea campesina. El panorama alegre de la campiña mostraba en sus árboles tronchados y en sus sembríos destruidos, las huellas calcinantes del combate. Y en eras y pajonales el incendio languidecía y sus espirales de humo se dirían el alma del paisaje que se esfumaba.

Las calles estaban tristes, solitarias. Interrumpían de rato en rato su silencio las voces de algún grupo de soldados que discurrían lentamente y pasaban con un bronco y descompasado son de hierro. Eran los invasores. En sus ademanes hablaba el cansancio de las jornadas vencidas. Quedaban en el pueblo en espera de otras tropas por llegar. Y disfrutaban con satisfacción de la oportuna tregua.

Un rancho caliente, reparador, que no había tenido la frugalidad del dudoso y tardío de la campaña, habíales brindado un bienestar nuevo.

En un grupo, uno dijo:

—Quiero vino. Tengo una sed vieja.

Y otro forzó de un culatazo la atrancada puerta de una taberna e invitó a beber a los compañeros.

Los soldados bebían ansiosos, insaciables.

Bebían, reían, jugaban y vertían el vino por el suelo.

Caía la tarde. Un crepúsculo triste y nublado extendía un manto de angustia por la cima de la aldea desolada.

Se apagaba el eco de los disparos distantes. Y era cada vez más aislado, cada vez más lontano.

Ahítos de alcohol, los soldados reían, jurando. Algunos vagaban inconscientes, tambaleantes por las calles solas. Y sus siluetas reflejadas en las paredes por la sombra creciente, eran como tenues fantasmas epilépticos.

De vez en cuando, una puerta o una ventana se entreabrían y asomaba tímida una cabeza para esconderse luego.

A lo lejos, en la campiña solitaria, el incendio ponía sus intermitencias rojas y fugaces, sujeto al capricho veleidoso de los vientos.

*
* *

En el sótano de su casita pobre, la familia Bonneau cenaba. Era sencilla, era buena la familia Bonneau. La apacibilidad campesina de su vida había sido truncada por la guerra.

El padre, el pobre papá Anatole, la había dejado, siguiendo un éxodo de fugitivos que confiaban tornar pronto a la aldea, cuando los clarines y los tambores de los belgas sonasen nueva y triunfalmente en sus calles.

Su hijo, Mauricio, se batía con el ejército. Mauricio era fuerte, era hermoso, era bravo.

Quedaban sólo con la señora Bonneau, Ninette, su hija, y la pequeña Adela, su nieta, hija de Mauricio el ausente.

La pequeña Adela era huérfana de madre.

Tenía seis años. Ella no había sabido darse cuenta de la guerra. Y comía glotona y hablaba atragantándose muy sorprendida de que la señora Bonneau y la tía Ninette no la imitasen y estuviesen tan tristes. Cansada de interrogarlas sin que la contestasen con más que una caricia que alisaba sus cabellos caídos sobre la frente, la niña monologaba o brindaba bocaditos al gato. El gato era grande y negro y era glotón como la pequeña Adela. Pero al revés de ella, era silencioso.

La señora Bonneau callaba.

También callaba Ninette. Ambas tenían una actitud meditabunda. Las viandas de sus platos estaban apenas tocadas.

El gato grande y negro, enarcaba el lomo a compás con su ronco soliloquio de satisfacción y hartazgo.

*
* *

Ninette era muy joven. Era joven y era hermosa. Tenía la frescura lozana de las bellezas campesinas. Y el rictus amable de sus labios y la serenidad azul de su mirada, decían cómo Ninette era buena. Bajo la prisión de su vestido aldeano, se insinuaba la rica euritmia de sus formas núbiles. En plena primavera de su vida y de su hermosura se diría que su virginidad lloraba.

Ninette estaba triste. Recordaba con pena a su padre fugitivo junto con la legión nómade. Recordaba a Mauricio, tan bueno, tan hermoso que agonizaba acaso en el fondo ensangrentado de un reducto. Recordaba a Juan, Juan era su amado. Y Juan como Mauricio, era también hermoso y fuerte y era también bueno. Sus varoniles arrogancias habían hablado al corazón de la virgen, se amaban, intensa, serena, sinceramente, Juan también estaba en la guerra. Alegre, entusiasta, había pasado por la aldea y había hecho adiós desde muy lejos a Ninette con un pañuelo blanco en que ella había bordado su nombre. Ninette lo había visto partir tan jubiloso que tuvo celos de la patria.

Se abstraía en su meditación. Llegó hasta sus oídos el eco de voces ebrias y tuvo un estremecimiento. Eran los prusianos. Ella los había visto pasar fieros y duros. Algunos eran jóvenes y eran también garridos. ¡Oh, cómo les había hallado hermosos, así en sus trajes sucios, así fatigados, así sudorosos, así bruscos! Pero se había dicho al mismo tiempo que eran enemigos, que debía odiarlos. Quizá si en ese instante otros prusianos habían muerto a su padre, a Mauricio, a Juan. Y se había santiguado, arrepentida, de encontrarlos hermosos como un pecado mortal. Juan también era hermoso. Era sin embargo distinto de estos otros. Les hallaba más varoniles, más arrogantes, dentro de su dureza de ademanes y su desaliño de ropas.

Ninette recordaba la historia reciente de las exacciones que ellos cometían. Rápida había llegado a la aldea, la noticia de cómo arrasaban los pueblos, incendiaban las casas y ultrajaban a las mujeres. En la aldea cercana, a cinco kilómetros tan sólo, habían asesinado al guardián Fermín. Y a Jacinta, su hi-

ja, la habían gozado siete prusianos uno tras otro. Ninette tuvo un estremecimiento.

El ruido de los sables y de las voces ebrias sonó nuevamente. Esta vez más cercana. Lo oyó Ninette y lo oyó también la señora de Bonneau. Ambas se agitaron nerviosas, asustadas. La pequeña Adela preguntó qué ocurría.

Los sables y las voces ebrias sonaron más próximas.

La pequeña Adela abría unos ojos muy grandes, unos ojos de miedo y la señora Bonneau y Ninette la acariciaron para tranquilizarla.

El gato se erizaba a los pies de la niña y erguía sus orejas menudas y avizoras.

Eran tres soldados ebrios que apenas podían tenerse y chanceaban incoherentes y bulliciosos. Recostábanse en las paredes y seguían un trecho. Se detenían luego. Eran jóvenes, eran fuertes. No sabían dónde iban. El frío de la noche les invadía. Uno de ellos aguaitó por la ventana de la casita en que vivía la familia Bonneau. Vio dentro un vago destello de luz que indicaba lumbre, y pensó que junto a ella podían calentar sus cuerpos fatigados. Tambaleante, dio un golpe a la puerta endeble. La puerta no cedió del todo, pero se entreabrió un poco a la violencia del golpe. Sus compañeros le ayudaron. En medio de la inconsciencia de su borrachera, el instinto les decía que tras de esa puerta había lumbre, abrigo y tal vez camas. ¡Si hubiese camas! ¡Hacía tanto tiempo que sus cuerpos no descansaban!

La puerta se abrió al fin. El primer soldado cayó de bruces al ceder la hoja en la cual se apoyaba su cuerpo semi-inerte. Juró furioso e hizo esfuerzos vanos por incorporarse. Los otros entraron.

La estancia estaba casi a oscuras. El destello de luz extendía una penumbra débil. La luz subía del sótano, los soldados avanzaron a la abertura y miraron. Abajo ardía la lumbre y ascendía un olor de hogar y de cena íntima.

Descendieron a tropezones y riendo. Las tres mujeres lanzaron un grito de miedo. La pequeña Adela empezó a llorar.

El gato dio un brinco y ganó la escalera a saltos, pasando por entre las piernas de un soldado.

Los prusianos se quedaron mirando fijamente a las mujeres. Sus pupilas de ebrios tuvieron un destello turbio.

—¿Qué miedo es ése? A ver...

Uno se acercó a Ninette, sonriente y la dijo: ¡Chiquilla...! Y la hizo una caricia en las mejillas. Ella se escapó gritando y sus gritos hacían un dúo doloroso con la indignación temblorosa de su madre. La señora Bonneau cogió de la mesa un cuchillo y lo arrojó a la cabeza del soldado. El cuchillo pasó rozándole el cuello y su roce se marcó instantáneo con unas gotas de sangre que brotaban rápidas. El prusiano dio un grito de furia y se llevó la mano a la cintura, buscando su revólver. Y apuntó con el a la señora Bonneau. Disparó una vez, dos, tres, cuatro. La señora Bonneau, se desplomó herida en el pecho, en la cabeza, en el vientre. Estaba muerta. El otro soldado asía a Ninette que luchaba horrorizada, convulsa, por precipitarse sobre la madre muerta.

La pequeña Adela se arrojó sobre el cadáver sangriento y tibio y lo abrazó frenética.

El asesino se acercó a Ninette y la dijo:

—No ha sido mi culpa. Ella quiso matarme antes...

Y la besó en los labios brutalmente.

Ninette se desmayó...

Arriba, el gato grande y negro, mayaba desesperadamente...

*
* *

La aldea exhibía las huellas del paso de la barbarie. Sus muchas casas en escombros, su iglesia semi-destruida, refería la historia de crueles episodios. Habitaban en ella todavía unos pocos de sus antiguos pobladores y se alzaban en pie escasas casitas, de trecho en trecho, como testigos perennes de la ruina. Los ecos de la guerra llegaban muy distintos. Apenas si la continuación de la lucha daba indicio en el paso por la aldea,

de raro en raro, de tropas que marchaban a algunos de los más inmediatos puntos de batalla. Y pasados ya los incendios, y pasada ya la lluvia destructora de la metralla y de las balas, la campiña abandonada reverdecía en una poética floración de vida nueva.

La casita solitaria de la familia Bonneau, era un evocador vestigio de la antigua aldea. Dentro, Ninette reposaba en un lecho limpio y pobre. A su lado dormía también un niño. Era un niño recién nacido. La pequeña Aldea, muy quietecita y muy seria, velaba con gravedad de persona grande. El gato se frotaba runruneante contra sus piernas, nostálgico del voluptuoso regalo de las caricias de su amita.

La luz del sol, un claro sol cenital, que iluminaba los panoramas y ponía su caricia fecunda sobre los campos marchitos, penetraba por la ventana toda abierta.

Ninette se despertó. Volvía en sí después de una noche de dolor y angustia. Fatigada, exhausta, había dormido la mañana entera. Ahora veía a su lado un niño, su hijo que era fruto del crimen maldecido que ensombreció su existencia. Dueña de sus energías se incorporó en el lecho y afluyeron de un golpe a su cerebro los recuerdos de todo lo pasado. La guerra había arrojado un soplo de dolor sobre su vida.

Ninette reflexionaba. La memoria de su padre, de su hermano; de su novio, llenó su mente. De su novio se acordó, inmensamente dolorida. A sus manos habían llegado dos días antes una carta en que le anunciaba que sobrevivía, que seguía luchando, que sólo lo alentaba en la lucha su recuerdo. "Tu recuerdo puro, santo que es mi égida", decía él. Ella había llorado ante la ironía del destino. Juan llamaba puro y santo su recuerdo. El ignoraba todo.

Entre Ninette y Juan se interponía como un estigma el niño recién nacido, el niño que venía a ser en su vida una fuente de odios inagotable. El le recordaría para siempre el pasado y sería en suma como una voz de maldición, era el hijo del crimen.

Perturbada por estos sentimientos, resucitada en su mente la tragedia, miró con odio al niño que dormía. Y pensó en matarlo. El pensamiento fue arraigando segundo tras segundo y se hizo resolución. Borraría el crimen con el crimen. Las manos de la puérpera cogieron brutalmente al niño y lo alzaron trémulas para estrellarlo.

El niño dio un grito. Y rompió a llorar. Su llanto detuvo el ímpetu de Ninette. La pequeña Adela la miraba asustada con sus grandes ojazos muy abiertos. Ninette se sintió madre y en su alma de mujer florecieron sentimientos ignorados. El amor la vencía. Y puso un beso loco, un beso ferviente en los labios del niño que lloraba.

Fuera, el sol cenital bañaba la soledad augusta del paisaje que reverdecía. Y la primavera de este florecimiento decía como un himno de vida nueva...

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

ANNA PAVLOVA, bailarina rusa nacida en San Petersburgo (1882) y fallecida en La Haya (1931). En su recorrido artístico por América del Sur, durante sus actuaciones en Lima, dedicó esta foto-

TORTOLA VALENCIA, bailarina española nacida en Sevilla (1882) y fallecida en Barcelona (1958). Famosa por su interpretación de danzas orientales, dedicó este conjunto de fotografías a Juan Croniqueur desde México, en febrero de 1918.

NORKA ROUSKAYA, bailarina suizo-argentina que en noviembre de 1917 protagonizara el célebre baile nocturno en el Cementerio "Presbítero Maestro" de Lima.

LAS TAPADAS

Poema colonial en un acto y cuatro cuadros,
en
prosa y verso original de
JULIO DE LA PAZ Y JUAN CRONIQUEUR
Música del maestro
REYNALDO LA ROSA
1915

A DON RICARDO PALMA

Fue en la pintoresca y sabrosa leyenda de las *tradiciones peruanas* donde al sortilegio de vuestra prosa diáfana surgieron a nuestros ojos las primeras evocaciones de la época virreinal. A través de vuestras historias, en que cobra vida y color, ora una aventura galante, ora una donjuanesca bizarría, ora un episodio heroico, llegó hasta nuestras almas, sensibles a la intensa sugestión del pasado, la visión de una poética edad lejana, no por romancesca menos real.

Lo que niños aprendimos en vuestras páginas maestras, se fortaleció más tarde con la lección fuertemente evocadora que son los vestigios dejados por el coloniaje en las cosas y las almas de esta tierra. Una ventana —confesionario de amor, amparo de misteriosos discreteos—, que pone el encaje de sus arabescos de hierro en una calleja antigua; un balcón propicio al asalto de la escala de seda; un clavicordio en que duermen las notas cadenciosas del minué; un claustro conventual que hace risueña la cenefa abigarrada y multicolor de los azulejos; una leyenda contada por una voz de abuelo en la paz de la velada familiar, nos dijeron muchas veces cosas que ya nos eran conocidas acaso y que habíamos aprendido a amar en vuestras *tradiciones.*

Quien nos descubriera el panorama del pasado al conjuro de su prosa colorista, quien en libros que son orgullo legítimo de

la literatura peruana y en el claro y terso idioma de Castilla, apresara excelsas visiones de una etapa de poesía y romanticismo, reclama para sí, en el crepúsculo luminoso de una ancianidad venerable, el homenaje humilde que le tributamos al dedicarle LAS TAPADAS.

No reviste este ensayo, —evocación escénica de una edad que fue—, pretensiones de reconstrucción histórica que mal cabrían dentro de una obra en un acto y la reclama de mayor aliento. Es tan sólo un poema sentimental y galante, en que queremos esbozar almas y paisajes del virreinato y hacer pasar por la escena un soplo de la vida de esa época caballeresca.

Si LAS TAPADAS es un mediano acierto y se cree que en esta obra viven personajes desglosados de la leyenda, si en don Fernando Roldán, en don Javier de Alvarado, en doña Mercedes la Loca, se ve abocetadas las almas del noble y espadachín aventurero, del hidalgo bien nacido, orgulloso de su escudo que luce en el umbral de su casona y de la hetaira criolla, apasionada y voluptuosa, que era en veces la tapada, habrá triunfado el anhelo que en esta hora alienta en nuestras almas inquietas de bohemios.

Ponemos bajo el amparo de vuestros nobles prestigios este poema.

LOS AUTORES

PERSONAJES

EL PROLOGO
DOÑA ISABEL
DOÑA MERCEDES LA LOCA
DON JAVIER DE ALVARADO
DON FERNANDO EL AVENTURERO
DON RAMIRO DE MENDOZA
DON JAIME ALCANTARA
BRAULIO (esclavo negro)
CELSO (idem).
TROVADOR 1o.
TROVADOR 2o.
TROVADOR 3o.
TAPADA 1a.
TAPADA 2a.
TAPADA 3a.
GALAN 1o.
GALAN 2o.
UNA DAMA

Tapadas, caballeros, damas de calidad, trovadores, duelistas, calesero.

CORO GENERAL

Derecha e izquierda las del actor.

* * *

En los tiempos de oro del coloniaje.

* * *

ACTO UNICO

EL PROLOGO

(A telón corrido, el cronista hace la evocación de la época diciendo estos versos):

Este es un cuento antiguo de amor y bizarría,
un cuento en que palpita el alma colonial.
Hay en él una amable, gentil galantería,
aromas de romance, ritmos de madrigal.

Revive en el tinglado una edad historiada
en que las aventuras de algún conquistador
y las coqueterías de una dama embozada
rimaron el encanto de un poema de amor.

Edad de trovadores, de hidalgos caballeros,
centinelas celosos del lustre de un blasón,
donosos capitanes, bravos aventureros
y espías que servían a la Santa Inquisición.

Virreyes amadores que altivos ostentaban
sus armas sobre fondo de gules y de azur,
cristianos que al oráculo de un naipe interrogaban
ansiosos de un secreto y enigmático augur.

Criollas recatadas bajo de saya y manto,
barraganas de un fraile austero e inquisidor,
en cuyos ojos negros se leía el quebranto
de fogosas pasiones y vigilias de amor.

Aventuras galantes, fantásticos torneos,
fiestas de galanía, plenas de vida y sol.
Calesas que encubrían gentiles discreteos.
Arrogancia limeña y donaire español.

Tal la edad historiada, llena de poesía,
que inspiró esta leyenda dulce y sentimental.
Es una delicada flor de galantería
que os hablará un instante del alma colonial.

CUADRO PRIMERO

Calle antigua de solariegos portales y balcones vetustos que avanza hacia el fondo, confundiéndose con otras callejuelas igualmente tortuosas y típicas. A la lateral derecha, fastuosa mansión de los de Alvarado: ancha puerta con escudo nobiliario; a su izquierda ventana de reja de apropiado estilo; sobre la puerta, balcón de la época, labrado como una arquilla para encerrar tesoros de amor. Las celosías y la ventana, practicables; por esta última debe trepar al balcón un personaje. Al foro, izquierda, sobre una esquina, alumbrado por una lámpara de aceite, un Cristo en su hornacina, testigo de caballerescos desafíos y nocturnas aventuras. Perspectiva de ciudad española: campanarios, minaretes, miradores, etc. Es noche de luna. Un rayo de luz cruza la escena.

ESCENA I

Don Ramiro de Mendoza, Trovadores 1º, 2º y 3º y coro de hombres.

MUSICA

(Frente a la mansión de los de Alvarado)

CORO

Bajo del balcón florido
aguarda tu caballero
viene a ofrecerte rendido
su corazón de trovero.

RAMIRO.— Fue en una noche serena
y clara de luna llena
aquella en que os conocí.

Mostraos, señora, a mis ojos
y perdonad mis antojos
que os amé desde que os vi.

CORO

Con una mano en la espada
y la otra en el corazón
tu galán, señora amada,
espera bajo el balcón.

(Durante esta última cuarteta que canta el coro, se entreabre discretamente la celosía del balcón y asoma el rostro doña Isabel. Don Ramiro entrega un bolsillo de oro al Trovador 1º y trepa al balcón).

DON RAMIRO.— *(en el balcón)* ¡Isabel!

DOÑA ISABEL.— ¡Ramiro!... *(Don Ramiro penetra sigilosamente en el balcón).*

TROVADOR 1º— *(mostrando el bolsillo de oro).* Mirad, gandules: oro. Este es el pago que don Ramiro da a los trovadores.

TROVADOR 2º— ¡Un bolsillo lleno! Es rumboso el caballero.

TROVADOR 1º— No le hubo igual en otros tiempos.

TROVADOR 2º— Ha de ser muy hermosa la dama que así abre su corazón y su bolsillo.

TROVADOR 1º— ¿No la conocéis? ¿No vistéis cuando se abrió la celosía un rayo de sol jugando en una rosa?

TROVADOR 3º— ¡Oh, sí, la casa es esta de don Javier de Alvarado! ¿Acaso su hija doña Isabel?

TROVADOR 1º— No os asombre.. Sólo doña Isabel ha podido cautivar a don Ramiro.

TROVADOR 2º— Belleza es la suya que opaca la de todas.

TROVADOR 1º— No sé si sabréis que de ella también está prendado don Fernando.

TROVADOR 2º— ¿El Aventurero?

TROVADOR 1º— El Aventurero le llaman y a fe que lo es en todo género de empresas; en guerra y en amor; milagro será que no venza a don Ramiro.

TROVADOR 2º— Don Ramiro es el preferido por doña Isabel, pero don Fernando sabe darse tal maña que partido sacará de la aventura. Mas eso es cuenta de ellos: repartidnos pronto el dinero que se os va a derretir entre las manos.

TROVADOR 3º— Sí, daos prisa, el canto ha secado mi garganta y está pidiendo vino.

TODOS.— Repartidnos pronto.

TROVADOR 1º— ¡Eh, calmaos! Tiempo habrá. No sea que el vino os trastorne la cabeza. Escuchad. Don

Ramiro ronda ahora el corazón de la dama y si le hallase frío, reptiremos la serenata hasta prender en él la llama del amor.

TROVADOR 2º— ¿Hemos de cantar aún?

TROVADOR 1º— Es lo pactado. Vamos a la plaza a distraer un rato y a una señal de don Ramiro volveremos.

TROVADOR 2º— Como queráis.

TROVADOR 3º— Tendremos tiempo de echar una partida. *(Hacen medio mutis hacia la izquierda).*

ESCENA II

Dichos y Braulio.

BRAULIO.— *(Apareciendo por la derecha, con un candil en la mano)* ¿Soñando estoy o despierto? . . . ¡Majaderos!

TROVADORES.— ¿Eh?

BRAULIO.— ¿Qué menguado os envía a turbar el reposo de mi señora? ¿Para quién dais esas voces de beodos frente a esta noble casa? . . .

TROVADORES.— *(Con una reverencia profunda y burlona)* ¡Gran señor! . . .

TROVADOR 1º— *(Cómicamente)* Gran caballero, explicáos mejor y os aseguro que os daremos tantas y tan buenas razones, que satisfecho quedaréis de nuestra conducta.

BRAULIO.— ¿Os burláis?

TROVADOR 2º— No tal, que ello fuera un ultraje a vuestro lustre.

TROVADOR 3º— La tinta que manchó vuestros pergaminos no la hay en toda España.

TROVADOR 1º— Señor, os besamos las manos. . .

BRAULIO.— ¡Chusma!

TROVADOR 2º— Probablemente vuestro escudo está grabado en un papel ahumado de cocina.

BRAULIO.— ¡Me haréis echar rayos por la boca!

TROVADOR 1º— En los cielos tormentosos tienen su albergue rayos y centellas.

BRAULIO.— Chusma sois y venís a presumir de trovadores. Decidme ¿quién os ha mandado?

TODOS.— ¡Ja, ja, ja!

BRAULIO.— Retiraos que la paciencia pierdo y os haré dar tantos palos con mi amo, que no contaréis la escena.

TROVADOR 1º— Callad presto o un bozal os pondremos por remedio. Don Ramiro es quien nos manda, don Ramiro el mejor caballero de esta corte, el más arrogante con las damas, el que tras ese balcón recibe un beso de amor de tu señora.

BRAULIO.— ¿Qué decis? . . . ¿Don Ramiro se ha atrevido? . . . ¡Por las once mil vírgenes!

TROVADORES.— ¡Ja, ja, ja!

TROVADOR 1º— Ve a decirle a tu amo que don Ramiro ha vencido.

TROVADOR 2º— Y verás los palos que la noticia te cuesta.

BRAULIO.— ¡Ralea, gentuza, mala casta! . . .

ESCENA III

Dichos y don Fernando el Aventurero, *(embozados, por la izquierda. A los trovadores):*

D. FERNANDO.— ¡Bergantes!

BRAULIO.— *(ap)* ¡Don Fernando!

TROVADORES.— Caballero.

D. FERNANDO.— ¿Qué riña es esa? *(a Braulio)* ¿Qué pretende esta turba de villanos en este sitio y a esta hora? . . . ¿Habéis previsto por vuestra vida el peligro que corréis? Explicáos pronto si no queréis salir de aquí como alma que lleva el diablo.

TROVADOR 1º— Señor, no es nuestra misión reñir, sino tender escalas de voces al amor. Somos trovadores nocturnos, instrumentos de amor de damas y galanes.

TROVADOR 2º— No empuñamos la espada, señor, sólo sabemos pulsar las fibras del corazón.

TROVADOR 3º— En las noches de luna damos al viento nuestra serenata sentimental.

D. FERNANDO.— ¡Basta! No hagáis gala en mi presencia de inspiración tan pobre. Responded al punto, ¿quién os mandó aquí?...

TROVADOR 1º— No os inmutéis, señor, que honrados nos sentiremos si dais fe a nuestras palabras.

D. FERNANDO.— Hablad pues.

BRAULIO.— Yo lo diré. Esta gentuza, con sus voces gangosas, dio una serenata a doña Isabel.

D. FERNANDO.— ¿A doña Isabel?

TROVADOR 1º— Otro caballero como vos, digno y valiente, nos dio el encargo.

D. FERNANDO.— ¡Ah, comprendo! Don Ramiro os ha comprado.

TROVADOR 1º— Don Ramiro.

D. FERNANDO.— ¿Por cuánto?

TROVADOR 1º— Por este bolsillo.

D. FERNANDO.— ¿Y ya habéis cumplido vuestra misión?

TROVADOR 1º— Al pie de la letra.

D. FERNANDO.— *(Ofreciéndole otro bolsillo).* Bien. Tomad.

TROVADOR 1º— ¿Qué nos dáis?

D. FERNANDO.— Más dinero.

TROVADOR 3º— Dios premie vuestra largueza.

D. FERNANDO.— Pero juradme que no habrá nota en vuestra garganta, ni lamento en vuestras guitarras que míos no sean.

TROVADORES.— Lo juramos.

TROVADOR 1º— Contad con nosotros para toda empresa de amor.

D. FERNANDO.— Bien, retiraos, pero no os alejéis demasiado. A un aviso mío volveréis para cantar a doña Isabel la misma serenata que os pagó don Ramiro.

TROVADOR 1º— Así lo haremos.

TROVADORES.— A vuestros pies, don Fernando.

TROVADOR 2º— Pardiez, paga mejor que don Ramiro.

TROVADOR 3º— Con don Fernando nos quedaremos.

(Hacen mutis los trovadores por la izquierda, último término, cuchicheando alegremente y sonando las monedas).

ESCENA IV

Don Fernando y Braulio.

BRAULIO.— Perdonadme, señor. Soy un zopenco.

D. FERNANDO.— Un castigo mereces.

BRAULIO.— Toda la noche estuve con el ojo atento, pero rindióme el sueño y don Ramiro dióse prisa en traer a esos bergantes bajo el balcón. Doña Isabel escuchó la serenata, abrió la celosía y... ¡soy un zopenco!

D. FERNANDO.— ¿Dices que doña Isabel salió al balcón?

BRAULIO.— Sí, a escuchar la musiquita.

D. FERNANDO.— ¿Y habló con don Ramiro?

BRAULIO.— Sí, es decir... no... es decir, sí...

D. FERNANDO.— Acaba.

BRAULIO.— Sí, habló pero casi nada... ¡fueron pocas palabras! Sólo que... se las dijo en el balcón.

D. FERNANDO.— ¿En el balcón?... ¡Voto a bríos! ¿Y qué más?

BRAULIO.— Y... nada... y cerró la celosía.

D. FERNANDO.— ¿Doña Isabel?

BRAULIO.— No, don Ramiro.

D. FERNANDO.— ¿Qué dices?

BRAULIO.— La verdad, don Fernando, vuestro rival está allí dentro.

D. FERNANDO.— ¿Es posible?... ¡Ah, tunante! El juego es de escaso ingenio y le desprecio.

BRAULIO.— Sí, señor, mejor es que le despreciéis.

D. FERNANDO.— Don Fernando no desprecia, castiga.

BRAULIO.— Teneos, señor; llena está vuestra historia de hazañas de amor y de guerra, pero ésta no es digna de vos. Yo os suplico, yo os ruego que renunciéis...

D. FERNANDO.— Se me ocurre una idea. Corre a ver a don Javier a su lecho y le dices que su hija con don Ramiro se halla.

BRAULIO.— ¿Yo señor?... queréis que me desuellen vivo.

D. FERNANDO.— Quiero confundir a ese bribón.

BRAULIO.— Que le confunda el demonio, señor.

D. FERNANDO.— Date prisa. Te lo ordena don Fernando.

BRAULIO.— Pero si don Javier ignora que don Fernando...

D. FERNANDO.— Haz lo que mando.

BRAULIO.— Es que... perdéis el tiempo, señor.

D. FERNANDO.— Vamos, vuela.

BRAULIO.— Escúcheme su merced un momento. Es vano empeño; don Javier cela tanto a su hija que hoy mismo decía que antes será de la tumba que de ningún caballero.

D. FERNANDO.— Ideas de viejo rancio.

BRAULIO.— Ha jurado don Javier que la meterá a un convento para acabar con su inquietud amorosa.

D. FERNANDO.— Pues hasta el convento iría don Fernando.

BRAULIO.— Ya lo véis, señor, pretendéis un imposible. Y como ya en nada os puedo servir, me vuelvo al lecho... *(medio mutis por la derecha).*

D. FERNANDO.— ¡Vil esclavo! Haz tratado de distraerme con tus mentiras. Vamos, ve a cumplir mis órdenes...

BRAULIO.— Pero si don Javier es un tronco y si se despierta... ¡me destronca!

D. FERNANDO.— Que la paciencia pierdo... *(le amenaza).*

BRAULIO.— *(haciendo mutis por la derecha)* ¡Ay, esta noche no la cuento!

ESCENA V

Don Fernando y Doña Mercedes la Loca.

DOÑA MERCEDES.— *(de saya y manto, por el foro izquierda)* ¡Don Fernando!

DON FERNANDO.— Mercedes, vuestro manto
no sabe disfrazaros a mis ojos.
Adivino tras él, el vuestro encanto
que enciende tan fanáticos antojos.

DOÑA MERCEDES.— No desmentís vuestra galantería.

DON FERNANDO.— ¡Quién podrá desmentirme ante el portento de luz y de belleza y picardía que sois, señora, y que a admirar me siento!

DOÑA MERCEDES.— Callaos amigo, y no subáis el tono
por más que me digáis lisonjas bellas
tengo prisa en marchar y os abandono.
(medio mutis por la izquierda)

DON FERNANDO.— Me dejaréis sin luz si las estrellas
de vuestros ojos para mí no brillan.
¿Será que otro reclama sus fulgores
y en pos del cual os vais ansiosamente?

DOÑA MERCEDES.— Vuestra galantería es indiscreta.
(ap.) ¡Oh, Ramiro, a quien busco
[inútilmente!

DON FERNANDO.— ¿Será tal vez quien cautivó el hechizo
de vuestra gracia un capitán bizarro,

un trovero alocado y tornadizo
un oidor que blasonó Pizarro,
quien sabe un caballero decidido
que os aguarda embozado en una
esquina?
¿Quién será el mortal favorecido
esta noche por vos? . . . ¿Quién lo
adivina?

DOÑA MERCEDES.— *(sonriendo)* ¡Dejad de imaginaros
aventuras y cantad una endecha a
vuestro dueño!
(señalando el balcón)
Y no déis en decirme más locuras
que es ocioso, señor, el vuestro empeño!
(hace mutis por la derecha)

DON FERNANDO.— *(viéndola alejarse)*
Siempre seréis doña Mercedes loca
y tendréis cada día otros amores
y brindaréis la miel de vuestra boca
hasta que os la acibaren los dolores.

ESCENA VI

Don Fernando, Don Javier, Braulio, luego don Ramiro: Isabel, en el balcón.

DON JAVIER.— *(apareciendo por la puerta de la casa, seguido de Braulio, a don Fernando).*
¿Es posible que un minero menguado
deshonre la mansión de mis mayores
y así manche el blasón de un Alvarado
que ha sido de virreyes y oidores?

DON FERNANDO.— Perdonad, don Javier, si os ha turbado
mi aviso sin querer, pues sólo quiero
impedir que un bergante
ofenda la mansión de un caballero.

(Don Ramiro se descuelga sigilosamente del balcón).
¡Sed sereno señor! Sale el tunante.
(Pausa. Don Javier y Don Fernando acechan a don Ramiro que baja. Cuando está en tierra:)

DON JAVIER.— ¡Osado! que mi casa solariega
manchái con vuestras plantas, atrevido.

ISABEL.— *(en el balcón)* ¡Oh, mi padre!

DON JAVIER.— La cólera me ciega
ante tal villanía.

BRAULIO.— *(ap.)* ¡Estoy perdido!

DON RAMIRO.— *(respetuoso)* ¡Don Javier!

DON JAVIER.— No os escucho. El desacato
que me habéis inferido, es miserable.
Vuestra planta en mi hogar y mi recato
ha dejado una ofensa imperdonable.
Jamás un Alvarado recibiera
un ultraje más vil a su blasón,
jamás un Alvarado permitiera
la osadía canalla de un bribón.
Os creí caballero y mi creencia
me hizo un día estrechar la vuestra
mano.
No esperaba de vos la irreverencia
de escalar mi mansión como un villano.

DON FERNANDO.— *(a Braulio)*
Haz señal a la gente que aquí espero.
(Braulio hace mutis, muerto de miedo, por la izquierda tercer término).

DON RAMIRO.— No es ultraje, señor, ni es osadía.
Mal podría inferirlo a quien venero.
Es tan sólo el amor el que me guía
y vibra en este pecho que es sincero.
Perdonadme, si acaso el pobre empeño
de postrarme a los pies de mi adorada

me hizo turbar de vuestra casa el sueño,
en pos de una caricia regalada.
¡Perdonadme, señor!

DON JAVIER — Un Alvarado
no sabe perdonar, ni es indulgente
si es fiel a su leyenda.

DON FERNANDO.— Sois menguado
y sois cobarde al humillar la frente.

DON RAMIRO.— No es a vos a quien pido este perdón.
¡No reclamo merced de aventureros!

DON FERNANDO.— Os exponéis bribón,
a que os diga qué son los caballeros.

DON RAMIRO.— No os tolero, señor. ¡Callad os mando!

DON FERNANDO.— Nadie me hablara igual.

DON RAMIRO.— ¡El honor mío!

DON FERNANDO.— Sois un advenedizo y don Fernando
soy yo!

DON RAMIRO.— ¡A don Fernando desafío!
(le arroja un guante)

DON FERNANDO.— Recojo el reto.

DON RAMIRO.— ¡Adiós! *(se va por la derecha)*

DON JAVIER.— *(a don Fernando)* Os agradezco
vuestra noble actitud.

DON FERNANDO.— Deber ha sido
(Suena dentro la serenata que se acerca)

DON JAVIER.— ¿Qué serenata es esa?

DON FERNANDO.— La que ofrezco
a vuestro honor.

DON JAVIER.— Os soy agradecido.
A mi casa pasad que hay siempre en ella
buen vino y amistad para el amigo
caballero, que se hace digno de ella.

DON FERNANDO.— Me obligáis, don Javier.
(Ap., en tanto entra don Javier en la casa).
¡Mi fin consigo!

¡Para ella la canción de mis troveros!
Venga ahora el gallardo desafío,
pues no venzo tan sólo caballeros
¡también los corazones!

ISABEL.— *(en el balcón).* ¡El! ¡Dios mío!

(Los trovadores cantan dentro un motivo de la serenata. En el balcón se ve llorar a doña Isabel).

MUTACION

TELON

CUADRO SEGUNDO

Una avenida bordeada de árboles que se pierde en la perspectiva del telón de foro. El claro de luna pone su caricia de plata en las copas rumorosas. Hay un ambiente de calma, de misterio y de voluptuosidad.

ESCENA I

MUSICA

Galanes, Tapadas y Don Fernando.

CORO

Las noches de luna invitan
en la alameda, al placer
y encienden en nuestros labios
una extraña y febril sed.
El viento trae los ecos
lejanos de algún cantar
y hay un ambiente de calma
y de voluptuosidad.

RECITADO

(Mientras la orquesta ejecuta una melopea)

GALAN 1º— Callad que se aproxima en su calesa
la más gentil limeña y más hermosa
cortesana con pompas de marquesa.
TAPADA 1ª— Y también la mujer más caprichosa.
GALAN 1º— La que tuvo más locos desvaríos.
GALAN 2º— La que nunca apagó su ansia sensual
y dada a los más raros extravíos
preciara por su amor un madrigal.
TAPADA 2ª— La que jamás saciará sus antojos.
GALAN 1º— La que luce mejor la saya y manto
porque aumenta con ellos el encanto
divino y misterioso de sus ojos.

ESCENA II

Dichos y Doña Mercedes la Loca (que aparece por el foro en una calesa y desciende durante el coro siguiente). Don Fernando recibe a doña Mercedes.

Dichosos son los ojos
que admiran tu hermosura
Dios guarde tus encantos
preciosa criatura.
Jamás en la alameda
dormida y silenciosa
floreció una magnolia
más fresca y más hermosa.

(Se apaga el rumor de galanes y tapadas que desaparecen por el foro).

DON FERNANDO.— ¿Cuál galante aventura,
cuál desvelo, cuál cita misteriosa,
os trae a la alameda silenciosa
y permite admirar vuestra hermosura?
¿Cuál galán ignorado,
de insolente mirar, capa y espada
y dorado blasón, ha cautivado
la luz de vuestra mirada?

DOÑA MERCEDES.— Ningún galán, ninguna
cita de amor, me trae a la alameda,
es la noche de luna
que viste de misterio la arboleda
es la atracción de su quietud sonora,
es la clara armonía de la fuente
que dice su alegría reidora,
es tal vez un capricho solamente...

DON FERNANDO.— Señora, también sois algo poeta,
tenéis raros ideales soñadores
y sentimentalismos de coqueta.

DOÑA MERCEDES.— Será a fuerza de amar a trovadores...

DON FERNANDO.— Si en mi patria lejana
floreciera tan grande gentileza
no habría más hermosa castellana
y seríais princesa.
Os harían la corte caballeros
de altivo continente,
que por vos romperían sus aceros
con ímpetu valiente.
Y de un país distante,
precedido por mil embajadores,
llegara hasta vos algún infante
a contaros, rendido y arrogante,
sus amores.
Pero así, con embozo de soplillo,
encuentro yo mayor vuestra belleza,
que si fuerais princesa
y, habitarais un trágico castillo.

DOÑA MERCEDES.— Amable estáis y a fe que son felices
vuestras frases galantes y donosas.
Y vos, ¿a qué venís? ¿Cuáles deslices
qué aventuras os traen?

DON FERNANDO.— Pues son cosas de honor.
Me trae a la alameda un desafío
que igual que todos, motivó el amor.

DOÑA MERCEDES.— ¿Y tan tranquilo estáis?

DON FERNANDO.— Siempre sonrío
ante un lance como este, mi señora.
Muy pronto llegarán los caballeros,
con ellos mi rival, y sin demora
brillarán los aceros.

DOÑA MERCEDES.— ¿Quién es vuestro rival?

DON FERNANDO.— Un imprudente
criollo, audaz en su arrogancia moza,
que me retó insolente.

DOÑA MERCEDES.— ¿Y se llama?

DON FERNANDO.— Ramiro de Mendoza

DOÑA MERCEDES.— ¿El?

DON FERNANDO.— ¿Acaso os extraña?
¿Le conocéis tal vez? ¿es vuestro
amante?

DOÑA MERCEDES.— ¡No habléis en ese tono que me daña
si a fuer de caballero sois galante!

DON FERNANDO.— Reparo que os inquieta
este lance que tengo concertado,
¿Don Ramiro es quien os ha cautivado
con sus galanterías de poeta?
No lo neguéis, señora; en vuestros ojos
que os han hecho traición
he leído, entre angustias y sonrojos
lo que pasa por vuestro corazón.

DOÑA MERCEDES.— Habéis adivinado mi secreto,
el secreto de amor que yo ocultaba.
¡Sed ahora discreto!

DON FERNANDO.— ¡Lo juro! Imaginaos que lo ignoraba.
DOÑA MERCEDES.— ¡Es inmenso mi amor!
DON FERNANDO.— Son ilusiones que os forjáis a porfía.
¿Qué sabéis vos de amor, ni de pasiones?
DOÑA MERCEDES.— Pues es don Ramiro el alma mía.
DON FERNANDO.— ¡Oh mentidas palabras!
DOÑA MERCEDES.— ¡Soy sincera
os hablo sin ficción
y los labios quizá por vez primera
os dicen lo que siente el corazón.
DON FERNANDO.— La mujer que mercara sus favores
y, contando sus días por amantes,
les tendiera sus brazos pecadores
igual a caballeros que a tunantes,
no sabe amar con ley.
DOÑA MERCEDES.— ¡Callad os pido.
Ahondáis la herida que me está
sangrando.
No cuadra a un caballero bien nacido
hablar así a una dama, don Fernando.
DON FERNANDO.— No es una dama aquella que mendiga
el amor de un villano, ni que vende
su cuerpo por un beso o una cantiga.
DOÑA MERCEDES.— Y no es un hidalgo el que la ofende.
Si a mi lado tuviera
un bravo paladín
que airado, os devolviera
vuestro ultraje ruin,
no seríais capaz de decir nada
de lo dicho.
DON FERNANDO.— ¿Estáis loca
o no sabéis señora, que mi espada
apoya lo que digo por mi boca?
DOÑA MERCEDES.— Muy pronto habré de verlo.
DON FERNANDO.— Sin demora,
viene aquí justamente mi criado,
y que no ha de tardar vuestro adorado.

ESCENA III

Dichos y Braulio y Celso.

DON BRAULIO.— Señor, antes de una hora
ha de llegar don Ramiro
Por avisaros a tiempo
adelante me he venido
DON FERNANDO.— Bien está.
Doña Mercedes
asistís al desafío?
DOÑA MERCEDES.— He de aguardar anhelante
la suerte del ser querido
por si vuestra audaz tizona
le dejara mal herido.
Mi mano la curaría
con solícito cariño.

(Las últimas palabras las dice doña Mercedes, haciendo mutis por la derecha en unión de don Fernando).

DON CELSO.— Diente con diente estoy dando,
cual si me fuera la vida en el lance.
DON BRAULIO.— A mí la carne se me pone de gallina.
DON CELSO.— Don Fernando es un valiente
para él no hay lucha perdida.
DON BRAULIO.— Pero el criollo es muy guapo
y lo vencerá.
DON CELSO.— ¡No digas!
Como mi amo no hay ninguno
y el criollo es un marica.
¡Tiene él un brazo derecho
y tiene una puntería!
DON BRAULIO.— Calla, negro, tú no sabes
dónde repican a misa.
Don Ramiro es todo un hombre
y hoy al chapetón lo pincha.

DON CELSO.— ¡Pobre mi amo! ¡Ni Dios quiera!
Si muere, yo ¿dónde iría?

DON BRAULIO.— Estos blancos que pelean
por puro gusto, dan grima.

DON CELSO.— Casi siempre es por mujeres.

DON BRAULIO.— No lo valen las indinas.

DON CELSO.— Muchas historias sé de éstas.

DON BRAULIO.— Y yo.

DON CELSO.— A ver si son las mismas.

MUSICA

DON BRAULIO.— Don Andrés un caballero
de muchísimo valor.

DON CELSO.— Tuvo un lance con don Telmo
que también es un león.

DON BRAULIO.— Disputábanse una dama
que era dada a desdeñar.

DON CELSO.— Y en el duelo los rivales

AMBOS.— ¡zis, zás, zis, zás, zis, zás!

DON CELSO.— Venció Andrés en el combate
a don Telmo el. . . contendor.

DON BRAULIO.— Y al empuje de su espada . . .
la orgullosa se rindió.

BAILE

Hablado

DON BRAULIO.— Es una historia que asusta.

DON CELSO.— Pone los pelos de punta.

DON BRAULIO.— *(reparando hacia la izquierda).* Pero
¡calla, qué veo! Viene hacia aquí don
Ramiro con su corte de honor.

DON CELSO.— ¡Jesús y qué cara traen!

DON BRAULIO.— Van a batirse aquí mismo. Corramos, Celso.

DON CELSO.— ¿Para qué?

DON BRAULIO.— Para avisar a don Fernando que la hora ha llegado.

DON CELSO.— Vamos. Se van a hacer picadillo.

(Ambos hacen mutis rápido por la derecha).

ESCENA IV

Ramiro de Mendoza, Coro de Caballeros, luego don Fernando, Braulio, Celso; doña Mercedes se oculta tras un bastidor de la derecha que se supone cubierto por el follaje. Ramiro y el coro aparecen por la izquierda con un sonoro son de aceros y armaduras.

MUSICA — CORO

Somos los caballeros de la nobleza
que guardamos celosos nuestro blasón
y fiamos al orgullo de nuestra espada
la defensa sagrada de nuestro honor.

(Salen don Fernando, Braulio y Celso, de la izquierda. Don Ramiro y don Fernando se aprestan al combate; Braulio y Celso salen muertos de espanto por el foro).

RECITADO

(suena una melopea)

DON RAMIRO.— ¡En guarda!

DON FERNANDO.— Don Ramiro, mi tizona
fue forjada en Toledo.

DON RAMIRO.— Estad atento.

DON FERNANDO.— ¡Sola va al corazón y no perdona!

DON RAMIRO.— *(acometiendo con corajé)*
¡A fondo!

DON FERNANDO.— *(librando el golpe).*
Perdonad, ha sido . . . al viento.
DON RAMIRO.— Este golpe parad.
DON FERNANDO.— Habéis errado
y os lo devuelvo igual.
DON RAMIRO.— ¡Temed mi acero!
DON FERNANDO.— Temed el mío vos.
DON RAMIRO.— Os ha fallado.
DON FERNANDO.— Ahora. *(le hiere) (volviéndose al grupo).*
He vencido al caballero.
DOÑA MERCEDES.— *(apareciendo)* ¡Don Fernando!
Traidor es vuestro acero.
Al herir este pecho ha herido el mío.
DON FERNANDO.— He cumplido señora el desafío
y os devuelvo gentil vuestro trovero.

(Concertante)

DON RAMIRO.— Fue el amor, fue el amor
de una hermosa mujer
que me armó vengador
y me vence a sus pies.
DON FERNANDO.— Fue el amor de esa flor
el que me hizo vencer.
Ha triunfado el amor
y ha vencido otra vez.
DOÑA MERCEDES.— De su rostro el dolor
con amor borraré
¡pobre amor redentor
pobre amor de mujer!
CORO.— Fue el amor, fue el amor
de una hermosa mujer
que le armó vengador
y le vence después.

(Doña Mercedes recibe en brazos a don Ramiro).

MUTACION - TELON

CUADRO TERCERO

Telón corto, representa una calle de la época.

ESCENA I

Don Fernando y Braulio, por la izquierda.

(Se oyen nueve campanadas de la iglesia vecina).

DON BRAULIO.— Las nueve han sonado, señor; se acerca la hora de la fiesta que hoy da don Javier a sus amigos.

DON FERNANDO.— Por don Javier estoy invitado.

DON BRAULIO.— Lo sé, señor, supistéis robar con vuestro valor la voluntad de don Javier y él tiene en vos confianza ciega.

DON FERNANDO.— Argucias son de quien aspira al amor de su hija.

DON BRAULIO.— Y bien, señor, ¿asistís a la fiesta o pensáis siempre en raptar a doña Isabel al amanecer?

DON FERNANDO.— Una duda me atormenta...

DON BRAULIO.— Yo me permito recordar a vuestra merced que don Ramiro no volverá a pretender...

DON FERNANDO.— Lo sé. Mi acero cobró caro su osadía y dueño he quedado de la situación y de la dama.

DON BRAULIO.— Entonces ¿qué duda inquieta a vuesa merced?

DON FERNANDO.— El amor.

DON BRAULIO.— Vuesa merced es por su gallardía y su ingenio dueño del amor del mundo.

DON FERNANDO.— Sí, me inquieta el amor de doña Isabel... Pero ¡bah! fue un presentimien-

to que cruzó mi mente. Asistiré a la fiesta; esta noche es la esperada por mí.

DON BRAULIO.— ¡Sabia es vuestra resolución, señor! Permitid que os bese la mano.

DON FERNANDO.— Esta noche, sí: mis frases galantes y donosas la harán olvidar el recuerdo de don Ramiro, colmaré su corazón de amor y mía será doña Isabel esta noche misma.

DON BRAULIO.— Habláis como un iluminado, señor; esta noche, entre la cháchara y el jaleo, realizaréis vuestros sueños y acabará para Braulio esta aventura en la que se juega el pellejo.

DON FERNANDO.— Ve tranquilo y no digas que me has visto.

DON BRAULIO.— ¡Como si estuviera! ¡Soy una sombra, señor! *(se va por la izquierda).*

DON FERNANDO.— ¡Esta noche, esta noche! ¡Noche de amor y poesía! . . . *(queda pensativo).*

ESCENA ULTIMA

Dichos, y Tapadas 1ª, 2ª y 3ª por la derecha.

(La Tapada 1ª aparece recatándose en la sombra, temerosa de ser reconocida por don Fernando, quien la detiene con este piropo):

DON FERNANDO.— Ojos azules. No los cerréis, señora, que la dicha de adivinar quién se oculta tras vuestro manto no es comparable al dolor de saber que existió el cielo y le perdimos.

TAPADA 1ª— ¡Galante!. . . *(hace mutis coquetonamente por la izquierda).*

DON FERNANDO.— *(a la Tapada 2ª, que aparece enseguida por la derecha).*

¡Ojos negros! ¿Qué misterioso fuego arde en vuestros ojos que hogueras son de los corazones?

TAPADA 2ª— ¡Poeta!... *(vase por la izquierda y sale la Tapada 3ª por la derecha).*

DON FERNANDO.— *(a la Tapada 3ª).* Ojos grises. Ojos cobardes. Acecháis como el acero en manos de un villano.

TAPADA 3ª— ¡Viejo!... *(vase)*

DON FERNANDO.— ¿Qué escucho?... Me llamó viejo... ¿Viejo?... ¡Loca está sin duda! ¿Viejo?... ¿Acaso no vio mis cabellos, ni mi rostro ni mis ojos donde anida una gran pasión?... ¿Pero estaré en verdad viejo?... ¿Será tardío este amor que consume mi vida?... ¡Cómo lo puedo creer!... Sin embargo, la tapada me lo dijo... ¿se burló acaso?... ¿fue despecho?... Sí, eso fue ¿por qué dudarlo?... Mi corazón me habla de amor... No ha muerto la ilusión en mí... no morirá mientras viva doña Isabel... Ya la fiesta habrá empezado. Ella me espera. Esta noche la haré mía.

MUTACION TELON

CUADRO CUARTO

Sala suntuosísima de la familia de Alvarado. Sillones y sofás tapizados con lujo y armazón de negra madera labrada. Los respaldares adquieren forma de medallones Luis XV, y hay en ellos esculpidas cornucopias y leones hispanos. En un ángulo, esquinado, un clavicordio; butaquín mullido ante él con cojín a los pies. Consolas y tapices. En las paredes retratos, adornos y atributos propios de los de Alvarado. Al foro perspectiva del balcón visto desde la escena. Es noche de tertulia.

ESCENA I

Don Javier, Don Fernando, Don Jaime Alcántara, Doña Isabel, Dama 1ª, Dama 2ª y Coro.

MUSICA — BAILE

GAVOTA

HABLADO

DON JAIME.— Es amable y galante vuestra fiesta.

DON FERNANDO.— No dejaría nunca de serlo con tal ama de casa.

DON JAVIER.— Es tan sólo amistad y nobleza que se respira en mi morada.

DOÑA ISABEL.— Pero don Jaime no ha querido esta noche contarnos charadas y aventuras. ¡Don Jaime, por Dios!...

DON JAIME.— Si os place, no seré yo quien me niegue a entreteneros.

DOÑA ISABEL.— Comenzad ya que nos será muy grato escucharos.

DAMA 1ª— Comenzad, don Jaime.

DAMA 2ª— Que diga un epigrama.

DAMA 3ª— Una aventura de amor...

DON JAIME.— ¡Oh, no os podré complacer a todos! Bien sé que os divierten mis pláticas; tienen ellas un sabor tan fuerte de vejez y antigualla que no he querido hablar hasta ahora por temor de cansaros. Ya conocéis demasiado mis historietas, mis anécdotas y casi no sé qué de nuevo contaros. Pero quiero obedeceros... Y tú, curiosa chiquilla, has acertado: voy a contar una adivinanza. *(Don Fernando junto a doña Isabel la atiende mimoso y ella le escucha pensativa).*

TODOS.— Sí, sí, una adivinanza.

MUSICA

DON JAIME.— Oid mi adivinanza
¿cuál es la extraña flor
que siendo la alegría
también es el dolor?
Es enigma, es misterio
es pena y es dolor
es manantial de dichas
y nos mata de sed.

CORO

No sé señor, no sé cuál es.

DON JAIME.— No saben comprender
no pueden responder.

HABLADO

DON JAIME.— ¿Os dáis por vencidos?... ¿No se os alcanza?

DOÑA ISABEL.— No acierto.

DON JAVIER.— Habéis sido enigmático.

DON FERNANDO.— Os lo voy a explicar yo... *(todos le rodean)* os lo voy a explicar yo... después de haber cenado... *(todos ríen).*

DON JAVIER.— Tiene razón don Fernando. Debemos cenar ya. *(A los invitados, señalándoles la puerta derecha, en primer término).* Pasemos que la cena espera.

DON JAIME.— Os concedo a todos este plazo.

DON JAVIER.— Pasad, amigos míos.

(Todos, menos Don Fernando y Doña Isabel, hacen mutis por la puerta derecha. Don Fernando detiene a Isabel con la frase de la siguiente):

ESCENA II

Doña Isabel y Don Fernando.

DON FERNANDO.— Quiero hablaros, Isabel. Os suplico que os quedéis un momento.

DOÑA ISABEL.— ¿Ahora?... Nos echarán de menos.

DON FERNANDO.— Perdonadme señora, no quiero deciros nuevamente que os amo demasiado; os lo he repetido tanto, pero quiero saber, quiero descifrar vuestra actitud. ¿No os conmueve en nada el fuego de mi pasión? ¿Seguís señora impasible?

DOÑA ISABEL.— Dejadme, don Fernando. No ganaréis nunca de este modo el corazón de una dama.

DON FERNANDO.— Doña Isabel, no puedo soportar más vuestros desdenes; ya os he dicho mi amor; por vos me batí con don Ramiro y le he vencido ¿qué esperáis? ¡Soy el amo!

DOÑA ISABEL.— Pensáis haber ganado mi corazón venciendo a don Ramiro. ¿Sabéis acaso si la herida que en su pecho habéis abierto es la misma que habéis abierto en el mío?

DON FERNANDO.— No es cierto, queréis torturarme ahora con la idea de que amáis a don Ramiro. Sois cruel, decidme que mentís.

DOÑA ISABEL.— Oh, dejadme, dejadme...

DON FERNANDO.— No puede ser, no podéis amarle; herido en el duelo le recibieron los brazos de doña Mercedes la Loca, de una perdida... Ella ha restañado su sangre, ella... ella lo ama, ya lo sabéis.

DOÑA ISABEL.— No me atormentéis. Dejadme. Mi padre puede venir.

DON FERNANDO.— Sí, esa mujer lo cobija en su casa. Don Ramiro os ha olvidado. Os olvida en brazos de doña Mercedes la Loca, de su barragana y es ella la que ansiosa y amante cicatriza con sus besos la herida que le hizo mi espada. ¿Le seguiréis amando así?

DOÑA ISABEL.— No, no os puedo creer. ¡Me decía tan infinita su pasión!

DON FERNANDO.— Mentira. Nunca os ha amado y aunque os amara, vos tenéis que rechazarle. No existe don Ramiro para vos; mi espada le ha quitado del medio. ¡Soy el amo!

DOÑA ISABEL.— ¡No existe don Ramiro!... *(dudando)*

DON FERNANDO.— *(acariciándole las manos. Doña Isabel se abandona).* ¡No existe! Vos no podéis amarle. Seréis mía. Seréis mía.

DOÑA ISABEL.— ¡No existe!...
(Se escucha dentro un motivo de serenata).
¡Es él!

DON FERNANDO.— Imposible.

DOÑA ISABEL.— Es él que llega a mi umbral.

DON FERNANDO.— ¿A qué viene? Le he vencido y no tiene derecho a volver.

DOÑA ISABEL.— ¡Ah, me ama!

DON FERNANDO.— Debí matarle. ¡Oh, mi vieja tizona toledana que no ha sabido herir el corazón!

DOÑA ISABEL.— *(avanzando hacia el balcón).* ¡El es, que me ama!
(Cesa la serenata).

ESCENA III

Dichos, más Don Ramiro; por el forillo se supone transpuso el balcón.

DON RAMIRO.— Señora mía, llego a vos devoto a rendiros homenaje.

DON FERNANDO.— ¿Habéis curado ya?

DON RAMIRO.— Lo bastante para cantar una endecha al pie del balcón de doña Isabel... Pero, señora, ¿no me contestáis, no me respondéis nada?... Cuando sentí en mi pecho el frío del acero, mi pensamiento voló hasta vos y desde entonces sólo he tenido el anhelo de veros.

DON FERNANDO.— Pronto os han devuelto la salud los cuidados y el cariño de doña Mercedes...

DON RAMIRO.— ¡Don Fernando!...

DON FERNANDO.— Contestadme, don Ramiro.

DOÑA ISABEL.— *(por Ramiro, que calla).* Sois vos ahora quien calla.

DON RAMIRO.— No penséis mal de mí, Isabel. Sabed sólo que os amo y que os amaré siempre y que hoy con más fe que nunca quiero consagraros mi vida.

DON FERNANDO.— Callad ¿olvidáis que os he vencido? Doña Isabel es mía. Y si no os bastan mis palabras, de nuevo mi espada os quitará del medio. Marchaos don Ramiro *(amenazándole).*

DOÑA ISABEL.— No se irá por vuestra orden. Acordaos que estáis en mi casa.

DON FERNANDO.— ¡Isabel! ¿Vos me habláis así? ¿Olvidáis mi amor?... ¡Oh, contestadme! *(Isabel permanece muda cerca de don Ramiro).* ¿Calláis?... ¡Oh, es muy larga y lacerante esta lucha... No me amáis. ¿Debo dejaros? ¿Debo abandonaros al caballero a quien venció mi espada? En fin, os invito don Ramiro a una última prueba. La suerte va a decidirlo. Siempre fié a la suerte los mayores problemas de mi vida. No hay nada más valiente ni más propio de don Fernando el Aventurero. Un dado o una ficha que decida... Don Ramiro, os invito a jugar el amor de doña Isabel en un partido de damas.

DOÑA ISABEL.— ¿Mi amor?

DON FERNANDO.— Sí, señora, quiero probaros que si con la espada derroté a vuestro galán, también le venceré en el juego. Noble soy. Acercaos don Ramiro... *(le invita a la mesa de juego).*

DON RAMIRO.— Acepto el reto.

DON FERNANDO.— Es la última prueba. Si la suerte me es adversa, me marcharé muy lejos y haré por olvidar...

DON RAMIRO.— Bien está. El amor triunfará. La suerte será justa.

DOÑA ISABEL.— El amor triunfará.

(Melopea en la orquesta. Dispónense a jugar. Doña Isabel asiste anhelante al desafío desde un extremo de la mesilla de juego).

DON FERNANDO.— ¡Una victoria más!

DOÑA ISABEL.— Dios no lo quiera.

DON RAMIRO.— Es vano empeño. La partida es mía.

DON FERNANDO.— Jugad, jugad... *(movimiento apresurado de las fichas).*

DOÑA ISABEL.— ¡Por mi amor!

DON RAMIRO.— Probad a vencerme ahora.

DON FERNANDO.— Aún no he perdido.

DOÑA ISABEL.— ¡Señor!

DON RAMIRO.— He vencido al caballero.

DON FERNANDO.— *(poniéndose de pie; dolorosamente):*
Me habéis vencido.
Siento que la suerte me deja.
Esta es la vez primera que a Fernando
Roldán se vence en una lucha.
Y me parece hoy vieja
mi historia de aventuras de hidalgo capitán.
Cumpliré mi palabra.
Me iré a Nueva Granada.
Viviré mis recuerdos de amante paladín,
cuando a todo vencía mi arrogancia y mi espada
y mi vida era una aventura sin fin.
Y tal vez algún día que me invada el hastío
añoraré muy triste otro día mejor
pensaré en el lejano y fatal desafío
que me dijo mi ocaso.

DOÑA ISABEL.— ¡Ha vencido el amor!

DON RAMIRO.—

ESCENA CUARTA Y ULTIMA

Dichos, don Javier, don Jaime, e invitados, por la derecha.

DON JAVIER.— *(a don Ramiro).* ¿Vos aquí?... ¿Qué ha pasado?... *(a don Fernando)* ¿Y vos os váis?... No comprendo.

DON FERNANDO.— Contaré lo acontecido en breves frases.

DON JAVIER.— No entiendo.

DON FERNANDO.— *(suena una melopea en la orquesta).*

Un galante caballero
que fue siempre aventurero,
que fue siempre vencedor
sintió un día en su sendero
el flechazo del amor.
Se detuvo el caminante
el caballero galante
de la espada y el airón
se olvidó de que era errante
y escuchó a su corazón.
El guerrero enamorado
se acercó a su bien amado
quiso tener un hogar
soñó vivir reposado
hacer alto y descansar.
Enamorado, soñaba
que una vez más triunfaba
fiaba en hacerse amar
el caballero ignoraba
que se confiaba al azar.
No sabía el errabundo
que era sólo un vagabundo
un audaz conquistador
y tras no tener segundo
lo venciera un trovador.
¿Fue agorera la tapada,
la misteriosa embozada
que su requiebro burló?
¿Fue agorera la tapada
cuando viejo le llamó?
Hoy regresa el caballero
a su mísero sendero
lacerado en su dolor,
vuelve a ser aventurero
y se parte con dolor.

DON JAVIER.— *(a Ramiro).* ¿Sin mi perdón habéis vuelto?

DON RAMIRO.— Os lo imploro.

DOÑA ISABEL.— Es mi querer.

DON JAIME.— Mi adivinanza ha resuelto
esta escena, don Javier.
Es el amor que ha vencido
después de tanto dolor.
Ha llegado el bendecido
instante en que es triunfador.

MUSICA

(Motivo del concertante)

TODOS.— Ha triunfado de todo
el amor
amor redentor
que borrará el dolor.

TELON

LA MARISCALA

Abraham Valdelomar y José Carlos Mariátegui

(Conde de Lemos y Juan Croniqueur)

Poema dramático en seis jornadas y en verso, escrito para la compañía Mario y para su representación en el Municipal.

PROLOGO

Público multiforme:
Ten tu curiosidad,
público que aquí llegas ávido de emoción
y alivias la enfermiza neurosis de esta edad,
con el dolor, la risa y el gesto de tu histrión
como en pasada edad
un rey con su bufón.

Público que en el teatro, el circo y el romano
lúgubre coliseo, hoy lo mismo que ayer,
buscas para olvidar tu dolor cotidiano
una hora cotizable de placer.

Hoy no va a descorrerse la inquietante cortina
para el melodrama del vicio y del alcohol,
para la grácil farsa de amor de Colombina
ni para la tragedia, ni para el guignol,
sino para la hermosa gesta de una heroína
y para un poema de un pueblo indoespañol.

Es un noble romance, un romance de gloria
y va a hablarte el Poeta, el Dramaturgo no.
Hubo el poeta en una página de la historia
una leyenda heroica; della se enamoró.

Es la leyenda de una hermosa capitana,
amazona, estadista, mariscala, prócer,
la heroína máxima de nuestra americana
tierra y la vida más grande de nuestro ayer.

Tuvo ella en su hermosura la noble gentileza
de la princesa hispana y de la ñusta-flor,
Tal vez soñaron con la gloria de su belleza
un paje trovador y una Corte de Amor.

Pero fue su alma fuerte, intensa, complicada,
y tuvo un misticismo raro e inquisitorial:
la dulce Santa Rosa y el fiero Torquemada
el Santo Oficio y el remanso conventual.

Y fue un alma de prisma en que se arcoirisaba
la raza, a la manera de un rayo de luz,
alma de caballero medioeval que luchaba
por su amor, por su dama, por su rey y su cruz...

En su vida hubo ensueño, idealidad, quimera,
inquietud, epopeya, energía, ambición,
crueldad, amor, ternura, crepitación de hoguera,
clarinada de lucha y toque de oración...

Tuvo alma de caudillo, de apóstol, de guerrero,
de inga, de cruzado y de gran mariscal;
alma de castellano; alma de aventurero,
generosa y austera, soñadora y marcial.

Espectador:

Tu espíritu abre a la poesía,
a toda ensoñación y a toda idealidad.
Suena el clarín de una hijodalga porfía
y el Poeta canta la fiera bizarría
de una mujer peruana y su heroicidad.

JORNADA I

PERSONAJES

Doña Francisca Zubiaga,
Doña Antonia Zubiaga Bernales,
Doña Manuela Zubiaga,
Oidor Guzmán,
Coronel Gamarra,
El licenciado don Pedro,
Criada.

En Lima; en el escritorio de la familia Zubiaga. Al fondo, balcones que dan a la calle; a la derecha, puerta de entrada; a la izquierda, incrustado sobre el muro, el oratorio colonial, que está cerrado y ostenta sobre sus doradas puertas los símbolos cristianos.

ESCENA I

Doña Antonia y Manuela, su hija.

MANLA.— Más de un pliego llevamos escrito.
Dª ANT.— Aún es poco. Tanto hay que decir . . .
¿Te has cansado?
MANLA.— No tal, madre mía.
Dictadme la frase, comienzo a escribir.
Dª ANT.— El destino que todo lo trunca
y te aleja de plácido hogar,
hoy divide tu Raza y la mía . . . y a matarse van.
MANLA.— Y a matarse van.
Dª ANT.— Las huestes reales, se aprestan,
la hoguera crepita, y un fuego voraz
confunde en sus llamas tu Patria y mi Patria.
Por alguna de ellas hemos de llorar.
MANLA.— Por alguna de ellas hemos de llorar.

Dª ANT.— Francisca en su místico ensueño persiste
muy pálida y mustia sigue todavía
y su afán me pone con cuidado y triste,
porque se nos muere de melancolía.

MANLA.— Porque se nos muere de melancolía.

Dª ANT.— Nuestro ángel desea volver al Convento;
hacerla su esposa le ofrece el Oidor
mas ella desdeña las galas del mundo,
quiere ser la esposa casta del Señor.

MANLA.— Quiere ser la esposa casta del Señor.

Dª ANT.— Manuela. Manuela. ¡Qué voces! ¿Escuchas?

MANLA.— Voy a ver del alféizar qué hay . . .
(Mira desde el balcón a la calle)
Un tumulto de gente irritada
que dobla la esquina y a la plaza va. . .

Dª ANT.— ¿Qué clase de gentes son las del escándalo?
¿Son gentes del pueblo?

MANLA.— No; de calidad. . .
allá madre, que entre ellas distingo
al buen Licenciado. . . ya viene hacia acá. . .

Dª ANT.— Da voz a Isabela para que le espere. . .
ordena al criado que entorne el portón,
y trae las llaves y abre el Oratorio,
que en breves instantes dará la oración. . .
. . . y dile a Francisca que venga.
(Sale Manuela y entra la criada)

ESCENA II

Doña Antonia, Isabela, el Licenciado, luego Manuela.

ISABELA.— Mi ama,
algo grave sucede. A un señor
por patriota en la calle prendieron
y los alguaciles llevan a prisión;
le han bañado de sangre la cara,
unos le gritaban furiosos: ¡traidor!

otros gritaban: ¡soltadle, soltadle!
Mas libróse un momento y abofeteó
al más insolente realista... Unos eran
del rey, otros eran del Libertador...

(Entra el Licenciado)

Dª ANT.— Bienvenido, Señor Licenciado...

LICDO.— Dios os guarde Señora... ¿Qué fue?

Dª ANT.— ¿Presenciasteis acaso el tumulto?

LICDO.— Por suerte. Algo hice por le defender,
que villanas manos y gritos villanos
mancillar querían en nombre del Rey
al bravo patriota... a un bravo patriota,
ciudadano hoy día y otrora marqués,

Dª ANT.— Me place don Pedro el que tal hicierais;
de hidalgos valientes es tal proceder...

LICDO.— Yo no hice señora, ninguna proeza...
él era mi amigo; cumplí mi deber...

(Entra Manuela)

MANLA.— Aquí están las llaves; ya viene Francisca...
Señor Licenciado...

LICDO.— Manuela, a sus pies.

MANLA.— ¿Fue cruenta la lucha?

LICDO.— No tanto; fue breve.

Dª ANT.— Son muy altaneras las gentes del Rey.

MANLA.— Mas ¿cómo don Pedro hubisteis
de encontraros en la escena?

LICDO.— Venía rumbo a estos lares
del Teatro de la Comedia
Y ya llevaba cruzadas
dos cuadras, cuando en la acera
de la calle de las Mantas
oí voces de contienda.
La gente arremolinada
huía y las covachuelas,
en previsión, al sentirlo,
iban cerrando sus puertas;
corrían los alguaciles,

y las tapadas, ligeras,
amparábanse en zaguanes,
pálidas, mudas e inquietas.
Las mozas tímidamente
miraban tras de las rejas,
mientras en pláticas sordas,
en los patios, viejas dueñas
tejían con gravedad
comentarios y sentencias.
En un instante quedaron
solos los de la reyerta,
sin transeuntes los portales,
las calzadas sin calesas.
Acerquéme para ver
qué pasaba y quién la piedra
del escándalo, en tal hora
y contra ordenanza, era.
Cuando vi al de Monteclaro
con el ánimo de gresca
cuya voz entre las voces
de la gente bullanguera
me hizo ver que era don Juan.

MANLA.— Primo Juan. Pero ¿él ha sido
la víctima? Qué insolencia.
Si padre estuviera aquí...

Dª ANT.— A tu padre le prendieran.
No han de respetar derechos
gentes que no se respetan.

MANLA.— Hay que escribir a tío Pedro
para que tales cosas sepa
y haga lo que debe hacer
y a nuestro primo defienda...

Dª ANT.— Ya ha de darse por servido
Pedro de que no le prendan,
ni le quiten la parroquia,
ni le confisquen la Hacienda.

LICDO.— No ha menester Monteclaro,

que él sabrá lavar la ofensa.
Mas es el Oidor Guzmán
el que aquí la culpa lleva;
él fue quien a vuestro Juan
ordenó que le prendieran
y yo le vi muy campeante,
bravucón, con cara fiera...

MANLA.— ¿El, don Guzmán, nuestro amigo?

LICDO.— Sí, mi querida Manuela.

Dª ANT.— Extraño es que don Guzmán,
que nos visita y frecuenta,
con mi sobrino carnal
se porte de tal manera;
yo su conducta sabré
encararle, cuando vuelva.

MANLA.— No doy un maravedí
por el audaz que se atreva
con Juan a cruzar su acero
porque quedará en la arena.

LICDO.— Bien decís, que tiene el brazo
fornido y la mano, diestra
y es de corazón valiente
y sereno en la pelea.

MANLA.— Su mirada dura y fría
como un estoque se asesta.

Dª ANT.— ¿Y cuya la causa fue,
Don Pedro, de la reyerta?

LICDO.— La de siempre, mi señora,
que será una causa eterna
mientras no haya en el Perú
ciudadanos ni bandera,
que no hemos nacido siervos
ni del rey ni de Pezuela.
Medren y manden los tales
allá en Castilla la vieja,
que esta Patria es nuestra Patria
y esta Tierra es nuestra Tierra...

Dª ANT.— Ya concluya en buenora
esta campaña sangrienta
que Dios el triunfo dará
al que justicia la tenga;
y pasen todos los odios
para que Zubiaga vuelva
y su hogar deje de ser
víctima de la contienda...

(Se oye el toque de oración en una torre lejana. Manuela abre el oratorio y enciende los cirios. Los criados entran en silencio y disponen reclinatorios)

LICDO.— Es fuerza señora que presto me aleje
de la vuestra casa, porque voy a ver
la suerte que corre Juan de Monteclaro.

MANLA.— ¿Volveréis acaso?

LICDO.— Presto volveré.

(Sale)

ESCENA III

Doña Antonia, Manuela, Coronel Gamarra y Francisca.

Arrodíllanse en grupo ante el oratorio. Aparece Francisca vestida de blanco, con el libro de oraciones y el rosario, caminando lánguidamente, en silencio. Se arrodilla a su vez. Comienzan a rezar el Avemaría con solemne recogimiento. Durante el rezo aparece en la puerta el coronel Gamarra, uniformado. Avanza sin dejarse sentir. Dobla una rodilla en tierra, recostando la frente en la empuñadura de la espada. Termina el rezo. Levántanse todos menos Francisca, que continúa orando.

GAMARRA.— Loado sea Dios, señora Antonia...
Si acaso importuné, perdón os pido...

Dª ANT.— Coronel, nunca vos importunáis
y el perdón al Señor hay que pedirlo.

GAMARRA.— Por pecador me tengo y si El quisiera
concederme las cosas que persigo,
con que una sola dellas me otorgara
diérame por feliz y bien servido...
(A Francisca)
Si vos Francisca intercediérais, nada
a vuestro ruego negaría el Altísimo
y aquí en la tierra un corazón habría
que le estuviera siempre agradecido...

FRANCISCA.— *(Volviendo el rostro y levantándose luego)*
Dios a los militares nada niega
cuando son como vos, bravos y dignos.
La cruz está en el puño de su espada
y ella les acompaña al sacrificio.

GAMARRA.— Tal es la suerte del soldado, amiga,
y obedecer...

Dª ANT.— ¿Aunque ello esté reñido
con la conciencia? Señor ayudante
de campo del Virrey, ¿habéis sabido
que hace un momento vuestros servidores
llevaron a prisión a mi sobrino
de manera brutal? Son tales tratos
de gente de honra y bien nacida, indignos.
Bien se ve que la lucha ofusca a quienes
debieron respetar el apellido
de un español ausente de su casa
y la tierra en que esposa tiene e hijos.

MANLA.— Y se han llevado a Juan, mi coronel,
y le han aherrojado y lo han herido...

GAMARRA.— No he tenido noticias, amigas mías,
de la prisión de Juan; de haberlo visto
porque yo no lo hubiera permitido.
Os prometo que haré que le liberten
y empeño mi palabra.

Dª ANT.— Conseguidlo.
GAMARRA.— Yo lo conseguiré, señora Antonia.
Voy a hablar al Virrey; y lo consigo
o me he de retirar, que con desmanes
y abusos e injusticias no transijo.
FRANCISCA.— Yo no comprendo, coronel Gamarra,
que vos que en esta tierra habéis nacido
sirváis aún al Virrey. Nuestros hermanos
de libertad y patria han dado el grito.
Vuestra espada, más bien, poner debierais
de este suelo en defensa y de vos mismo...
GAMARRA.— El deber del soldado es ser leal
y estoy con el Virrey...
FRANCISCA.— Coronel, antes
que el soldado sois, pondréis, no dudo,
el acero en defensa del principio...
GAMARRA.— Gran error hay en ello, que el soldado
en todas lides ha de ser invicto,
cumpliendo su deber aunque se opongan
padres, amores, dádivas, amigos,
riquezas, juventud, vida... Y en cambio
el hombre por amor siempre es vencido...
(Isabela canta desde el interior)
ISABELA.— Con que al fin, tirano dueño,
tanto amor, clamores tantos,
tantas fatigas,
no han conseguido en tu pecho
más premio que un duro golpe
de tiranía.
GAMARRA.— El canto de Melgar hasta aquí llega
me siento melancólico al oírlo
y ha despertado en mi alma honda tristeza.
Con ella a tiempo en amargura vivo,
que no hay mayor dolor que el del recuerdo
que ansiamos sepultar en el olvido...
Dª ANT.— Algo sabemos ya. Lo que ha pasado
entre el Virrey y vos no es un motivo;

si os quitó el mando de la fuerza, en cambio,
os hizo su ayudante y es lo mismo.

GAMARRA.— No es eso, ni tampoco, doña Antonia,
que el Oidor don Guzmán llevó al oído
del crédulo Virrey necios embustes...

Dª ANT.— ¿El Oidor?

GAMARRA.— El. Y le dijo
que el batallón Numancia, a mi conjuro,
habíase pasado al enemigo...

Dª ANT.— De buen grado lo hicieron, ¿quién lo ignora?
Fue un acto del más noble patriotismo...

GAMARRA.— Mas no es tal mi dolor...

Dª ANT.— ¿Otro?...

GAMARRA.— Más hondo,
va en mi conciencia inexorable y fijo.

FRANCISCA.— ¿Acaso algún amor que ya pasara
arranca en vuestro pecho esos suspiros?

GAMARRA.— Más fuerte que el pesar de los amores
es el pesar que a mí me dio el destino...
Vos, que sois tan benévola, Francisca,
prestad algún consuelo a mi martirio...

FRANCISCA.— ¿Qué congojas son esas, tan profundas?

GAMARRA.— Lo que nunca confié voy a deciros:
y remediad mi mal, que vuestras frases
serán para el dolor un lenitivo...
Sabéis que en la batalla de Humachiri
a las rebeldes huestes combatimos
y los pobres patriotas sucumbieron,
y la muerte libróles del presidio.
Allí murió Melgar, sin que me fuera
dado salvarlo. Siempre va conmigo
la sombra de aquel héroe poeta
amargando mis noches sus quejidos...
Francisca: ¡quién pudiera dar a mi alma
el perdón, el consuelo y el olvido!

ISABELA.— *(Desde el interior)*
A todas horas mi sombra

llenará de mil horrores tu fantasía
y acabará con tus gustos
el melancólico espectro
de mis cenizas...

FRANCISCA.— Coronel, nunca es tarde para un hombre
de noble corazón y de alto espíritu,
remediar los errores del pasado;
podéis con vuestra espada redimirlos,
haciendo que esa misma espada sea
rayo de luz que os guíe en el camino...
El triunfo de la patria es lo que ansía
el alma de Melgar; dadle ese alivio;
vuestra conciencia quedará sin sombras
y él en su tumba quedará tranquilo...

GAMARRA.— De un lado el corazón está señora,
y de otro la lealtad y el compromiso;
ante vos misma abiertas hay dos rutas
y debéis elegir sólo un camino:
español es, Francisca, vuestro padre
y peruana sois vos...

FRANCISCA.— La Patria, amigo,
antes que todo está; fuerza es servirla
y por ella marchar al sacrificio.
El gobierno es el Rey, mas es la patria
el pedazo de tierra en que nacimos.
Más noble es una espada defendiendo
a los esclavizados y oprimidos
que la sangre generosa vierte
y que ata manos y que ajusta grillos...

GAMARRA.— Y vos que así pensáis, doña Francisca,
¿Por qué a la vida renunciáis, decidlo,
y al Convento volvéis, si los que lloran
necesitan también de vuestro auxilio?

FRANCISCA.— En el Convento mi vida,
pasa clara y con un manso
rumor como de remanso
entre la yerba escondida;

y así mi espíritu, añora
la silente paz cristiana
del huerto triste en la aurora
y a la voz de la campana.
El largo muro claustral
que adornan retablos viejos
y alegra el sol matinal
brillando en los azulejos.
El florido y solitario
brocal donde releía
las páginas del breviario
en el yermo mediodía.
La capilla penumbrosa
donde está el crucificado
lívido y ensangrentado
y la virgen dolorosa;
las monásticas umbrías
que, encendido en devoción,
casto, alumbra el corazón,
consumiendo nuestros días.
Las golondrinas que aisladas
de los pájaros parleros
se esconden en los aleros
de nuestras celdas calladas;
silenciosas golondrinas
que vienen con la tristeza
de las luces vespertinas
cuando mi alma sueña y reza.
Como ellas que en un resquicio
moran en renunciamiento
quiero hacer el sacrificio
de mi vida en el Convento.
Pues ellas que se ocultaron
en el más puro dolor
las espinas arrancaron
de la frente del Señor.

GAMARRA.— Sus frentes arrullan y encantan, mas son
dolientes y tristes como una oración,
Dª ANT.— Y piensa, Francisca, que tu alejamiento
en desesperanza y en dolor nos deja.
Ya tendremos, si vas al Convento
el luto en la casa y tu madre, vieja,
ahogar no podría tanto sufrimiento.
FRANCISCA.— Mi alma en el Convento de ti no se aleja.
GAMARRA.— Yo en tanto pienso que la vida
es como una épica jornada
y ha de librarse defendida
por el acero de la espada.
El mundo es lucha despiadada
y hay que vencer en la partida:
si con dolor sangra la herida
dulce es la boca de la amada.
Luchar con ánimo sereno,
salvar las vallas del camino
y fuerte, audaz, altivo y bueno
no desmayar contra el destino.
Volver del campo siempre lleno
de una ansia nueva. Al remolino
de las pasiones poner freno
y siendo humano, ser divino.
Y descansar de las fatigas.
bajo una paz de oro estival
cuando maduran las espigas
y ante las huestes enemigas
vibra el clarín claro y triunfal.
Dª ANT.— Coronel, que en tantas campañas vencisteis
salid de este lance también vencedor.
GAMARRA.— En estas campañas el hierro es inútil.
En ella se vence con el corazón.
Dª ANT.— Mas dadle consejo, vuestras frases van,
tal vez a salvarla, señor Edecán.
FRANCISCA.— La vida muy triste para mí sería
fuera del Convento, viendo cada día

la mala ventura de tantos patriotas
que entre las prisiones gimen todavía
como si su patria estuviera en las prisiones.
Yo quisiera verlos, las cadenas rotas,
altivas las frentes, libres de opresiones.
¡Y acaso mis ojos nunca lo verán!
¡Se opone su acero señor Edecán!

ESCENA IV

(Dichos.— Isabela y luego el Oidor)

ISABELA.— Mi ama: el Oidor, mi señor,
pide merced para entrar.
Dª ANT.— Isabela, hazle pasar...

(Entra el Oidor)

ISABELA.— Su merced sírvase entrar...
OIDOR.— Señora Antonia Bernales.
Dª ANT.— Saludo a usted, don Guzmán...
OIDOR.— ¿Como están en vuestros reales?
Dª ANT.— ¿En los suyos cómo están?
OIDOR.— Francisca ¿los conventuales
sueños perdiéndose van?
FRANCISCA.— Como días virreinales.
OIDOR.— Salud, Señor Edecán.
(Francisca y Gamarra conversan aparte y quedan al otro lado el Oidor y Dª Antonia)
OIDOR.— Tiempo ha señora que tengo
deseo de hablar con vos
sobre asunto que es de suyo
delicado, y al fin voy
a abordarlo, que propicia
me parece la ocasión.

Más de un año hace que vengo
de vuestra respuesta en pos.
Menester es que Francisca
me dé su contestación
y que por fin se resuelva
y escoja entre el mundo y Dios.

Dª ANT.— Don Guzmán, sabéis bastante
cuán interesada estoy
en que Francisca renuncie
al claustro.

OIDOR.— Tenéis razón
que allí se marchitaría
su belleza.

Dª ANT.— Mi dolor,
no es bastante a detenerla.

OIDOR.— Tal vez le consiga yo
ofreciéndole el halago
de una existencia mejor.
Hablados están en casa
todos los míos y no
se oponen a que comparta
de mi hacienda y mi blasón.

Dª ANT.— Gentileza que agradezco
a los suyos y al Oidor
mas es de mi hija Francisca
menester su aprobación.

(Al otro lado)

GAMARRA.— Libraros del claustro, Francisca, es mi afán.

FRANCISCA.— Se opone su acero Señor Edecán.

Dª ANT.— Acercaos un momento.
¿Sabes, Francisca? El Oidor
tu mano a pedirme viene
y aguarda contestación.

ESCENA V

Dichos y el Licenciado.

LICDO.— Albricias señores míos.

MANUELA.— ¿Qué hay?

LICDO.— De la cárcel fugó,
burlando la vigilancia
de los esbirros, ¡Oidor!
(Advirtiendo la presencia del Oidor).
el exmarqués Monteclaro
y al campamento marchó
donde a todos nos espera
el bravo Libertador:
que de San Martín en pos,
con los patriotas limeños
a Huaura partimos hoy.
Si algo se ofrece decidlo,
donde San Martín me voy.

OIDOR.— ¿Ois cómo habla el menguado?
Confunda al rebelde Dios.

LICDO.— No estuviérais bajo techo
ni anciano fuerais . . . si no
castigara el temerario
avance vuestro.

OIDOR.— ¡Traidor!

GAMARRA.— Más bien llamadle patriota.

OIDOR.— ¿Pero no es lo mismo?

GAMARRA.— No.

OIDOR.— El siervo que se declara
contra el rey en rebelión
no merece otro dictado
que el dictado que le doy.

Dª ANT.— Nos ofendéis, don Guzmán.
FRANCISCA.— Más: nos insultáis, señor.
OIDOR.— Qué... ¿sois patriotas acaso?
FRANCISCA.— Peruanos somos.

GAMARRA.— Y yo,
no he de permitir que nadie,
con razón o sin razón,
falte en mi presencia a damas
porque hijo de dama soy.

OIDOR.— No he querido faltarlas
pero me extraña que vos
que ayudante sois de campo
demostréis por los patriotas.
Realistas somos los dos.

GAMARRA.— Vos no sois ni caballero
ni realista, ni español
que es de nobles castellanos
respetar al Rey, a Dios,
y hacer homenaje a damas
porque ello da siempre honor.

OIDOR.— Pero no es de castellanos
hacer a su rey traición.

FRANCISCA.— ¡Gamarra!

GAMARRA.— Ya el Virrey puede
mandar recoger desde hoy
los títulos que me diera
porque no los quiero yo.
(A Francisca)
Señora mía, os ofrezco
mi capa y mi corazón.

FRANCISCA.— Madre, renuncio al convento.
(Al Oidor)
y a los blasones, Oidor.

(Telón)

JORNADA II

ESCENA IV

Francisca, Doña Antonia y el padre Pedro.

La Mariscala

—La vida llena de pasión e intensidad,
es la que busca mi ilusión,
es la que está en mi ensoñación
y es la que está en mi idealidad.
La vida llena de pasión...

Doña Antonia de Zubiaga

—Tuviste un sueño conventual...

La Mariscala

—Fue la primera indecisión
que nos asalta en el umbral
cuando es la vida una ficción
y es un misterio el Bien y el Mal.
—Fue la primera indecisión...

Doña Antonia de Zubiaga

—Fue sólo místico tu amor...

La Mariscala

—Mi fe es la misma fe de ayer,
pero la gloria y el honor
son otro amor que quiere ser el vencedor
con mi alma fuerte de mujer.
Mi fe es la misma fe de ayer...

Doña Antonia de Zubiaga

—La mujer sólo es del hogar.

La Mariscala

—Mi alma tiene otros anhelos,
mi alma tiene otro soñar,
mi alma tiene otros desvelos
que están lejanos del hogar.
Mi alma tiene otros anhelos...

Doña Antonia de Zubiaga

—¿Y no te basta, hija, tu amor?

La Mariscala

—¡Más ambicioso es mi ideal!
El tiene alas de cóndor
que vuelan más que el conventual
empeño, y van hacia un triunfal
ensueño de épico cantor.
Más ambicioso es mi ideal...

El Padre Pedro

—¿Talvez la vida cortesana
es la que amas tú?

La Mariscala

—No tal.
No es una corte provenzal
donde rimara una pavana
el sueño azul de un madrigal,
mi aspiración para el mañana.
Me place la suntuosidad.
gusto del fausto y la belleza,
más quiero dar la gentileza
de una corte de otra edad
a una vida que esté presa
en un ideal de libertad y heroicidad.
Soy como el guerrero que vuelve cansado
de sus aventuras de conquistador
en pos del faustoso vivir regalado,
de la solariega casa y del amor,
para nuevamente ser rudo y soldado
cuando en el castillo suena el tambor.
Mejor que en la corte yo me siento
en mi vivac del campamento.
La Gloria es mi única ambición.
Yo sé que he aprendido, heroica, a vivir
mi porvenir;

yo sé que es mi vida una ensoñación,
pero así la quiero, llena de emoción
de esfuerzo, de lucha, de afán, de pasión;
tras de la victoria no importa morir...

Doña Antonia de Zubiaga
—La Gloria es su única ambición...

El Padre Pedro
—La Gloria es su única ambición...

(Telón)

JORNADA III

ESCENA II

Sargento Domingo, Teniente Fernando,
Teniente Rodrigo, Teniente Pablo y soldados.
Luego Francisca

Sargento Domingo
—Ya todos listos están...

Teniente Fernando
—Aún no viene el Capitán
como estaba convenido.

Teniente Rodrigo
—Ha de lanzar un silbido
cuando llegue el Capitán.

Teniente Fernando
—Apagad la luz sargento...

Sargento Domingo
—Tarda el jefe, mi teniente.

Teniente Pablo
—¡Un siglo es cada momento!...

Teniente Rodrigo

—La demora es imprudente.

Teniente Fernando

—Apagad la luz, sargento!...

Teniente Rodrigo

—Ha de venir embozado
y ha de lanzar un silbido
según lo hemos acordado.

Teniente Pablo

—Ya está todo convenido
y el centinela avisado...

Teniente Fernando

—¿Escuchas?

Teniente Rodrigo

—¡Es el silbido!

Teniente Juan

—¡Ya se acerca el Capitán!

Teniente Fernando

—¡Que esté el cuartel reunido
como estaba convenido
en el pacto!

Teniente Fernando

—Allí estarán...

Sargento Fernando

—¡Vuestro denodado afán
vais a comprobar muy bien!
¿Por quién las armas están
decid, soldados, por quién?

Los soldados

—¡Están por el Capitán!...

ESCENA III

(Seguida de un soldado entra la Mariscala, completamente embozada, de tal suerte que no puede descubrirse quién es el personaje que se presenta, y que los conjurados toman por el Capitán, engañados por el aviso convenido).

Capitán Fernando

—¡Capitán, los sublevados,
aquí estamos reunidos,
oficiales y soldados,
resueltos y convencidos!
¡Capitán, los sublevados!

Teniente Rodrigo

—¡Descubríos Capitán!
Nada tema vuestro afán,
oficiales y soldados
están todos sublevados.
¡Descubríos, Capitán!...

Teniente Pablo

—Las armas os presentamos.
Mandad y obedeceremos,
porque resueltos estamos
y a la muerte os seguiremos.
¡Las armas os presentamos!...

La Mariscala

—¡Traidores!

Teniente Fernando

—¡Mas, esa voz!
—¿Quién su vida tiene a gala
exponer así entre nos?

Teniente Rodrigo

—¡Descubríos! ¿Quién sois vos?

Teniente Pablo

—Mas, ¿quién sois?

La Mariscala

—¡La Mariscala!

Los soldados

—¡Muera!

(Arrogante, suprema, magnífica, desembozada ya, da un gran golpe con su fuete sobre la ruda mesa del cuartel y habla a sus soldados, vuelta la espalda a sus oficiales).

—*¡Cholos,* contra mí!
—¡Yo que la fortuna os di
y que en la lucha os guié,
que vuestra vida cuidé
y vuestra hambre compartí!
¡Cholos, vosotros a mí!
¡Vuestras heridas curé,
vuestro sueño vigilé
y mi agua y mi pan os di!
Cholos, ¿estáis contra mí?
¿Hay alguno a quien yo vi
sufrir y no consolé?
¿Hay alguno a quien no di
mi abrigo, mi pan, mi fe?
¡Si hay alguno, salga aquí!
¡Yo desafío al osado
no temo su gesto airado
ni su ultraje, ni su bala!
¡Si es justicia herid, soldados!

(Y hay un silencio breve)

Soldado Andrés

—¡Viva nuestra Mariscala!

Los soldados

—¡Viva nuestra Mariscala!

Soldado Andrés

—El cuartel os será fiel...

La Mariscala

—¡Yo me instalaré mañana,
soldados, en el cuartel!
¡Y atad al traidor aquél
que aquí está la Mariscala!

(Telón)

JORNADA V

ESCENA I

Doña María y Coronel Escudero.

Doña María

—Estáis triste señor y cambiado;
ya no sois vos el mismo que ayer.
Aún recuerdo cuando erais alegre,
loco, enamorado. ¡Oh el tiempo que fue!

El Coronel Escudero

—Son, señora, las penas, los años...

Doña María

—¿Los años? Sois joven, señor coronel.

El Coronel Escudero

—La vida se lleva nuestras alegrías.

Doña María

—A veces las sabe, señor, devolver...

El Coronel Escudero

—No es fácil, señora, las cosas que fueron,
los días que fueron no vuelven a ser...

Doña María

—¿Recordáis, amigo, las horas aquellas
en que vuestra gracia, vuestra mocedad,
vuestras bizarrías, vuestras aventuras,
eran celebradas, señor, recordáis?

El Coronel Escudero

—Días que tuvieron halagos tan dulces,
tan gratos, señora, ¿cómo he de olvidar?

Doña María

—En aquellos tiempos, fuisteis vos el mozo
que más amoríos tuvo en la ciudad,
fue vuestra guitarra la que más ternura
y galantería decía al sonar,
y fue vuestra pluma, la gentil y amable,

que en cada abanico dejó un madrigal;
fuisteis deliciosamente enamorado;
¡de aquí, os marcharíais cansado de amar!

El Coronel Escudero

—¡Tenía yo tanta juventud entonces!
Mi vida de entonces no ha de volver más...

Doña María

—Cada día era vuestro amor distinto
y cada día era distinta beldad
la que vos rondabais, galante y rendido;
arrogante el gesto; el porte marcial;
la capa española terciada; el chambergo
insolente como vuestra majestad;
la mano enguantada presta para el lance
temerario y fiero; altivo el mirar
embuste en los labios; gascona arrogancia
en vuestro mostacho y en vuestro ademán.
Fijaos que os recuerdo con mucha justeza...

El Coronel Escudero

—Vuestra gentileza sigue siendo igual
que en aquellos días en que celebrada
fuera...

Doña María

—Siempre es grato, señor, recordar,
sobre todo cuando el recuerdo tiene
la fragancia bella de una amable edad.

El Coronel Escudero

—Entonces yo era muy aventurero,
muy enamorado, muy sentimental;
mis labios fundían en una la trova
hispana y la triste trova de Melgar.
Entonces todo era amorosa empresa;
loco desvarío y galante afán.
Entonces mi vida era dislocada,
era alegre, pero sin fecundidad:

era hermosa, pero inútil y estéril.
Amores, locuras, besos, nada más...
Siento hoy que los años me han hecho distinto
a costa de un poco de mi idealidad...

Doña María

—Grato es el recuerdo...

El Coronel Escudero

—Cierto. Todavía
amo yo mis tiempos de conquistador...

Doña María

—Cuando vuestras dulces serenatas eran
dichas siempre bajo distinto balcón;
cuando en pago a vuestras románticas trovas
y en pago de vuestras sonatas de amor
las ensoñadoras doncellas bordaban
románticas una cifra para vos;
también, señor mío, vuestra serenata,
voluble y amante, para mí sonó;
también vuestra frase cortesana tuvo
para mí ternezas; bajo mi balcón
rimó vuestro verso tan enamorado
cuan enamorada sonó vuestra voz,
también, muchas veces, tras la celosía
oí sigilosa la dulce canción;
bordaron mis manos para vos, prolijas,
también una cifra; y mi trovador,
rendido y devoto, gentil y galante,
fuisteis, señor mío; también me rondó
vuestro cortesano desvelo amoroso
por una semana...

El Coronel Escudero

—No tal; fue por dos...

Doña María

—De esta historia ingenua que juntos tejimos
yo fui vuestra musa; vos mi trovador...

(Telón)

JORNADA ULTIMA

PERSONAJES:

Doña Francisca de Gamarra, Coronel Escudero, Don Benigno, Doña Ana, Padre Luis.

ESCENA I

Doña Ana, criada y Coronel Escudero.

DOÑA ANA.— Que noche tan sombría,
tan sombría y tan mala.
ESCUDERO.— Las siete han sonado y amaneciendo.
DOÑA ANA.— Creí que se moría
la pobre Mariscala,
desde aquí a cada instante la oía delirar.
ESCUDERO.— No ha cesado un momento
de quejarse. La calma
de la noche rompía su quejido fatal.
DOÑA ANA.— La hiere el sufrimiento
la herida está en el alma
y esa herida no tiene ningún remedio.
ESCUDERO.— Hablaba en su delirio
de su pasada historia
de sus luchas, sus guerras, su perenne
ambición
y gritaba: La gloria
la gloria y el martirio,
la gloria y el martirio, el triunfo y el dolor.
DOÑA ANA.— En la mañana en tanto
que iba aclarando el día
la capa bejarana del Cuzco me pidió.
Pobre señora mía
la capa bejarana

quiso que le sacara y en ella se embozó...
¿Hay esperanza alguna,
Coronel Escudero?
¿Hay alguna esperanza de volver al Perú?

ESCUDERO.— Esperanza ninguna
porque yo nada espero,
junto con el exilio vino la ingratitud.

DOÑA ANA.— Más se muere, se ausenta
ya su gloriosa vida.
Solemne y silenciosa como un ave se va.

ESCUDERO.— Oh, pobre Presidenta,
Oh, pobre águila herida.
En tierra extraña y sola la hemos de sepultar.

(Suena el timbre.)

ESCENA II

Escudero y Doctor Benigno.

CRIADO.— Coronel, un caballero
pide hablaros un instante.

ESCUDERO.— Pues que pase. Aquí le espero.

BENIGNO.— *(entrando).* ¿El Coronel Escudero?

ESCUDERO.— Soy vuestro criado, adelante.

BENIGNO.— En nombre del Mariscal
don Antonio de la Fuente
vengo en visita cordial.

ESCUDERO.— Os escucho como a tal
y os recibo cordialmente.

BENIGNO.— El Mariscal ha sabido
que está enferma de cuidado
la Presidenta y me ha dado
un encargo que he querido
pronto dejar terminado.

ESCUDERO.— ¿Y queréis verla?
BENIGNO.— Tal es mi propósito señor.
Soy médico. Es un favor.
Quiero curarla.
ESCUDERO.— Tal vez
llegáis ya tarde, doctor.
BENIGNO.— Quizás os equivoquéis.
He salvado tantas vidas...
ESCUDERO.— No hay dos vidas parecidas;
tal vez aquí no podréis.
Son tan hondas sus heridas...
Esperadme aquí.
BENIGNO.— Os espero.
ESCUDERO.— Pues bien, regreso al instante.
Pero aquí viene.

ESCENA III

Dichos y Doña Francisca.

FRANCISCA.— Escudero.
ESCUDERO.— Voy.
BENIGNO.— Señora...
FRANCISCA.— Caballero.
ESCUDERO.— Hay un gentil enemigo
que por vos interesado
un médico os ha mandado.
Y conversaba conmigo
cuando vos habéis entrado.
FRANCISCA.— ¿Un enemigo? ¿Aún los tengo?
BENIGNO.— No es vuestro enemigo aquél
por cuyo mandato vengo.
FRANCISCA.— Bien y decid quién es él.
BENIGNO.— La primera comisión
es que le otorguéis perdón
y accedáis a su pedido.

FRANCISCA.— Está todo concedido.
BENIGNO.— Generoso corazón.
MARISCALA.— Vuestra ciencia es inútil. Ya la muerte
ronda a mi lado y a mi lado anida.
Nada podréis hacer. Ella es más fuerte
más fuerte que la Vida...
Sólo quiero saber si aún se demora
algunas horas más esta tortura;
quiero morir.
EL DOCTOR.— Váis a vivir, Señora.
La ciencia por mis labios lo asegura.
MARISCALA.— No perdáis vuestro tiempo en engañarme;
no ha menester mi espíritu consuelo.
Yo necesito lo que podéis darme.
EL DOCTOR.— ¿Qué?
MARISCALA.— La verdad. Es todo lo que anhelo.
Vos no me conocéis. Nunca he temido
descubrir la verdad. Nunca la muerte
me amedrentó. La he visto. La he vencido.
Y el desafiarla siempre fue mi suerte.
EL DOCTOR.— Más ¿por qué os empeñáis, señora? Nada
debéis pensar de cosas tan sombrías;
largos son vuestros días...
MARISCALA.— Pues bien. Decidme la verdad
o dejadme, doctor. Sé que me muero,
que estoy muriendo ahora. Por piedad,
decid lo que os pregunto y lo que quiero...
Dadme el placer de conocer la hora
en que debo morir, sed obediente.
¡Vos lo sabéis, decidlo!
EL DOCTOR.— Bien, señora.
Vuestra vida se acaba lentamente
MARISCALA.— ¿Un día? ¿Es mucho un día?

(Hay una pausa)

EL DOCTOR.— Sí señora...

MARISCALA.— Quiero aún precisar este capricho.
Una hora acaso. ¿Viviré una hora?
Decídmelo doctor.
BENIGNO.— Vos lo habéis dicho...
FRANCISCA.— Pues hacedme un favor.
BENIGNO.— Es lo que quiero.
FRANCISCA.— Mandadme un sacerdote con presteza.
No digáis por favor nada a Escudero.
Y a la Fuente por esta gentileza
mi reconocimiento más sincero.

ESCENA IV

Francisca, sola.

(La criada entra. Enciende un candelero y pone un ramo de flores en un crucifijo. Mientras hace tales menesteres doña Francisca abre la ventana y habla de esta manera).

FRANCISCA.— Oh juventud, fresca y lozana,
fugaz encanto que se fue
porque te miro tan lejana
cuando en la paz de esta mañana
la Muerte toca en el cristal
lleno de luz de mi ventana.
¿Para qué sirve haber vivido
si el negro manto del olvido
nos cubrirá de toda suerte?
Cuando es la gloria una quimera
y en la jornada nos espera
el fuerte abrazo de la muerte?
¡Gloria, recuerdos, vanas cosas
vago perfume de las rosas
que decoraron nuestra vida!
¡Seguir inquieta un ideal
ir con el Bien y contra el Mal
para morir en el olvido!

He desafiado hasta el Destino,
llano y triunfal fue mi camino.
Amé, viví, triunfé...
Lucha, pasión, amor y guerra
puso mi afán sobre la tierra
que con mi espada dominé...
Hoy sólo queda del pasado
mi corazón desesperado
que su amargura vierte.
Y en el final de la jornada
la risa cruel y descarnada
y el frío beso de la Muerte...

ESCENA V

Doña Francisca y Escudero.

ESCUDERO.— ¿Cómo os sentís, señora mía?
MARISCALA.— *(Finge, sonriente)*
Ya mis dolores se han calmado,
ya se han calmado mis dolores
y es tan intensa mi alegría
que os pide flores, muchas flores.
Esta postrer coquetería,
mi Coronel...
ESCUDERO.— Voy por las flores. *(Sale).*

ESCENA VI

Doña Francisca y criada

CRIADA.— ¿Mi señora ama algo reclama?
MARISCALA.— Sólo deseo descansar.
¡Dejadme sola!
CRIADA.— Bien, mi ama.
¿Y si alguien llama?

MARISCALA.— Si alguien llama
y es sacerdote hazle pasar.

(Vase la criada. Pausa)

Cuando la muerte a nuestra puerta,
gentil anuncia su premura,
precisa estar cortés y alerta,
porque respeto la hermosura
en el semblante de la muerta...

ESCENA VII

Criada y el sacerdote. Luego la Mariscala.

PADRE LUIS.— Hija mía.
FRANCISCA.— Señor, os he llamado
a haceros de mi vida confesión.
Sólo después que me haya consolado
vuestra dulce palabra de perdón
podrá mi alma emprender el vuelo ansiado
hacia el cielo de promisión...
PADRE LUIS.— Tranquilizaos señora. Sois creyente
y buena, tal como nos manda Dios.

(Se sienta, y ella sigue de pie)

FRANCISCA.— Es ahora una humilde penitente
la que a arrodillarse va ante vos
y que en su vida no inclinó la frente
sino para su Dios y por su Dios.

(Ella se arrodilla ante el padre. El se santigua. Ella junta las manos con ademán de rezo).

Padre, no sé deciros que he pecado,
mi conciencia está pura, aunque humillada

hasta que el perdón me sea dado
y a mi alma deje alegre y resignada.
He sido grande, he sido poderosa
he sido Presidenta y Mariscala,
pero no fui, señor, nunca orgullosa,
ni fui cruel, ni fui noble, ni fui mala.
Amo a Dios hoy, lo mismo que le amé
en mi triste y devota juventud,
y he guardado
a través de mi inquietud
el ingenuo tesoro de mi fe.
En mi casa hubo pan para el hambriento
posada para el triste peregrino;
curó mi frase y confortó mi acento
a los desfallecidos del camino.
Fui hija amante, fui también esposa
amante y fue infinita mi lealtad.
Si no pude ser madre cariñosa,
fue que el destino me forjó ambiciosa
para algo más que la maternidad.
Abnegada, devota, compasiva
mi alma nunca sintió la vanidad
y tuvo para toda rogativa
una dulce efusión de su piedad.
Nada más sé decir de mi existencia;
tal ha sido señor por mí vivida;
de nada me acongoja mi conciencia
y de nada me siento arrepentida.
Pero soy religiosa, soy cristiana
quiero que Dios me otorgue su clemencia.
Hoy que llama la muerte a mi ventana
quiero hacer, padre mío, penitencia.

PADRE LUIS.— Absuelta y bendecida estáis señora.

(Se levanta y la levanta)

FRANCISCA.— A mi alma ha serenado este perdón.
Tranquila he de aguardar la muerte ahora.

PADRE LUIS.— Dios es bueno. La vida mi señora
acaso vuelva a daros su ilusión.
Aún sois joven, sois fuerte, sois hermosa
acaso la salud ha de tornar.
FRANCISCA.— La vida se me escapa presurosa.
PADRE LUIS.— Por vos señora mía he de rezar.
(El padre Luis se arrodilla en un taburete ante el crucifijo que está en una mesita. Ella avanza hacia la ventana).
PADRE LUIS.— Quedáis con Dios, señora, y consolada.
FRANCISCA.— Y os soy por ello muy agradecida.
PADRE LUIS.— El os dé la salud ambicionada
y alargue vuestra vida.

ESCENA FINAL

La Mariscala sola. Luego Escudero.

FRANCISCA.— Esta es la última palpitación,
la muerte llega como un sueño
que arrebata al corazón
su más amado y dulce ensueño.
Esta es la última palpitación...

(Se sienta en el diván)

La muerte llega como un sueño
cuando la patria está lejana
y cuando olvida en loco empeño
a la que fue su capitana.
La muerte llega como un sueño.
Así se va la Mariscala
sin que a su lado un caballero
recoja el hálito postrero
en que su espíritu se exhala.
Así se va la Mariscala.

Desfallece sobre el diván. Hay un silencio dilatado. Luego entra el coronel Escudero con muchas flores en ambas manos. Tiene una sorpresa sumamente dolorosa. Y silencioso deposita las flores sobre el cuerpo de la heroína, desenvaina su espada, la parte en dos, y la pone sobre el pecho de ella. Se arrodilla, coge las manos de la Mariscala, las besa e inclina la cabeza. De esta manera acaba la última jornada del poema.

FIN

REFERENCIAS

POESIA

Minerva Victrix. En *La Prensa:* Lima, 10-I-1915.
Soneto alejandrino, suscrito sólo con tres asteriscos.

Fantasía de otoño. En *La Prensa:* Lima, 16-VI-1915. En las *Páginas Literarias,* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 76. Y en *La creación heroica de José Carlos Mariátegui,* por Guillermo Rouillón (Lima, 1975), T. I, p. 72.

Spleen. En *Lulú:* Año I, Nº 3, p. 26; Lima, 28-VII-1915. Y en *El Tiempo:* Lima, 14-VIII-1916.

En la primera inserción apareció bajo el título de "Gesto de spleen".

Nocturno. En *La Prensa,* Lima, 8-XII-1915.

Paréntesis. En *Variedades:* Año XI, Nº 407; Lima 18-XII-1915. Y en *Cielo Abierto:* Nº 12, p. 50; Lima, XII-1980.

Educación abstrusa. En *La Prensa:* Lima, 2-I-1916. Y en *Alma Latina:* Nº 15, p. 2; Lima, 4-III-1916.

Al ser reimpreso en *Alma Latina,* este soneto apareció bajo el título de "Nostalgia". Y como el V de una serie de "Elegías de las horas sentimentales", que sería incluído en el libro "Tristeza".

Nirvana. En *La Prensa:* Lima, 2-I-1916. En *Lulú:* Nº 51, p. 9; Lima, 20-VII-1916. Y en *Reconstrucción de Mariátegui,* por Mario Castro Arenas (Lima, 1985), p. 120.

Morfina. En *La Prensa:* Lima, 2-I-1916. En *Lulú:* Año II, Nº 32, p. 15; Lima, 2-III-1916. Y en *Reconstrucción de Mariátegui,* por Mario Castro Arenas (Lima, 1985), p. 119.

En *Lulú* apareció como la III de una serie de "Plegarias románticas".

El elogio de tu clave. En *Alma Latina:* Nº 14, p. 4, Lima, 4-II-1916.

Precedido por una nota editorial, que presenta al autor como "un delicado rimador, cuyos versos llenos de lirismo y de ternura lo hacen un poeta aristocrático y fino como para las damas".

Viejo reloj amigo... En *La Prensa:* Lima, 16-II-1916. En *El Tiempo:* Lima, 13-XI-1916. Y en las *Páginas Literarias,* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 74.

Escrito el 15-II-1916, según apuntó el autor en su "Glosario de las cosas cotidianas" *(La Prensa:* Lima, 18-II-1916). Dijo entonces, confidencialmente: "He escrito hoy un soneto desbordante de sinceridad y de unción. Todo un instante de hondo recogimiento de mi espíritu está en él. Búsquelo usted, amigo mío. Yo lo he releído tres veces con suma delectación".

Plegaria del cansancio. En *Colónida:* Nº 3, p. 26; Lima, 1º-III-1916. En *El Tiempo:* Lima, 13-XI-1916. En *las Páginas Literarias,* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 69. Y en *Buelna:* Nº 4-5, p. 31; México, I-III de 1980.

En *Colónida* apareció como III de "Los psalmos del dolor"; y a continuación, "Coloquio sentimental" (IV) e "Insomnio" (VII).

Coloquio sentimental. En *Colónida:* Nº 3, pp. 26-27; Lima, 1º-III-1916. En *El Tiempo:* Lima, 14-VIII-1916 y 15-II-1917. Y en las *Páginas Literarias,* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 70.

Insomnio. En *Colónida:* Año I, Nº 3, p. 27; Lima, 1º-III-1916. Y en *El Tiempo:* Lima, 16-X-1916.

Interpretación. En *Lulú:* Año II, Nº 34, p. 8; Lima, 16-III-1916. En *El Tiempo:* Lima, 18-IX-1916. Y en *las Páginas Literarias,* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 67. En la publicación inicial apareció como "Interpretación III".

Rendido elogio. En *El Comercio:* Lima, 14-IV-1916.

El frágil misterio de una rosa blanca. En *El Comercio:* Lima, 14-IV-1916.

Nostalgia. En *Alma Latina:* Nº 15, p. 2; Lima, 4-III-1916.

Soneto, anteriormente publicado en *La Prensa,* (2-I-1916) bajo el título de "Educación abstrusa".

Elogio a Cervantes. En *La Prensa:* Lima, 23-IV-1916. ("Interpretación IV").

Elogio de la celda ascética. En *Alma Latina:* Nº 19, p. 12; Lima, 15-V-1916. En *Vesperal:* Nº 1, p. 16; Lima, 31-V-1916. En *El Tiempo:* Lima, 28-VIII-1916. En las *Páginas Literarias,* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 68. Y en *Poética e ideología en José Carlos Mariátegui,* por Eugenio Chang-Rodríguez (Madrid, 1983), p. 89.

Sensibles erratas se han deslizado en la transcripción de E. Chang-Rodríguez (cf. versos 1, 4 y 11).

La voz evocadora de la capilla. En *Alma Latina:* Nº 19, p. 12; Lima, 15-V-1916.

Al pie de la página, y después del *Elogio de la celda ascética*, se anota: "Estos y otros versos los escribió Juan Croniqueur en el Convento de los Descalzos, donde hizo vida mística durante tres días".

Minuto de la confidencia. En *Lulú:* Año II, Nº 49, p. 18; Lima, 7-VII-1916.

Minuto del encuentro. En *Lulú:* Año II, Nº 49, p. 18; Lima, 7-VII-1916.

Afirmación. En *El Tiempo:* Lima, 28-VII-1916.

Escrito "en el Convento de los Descalzos, Febrero de MCMXVI".

Fantasía lunática. En *El Tiempo:* Lima, 28-VII-1916. Y en las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 72.

Elogio del ópalo. En *El Tiempo:* Lima, 21-VIII-1916.

Según nota de redacción: "Al libro de versos *Tristeza*, que próximamente publicará José Carlos Mariátegui (Juan Croniqueur) pertenece este soneto"

Films de la tarde. En *El Turf:* Año III, Nº 54, p. 18; Lima, 16-IX-1916.

Sonetos I y II, publicados con el seud. de "Jack". La serie continúa bajo los títulos de "Sensaciones" y luego "Sinfonías de la vida metropolitana"; pero sólo desde el soneto V hasta el X; y, por lo tanto, faltan los que debieron aparecer como III y IV.

Sensaciones. (Versos de un cronista esplinático y sentimental). O también:

Sinfonías de la vida metropolitana. Emociones del hipódromo.

Serie de sonetos alejandrinos. Fueron inicialmente publicados en *El Turf*, bajo el seud. de "Jack"; y corregidos por el autor, fueron reproducidos en *El Tiempo* con el seud. de "Juan Croniqueur". En ambos casos, la serie se inició con el soneto V, y concluyó con el X. Parecen haber tenido como antecedentes los "Films de la tarde" (I y II); pero no hemos hallado los que en la serie debieron ser signados con los números III y IV. Y en su última inserción cabe destacar dos hechos: fueron presentados como "Emociones del Hipódromo", según aparecen en la presente compilación; y una nota editorial identificó a "Jack" con "Juan Croniqueur", subsanando así la confusión en que pudiera caer cualquier lector inadvertido ante la publicación de los sonetos con uno y otro seudónimos, en *El Turf* y *El Tiempo*, respectivamente. Leemos: "Con el seudónimo de Jack inició Juan Croniqueur la publicación de algunos sonetos snobistas sobre aspectos y emociones del hipódromo, creando así un nuevo género de poesía elegante".

Los sonetos de la serie son:

V. En *El Turf:* Nº 60, p. 19; Lima, 28-X-1916. En *El Tiempo:* Lima, 23-I-1917. En las *Páginas Literarias,* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 73. Y en *Buelna:* Nº 4-5, p. 31; México, I-III de 1980.

VI. En *El Turf:* Nº 60, p. 19; Lima, 28-X-1916. En *El Tiempo:* Lima, 27-XI-1916. Y nuevamente en *El Turf:* Nº 69, p. 19; Lima, 28-IV-1917.

VII. En *El Tiempo:* Lima, 20-XI-1916. Y en *El Turf:* Nº 61, p. 23; Lima, 4-XI-1916.

VIII. En *El Turf:* Nº 61, p. 23; Lima, 4-XI-1916. En *El Tiempo:* Lima, 27-XI-1916. Y nuevamente en *El Turf:* Nº 69, p. 19; Lima, 28-IV-1917.

IX. En *El Turf:* Nº 63, p. 18; Lima, 18-XII-1916. Y en *El Tiempo:* Lima, 20-XI-1916.

X. En *El Turf:* Nº 63, p. 18; Lima, 18-XII-1916. Y en *El Tiempo:* Lima, 23-I-1917.

Cabe advertir que las bibliografías de Guillermo Rouillón y Eugenio Chang-Rodríguez no son exactas, ni completas, en cuanto atañe a las publicaciones de los referidos sonetos.

A Tórtola Valencia. En *El Tiempo:* Lima, 21-XII-1916. En *La Nación:* Lima, 12-I-1917. En *Hombres y Bestias* (Bocetos críticos), por Alberto Hidalgo (Lima, 1918), pp. 178-179. Y en *Valdelomar o La Belle epoque,* por Luis Alberto Sánchez (México, 1969), pp. 207-208.

Soneto alejandrino, escrito por Abraham Valdelomar, Alberto Hidalgo y José Carlos Mariátegui, según una "distribución de trabajo" que se indica en el texto.

Plegaria nostálgica. En *Renacimiento:* Nº 6, p. 225; Guayaquil, 1916.

Al pie del texto se advierte: "Estos y otros versos los escribió Juan Croniqueur en el Convento de los Descalzos donde hizo durante tres días vida mística; y formarán parte de su libro *Tristeza*".

Ditirambo elegante. En *El Tiempo:* Lima, 31-I-1917.

Tú no eres anacrónica..... En *El Tiempo:* Lima, 31-I-1917. En las *Páginas Literarias,* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 75. Y en *Poética e ideología en José Carlos Mariátegui,* por Eugenio Chang-Rodríguez (Madrid, 1983), p. 72.

Hoy. En *El Tiempo:* Lima, 7-II-1917. Y en *Sudamérica:* Año I, Nº 6; Lima, 26-I-1918.

Tea. En *El Tiempo:* Lima, 7-II-1917. Y en *Sudamérica:* Año I, Nº 6; Lima, 26-I-1918.

Vermouth. En *El Tiempo:* Lima, 7-II-1917. Y en *Sudamérica:* Año I, Nº 6; Lima, 26-I-1918.

Oración al espíritu inmortal de Leonidas Yerovi. En *El Tiempo:* Lima. 17-II-1917. En *La Prensa:* Lima, 21-II-1917. En las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 11-15. Y en *Reconstrucción de Mariátegui*, por Mario Castro Arenas (Lima, 1985), pp. 121-123.

Elogio. En *Revista Diplomática Peruana:* Año V, Nº 36, p. 15; Lima, II-IV de 1972.

Inédito. Fue escrito "en el álbum de la distinguida dama Dorlisca Jiménez de Pérez Cánepa", madre de Carlos Pérez Cánepa, el periodista que dirigió la revista *Lulú;* y por lo tanto, cabe inferir que data de 1915 o principios de 1916. Su versión tipográfica aparece al pie del facsímil del ms. original.

Rimas ocasionales, con tema hípico

Una tarde de carreras. En *El Turf:* Año III, Nº 39, pp. 17-18; Lima, 27-V-1916.

Con el seud. de "Kendalif".

Al margen de un debate. (Crónica modernista). En *El Turf:* Nº 40, pp. 15-16; Lima, 3-VI-1916.

Con el seud. de "Kendalif".

Loa a Febo. En *El Turf:* Nº 41, pp. 1-2; Lima, 10-VI-1916.
Con el seud. de "Kendeliz Cadet".

Una mañana de aprontes contada por Kendalif. En *El Turf:* Nº 42, pp. 25-26; Lima, 17-VI-1916.

Una tarde de carreras deseada por Kendalif. En *El Turf:* Nº 43, pp. 9-10; Lima, 24-VI-1916.

Al margen de la polla. En *El Turf:* Nº 44, p. 19; Lima, 1º-VII-1916.

Con el seud. de "Kendalif".

Recetas eficaces de Kendalif. En *El Turf:* Nº 45, pp. 21; Lima, 15-VII-1916.

Crónica del paddock. En *El Turf:* Nº 47, p. 18; Lima, 28-VII-1916.

Con el seud. de "Jack".

Emociones glaciales. En *El Turf:* Nº 47: pp. 32-33; Lima, 28-VII-1916.

Con el seud. de "Cyrano III".

El reportaje de la semana. En *El Turf:* Nº 50, pp. 24-25; Lima, 19-VIII-1916.

Con el seud. de "Kendalif".

Con el reloj de tiempo. En *El Turf:* Nº 66, p. 49; Lima, 9-XII-1916.

Con el seud. de "Kendalif".

CUENTO

Juan Manuel. En *La Prensa:* Lima, 3-VIII-1914. Y en las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 58-64.

Los mendigos. En *La Prensa:* Lima, 3-VIII-1914. Y en las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 52-57.

Rudyard Ring, ganador. En *El Turf:* Nº 13, pp. 10-12; Lima, 3-VII-1915. Y en *Lulú:* Nº 35, pp. 8-9; Lima, 23-III-1916.

El jockey Frank. En *El Turf*: Nº 14, pp. 6-8 Lima, 10-VII-1915.

Con algunas supresiones y ligeras enmiendas formales, (p. ej.: en lo tocante a los nombres de los personajes), fue posteriormente publicado con un nuevo título: "Jim, jockey de Willy".

Una tarde de sport. En *El Turf:* Nº 15, pp. 13-14; Lima, 17-VII-1915. Y en *El Tiempo:* Lima, 3-IX-1916.

Amid Bey. En *El Turf:* Nº 17, pp. 2.4; Lima, 28-VIII-1915.

Cuento irónico: La señora de Melba. En *La Prensa:* Lima, 28-VII-1915. Y en las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 46-51.

Cuento trágico: El baile de máscaras. En *La Prensa:* Lima, 28-VII-1915. Y en las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 40-45.

El hombre que se enamoró de Lily Gant. En *La Prensa:* Lima, 4-VIII-1915. En *Lulú:* Nº 48, pp. 18-20; Lima, 18-V-1916. En *El Tiempo:* Lima, 25-VIII-1916. En las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 21-39. Y en *Revista Diplomática Peruana:* Nº 36, pp. 14-15; Lima, II-IV de 1972.

Fue una apuesta del five o'clock tea. En *El Turf:* Nº 36, pp. 10-14, Lima, 6-V-1916.

Historia de un caballo de carrera. En *El Turf:* Nº 38, pp. 1-5; Lima, 20-V-1916.

Epistolario frívolo. En *Alma Latina:* Nº 20, pp. 15-17; Lima, 1º-VII-1916. Y en *El Tiempo:* Lima, 2-VIII-1916.

En *Alma Latina* apareció bajo el título de "Epistolario de un noviazgo prudente". Y, corregido por el autor, apareció en *El Tiempo* con un encabezamiento asociado a la crónica: "Ecos sociales".

El jockey de Ruby. En *El Turf:* Nº 47, pp. 12-14; Lima, 28-VII-1916.

Jim, jockey de Willy. En *El Turf:* Nº 52, pp. 3-5; Lima, 2-IX-1916.

Anteriormente publicado bajo el título de "El jockey Frank". Confróntense ambos textos para reconocer los criterios seguidos por el autor (p. ej.: supresiones enderezadas a prescindir de lo superfluo).

El príncipe Istar. En *El Turf:* Nº 63, pp. 3-5; Lima, 18-XI-1916. Y en *El Tiempo:* Lima, 2-III-1917.

El match. En *El Turf:* Nº 72, pp. 2-4; Lima, 16-V-1917.

La guerra que pasa.....

Firmado: José Carlos Mariátegui. Transcrito a base de un recorte conservado en un álbum familiar, pero sin indicaciones sobre su procedencia.

T E A T R O

Las Tapadas. Poema colonial en un acto y cuatro cuadros, en prosa y verso, original de Julio de La Paz y Juan Croniqueur. En *San Marcos:* Nº 12, pp. 187-214; Lima, VII-IX de 1975.

Transcripción directa del texto mecanografiado por los autores, y que actualmente se conserva en la Biblioteca Nacional. Con una nota preliminar de Alberto Tauro.

Las Tapadas, de José Carlos Mariátegui y Julio Baudoin. Lima, Servicio de publicaciones [del] Teatro Universitario de [la U.N.M. de] San Marcos, 1976.

2 h., 23 p. 30 cm. (Serie III, Nº 32. Piezas de Autores Peruanos).

Quince para treinta.

Probablemente comedia, conocida sólo por una referencia inserta en *Lulú* (Nº 15, p. 27; Lima, 14-X-1915): "Dice el apuntador que ... Juan Croniqueur [tiene una obra] titulada *Quin-*

ce para treinta". La noticia parece aludir a una pieza ya concluida, pero es posible que se haya limitado a recoger el anuncio de un proyecto, alentado por la acogida que el público dispensara a *Las Tapadas*.

La Mariscala. Poema dramático en seis jornadas y en verso, escrito por el Conde de Lemos y Juan Croniqueur para la Compañía Mario y para su representación en el Municipal.

En *El Tiempo:* Lima, 4-IX-1916. Se incluye fragmentos de las jornadas II (escena IV), III (escenas II y III), V (escena I) y última (escenas III, IV, V y VI).

En *Palabra:* Nos. 6 y 7, pp. 13-14; Lima, VII y X 1944. Se incluye el prólogo y las jornadas primera y última, cuyos textos fueron trascritos y publicados por Alberto Tauro a base de los manuscritos originales, que gentilmente puso a su disposición la señorita Jesús Valdelomar.

En *Obras, textos y dibujos* de Abraham Valdelomar. Reunidos por Willy Pinto Gamboa, y publicados con un prólogo de Luis Alberto Sánchez (Lima, Editorial Pizarro, 1979). Cf. pp. 128-159. Se incluye los fragmentos aparecidos en *El Tiempo*, así como las jornadas salvadas por la publicación en *Palabra*. Al registrar la inserción de *El Tiempo*, Guillermo Rouillón anota (en su *Bio-Bibliografía de José Carlos Mariátegui):* "Publicado también en dos partes, en *Palabras...*". Y no cabe duda que así desliza un equívoco, pues no informa si el texto de esta publicación es diferente del que apareció en *El Tiempo*, y el lector no sabe si se limita a repetir aquella o afecta a la totalidad del drama. Da origen a la confusión en que incurre Eugenio - Chang-Rodríguez (en su *Poética e ideología en José Carlos Mariátegui)*, en cuanto apunta tres datos distintos al mencionar las publicaciones de *La Mariscala:* 1º, (copiando el aserto de Rouillón), "reproducido en dos partes en *Palabra";* (cf. p. 42); 2º, "sólo se conocen las escenas que publicó *El Tiempo* (cf. p. 79); y 3º, "de *La Mariscala* sólo queda el fragmento (sic) incluido en las *Obras Completas* (sic) de Valdelomar".

Dos testimonios, consagrados a la vida de José Carlos Mariátegui por Alberto Ulloa Sotomayor y Luis Alberto Sánchez, informan sobre *La Mariscala* en los términos siguientes: el primero, su "presentación teatral tuvo un éxito mediocre"; y el segundo, "sólo fue publicado". Rectificándolos indirectamente, Eugenio Chang-Rodríguez afirma que el referido drama "nunca fue representado ni publicado completamente".

INDICE

Págs.

Presentación editorial 3
Estudio preliminar por Alberto Tauro 7

POESIA

A Tórtola Valencia 65
Afirmación 66
Coloquio sentimental 67
Ditirambo elegante 68
El frágil misterio de una rosa blanca 69
Elogio 70
Elogio a Cervantes 71
Elogio de la celda ascética 72
El elogio de tu clave 73
Elogio del ópalo 74
Fantasía de otoño 75
Fantasía lunática 76
Hoy 77
Insomnio 78
Interpretación 79
La voz evocadora de la capilla 80
Minerva Victrix 81
Minuto de la confidencia 82
Minuto de encuentro 83
Morfina 84
Nirvana 85
Nocturno 86

Nostalgia 87
Oración al espíritu inmortal de Leonidas Yerovi 88
Paréntesis 91
Plegaria del cansancio 92
Plegaria nostálgica 93
Rendido elogio 94
Spleen 95
Tea 96
Tú no eres anacrónica 97
Vermouth 98
Viejo reloj amigo 99
Films de la tarde 100
Emociones del Hipódromo, V 101
Emociones del Hipódromo, VI 102
Emociones del Hipódromo, VII 103
Emociones del Hipódromo, VIII 104
Emociones del Hipódromo, IX 105
Emociones del Hipódromo, X 106

RIMAS OCASIONALES CON TEMA HIPICO

Una tarde de carreras 107
Al margen de un debate (Crónica modernista) 109
Loa a Febo (Ditirambo modernista) 112
Una mañana de aprontes, contada por Kendalif 115
Una tarde de carreras, deseada por Kendalif 118
Al margen de la polla 121
Recetas eficaces de Kendalif 123
Crónica del Paddock 125
Emociones glaciales (Mañana de aprontes) 127
El reportaje de la semana 129
Con el reloj de tiempo 132

CUENTO

Juan Manuel 135
Los mendigos 139
"Rudyard Ring", ganador 143
El jockey Frank 148
Una tarde de sport 154
Amid Bey 158
La señora de Melba 163
El baile de máscaras 167

El hombre que se enamoró de Lily Gant 171
Fue una apuesta del "Five O'Clock Tea" 177
Historia de un caballo de carrera 185
Epistolario frívolo (Novela auténtica) 191
El jockey de Ruby 196
Jim, jockey de Willy 201
El Príncipe Istar 206
El match 211
La guerra que pasa 214

TEATRO

LAS TAPADAS (con Julio de la Paz, dedicado a Don Ricardo Palma) 221

Cuadro primero:

Escena I 225
Escena II 227
Escena III 228
Escena IV 230
Escena V 232
Escena VI 233

Cuadro segundo:

Escena I 236
Escena II 237
Escena III 241
Escena IV 243

Cuadro tercero:

Escena I 245
Escena última 246

Cuadro cuarto:

Escena I 248
Escena II 250
Escena III 252
Escena IV y última 254

LA MARISCALA 257

Jornada I:

Escena I 259
Escena II 260
Escena III 264
Escena IV 271
Escena V 273

Jornada II:

Escena IV 275

Jornada III:

Escena II 277
Escena III 279

Jornada V:

Escena I 281

Jornada última:

Escena I 284
Escena II 285
Escena III 286
Escena IV 288
Escenas V y VI 289
Escena VII 290
Escena final 292
Referencias 295

La Primera Edición de ESCRITOS JUVENILES de José Carlos Mariátegui, Tomo I (poesía, cuento y teatro), con Estudio Prelimi nar de Alberto Tauro, se acabó de imprimir el 16 de abril de 1987, fecha del 57º Aniversario de la desapari ción física del autor, por la Editorial Gráfica Labor S.A. situada en la Calle Uno 146 (Ate, Lima), con R. I. No. 15 - 14457 - G, por encargo de la Empresa Editora Amauta S. A., dirigida por Sandro, Siegfried, José Carlos y Javier Mariátegui Chiappe.

Corrección a cargo de Oscar Del Pino

[El diseño de la carátula es de Carlos Gonzáles]

3 9001 02287 5903